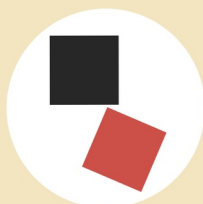




EL PROGRAMA COMUNISTA

DISCUSIONES CLÁSICAS Y CONTEMPORÁNEAS



EDICIONES
DOS CUADRADOS



1 МАЯ.

**РАБОЧИМ НЕЧЕГО ТЕРЯТЬ, КРОМЕ СВОИХ ЦЕПЕЙ,
А ПРИОБРЕТУТ ОНИ ЦЕПЫЙ МИР.**

К. Маркс и Ф. Энгельс.

El programa es uno de pilares de cualquier partido: recoge su análisis de coyuntura, sus objetivos finales y sus demandas inmediatas, conformando una hoja de ruta desde la situación actual y un horizonte alternativo. Este libro reúne algunos de los principales documentos programáticos de la tradición marxista, desde sus primeras formulaciones hasta debates contemporáneos. Aquellos textos originales, que no vienen precedidos por artículos explicativos, han sido prologados con una breve contextualización histórica. El resto se presentan en bruto.

EL PROGRAMA COMUNISTA
Discusiones clásicas y contemporáneas

VV.AA.

Edición:
2CUADRADOS.

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición

Portada: Grabado medieval de un topo común
«Europa saltará de su asiento y exclamará exultante: ¡Muy
bien has hozado, viejo topo!»

Octubre de 2025

Web: www.doscuaadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados

Índice

PRIMERA PARTE:	
DEBATES PROGRAMÁTICOS EN LA SOCIALDEMOCRACIA	3
El Manifiesto del Partido Comunista (1848) – parte programática, Marx y Engels	5
Demandas del Partido Comunista de Alemania (1848)	9
Programa del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania – Programa de Eisenach (1869)	11
La crítica del programa de Gotha (1875)	13
Proyecto del Programa del Partido Socialista Obrero de Alemania (1875)	14
Glosas marginales al programa del Partido Socialista Obrero de Alemania (1875), Marx	15
Programa del Partido Obrero (1880), Marx	33
El debate sobre del programa de Erfurt (1891)	37
Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata (1891), Engels	37
Programa del Partido Socialdemócrata de Alemania (1891)	51
Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia	55
Proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (1895), Lenin	55
Explicación del Programa del Partido Socialdemócrata (1896), Lenin	59
Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (1903)	81
Nuestro programa (1919), Preobrazhenski y Bujarin	89

SEGUNDA PARTE

DEBATES PROGRAMÁTICOS DESDE OCTUBRE 95

Programa y Estatutos de la Internacional Comunista (1928) 97

El debate sobre el programa en la Internacional Comunista (1998), Alexander Vatlin 167

El programa de transición (1938), Trotsky 197

TERCERA PARTE

DEBATES PROGRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS 237

Series sobre revolución permanente y programa de transición (2007), Mike Macnair 239

Un debate sobre el método del programa marxista (2021), Matías Maiello y Rolando Astarita 295

El programa mínimo-máximo revolucionario (2021), Donald Parkinson 327

PRIMERA PARTE
DEBATES PROGRAMÁTICOS
EN LA SOCIALDEMOCRACIA

El Manifiesto del Partido Comunista (1848)

Parte programática

El *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito por Karl Marx y Friedrich Engels y publicado en febrero de 1848, se inscribe en un contexto de profundas transformaciones económicas, sociales y políticas derivadas de la Revolución Industrial. En la Europa de mediados del siglo XIX, el capitalismo emergente había consolidado la hegemonía de la burguesía como clase dominante, mientras que la proletarianización masiva de campesinos y artesanos generaba las nuevas formas de explotación y lucha de clases. En este escenario, la Liga de los Comunistas encargó a Marx y Engels la redacción de un programa que expresara teóricamente sus objetivos y su estrategia.

El texto aparece en vísperas de las revoluciones de 1848, cuando gran parte del continente se encontraba sacudido por movimientos revolucionarios democráticos, republicanos y socialistas. El *Manifiesto* formula por primera vez una concepción materialista de la historia aplicada al desarrollo de las clases sociales y proclama el papel histórico del proletariado como sujeto revolucionario destinado a abolir la propiedad privada capitalista. En este sentido, el documento trasciende su coyuntura inmediata para convertirse en una obra fundacional del socialismo científico y en un referente central del movimiento obrero internacional.

La sección programática del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) constituye uno de los primeros intentos de formular un conjunto coherente de reivindicaciones políticas y económicas para la clase trabajadora. Redactado por Marx y Engels en un momento de agitación revolucionaria y expansión del capitalismo industrial, el texto busca traducir la crítica teórica al orden burgués en un programa de acción inmediata. Las medidas propuestas —impuesto progresivo, abolición de la herencia, nacionalización de la banca y del transporte, educación gratuita y universal, entre otras— no representan todavía el comunismo plenamente realizado, sino reformas transitorias destinadas a socavar las bases materiales del poder capitalista y abrir paso a la socialización de los medios de producción.

Estas reivindicaciones reflejan tanto las condiciones de la Europa de 1848 como la necesidad de unificar al naciente movimiento obrero en torno a objetivos comunes, superando las fragmentadas corrientes socialistas y democráticas del período. En este sentido, el *Manifiesto* inaugura una tradición programática que inspirará a los partidos socialistas de finales del siglo XIX —como el Programa de Erfurt (1891)— y servirá de modelo para

articular la relación entre demandas inmediatas y objetivos finales. Su legado reside en haber dotado a la lucha proletaria de una orientación política general basada en el análisis científico de la sociedad capitalista.

Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; nada tiene, pues, de extraño que se vea obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales.

Pero no queremos detenernos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al Poder, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción, por medio de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento serán un gran resorte propulsor y de las que no puede prescindirse como medio para transformar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente, en todos los países.

Para los más progresivos mencionaremos unas cuantas, susceptibles, sin duda, de ser aplicadas con carácter más o menos general, según los casos .

1.a Expropiación de la propiedad inmueble y aplicación de la renta del suelo a los gastos públicos.

2.a Fuerte impuesto progresivo.

3.a Abolición del derecho de herencia.

4.a Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.

5.a Centralización del crédito en el Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

6.a Nacionalización de los transportes.

7.a Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo.

8.a Proclamación del deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo.

9.a Articulación de las explotaciones agrícolas e industriales; tendencia a ir borrando gradualmente las diferencias entre el campo y la ciudad.

10.a Educación pública y gratuita de todos los niños. Prohibición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de la sociedad, el Estado perderá todo carácter político. El Poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución le lleva al Poder; mas tan pronto como desde él, como clase gobernante, derribe por la fuerza el régimen vigente de producción, con éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas, y, por tanto, su propia soberanía como tal clase.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos.

Demandas del Partido Comunista de Alemania (1848)

«¡Proletarios de todos los países, uníos!»

1. Toda Alemania será declarada una república unida e indivisible.
 2. Todo alemán mayor de 21 años tendrá derecho a voto y a ser elegido, siempre que no haya sido condenado por un delito penal.
 3. Los representantes del pueblo recibirán una remuneración, de modo que los trabajadores también puedan formar parte del parlamento del pueblo alemán.
 4. Armamento universal del pueblo. En el futuro, los ejércitos serán al mismo tiempo ejércitos de trabajadores, de modo que las fuerzas armadas no solo consuman, como en el pasado, sino que produzcan incluso más de lo que cuesta su mantenimiento.
- Además, serán un medio para organizar el trabajo.
5. El mantenimiento de la justicia será gratuito.
 6. Todas las cargas feudales, todas las tasas, los servicios de trabajo, los diezmos, etc., que anteriormente oprimían al campesinado, serán abolidos sin ninguna compensación.
 7. Todas las propiedades baronales y otras propiedades feudales, todas las minas, pozos, etc., se convertirán en propiedad del Estado. En estas propiedades se practicará la agricultura a gran escala y con las herramientas científicas más modernas en beneficio de todos.
 8. Las hipotecas sobre las granjas campesinas se declararán propiedad del Estado. Los intereses de estas hipotecas serán pagados por los campesinos al Estado.
 9. En las zonas donde se ha desarrollado el arrendamiento, la renta del suelo o el pago del arrendamiento se pagarán al Estado en concepto de impuesto.

Todas estas medidas especificadas en los puntos 6, 7, 8 y 9 se elaborarán con el fin de minimizar las cargas públicas y de otro tipo de los campesinos y pequeños arrendatarios, sin reducir los medios necesarios para cubrir los gastos públicos y sin poner en peligro la producción en sí.

10. Todos los bancos privados serán sustituidos por un banco estatal cuyos bonos tendrán carácter de moneda de curso legal.

Esta medida permitirá regular el crédito en interés de todo el pueblo y socavará así el dominio de los grandes financieros. Al sustituir gradualmente el oro y la plata por papel moneda, abaratará el instrumento indispensable del comercio burgués, el medio de intercambio universal, y

permitirá que el oro y la plata tengan un efecto exterior. En última instancia, esta medida es necesaria para vincular los intereses de la burguesía conservadora a la revolución.

11. Todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, barcos de vapor, carreteras, correos, etc., serán gestionados por el Estado. Se convertirán en propiedad estatal y se pondrán a disposición de la clase sin recursos económicos de forma gratuita.

12. En la remuneración de todos los funcionarios públicos no habrá diferencias, salvo que aquellos que tengan familia, es decir, mayores necesidades, recibirán también un salario más elevado que los demás.

13. Separación completa entre la Iglesia y el Estado. El clero de todas las confesiones solo será remunerado por sus propias congregaciones voluntarias.

14. Limitación de la herencia.

15. Introducción de impuestos fuertemente progresivos y abolición de los impuestos sobre el consumo.

16. Creación de talleres nacionales. El Estado garantizará el sustento de todos los trabajadores y proveerá a los que no puedan trabajar.

17. Educación universal y gratuita para el pueblo.

Redunda en interés del proletariado alemán, la pequeña burguesía y el campesinado trabajar con todas sus fuerzas para aplicar las medidas anteriores. Porque solo mediante la realización de estas medidas los millones de personas que hasta ahora han sido explotadas por una pequeña minoría en Alemania, y cuyos explotadores intentarán mantenerlos sometidos, obtendrán los derechos y el poder que les corresponden como creadores de toda la riqueza.

El Comité:

Karl Marx, Karl Schapper, H. Bauer, F. Engels, J. Moll, W. Wolff.

Programa del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania – Programa de Eisenach (1869)

I. El Partido Obrero Socialdemócrata persigue el establecimiento del Estado popular libre.

II. Cada miembro del Partido Obrero Socialdemócrata tiene el deber de defender con todas sus fuerzas los siguientes principios:

1. Las condiciones políticas y sociales de hoy son en sumo grado injustas y deben, por tanto, ser combatidas con la mayor energía.

2. La lucha por la emancipación de las clases trabajadoras no es una lucha por privilegios de clase y prerrogativas, sino por derechos iguales y deberes iguales y por la supresión de toda dominación de clase.

3. La dependencia económica del obrero respecto al capitalista constituye la base de toda forma de servidumbre, y por tanto el Partido Obrero Socialdemócrata se esfuerza por dar a cada trabajador el ingreso integral de su trabajo por la abolición del actual modo de producción (sistema de salario) mediante el trabajo cooperativo.

4. La libertad política es el indispensable prerequisite para la liberación económica de las clases trabajadoras. La cuestión social es por tanto inseparable de la política, estando su solución condicionada por esta última y sólo siendo posible en un Estado democrático.

5. En vista de que la emancipación política y económica de la clase obrera sólo es posible si ésta libra conjuntamente y bien unida la lucha, el Partido Obrero Socialdemócrata se da una organización unida, la cual, sin embargo, permite a cada cual hacer valer su influencia para el bien de la comunidad.

6. En vista de que la emancipación de los obreros no es una tarea ni local ni nacional, sino una tarea social que abarca a todos los países en que existe una sociedad moderna, el Partido Obrero Socialdemócrata se considera, hasta donde las leyes de asociación lo permitan, como una rama de la Asociación Internacional de los Trabajadores, adhiriéndose a sus propósitos.

III. Como reivindicaciones inmediatas en la agitación del Partido Obrero Socialdemócrata deben hacerse valer:

1. Concesión del derecho electoral general, igual, directo y secreto a todos los hombres mayores de veinte años para las elecciones al Parlamento, a los *landtags* de los diversos estados, a las asambleas provinciales y municipales así como a todos los demás cuerpos representativos. Se asegurarán sueldos suficientes a los representantes elegidos.

2. Introducción de la legislación directa (esto es, el derecho de proponer y de rechazar) por el pueblo.

3. Supresión de los privilegios de clase, de propiedad, de nacimiento y de culto.

4. Establecimiento de la milicia popular en lugar del ejército permanente.

5. Separación entre la iglesia y el Estado y entre la escuela y la iglesia.

6. Instrucción obligatoria en las escuelas populares e instrucción gratuita en todos los establecimientos de enseñanza pública.

7. Independencia de los tribunales, institución del jurado y de jurisdicciones profesionales, adopción del procedimiento público y oral y del pleito gratuito.

8. Derogación de todas las leyes sobre la prensa, el derecho de reunión y de asociación; introducción de la jornada normal de trabajo; limitación del trabajo de las mujeres y prohibición del trabajo de los niños.

9. Supresión de todos los impuestos indirectos e introducción de un impuesto único, directo y progresivo sobre la renta y la herencia.

10. Apoyo estatal al cooperativismo y crédito estatal para las cooperativas libres de producción bajo garantías democráticas.

La crítica del programa de Gotha (1875)

A mediados del siglo XIX, el movimiento obrero alemán experimentaba un proceso de reorganización y maduración política en el contexto de la consolidación del capitalismo industrial y de la unificación nacional alemana. Tras la derrota de las revoluciones de 1848 y la consolidación del poder prusiano bajo Otto von Bismarck, el socialismo alemán se encontraba dividido en dos principales corrientes: el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania (Eisenacher), fundado en 1869 bajo la influencia directa de Wilhelm Liebknecht y August Bebel y basado en los principios del marxismo, y la Asociación General de Trabajadores Alemanes (ADAV), fundada por Ferdinand Lassalle en 1863, que propugnaba una estrategia reformista y nacionalista.

En 1875, ambos grupos buscaron unificar sus fuerzas en la ciudad de Gotha, en un contexto de creciente represión estatal (las Leyes Socialistas aún no habían sido promulgadas, pero se percibía una política de control del movimiento obrero) y de necesidad de consolidar un frente común para fortalecer la representación política de la clase trabajadora. El resultado de este proceso fue el Programa de Gotha, documento fundacional del nuevo Partido Socialista Obrero de Alemania (SAPD), antecedente directo del futuro Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

La *Crítica del Programa de Gotha*, redactada por Marx en mayo de 1875 (aunque publicada póstumamente en 1891 por Engels), constituye una de las intervenciones teóricas más relevantes del marxismo en relación con la estrategia política y el horizonte comunista. En ella, Marx cuestiona duramente el eclecticismo del programa y su tendencia a diluir la teoría revolucionaria en un discurso conciliador. Critica el lassalleísmo por su fetichismo estatal y por su concepción del Estado como instrumento neutral capaz de emancipar a los trabajadores desde arriba.

La polémica en torno al *Programa de Gotha* refleja, en suma, las tensiones entre reformismo y revolución, estatismo y autogobierno proletario, así como el esfuerzo de Marx por preservar el carácter científico y emancipador del socialismo frente a las tendencias oportunistas de su tiempo. Su crítica se convirtió, con el paso de los años, en un texto de referencia fundamental para el debate sobre la estrategia socialista en Europa y sobre la naturaleza del Estado en la transición al comunismo.

Proyecto del Programa del Partido Socialista Obrero de Alemania (1875)

I. El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura, y como el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad.

En la sociedad actual, los medios de trabajo son monopolio de la clase capitalista; el estado de dependencia de la clase obrera que de esto se deriva, es la causa de la miseria y de la esclavitud en todas sus formas.

La emancipación del trabajo exige que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común de la sociedad y que todo el trabajo sea regulado colectivamente, con un reparto equitativo del fruto del trabajo.

La emancipación del trabajo tiene que ser obra de la clase obrera, frente a la cual todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria.

La clase obrera procura su emancipación, en primer término, dentro del marco del Estado nacional de hoy, consciente de que el resultado necesario de sus aspiraciones, comunes a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternización internacional de los pueblos.

II. Partiendo de estos principios, el Partido Obrero Alemán aspira, por todos los medios legales, al Estado libre y la sociedad socialista; a la abolición del sistema del salario, con su ley de bronce y la explotación bajo todas sus formas; a la supresión de toda desigualdad social y política.

III. Para preparar el camino a la solución del problema social, el Partido Obrero Alemán exige que se creen cooperativas de producción, con la ayuda del Estado bajo el control democrático del pueblo trabajador. En la industria y en la agricultura, las cooperativas de producción deberán crearse en proporciones tales, que de ellas surja la organización socialista de todo el trabajo.

El Partido Obrero Alemán reclama como base libre del Estado:

1. Derecho electoral general, igual, directo y secreto de todos los hombres mayores de 21 años de edad inclusive para todas las elecciones nacionales y municipales;

2. Legislación directa por el pueblo con derecho a proponer y rechazar;

3. Servicio militar general, milicia popular en lugar del ejército permanente. Decisión sobre la guerra y la paz por la representación popular;

4. Derogación de todas las leyes de excepción, sobre todo de las ley'es de prensa, asociación y reunión;

5. Justicia por el pueblo. Administración de la justicia con carácter gratuito.

El Partido Obrero Alemán exige, como base espiritual y moral del Estado:

1. Educación popular general e igual a cargo del Estado. Asistencia escolar obligatoria general. Instrucción gratuita.

2. Libertad de la ciencia. Libertad de conciencia.

El Partido Obrero Alemán reclama, para defender a la clase obrera contra el poder del capital dentro y fuera de la sociedad de hoy:

1. Libertad de asociación.

2. Jornada normal de trabajo y prohibición del trabajo del domingo.

3. Restricción del trabajo de la mujer y prohibición del trabajo infantil.

4. Inspección por el Estado de la industria en las fábricas, en los talleres y a domicilio.

5. Reglamentación del trabajo en las prisiones.

6. Una ley eficaz de responsabilidad por las infracciones.

Glosas marginales al programa del Partido Socialista Obrero de Alemania (1875).

Karl Marx

I

1. "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura, y *como* el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad".

Primera parte del párrafo: "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura".

El trabajo *no es la fuente* de toda riqueza. La *naturaleza* es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre. Esa frase se encuentra en todos los silabarios y sólo es cierta si se *sobreentiende* que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos y medios. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas *condiciones* sin las cuales no tienen ningún sentido. En la medida en que el hombre se sitúa de antemano como propietario frente a la naturaleza, primera fuente de todos los medios y objetos de trabajo, y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso, y, por tanto, en fuente de riqueza. Los burgueses tienen razones muy fundadas para atribuir al trabajo una *fuerza creadora sobrenatural*; pues precisamente del hecho de que el trabajo esta condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo, tiene que ser, necesariamente, en todo estado social y de civilización, esclavo

de otros hombres, quienes se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Y no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir, más que con su permiso.

Pero, dejemos la tesis, tal como está, o mejor dicho, tal como viene renqueando. ¿Qué conclusión habría debido sacarse de ella? Evidentemente, ésta:

"Como el trabajo es la fuente de toda riqueza, nadie en la sociedad puede adquirir riqueza que no sea producto del trabajo. Si, por tanto, no trabaja él mismo, es que vive del trabajo ajeno y adquiere también su cultura a costa del trabajo de otros".

En vez de esto, se añade a la primera oración una segunda mediante la locución copulativa "*y como*", para deducir de ella, y no de la primera, la conclusión.

Segunda parte del párrafo: "El trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella".

Según la primera tesis, el trabajo era la fuente de toda riqueza y de toda cultura, es decir, que sin trabajo, no era posible tampoco la existencia de ninguna sociedad. Ahora, nos enteramos, por el contrario, de que sin sociedad no puede existir ningún trabajo "útil".

Del mismo modo hubiera podido decirse que sólo en la sociedad puede el trabajo inútil e incluso perjudicial a la comunidad convertirse en una rama industrial, que sólo dentro de la sociedad se puede vivir del ocio, etc., etc.; en una palabra, copiar aquí a todo Rousseau.

¿Y que es trabajo "útil"? No puede ser más que el trabajo que consigue el efecto útil propuesto. Un salvaje, y el hombre es un salvaje desde el momento en que deja de ser mono, que mata a un animal de una pedrada, que amontona frutos, etc., ejecuta un trabajo "útil".

Tercero. Conclusión: "Y como el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad".

¡Hermosa conclusión! Si el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto del trabajo pertenecerá a la sociedad, y el trabajador individual sólo percibirá la parte que no sea necesaria para sostener la "condición" del trabajo, que es la sociedad.

En realidad, esa tesis la han hecho valer en todos los tiempos *los defensores de todo orden social existente*. En primer lugar, vienen las pretensiones del gobierno y de todo lo que va pegado a él, pues el gobierno es el órgano de la sociedad para el mantenimiento del orden social; detrás de él, vienen las distintas clases de propiedad privada,^[i] con sus pretensiones respectivas, pues las distintas clases de propiedad privada son las bases de la sociedad,

etc. Como vemos, a estas frases huera se les puede dar las vueltas y los giros que se quiera.

La primera y la segunda parte del párrafo sólo guardarían una cierta relación razonable redactándolas así:

"El trabajo sólo es fuente de riqueza y de cultura como trabajo social", o, lo que es lo mismo, "dentro de la sociedad y a través de ella".

Esta tesis es, indiscutiblemente, exacta, pues aunque el trabajo del individuo aislado (presuponiendo sus condiciones materiales) también puede crear valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura.

Pero, igualmente indiscutible es esta otra tesis:

"En la medida en que el trabajo se desarrolla socialmente, convirtiéndose así en fuente de riqueza y de cultura, se desarrollan también la pobreza y el desamparo del que trabaja, y la riqueza y la cultura del que no lo hace".

Esta es la ley de toda la historia hasta hoy. Así, pues, en vez de los tópicos acostumbrados sobre "*el trabajo*" y "*la sociedad*", lo que procedía era señalar concretamente como, en la actual sociedad capitalista, se dan ya, al fin, las condiciones materiales, etc., que permiten y obligan a los obreros a romper esa maldición social.

Pero de hecho, todo ese párrafo, que es falso lo mismo en cuanto a estilo que en cuanto a contenido, no tiene más finalidad que la de inscribir como consigna en lo alto de la bandera del Partido el tópico lassalleano del "fruto íntegro del trabajo". Volveré más adelante sobre esto del "fruto del trabajo", el "derecho igual", etc., ya que la misma cosa se repite luego en forma algo diferente.

2. "En la sociedad actual, los medios de trabajo son monopolio de la clase capitalista; el estado de dependencia de la clase obrera que de esto se deriva, es la causa de la miseria y de la esclavitud en todas sus formas".

Así "corregida", esta tesis, tomada de los Estatutos de la Internacional, es falsa.

En la sociedad actual, los medios de trabajo son monopolio de los dueños de tierras (el monopolio de la propiedad del suelo es, incluso, la base del monopolio del capital) y de los capitalistas. Los Estatutos de la Internacional no mencionan, en el pasaje correspondiente, ni una ni otra clase de monopolistas. Hablan de "*los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida*". Esta adición: "*fuentes de vida*", señala claramente que el suelo esta comprendido entre los medios de trabajo.

Esta enmienda se introdujo porque Lassalle, por motivos que hoy son ya de todos conocidos, sólo atacaba a la clase capitalista, y no a los dueños de tierras. En Inglaterra, la mayoría de las veces el capitalista no es siquiera propietario del suelo sobre el que se levanta su fábrica.

3. "La emancipación del trabajo exige que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común de la sociedad y que todo el trabajo sea regulado colectivamente, con un reparto equitativo del fruto del trabajo".

Donde dice "que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común", debería decir, indudablemente, "se conviertan en patrimonio común". Pero esto sólo de pasada.

¿Qué es el "*fruto del trabajo*"? ¿El producto del trabajo o su valor? Y en este último caso, ¿el valor total del producto, o sólo la parte de valor que el trabajo añade al valor de los medios de producción consumidos?

Eso del "fruto del trabajo" es una idea vaga con la que Lassalle ha suplantado conceptos económicos precisos.

¿Qué es "reparto equitativo"?

¿No afirman los burgueses que el reparto actual es "equitativo"? ¿Y no es éste, en efecto, el único reparto "equitativo" que cabe, sobre la base del modo actual de producción? ¿Acaso las relaciones económicas son reguladas por los conceptos jurídicos? ¿No surgen, por el contrario, las relaciones jurídicas de las relaciones económicas? ¿No se forjan también los sectarios socialistas las más variadas ideas acerca del reparto "equitativo"?

Para saber lo que aquí hay que entender por la frase de "reparto equitativo", tenemos que cotejar este párrafo con el primero. El párrafo que glosamos supone una sociedad en la cual los "medios de trabajo son patrimonio común y todo el trabajo se regula colectivamente", mientras que en el párrafo primero vemos que "el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad".

¿"Todos los miembros de la sociedad"? ¿También los que no trabajan? ¿Dónde se queda, entonces, el "fruto íntegro del trabajo"? ¿O sólo los miembros de la sociedad que trabajan? ¿Dónde dejamos, entonces, el "derecho igual" de todos los miembros de la sociedad?

Sin embargo, lo de "todos los miembros de la sociedad" y "el derecho igual" no son, manifiestamente, más que frases. Lo esencial del asunto está en que, en esta sociedad comunista, todo obrero debe obtener el "fruto íntegro del trabajo" lassalleano.

Tomemos, en primer lugar, las palabras "el fruto del trabajo" en el sentido del producto del trabajo; entonces, el fruto del trabajo colectivo será *la totalidad del producto social*.

Ahora, de aquí hay que deducir:

Primero: una parte para reponer los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para ampliar la producción.

Tercero: el fondo de reserva o de seguro contra accidentes, trastornos debidos a fenómenos naturales, etc.

Estas deducciones del "fruto íntegro del trabajo" constituyen una necesidad económica, y su magnitud se determinará según los medios y fuerzas existentes, y en parte, por medio del cálculo de probabilidades, pero de ningún modo puede calcularse partiendo de la equidad.

Queda la parte restante del producto total, destinada a servir de medios de consumo.

Pero, antes de que esta parte llegue al reparto individual, de ella hay que deducir todavía:

Primero: los gastos generales de administración, no concernientes[iii] a la producción.

Esta parte será, desde el primer momento, considerablemente reducida en comparación con la sociedad actual, e irá disminuyendo a medida que la nueva sociedad se desarrolle.

Segundo: la parte que se destine a satisfacer necesidades colectivas, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc.

Esta parte aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando en la medida en que la nueva sociedad se desarrolle.

Tercero: los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etc.; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia oficial.

Sólo después de esto podemos proceder al "reparto", es decir, a lo único que, bajo la influencia de Lassalle y con una concepción estrecha, tiene presente el programa, es decir, a la parte de los medios de consumo que se reparte entre los productores individuales de la colectividad.

El "fruto íntegro del trabajo" se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el "fruto parcial", aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembros de la sociedad.

Y así como se ha evaporado la expresión "el fruto íntegro del trabajo", se evapora ahora la expresión "el fruto del trabajo" en general.

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión "el fruto del trabajo", ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad -- después de hechas las obligadas deducciones -- exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de esta bajo otra distinta.

Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el *mismo rasero*: por el trabajo.

Pero unos individuos son superiores, física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este *derecho igual* es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna

distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un trabajador como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes individuales[iv], y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad.* El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les coloque bajo un mismo punto de vista y se les mire solamente en un aspecto determinado; por ejemplo, en el caso dado, *sólo en cuanto obreros*, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: un obrero está casado y otro no; uno tiene más hijos que otro, etc., etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, uno obtiene de hecho más que otro, uno es más rico que otro, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!

Me he extendido sobre el "fruto íntegro del trabajo", de una parte, y de otra, sobre "el derecho igual" y "el reparto equitativo", para demostrar en qué grave falta se incurre, de un lado, cuando se quiere volver a imponer a nuestro Partido como dogmas ideas que, si en otro tiempo tuvieron un sentido, hoy ya no son más que tópicos en desuso, y, de otro, cuando se tergiversa la concepción realista -- que tanto esfuerzo ha costado inculcar al Partido, pero que hoy está ya enraizada -- con patrañas ideológicas, jurídicas y de otro género, tan en boga entre los demócratas y los socialistas franceses.

Aun prescindiendo de lo que queda expuesto, es equivocado, en general, tomar como esencial la llamada *distribución* y poner en ella el acento principal.

La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y ésta es una característica del modo mismo de producción. Por ejemplo, el modo capitalista de producción descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa sólo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones materiales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría, por sí solo, una distribución de los medios de consumo distinta de la actual. El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción, y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución. Una vez que esta dilucidada, desde hace ya mucho tiempo, la verdadera relación de las cosas, ¿por qué volver a marchar hacia atrás?

4. "La emancipación del trabajo tiene que ser obra de la clase obrera, frente a la cual todas las demás clases no forman más que *una masa reaccionaria*".

La primera estrofa está tomada del preámbulo de los Estatutos de la Internacional, pero "corregida". Allí se dice: "La emancipación de la clase obrera tiene que ser obra de los obreros mismos"; aquí, por el contrario, "la clase obrera" tiene que emancipar, ¿a quién?, "al trabajo". ¡Entiéndalo quien pueda!

Para indemnizarnos, se nos da, a título de antistrofa, una cita lassalleana del más puro estilo: "frente a la cual (a la clase obrera) todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria".

En el *Manifiesto Comunista* se dice: "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase *verdaderamente revolucionaria*. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar".

Aquí, se considera a la burguesía como una clase revolucionaria (vehículo de la gran industria), frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquéllos y éstas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por formas caducas de producción. No forman, por tanto, *juntamente* con la *burguesía*, una masa reaccionaria.

Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el *Manifiesto* añade que las "capas medias... se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado".

Por tanto, desde este punto de vista, es también absurdo decir que frente a la clase obrera "no forman más que una masa reaccionaria", juntamente con la burguesía e incluso con los señores feudales.

¿Es que en las últimas elecciones [I] se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales, etc., y a los *campesinos*: Frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?

Lassalle se sabía de memoria el *Manifiesto Comunista*, como sus devotos se saben los evangelios compuestos por él. Así, pues, cuando lo falsificaba tan burdamente, no podía hacerlo más que para cohonestar su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía.

Por lo demás, en el párrafo que acabamos de citar, esta sentencia lassalleana está traída por los pelos y no guarda ninguna relación con la manoseada cita de los Estatutos de la Internacional. El traerla aquí, es sencillamente una impertinencia, que seguramente no le desagradará, ni mucho menos, al señor Bismarck; una de esas impertinencias baratas en que es especialista el Marat de Berlín [II].

5. "La clase obrera procura su emancipación, en primer término, *dentro del marco del Estado nacional de hoy*, consciente de que el resultado necesario de sus aspiraciones, comunes a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternización internacional de los pueblos".

Por oposición al *Manifiesto Comunista* y a todo el socialismo anterior, Lassalle concebía el movimiento obrero desde el punto de vista nacional más estrecho. ¡Y, después de la actividad de la Internacional, aún se siguen sus huellas en este camino!

Naturalmente, la clase obrera, para poder luchar, tiene que organizarse *como clase* en su propio país, ya que éste es la palestra inmediata de su lucha. En este sentido, su lucha de clases es nacional, no por su contenido, sino, como dice el *Manifiesto Comunista*, "por su forma". Pero "el marco del Estado nacional de hoy", por ejemplo, del imperio alemán, se halla a su vez, económicamente, "dentro del marco" del mercado mundial, y políticamente, "dentro del marco" de un sistema de Estados. Cualquier comerciante sabe que el comercio alemán es, al mismo tiempo, comercio exterior, y la

grandeza del señor Bismarck reside precisamente en algún tipo de política internacional.

¿Y a qué reduce su internacionalismo el Partido Obrero Alemán? A la conciencia de que el resultado de sus aspiraciones "será *la fraternización internacional de los pueblos*", una frase tomada de la Liga burguesa por la Paz y la Libertad [III], que se quiere hacer pasar como equivalente de la fraternidad internacional de las clases obreras, en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos. ¡*De los deberes internacionales* de la clase obrera alemana no se dice, por tanto, ni una palabra! ¡Y esto es lo que la clase obrera alemana debe contraponer a su propia burguesía, que ya fraterniza contra ella con los burgueses de todos los demás países, y a la política internacional de conspiración [IV] del señor Bismarck!

La profesión de fe internacionalista del programa queda, en realidad, *infinitamente por debajo* de la del partido librecambista. También éste afirma que el resultado de sus aspiraciones será "la fraternización internacional de los pueblos". Pero, además, *hace* algo por internacionalizar el comercio, y no se contenta, ni mucho menos, con la conciencia de que todos los pueblos comercian dentro de su propio país.

La acción internacional de las clases obreras no depende, en modo alguno, de la existencia de la "*Asociación Internacional de los Trabajadores*". Esta fue solamente un primer intento de crear para aquella acción un órgano central; un intento que, por el impulso que dio, ha tenido una eficacia perdurable, pero que en su *primera forma histórica* no podía prolongarse después de la caída de la Comuna de París.

La Norddeutsche de Bismarck tenía sobrada razón cuando, para satisfacción de su dueño, proclamó que, en su nuevo programa, el Partido Obrero Alemán renegaba del internacionalismo[5].

[I] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, se lee: propietarios privados.

[II] En la misma edición se lee: maldición histórica.

[III] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, se agrega: directamente.

[IV] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, se agrega: de los trabajadores.

II

"Partiendo de estos principios, el Partido Obrero Alemán aspira, por todos los medios legales, al *Estado libre* y la sociedad socialista; a la abolición del

sistema del salario, con su *ley de bronce* y la explotación bajo todas sus formas; a la supresión de toda desigualdad social y política".

Sobre lo del Estado "libre", volveré más adelante.

Así, pues, de aquí en adelante, el Partido Obrero Alemán ¡tendrá que creer en la "ley de bronce del salario" lassalleana! Y para que esta "ley" no vaya a perderse, se comete el absurdo de hablar de "abolición del sistema del salario" (debería decirse: sistema del trabajo asalariado), con "su ley de bronce". Si suprimo el trabajo asalariado, suprimo también, evidentemente, sus leyes, sean de "bronce" o de corcho. Pero la lucha de Lassalle contra el trabajo asalariado, gira casi exclusivamente en torno a esa llamada ley. Por tanto, para demostrar que la secta de Lassalle ha triunfado, hay que abolir "el sistema del salario, *con su ley de bronce*", y no sin ella.

De la "ley de bronce del salario" no pertenece a Lassalle, como es sabido, más que la expresión "de bronce", copiada de las "*ewigen, ehernen grossen Gesetzen*" ("las leyes eternas, las grandes leyes de bronce"), de Goethe. La expresión "de bronce" es la contraseña por la que los creyentes ortodoxos se reconocen. Y si admito la ley con el cuño de Lassalle, y por tanto en el sentido lassalleano, tengo que admitirla también con su fundamentación. ¿Y cuál es ésta? Es, como ya señaló Lange poco después de la muerte de Lassalle, la teoría malthusiana de la población (predicada por el propio Lange)[8][8]. Pero, si esta teoría es exacta, la mentada ley *no* la podré abolir tampoco, aunque suprima yo cien veces el trabajo asalariado, porque esta ley no regirá solamente para el sistema del salario, sino para *todo* sistema social. ¡Apoyándose precisamente en esto, los economistas han venido demostrando, desde hace cincuenta años y aún más, que el socialismo no puede acabar con la miseria, *determinada por la misma naturaleza*, sino sólo *generalizarla*, repartirla por igual sobre toda la superficie de la sociedad!

Pero todo esto no es lo fundamental. *Aun prescindiendo plenamente* de la *falsa* concepción lassalleana de esta ley, el retroceso verdaderamente indignante consiste en lo siguiente:

Después de la muerte de Lassalle, se había abierto paso en *nuestro* Partido la concepción científica de que *el salario* no es lo que *parece* ser, es decir, el *valor*, o *el precio del trabajo*, sino sólo una forma disfrazada del *valor*, o *del precio de la fuerza de trabajo*. Con esto, se había echado por la borda, de una vez para siempre, tanto la vieja concepción burguesa del salario, como toda crítica dirigida hasta hoy contra esta concepción, y se había puesto en claro que el obrero asalariado sólo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir, a *vivir*, en la medida en que trabaja gratis durante cierto tiempo para el capitalista (y, por tanto, también para sus cobeneficiarios en cuanto a la plusvalía); que todo el sistema de producción capitalista gira en

torno a la prolongación de este trabajo gratuito alargando la jornada de trabajo o desarrollando la productividad, o sea, acentuando la tensión de la fuerza de trabajo, etc.; que, por tanto, el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, una esclavitud que se hace más dura a medida que se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, esté el obrero mejor o peor remunerado. Y cuando esta concepción viene ganando cada vez más terreno en el seno de nuestro Partido, ¡se retrocede a los dogmas de Lassalle, a pesar de que hoy ya nadie puede ignorar que Lassalle *no sabía* lo que era el salario, sino que, yendo a la zaga de los economistas burgueses, tomaba la apariencia por la esencia de la cosa!

Es como si, entre esclavos que al fin han descubierto el secreto de la esclavitud y se alzan en rebelión contra ella, viniese un esclavo fanático de las ideas anticuadas y escribiese en el programa de la rebelión: ¡la esclavitud debe ser abolida porque el sustento de los esclavos, dentro del sistema de la esclavitud, no puede pasar de un cierto límite, sumamente bajo!

El mero hecho de que los representantes de nuestro Partido fuesen capaces de cometer un atentado tan monstruoso contra una concepción tan difundida entre la masa del Partido, prueba por sí solo la ligereza criminal, la falta de escrúpulos con que ellos han acometido la redacción de este programa de transacción.

En vez de la vaga frase final del párrafo: "la supresión de toda desigualdad social y política", lo que debiera haberse dicho es que con la abolición de las diferencias de clase, desaparecen por sí mismas las desigualdades sociales y políticas que de ellas emanan.

III

"Para *preparar el camino a la solución del problema social*, el Partido Obrero Alemán exige que se creen cooperativas de producción, *con la ayuda del Estado bajo el control democrático del pueblo trabajador*. En la industria y en la agricultura, las cooperativas de producción deberán crearse en proporciones tales, *que de ellas surja la organización socialista de todo el trabajo*".

Después de la "ley de bronce" de Lassalle, viene la panacea del profeta. Y se le "prepara el camino" de un modo digno. La lucha de clases existente es sustituida por una frase de periodista: "*el problema social*", para cuya "*solución*" se "prepara el camino". La "organización socialista de todo el trabajo" no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que "surge" de "la ayuda del Estado", ayuda que el Estado presta a las cooperativas de producción "*creadas*" por *él* y no por los obreros. ¡Es digno de la fantasía de Lassalle eso de que con empréstitos del Estado se puede construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril!

Por un resto de pudor, se coloca "la ayuda del Estado" bajo el control democrático del "pueblo trabajador".

Pero, en primer lugar, el "pueblo trabajador", en Alemania, está compuesto, en su mayoría, por campesinos, y no por proletarios.

En segundo lugar, "democrático" quiere decir en alemán "gobernado por el pueblo" ("*volksherrschaftlich*"). ¿Y qué es eso del "control gobernado por el pueblo del pueblo trabajador"? Y, además, tratándose de un pueblo trabajador que, por el mero hecho de plantear estas reivindicaciones al Estado, exterioriza su plena conciencia de que ¡ni está en el Poder ni se halla maduro para gobernar!

Huelga entrar aquí en la crítica de la receta prescrita por Buchez, bajo el reinado de Luis Felipe, por oposición a los socialistas franceses, y aceptada por los obreros reaccionarios del *Atelier*. Lo verdaderamente escandaloso no es tampoco el que se haya llevado al programa esta cura milagrosa específica, sino el que se abandone simplemente el punto de vista del movimiento de clases, para retroceder al del movimiento de sectas.

El que los obreros quieran establecer las condiciones de producción colectiva en toda la sociedad y ante todo en su propio país, en una escala nacional, sólo quiere decir que laboran por subvertir las actuales condiciones de producción, y eso nada tiene que ver con la fundación de sociedades cooperativas con la ayuda del Estado. Y, por lo que se refiere a las sociedades cooperativas actuales, éstas sólo tienen valor en cuanto son creaciones independientes de los propios obreros, no protegidas ni por los gobiernos ni por los burgueses.

IV

Y ahora voy a referirme a la parte democrática.

A. "*Base libre del Estado*".

Ante todo, según el capítulo II, el Partido Obrero Alemán aspira "al Estado libre".

¿Qué es el Estado libre?

De ningún modo es propósito de los obreros, que se han librado de la estrecha mentalidad del humilde súbdito, hacer libre al Estado. En el imperio alemán, el "Estado" es casi tan "libre" como en Rusia. La libertad consiste en convertir al Estado de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella, y las formas de Estado siguen siendo hoy más o menos libres en la medida en que limitan la "libertad del Estado".

El Partido Obrero Alemán, al menos, si hace suyo este programa, demuestra cómo las ideas del socialismo no le calan siquiera la piel; ya que,

en vez de tomar a la sociedad existente (y lo mismo podemos decir de cualquier sociedad en el futuro) como *base del Estado* existente (o del futuro, para una sociedad futura), considera más bien al Estado como un ser independiente, con sus propios "*fundamentos espirituales, morales y liberales*".

Y además, ¡qué decir del burdo abuso que hace el programa de las palabras "*Estado actual*", "*sociedad actual*" y de la incomprensión más burda todavía que manifiesta acerca del Estado, al que dirige sus reivindicaciones!

La "sociedad actual" es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por el específico desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el "Estado actual" varía con las fronteras nacionales. En el imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza, en Inglaterra, otro que en los Estados Unidos. "El Estado actual" es, por tanto, una ficción.

Sin embargo, los distintos Estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen de común el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros, en el sentido capitalista. En este sentido puede hablarse del "Estado actual", por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido.

Cabe, entonces, preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el régimen estatal en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra pueblo y la palabra Estado, no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*.

Pero el programa no se ocupa de esta última, ni del futuro régimen estatal de la sociedad comunista.

Sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja[I] y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo, etc. Son un simple eco del Partido Popular burgués, de la Liga por la Paz y la Libertad. Son, todas ellas, reivindicaciones que, cuando no están exageradas hasta verse convertidas en ideas fantásticas, están ya *realizadas*. Sólo que el Estado que las ha puesto en práctica no cae dentro de las fronteras del imperio alemán, sino en Suiza, en los Estados Unidos, etc. Esta

especie de "Estado del futuro" es ya *Estado actual*, aunque existente fuera "del marco" del imperio alemán.

Pero, se ha olvidado una cosa. Ya que el Partido Obrero Alemán declara expresamente que actúa dentro del "Estado nacional de hoy", es decir, dentro de *su propio* Estado, del imperio prusiano-alemán (de otro modo, sus reivindicaciones serían, en su mayor parte, absurdas, pues sólo se exige lo que no se tiene), no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas estas lindas menudencias tienen por base el reconocimiento de la llamada soberanía del pueblo, y que, por tanto, sólo caben en una *república democrática*.

Y si no se tiene el valor [II], lo cual es muy cuerdo, pues la situación exige prudencia, de exigir la república democrática, como lo hacían los programas obreros franceses bajo Luis Felipe y bajo Luis Napoleón, no debía haberse recurrido al ardid, que ni es "honrado" ni es digno, de exigir cosas que sólo tienen sentido en una república democrática a un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policíaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía; ¡y, encima, asegurar a este Estado que uno se imagina poder conseguir eso de él "por medios legales"!

Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de Estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases; hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica.

Que por "Estado" se entiende, en realidad, la máquina de gobierno, o el Estado en cuanto, por efecto de la división del trabajo, forma un organismo propio, separado de la sociedad, lo indican ya estas palabras: "el Partido Obrero Alemán exige *como base económica del Estado*: un impuesto único y progresivo sobre la renta", etc. Los impuestos son la base económica de la máquina de gobierno, y nada más. En el Estado del futuro, existente ya en Suiza, esta reivindicación está casi realizada. El impuesto sobre la renta presupone las diferentes fuentes de ingresos de las diferentes clases sociales, es decir, la sociedad capitalista. No tiene, pues, nada de extraño que los Financial-Reformers [III] de Liverpool (burgueses, con el hermano de Gladstone al frente) planteen la misma reivindicación que el programa.

B. "El Partido Obrero Alemán exige, como base espiritual y moral del Estado:

1. *Educación popular general e igual* a cargo del Estado. Asistencia escolar obligatoria general. Instrucción gratuita".

¿*Educación popular igual*? ¿Qué se entiende por esto? ¿Se cree que en la sociedad actual (que es de la única de que puede tratarse), la educación puede ser *igual* para todas las clases? ¿O lo que se exige es que también las clases altas sean obligadas por la fuerza a conformarse con la modesta educación que da la escuela pública, la única compatible con la situación económica, no sólo del obrero asalariado, sino también del campesino?

"Asistencia escolar obligatoria para todos. Instrucción gratuita". La primera existe ya, incluso en Alemania; la segunda, en Suiza y en los Estados Unidos, en lo que a las escuelas públicas se refiere. El que en algunos estados de este último país sean "gratuitos" también centros de instrucción superior, sólo significa, en realidad, que allí a las clases altas se les pagan sus gastos de educación a costa del fondo de los impuestos generales. Y, dicho sea incidentalmente, esto puede aplicarse también a la "administración de justicia con carácter gratuito" de que se habla en el punto A, 5 del programa. La justicia en lo criminal es gratuita en todas partes; la justicia civil gira casi exclusivamente en torno a los pleitos sobre la propiedad y afecta, por tanto, casi únicamente a las clases poseedoras. ¿Se pretende que éstas ventilen sus pleitos a costa del Tesoro público?

El párrafo sobre las escuelas debería exigir, por lo menos, escuelas técnicas (teóricas y prácticas), combinadas con las escuelas públicas.

Eso de "*educación popular a cargo del Estado*" es absolutamente inadmisibile. ¡Una cosa es determinar, por medio de una ley general, los recursos de las escuelas públicas, las condiciones de capacidad del personal docente, las materias de enseñanza, etc., y, como se hace en los Estados Unidos, velar por el cumplimiento de estas prescripciones legales mediante inspectores del Estado, y otra cosa completamente distinta es nombrar al Estado educador del pueblo! Lo que hay que hacer es más bien substraer la escuela a toda influencia por parte del gobierno y de la Iglesia. Sobre todo en el imperio prusiano-alemán (y no vale salirse con el torpe subterfugio de que se habla de un "Estado futuro"; ya hemos visto lo que es éste), donde es, por el contrario, el Estado el que necesita recibir del pueblo una educación muy severa.

Pese a todo su cascabeleo democrático, el programa está todo él infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lassalleana en el Estado; o, lo que no es nada mejor, de la superstición democrática; o es más bien un compromiso entre estas dos supersticiones igualmente lejanas del socialismo.

"*Libertad de la ciencia*"; la estatuye ya un párrafo de la Constitución prusiana. ¿Para qué, pues, traer esto aquí?

"*¡Libertad de conciencia!*" Si, en estos tiempos del *Kulturkampf*, se quería recordar al liberalismo sus viejas con signas, sólo podía hacerse, naturalmente, de este modo: todo el mundo tiene derecho a satisfacer sus necesidades físicas [IV], sin que la policía tenga que meter las narices en ello. Pero el Partido Obrero, aprovechando la ocasión, tenía que haber expresado aquí su convicción de que "la libertad de conciencia" burguesa se limita a tolerar cualquier género de *libertad de conciencia religiosa*, mientras que él aspira, por el contrario, a liberar la conciencia de todo fantasma religioso. Pero, se ha preferido no sobrepasar el nivel "burgués".

Y con esto, llego al final, pues el apéndice que viene después del programa, no constituye una parte característica del mismo. Por tanto, procuraré ser muy breve.

2. "*Jornada normal de trabajo*".

En ningún otro país se limita el partido obrero a formular una reivindicación tan vaga, sino que fija siempre la duración de la jornada de trabajo que, bajo las condiciones concretas, se considera normal.

3. "Restricción del trabajo de la mujer y prohibición del trabajo infantil".

La reglamentación de la jornada de trabajo debe incluir ya la restricción del trabajo de la mujer, en cuanto se refiere a la duración, descansos, etc., de la jornada; de no ser así, sólo puede significar la exclusión del trabajo de la mujer de las ramas de producción que son especialmente nocivas para el organismo femenino o inconvenientes, desde el punto de vista moral, para este sexo. Si es esto lo que se ha querido decir, debió haberse dicho.

"*Prohibición del trabajo infantil*". Aquí, era absolutamente necesario señalar el límite de la edad.

La *prohibición general* del trabajo infantil es incompatible con la existencia de la gran industria y, por tanto, un piadoso deseo, pero nada más. El poner en práctica esta prohibición, suponiendo que fuese factible, sería reaccionario, ya que, reglamentada severamente la jornada de trabajo según las distintas edades y aplicando las demás medidas preventivas para la protección de los niños, la combinación del trabajo productivo con la enseñanza desde una edad temprana es uno de los más potentes medios de transformación de la sociedad actual.

4. "Inspección por el Estado de la industria en las fábricas en los talleres y a domicilio".

Tratándose del Estado prusiano-alemán, debió exigirse, taxativamente, que los inspectores sólo pudieran ser destituidos por sentencia judicial; que

todo obrero pudiera denunciarlos a los tribunales por transgresiones en el cumplimiento de su deber; y que perteneciesen a la profesión médica.

5. "Reglamentación del trabajo en las prisiones".

Mezquina reivindicación, en un programa general obrero. En todo caso, debió proclamarse claramente que no se quería, por celos de competencia, ver tratados a los delincuentes comunes como a bestias, y, sobre todo, que no se les quería proporcionar el medio de corregirse: el trabajo productivo. Era lo menos que podía esperarse de socialistas.

6. "Una ley eficaz de responsabilidad por las infracciones".

Había que haber dicho qué se entiende por ley "eficaz" de responsabilidad por las infracciones.

Diremos de paso que, al hablar de la jornada normal de trabajo, no se ha tenido en cuenta la parte de la legislación fabril que se refiere a las medidas sanitarias y medios de protección contra los accidentes, etc. La ley de responsabilidad por las infracciones sólo entra en acción después de infringidas estas prescripciones.

En una palabra, también el apéndice se distingue por su descuidada redacción.

Dixi et salvavi animam meam. [V]

[I] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, no aparece la palabra "vieja".

[II] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, se lee: si no se está en condiciones.

[III] Partidarios de la reforma financiera.

[IV] En la edición alemana de *Obras Completas* de Marx y Engels, t. XIX, se lee: satisfacer sus necesidades religiosas lo mismo que sus necesidades corporales, sin que la policía tenga que meter sus narices.

[V] He dicho y salvado mi alma.

Programa del Partido Obrero Francés (1880)

El *Programa del Parti Ouvrier Français*, redactado por Karl Marx en 1880 a solicitud de Jules Guesde y Paul Lafargue, constituye un hito en la formulación del socialismo científico dentro del movimiento obrero europeo. Surge en un contexto de reorganización de la clase trabajadora francesa tras la derrota de la Comuna de París (1871) y en un momento de expansión del capitalismo industrial y consolidación de la Tercera República. El texto busca ofrecer una base programática clara para unificar a los trabajadores en torno a objetivos políticos y económicos inspirados en la teoría marxista, distinguiéndose de las tendencias reformistas y proudhonianas aún influyentes en Francia.

El programa combina un mínimo —reivindicaciones inmediatas como la reducción de la jornada laboral, la instrucción gratuita, el derecho de asociación o el armamento general del pueblo— con un máximo —la apropiación colectiva de los medios de producción y la emancipación humana—, esquema que influirá posteriormente en numerosos partidos socialistas europeos. Aunque Marx mismo lo consideraba un texto de compromiso, su participación garantizó una orientación de clase y una crítica al Estado burgués y a la explotación capitalista.

Considerando,

-Que la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin

distinción de sexo o raza.

-Que los productores sólo podrán ser libres cuando posean los medios de producción (tierra, fábricas, barcos, bancos, créditos, etc.).

-Que sólo hay dos formas bajo las que los medios de producción pueden pertenecerles:

1.- La forma individual, que nunca ha existido de hecho de forma generalizada y que está siendo eliminada cada vez más por el progreso industrial.

2.- La forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales están constituidos por el propio desarrollo de la sociedad capitalista.

Considerando,

-Que esta apropiación colectiva sólo puede alcanzarse con la acción revolucionaria de la clase productiva (o proletaria) organizada en un partido político diferenciado del resto de partidos.

-Que debe intentarse alcanzar tal organización por todos los medios a disposición del proletariado, incluyendo el sufragio universal, transformado, de un instrumento de engaño como hasta ahora ha sido, en un instrumento de emancipación.

Los trabajadores socialistas franceses, con el objetivo de expropiar política y económicamente a la clase capitalista y devolver todos los medios de producción a la colectividad, han decidido, como medio de organización y lucha, presentarse a las elecciones con las siguientes reivindicaciones inmediatas:

a) Parte política

1.- Abolición de todas las leyes de prensa, reunión y asociación y, en particular, de la ley contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Eliminación de la cartilla del obrero, ese mapeo de control de la clase obrera y de todos los artículos del Código que establecen la inferioridad de la mujer respecto al hombre.

2.- Abolición del presupuesto para el culto religioso y devolución a la nación de los “bienes muebles e inmuebles conocidos como de manos muertas, pertenecientes a corporaciones religiosas” (decreto de la Comuna del 2 de abril de 1871), incluyendo todos los anejos industriales y comerciales de estas corporaciones.

3.- Anulación de la Deuda Pública.

4.- Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.

5.- Ayuntamientos dueños de su administración y de su policía.

b) Parte económica

1.- Descanso de un día a la semana o prohibición legal a los empleadores de hacer trabajar más de seis días a la semana. Reducción legal de la jornada laboral a ocho horas para los adultos. Prohibición del trabajo infantil en talleres privados para menores de 14 años y reducción de la jornada laboral a seis horas para los de 14 a 18 años.

2.- Vigilancia protectora de los aprendices por parte de las asociaciones de obreros.

3.- Salario mínimo legal determinado anualmente, y basado en el precio local de los alimentos, por una comisión de estadística obrera.

4.- Prohibición legal de que los empleadores contraten a obreros extranjeros con un salario inferior al de los obreros franceses.

5.- Igualdad de salario por el mismo trabajo para los obreros de ambos sexos.

6.- Educación científica y profesional para todos los niños, cuyo mantenimiento correrá a cargo de la sociedad representada por el estado o el municipio.

7.- Asunción por la sociedad de las personas mayores y las discapacitadas para el trabajo.

8.- Eliminación de cualquier interferencia de los empleadores en la administración de la ayuda mutua de los obreros, fondos de previsión, etc., que serán devueltos a la gestión exclusiva de los obreros.

9.- Responsabilidad del empresario en caso de accidente garantizada por una fianza entregada por el empresario a los fondos de los obreros y proporcional al número de obreros empleados y a los peligros que represente el sector.

10.- Intervención de los obreros en los reglamentos especiales de los distintos talleres, abolición del derecho, usurpado por la patronal, de imponer a sus obreros cualquier sanción en forma de multas o deducciones salariales (Decreto de la Comuna del 27 de abril de 1871).

11.- Anulación de todos los contratos que hayan enajenado bienes públicos (bancos, ferrocarriles, minas, etc.) y funcionamiento de todos los talleres del estado confiado a los obreros que trabajen en ellos.

12.- Supresión de todos los impuestos indirectos y transformación de todos los impuestos directos en un impuesto progresivo sobre las rentas superiores a 3.000 francos suizos.

Eliminación de la herencia de línea colateral y de cualquier herencia de línea directa que supere los 20.000 francos suizos.

El debate sobre el programa de Erfurt (1891)

El *Programa de Erfurt*, aprobado en 1891, marcó una etapa decisiva en la evolución del socialismo alemán. Surgió tras la derogación de las *Leyes Antisocialistas* de Bismarck (1878-1890), que durante más de una década habían reprimido al movimiento obrero y prohibido sus organizaciones. En ese nuevo contexto de apertura política, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), heredero del Partido Socialista Obrero fundado en Gotha, se consolidó como una fuerza de masas con representación parlamentaria y creciente influencia sindical. El programa, redactado principalmente por Karl Kautsky (en su parte teórica) y Eduard Bernstein (en su parte práctica), buscó articular una síntesis entre los principios marxistas y una estrategia política orientada a la conquista del poder.

No obstante, Friedrich Engels, ya anciano, pero todavía intelectualmente activo, criticó varios aspectos del proyecto en su *Carta a Kautsky sobre el borrador del Programa de Erfurt* (1891). Engels consideró que el texto tendía al reformismo al omitir la necesidad de la revolución proletaria y al subestimar el papel del Estado como instrumento de dominación de clase. Su intervención pretendía salvaguardar el carácter revolucionario del marxismo frente a la creciente tendencia a la adaptación parlamentaria. La crítica de Engels, en este sentido, anticipó los debates posteriores entre ortodoxia y revisionismo dentro del socialismo europeo.

Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata (1891)

Friedrich Engels

El proyecto actual se distingue muy ventajosamente del programa anterior. Los numerosos restos de una vieja tradición —tanto la específicamente lassalleana, como la socialista vulgar— han sido eliminados en lo fundamental; desde el punto de vista teórico, el proyecto ha sido redactado, en conjunto, sobre la base de la ciencia actual, lo que hace posible discutirlo sobre dicha base.

El proyecto se divide en tres partes: I. Exposición de los motivos. II. Reivindicaciones políticas. III. Reivindicaciones concernientes a la protección de los obreros.

I. EXPOSICIÓN DE LOS MOTIVOS EN DIEZ PÁRRAFOS

Hablando en términos generales, esta parte adolece del defecto de que trata de conciliar dos cosas inconciliables: servir de programa y, a la vez, de *comentarios* de ese programa. Se tiene miedo de no quedar bastante claro si se escriben fórmulas breves y convincentes, por cuya razón se insertan comentarios que hacen la exposición larga y locuaz. A mi modo de ver, el programa debe ser lo más breve y preciso posible. Poco importa incluso que se encuentre alguna vez una palabra extranjera o una frase cuyo sentido no se capte íntegramente de golpe. En este caso, la lectura pública en las reuniones y explicación escrita en la prensa harán lo necesario, con lo cual, la frase corta y expresiva, una vez comprendida, se graba en la memoria y se convierte en consigna, lo que jamás ocurre con una explicación más larga. No se pueden hacer demasiadas concesiones en aras de la popularidad; no se deben subestimar las facultades intelectuales y el grado de cultura de muchos obreros, ya que han comprendido cosas mucho más difíciles que lo que les puede presentar el programa más conciso y más corto; y si el período de la ley de excepción contra los socialistas [3] hizo más difícil y, en algunos lugares, impidió por entero la propagación de conocimientos universales entre las masas recién conquistadas, bajo la dirección de los viejos, será ahora fácil de recuperar lo perdido, ya que se puede otra vez guardar y leer libremente nuestras publicaciones propagandísticas.

Procuraré exponer de una manera más breve todo ese apartado y, si me resulta, lo adjuntaré a la carta o lo más mandaré más tarde. Por el momento pasaré a los artículos, uno por uno, desde el 1 hasta el 10.

Párrafo 1.- La «separación», etc. *Bergwerke, Gruben, Minen* [minas], tres palabras para designar una misma cosa; habría que suprimir dos. Yo dejaría *Bergwerke*, que es el nombre que se emplea entre nosotros incluso cuando se hallan en la llanura más llana, y designaría todo con la expresión más usual. En cambio, añadiría: «*ferrocarriles y otros medios de comunicación*».

Párrafo 2.- Aquí yo incluiría: «En las manos de *sus acaparadores* (o de *sus propietarios*), los medios de trabajo *de la sociedad*» y más abajo, «la dependencia.... de los *propietarios* (o *acaparadores*) de los medios de trabajo», etc.

La afirmación de que esos señores han hecho de todo eso su «propiedad *individual*» figura ya en el artículo primero, y aquí se repite con el único fin de introducir la palabra «monopolista». Pero ni una ni otra palabra añade en absoluto al sentido. Y lo que sobra en un programa no hace más que debilitarlo.

«Los medios de trabajo *necesarios* para la *existencia* de la sociedad»

son siempre precisamente los que existen a la sazón. Antes de inventarse la máquina a vapor se prescindía de ella; ahora eso sería imposible. Por cuanto hoy día todos los medios de trabajo, directa o indirectamente, ya sea por su naturaleza técnica, ya por la división social del trabajo, son todos *medios de trabajo sociales*, estas últimas tres palabras expresan suficientemente, de una manera clara y sin equívocos, lo que existe en cada momento.

Si el final de este punto ha sido tomado de la exposición de los motivos de los Estatutos de la Internacional, yo preferiría que se tomase *enteramente*: «miseria social (es el Nº1), degradación intelectual y dependencia política» [*]. La decadencia física entra en el concepto de miseria social, y la *dependencia* política es un hecho, mientras que la *privación de los derechos políticos* no es más que una frase declamatoria de valor completamente relativo, por cuya razón no cabe en un programa.

Párrafo 3.- A mi modo de ver, hay que cambiar la primera frase.

«Bajo la *dominación de los propietarios individuales*».

En primer lugar, lo que se dice a continuación es un hecho económico, que hay que explicar desde el punto de vista económico. Ahora bien, la expresión «*dominación de los propietarios individuales*» crea la falsa impresión de que es un efecto de la *dominación política* de esa banda de salteadores. En segundo lugar, los propietarios individuales no incluyen sólo a «los capitalistas y los grandes propietarios de tierras» (¿a qué vienen aquí los «burgueses»? ¿Constituyen una tercera clase de propietarios individuales? ¿Son los grandes propietarios de tierras también «burgueses»? ¿Se puede, una vez que se trata de los grandes propietarios de tierras, hacer caso omiso de los colosales restos de feudalismo, que dejan en Alemania, en toda nuestra porquería política su impronta específicamente reaccionaria?). Los *campesinos* y los *pequeños burgueses* son también «propietarios individuales», al menos por el momento; pero no figuran en ninguna parte del programa, por lo cual hay que expresarse de tal manera que no se les incluya en general en la categoría de los propietarios individuales de que se trata.

«La acumulación de los medios de trabajo y de la riqueza producida por los explotados».

La «riqueza» consta: 1) de medios de producción; 2) de medios de consumo. Por eso es contrario a la gramática y a la lógica hablar primero de una *parte* de la riqueza, y luego no hablar de la otra parte, sino de toda la riqueza, es decir, uniendo la una y la otra con la conjunción y.

«...aumenta...en las manos de los *capitalistas* con una rapidez creciente».

Y ¿adónde fueron a parar los «grandes propietarios de tierras» y los «burgueses», de los que se acaba de hablar? Si aquí bastan los capitalistas,

quiere decir que antes también bastaba con mencionar sólo a estos últimos. De entrar en detalles, sólo los capitalistas no bastan en general.

«El número de proletarios y su *miseria* crecen más y más»

Afirmar de esa manera tan absoluta no es justo. La organización de los obreros y su resistencia creciente sin cesar levantarán en lo posible cierto dique ante el *crecimiento de la miseria*. Pero, lo que crece indiscutiblemente es el *carácter precario de la existencia*. Yo lo añadiría.

Párrafo 4.- La frase:

«La ausencia de plan, que radica en la esencia misma de la producción capitalista privada»,

requiere una corrección a fondo. Yo conozco una producción capitalista como forma de sociedad, como fase económica, y una producción capitalista *privada* como *fenómeno* que se da bajo una u otra forma dentro del cuadro de esta fase. ¿Qué significa, pues, la producción capitalista *privada*? Producción en manos de un empresario *individual*; pero ésta es ahora más y más una excepción. La producción capitalista en manos de las *sociedades por acciones* no es ya una producción *privada*, sino una producción en beneficio de un gran número de asociados. Y si pasamos de las sociedades por acciones a los trusts, que someten y monopolizan ramas enteras de la industria, no se trata ya sólo de que se acaba aquí la *producción privada*, sino también la *ausencia de plan*. Bórrese la palabra «privada», y la frase será, quizá, aceptable.

«La ruina de vastas capas de la población».

En lugar de esta frase declamatoria, que hace creer que nos duele todavía la ruina de los burgueses y los pequeños burgueses, yo aduciría un hecho sencillo: «que, como consecuencia de la ruina de las clases medias urbanas y rurales, los pequeños burgueses y los pequeños campesinos, hacen más ancho (o más profundo) el abismo que media entre los poseedores y los desposeídos».

Las dos frases finales repiten dos veces una misma cosa. En el suplemento al apartado I doy un proyecto de enmienda [**].

Párrafo 5.- En lugar de «de las causas» hay que poner «de *sus* causas»; trátase indudablemente de un error de pluma.

Párrafo 6.- «*Bergwerke, Minen, Gruben*»: véase observación más arriba Nº1. —“Producción *privada*”: véase observación más arriba. —Yo pondría: «Transformación de la producción capitalista actual, que se practica en beneficio de particulares o de sociedades por acciones, en producción socialista practicada en beneficio de toda la sociedad y con arreglo a un plan trazado de antemano; transformación... sólo a través de la cual se realizará la emancipación de la clase obrera y, con ello, la emancipación de todos los miembros de la sociedad sin excepción».

Párrafo 7.- Yo diría tal y como se propone en el suplemento al apartado I [***].

Párrafo 8.- En lugar de «con conciencia de clase» [*klassen bewusst*] abreviatura que en nuestros medios es evidentemente fácil de comprender, yo diría, en aras de facilitar su comprensión y su traducción a los idiomas extranjeros: «con los obreros que han adquirido la conciencia de su situación de clase», o alguna cosa por el estilo.

Párrafo 9.- La frase final: «...y que, por tanto, reúne en una sola mano la fuerza de la explotación económica y de la opresión política».

Párrafo 10.- Después de las palabras «de la dominación de clase» falta «y de las clases mismas». La supresión de las clases es nuestra reivindicación fundamental, sin la cual la supresión de la dominación de clase es una necesidad desde el punto de vista económico. En lugar de «por el derecho igual de todos», yo propongo: «por los derechos iguales y los *deberes iguales* de todos», etc. Los *deberes iguales* son para nosotros un complemento muy importante de los *derechos iguales* democrático-burgueses, que los priva de su sentido específicamente burgués.

Yo suprimiría de buena gana la frase final: «En su lucha... son capaces». En virtud de la vaguedad de la expresión «que son capaces de mejorar la situación del *pueblo* en general» (;de quién se trata?), puede significar todo: derechos aduaneros protectores y libre cambio, asociaciones corporativas y libertad de oficios, crédito rural, bancos de cambio, vacunación obligatoria y prohibición de vacunación, alcoholismo y antialcoholismo, etc., etc. Lo que *se debe* decir aquí se dice ya en las frases precedentes; no existe la menor necesidad de subrayar que, al exigir el todo, tratamos también de cada una de sus partes; me parece que eso debilita la impresión. Si la finalidad de la frase es servir de medio de transición a las reivindicaciones particulares, se podría decir, más o menos, lo que sigue: «La socialdemocracia defiende todas las reivindicaciones *que la acercan a esa meta*». («Medidas e instituciones» debe suprimirse por repetición. Mejor aún sería decir francamente de lo que se trata, a saber: que es necesario recuperar el tiempo perdido por la burguesía; en ese sentido he formulado la frase final del suplemento I [****]. Considero que eso es importante, vistas mis observaciones al apartado siguiente y para argumentar las propuestas que hago ahí.

II. REIVINDICACIONES POLÍTICAS

Las reivindicaciones políticas del proyecto tienen un gran defecto. *No dicen* lo que precisamente debían decir. Si todas esas 10 reivindicaciones fuesen satisfechas, tendríamos en nuestras manos más medios para lograr

nuestro objetivo político principal, pero no lograríamos ese objetivo. Desde el punto de vista de los derechos que se conceden al pueblo y a su representación, la Constitución del Imperio es una simple copia de la Constitución prusiana de 1850,[4] Constitución en cuyos artículos ha hallado expresión la más extrema reacción, Constitución que concede toda la plenitud de poder al gobierno, mientras que las cámaras no poseen siquiera el derecho de rechazar los impuestos, Constitución con la que, como ha mostrado el período del conflicto constitucional [5], el gobierno podía hacer todo lo que se le antojaba. Los derechos del Reichstag son exactamente los mismos que los de la Cámara prusiana, y precisamente por eso Liebknecht denominó el Reichstag hoja de parra del absolutismo. Sobre la base de esa Constitución y la división en pequeños Estados, que legaliza, partiendo de una alianza entre Prusia y Reuss-Greiz-Schleiz-Lobenstein [6], cuando uno de los aliados tiene tantas millas cuadradas cuantas pulgadas cuadradas posee otro, sobre semejante base es absurdo a todas luces querer llevar a cabo la «transformación de los medios de trabajo en propiedad común».

Pero sería peligroso tocar ese tema. No obstante, sea como fuere, las cosas deben ponerse en marcha. Hasta qué punto eso es necesario lo prueba precisamente ahora el oportunismo que comienza a propagarse en una gran parte de la prensa socialdemócrata. Por temor a un restablecimiento de la ley contra los socialistas o recordando ciertas opiniones emitidas prematuramente en el período de la vigencia de dicha ley, se quiere ahora que el partido reconozca el orden legal actual de Alemania suficiente para el cumplimiento pacífico de todas sus reivindicaciones. Quieren convencer a sí mismos y al partido de que "la sociedad actual se integra en el socialismo", sin preguntarse si con ello no está obligada a rebasar el viejo orden social; si no debe hacer saltar esta vieja envoltura con la misma violencia con que un cangrejo rompe la suya; si, además, no tiene que romper en Alemania las cadenas del régimen político semiabsolutista y, por añadidura, indeciblemente embrollado. Se puede concebir que la vieja sociedad sería capaz de integrarse pacíficamente en la nueva en los países donde la representación popular concentra en sus manos todo el poder, donde se puede hacer por vía constitucional todo lo que se quiera, siempre que uno cuente con la mayoría del pueblo: en las repúblicas democráticas, como Francia y Norteamérica, en monarquías, como Inglaterra, donde la inminente abdicación de la dinastía por una recompensa en metálico se debate a diario en la prensa y donde esta dinastía no puede hacer nada contra la voluntad del pueblo. Pero en Alemania, donde el gobierno es casi omnipotente, donde el Reichstag y todas las demás instituciones

representativas carecen de poder efectivo, proclamar en Alemania tales cosas y, además, sin necesidad, significa quitar la hoja de parra al absolutismo y colocarse uno mismo para encubrir la desnudez.

Semejante política sólo puede llevar, en fin de cuentas, al partido a un camino falso. Se plantean en primer plano problemas políticos generales y abstractos, encubriéndose de este modo los problemas concretos más inmediatos, los que se plantean de por sí en el orden del día al ocurrir los primeros grandes acontecimientos, en la primera crisis política. ¿Qué puede resultar de ello, además de que el partido se vea impotente en el momento decisivo, que en los problemas decisivos reine en él la confusión, no exista la unidad, por la simple razón de que estos problemas jamás se han discutido? ¿No volverá a repetirse lo ocurrido en su tiempo con los derechos de aduana, de los que a la sazón se declaró que sólo tenían que ver con la burguesía y que no tocaban para nada el mundo de los trabajadores, en los tiempos en que, por consiguiente, cada uno podía votar como le diese la gana, mientras que ahora muchos caen en el extremo opuesto y, en oposición a los burgueses entregados al proteccionismo, vuelven a los sofismas económicos de Cobden y Bright, haciendo pasar el más puro manchesterismo [7] por el más puro socialismo? Este olvido de las grandes consideraciones esenciales a cambio de intereses pasajeros del día, este afán de éxitos efímeros y la lucha en torno de ellos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles "honestos". Pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo "honesto" es, quizá, más peligroso que todos los demás.

¿Cuáles son, pues, ahora esos puntos delicados, pero muy esenciales?

Primero.

Está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como lo ha mostrado ya la Gran Revolución francesa. Es de todo punto inconcebible que nuestros mejores hombres lleguen a ser ministros con un emperador, como, por ejemplo, Miquel. Ciertamente es que, desde el punto de vista de las leyes, parece que no se permite poner directamente en el programa la reivindicación de la república, aunque, en Francia, eso era posible bajo Luis Felipe, y en Italia lo es incluso ahora. Pero el hecho de que, en Alemania, no se permite siquiera presentar un programa de partido abiertamente republicano prueba hasta qué punto es profunda la ilusión de que en ese país se pueda instaurar por vía idílicamente pacífica la república, y no sólo la república, sino hasta la sociedad comunista.

Por lo demás, se puede incluso, en caso extremo, esquivar el problema de la república. Ahora bien, lo que, a mi juicio, debería y podría figurar en el programa es la reivindicación de la *concentración de todo el poder político en manos de la representación del pueblo*. Y eso sería, por el momento, suficiente, ya que no se puede ir más allá.

Segundo.

La transformación del régimen político de Alemania. Por una parte, es preciso acabar con la división en pequeños Estados: ¡que se pruebe revolucionar la sociedad mientras existen derechos reservados de Baviera y de Wurtemberg [8] y el mapa de la actual Turingia, por ejemplo, ofrece un aspecto lamentable! Por otra parte, es preciso que deje de existir Prusia, que se desintegre en provincias autónomas, a fin de que deje de gravitar sobre Alemania el espíritu específicamente prusiano. División en pequeños Estados y espíritu específicamente prusiano, tales son los dos lados de la contradicción en que se encuentra hoy Alemania, con la particularidad de que uno de estos lados debe servir constantemente de excusa y de justificación al otro.

¿Qué debe ocupar el lugar de la Alemania actual? A mi juicio, el proletariado no puede utilizar más que la forma de república única e indivisa. La república federal sigue siendo incluso ahora, considerada en conjunto, una necesidad en el inmenso territorio de los Estados Unidos, aunque en el Este comienza ya a ser un obstáculo. Sería un progreso en Inglaterra, donde en dos islas viven cuatro naciones y donde, a despecho de un Parlamento único, existen el uno al lado del otro tres sistemas legislativos distintos. En la pequeña Suiza es ya desde hace mucho tiempo un obstáculo tolerable sólo porque Suiza se contenta con ser un miembro puramente pasivo del sistema europeo de Estados. Para Alemania, una organización federal al estilo suizo sería un regreso considerable. Dos puntos distinguen un Estado federal de un Estado unitario, a saber: cada Estado federado, cada cantón, posee su propia legislación civil y penal, su propia organización judicial; además, a la par que la Cámara del pueblo, existe una Cámara de los representantes de los Estados, en la que cada cantón, grande o pequeño, vota como tal. En cuanto a lo primero, lo hemos superado felizmente y no vamos a ser tan ingenuos como para volver a implantarlo; en cuanto a los segundo, lo tenemos bajo la forma del Consejo federal, del que podríamos prescindir perfectamente, tanto más que nuestro «Estado federal» viene a ser ya la transición al Estado unitario. Y nuestra misión no es hacer que dé marcha atrás la revolución realizada desde arriba en 1866 y 1870, sino, al contrario, lograr que se introduzcan en ella, mediante un movimiento desde abajo, las necesarias adiciones y enmiendas.

Así pues, república unitaria. Pero no en el sentido de la presente República francesa, que no es otra cosa que el Imperio sin emperador [9] fundado en 1798. De 1792 a 1798, cada departamento francés, cada comunidad poseían su completa autonomía administrativa, según el modelo norteamericano, y eso debemos tener también nosotros. Norteamérica y la primera República francesa [10] nos han mostrado y probado cómo se debe organizar esa autonomía y cómo se puede prescindir de la burocracia, y ahora lo muestran aún Australia, el Canadá y las otras colonias inglesas. Semejante autonomía provincial y comunal es mucho más libre que el federalismo suizo, por ejemplo, donde el cantón es, por cierto, muy independiente respecto de la Confederación, pero lo es también respecto del distrito [*Bezirk*] y de la comunidad. Los gobiernos cantonales nombran a los gobernadores de distritos [*Bezirk-statthalter*] y los alcaldes, lo que no ocurre en absoluto en los países de habla inglesa y lo que nosotros debemos suprimir con la misma energía que a los consejeros provinciales y gubernamentales [*Landrath* y *Regierungsrat*] prusianos.

De todo eso muy poca cosa se podrá incluir en el programa. Y si digo eso es, más que nada, para caracterizar la situación en Alemania, donde no se puede hablar abiertamente de semejantes cosas y para subrayar de este modo hasta qué punto se equivocan los que quieren transformar por vía legal este orden en sociedad comunista. Quiero, además, recordar a la Directiva del partido que existen otros problemas políticos importantes además de la participación directa del pueblo en la legislación y la justicia gratuita, sin las cuales, en fin de cuentas, podemos ir adelante. Visto el estado de inseguridad general, estos problemas pueden adquirir carácter impostergable de un día para otro y ¿qué ocurrirá si no los discutimos de antemano, si no nos ponemos de acuerdo acerca de ellos?

Sin embargo, lo que se puede incluir en el programa y que puede servir de alusión, aunque indirecta, a lo que no se puede decir directamente, es la siguiente reivindicación:

«Administración autónoma completa en la provincia, el distrito y la comunidad a través de funcionarios elegidos sobre la base del sufragio universal. Supresión de todas las autoridades locales y provinciales nombradas por el Estado».

Aquí me resulta más difícil que a ustedes, sobre el terreno, juzgar de si se pueden formular algunas reivindicaciones programáticas más con motivo de los puntos que acabamos de examinar. Pero es deseable que estos problemas se discutan en el partido antes de que sea tarde.

1) No está clara para mí la diferencia entre el «derecho de elección y el derecho de voto», así como entre «elecciones y votación». Caso de que fuese

necesaria esa diferenciación, habría que expresarla de una manera más clara o explicar en un comentario que acompañase el proyecto.

2) «Derecho de proposición o de veto del pueblo». *¿A qué se refiere eso?* Habría que añadir: para todas las leyes o resoluciones de la representación nacional.

5) La Iglesia se separa completamente del Estado. Para el Estado todas las comunidades religiosas sin excepción son sociedades privadas. Estas pierden toda subvención a costa de los recursos públicos y toda influencia en las escuelas públicas. (Sin embargo, no se les puede prohibir que funden escuelas *propias* con sus recursos *propios* y que enseñen allí sus sandeces.)

6) El punto de la «escuela laica» desaparece en ese caso, ya que pertenece al párrafo precedente.

8 y 9) Aquí yo quisiera fijar la atención en lo siguiente: estos puntos exigen la estatificación 1) *de la abogacía*, 2) *del servicio médico*, 3) *de las farmacias, del trabajo de los dentistas, las comadronas, los hospitales*, etc., etc., y a continuación se plantea también la reivindicación de estatificar totalmente los seguros obreros. ¿Se puede confiar todo eso al señor de Caprivi? ¿Concuerda eso con la declaración hecha antes contra todo socialismo de Estado?

10) Yo diría aquí: «Impuestos... progresivos para cubrir todos los gastos en el Estado, los distritos y la comunidad, en la medida en que los impuestos sean necesarios. Supresión de todos los impuestos indirectos, ya sean los del Estado, ya los locales, ya los distintos derechos, etc.». El resto sobra y no es más que un comentario o exposición de motivos que debilita la impresión.

III. REIVINDICACIONES ECONÓMICAS

Párrafo 2. En ninguna parte más que en Alemania, el derecho de asociación necesita protección contra el *Estado*

La frase final «para reglamentar...» habría que agregarla *como artículo 4*, redactándolo adecuadamente. Con tal motivo convendría hacer notar que, con las cámaras de trabajo, integradas, en una mitad, por obreros y, en otra, por empresarios, haríamos el primo. Con ese sistema, a lo largo de muchos años la mayoría estaría siempre con los patronos, para lo cual bastaría una oveja sarnosa entre los obreros. Si no se hace la reserva de que, en los casos de litigio, las *dos mitades emitirán separadamente* su fallo, sería preferible tener una cámara de empresarios y, *además, una cámara de obreros independiente*.

Para terminar, yo pediría que se comparase el proyecto una vez más con el programa francés [11], donde precisamente en el apartado III parece haber algo mejor. Cuanto al programa español [12], desgraciadamente, por falta de tiempo, no puedo encontrarlo; es también muy bueno en muchos aspectos.

SUPLEMENTO AL APARTADO I

1) Suprimir «*Gruben*» y «*Minen*» y añadir «ferrocarriles y otros medios de comunicación».

2) En manos de sus acaparadores (o sus propietarios), los medios de trabajo de la sociedad se han convertido en medios de explotación. El avasallamiento económico, determinado por eso, de los obreros por los acaparadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de todas las formas de esclavitud: miseria social, menoscabo intelectual y dependencia política.

3) Bajo esta explotación, la acumulación de la riqueza producida por los explotados aumenta en las manos de los explotadores —los capitalistas y los grandes propietarios de tierras— con creciente rapidez; la distribución del producto del trabajo entre los explotadores y los explotados se hace cada vez más desigual, crece el número de proletarios y se agrava más y más el carácter precario de su existencia, etc.

4) Tachar «*privada*» (la producción)... empeoran aún más... como consecuencia de la ruina de las clases medias urbanas y rurales, los pequeños burgueses y los pequeños campesinos, hacen más ancho (o más profundo) el abismo que media entre los poseedores y los desposeídos, erigen en estado normal de la sociedad la inseguridad general y ofrecen la prueba de que la clase de los acaparadores de los medios de trabajo sociales han perdido tanto la misión como la capacidad de ejercer la dirección económica y política.

5) de «sus» causas.

6) ...transformación de la producción capitalista, que se practica en beneficio de particulares o de sociedades por acciones, en producción socialista practicada en beneficio de toda la sociedad y con arreglo a un plan trazado de antemano; transformación para la cual la sociedad capitalista ha creado las condiciones materiales e intelectuales y sólo a través de la cual se realizará la emancipación de la clase obrera y, con ello, la emancipación de todos los miembros de la sociedad sin excepción.

7) La emancipación de la clase obrera sólo puede ser obra de la clase obrera misma. De suyo se entiende que no puede confiar su emancipación a los capitalistas ni a los grandes propietarios de tierras, sus enemigos y explotadores, ni a los pequeños burgueses y pequeños campesinos, agobiados por la competencia de los grandes explotadores y situados ante el dilema: ponerse al lado de estos últimos o al lado de los obreros.

8) ...con los obreros que han adquirido la conciencia de su situación de clase, etc.

9) ...implanta ...y que, por tanto, reúne en una sola mano la fuerza de la explotación económica y de la opresión política del obrero.

10) ...de la dominación de clase y de las clases mismas, por los derechos iguales y los deberes iguales de todos sin distinción, etc... ni de origen (borrar el resto). Sin embargo, frena su lucha por... la humanidad el régimen político caduco que reina en Alemania. Debe comenzar por conquistar una arena libre para el movimiento, suprimir los múltiples vestigios del feudalismo y del absolutismo, finalmente, ejecutar el trabajo que los partidos burgueses alemanes no son capaces de llevar a cabo, porque han sido y siguen siendo demasiado pusilánimes para ello. Por eso, debe, al menos en el presente, incluir en su programa las reivindicaciones que la burguesía ha satisfecho ya en otros países civilizados.

NOTAS

[*] Véase la presente edición [Marx & Engels, *Obras Escogidas en tres tomos* (Editorial Progreso, Moscú, 1974)], t. 2, pág. 14. (N. de la Edit.)

[**] Véase el presente tomo [Marx & Engels, *Obras Escogidas en tres tomos* (Editorial Progreso, Moscú, 1974), t. III], pág. 460. (N. de la Edit.)

[***] Véase el presente tomo [Marx & Engels, *Obras Escogidas en tres tomos* (Editorial Progreso, Moscú, 1974), t. III], pág. 461. (N. de la Edit.)

[****] Véase el presente tomo [Marx & Engels, *Obras Escogidas en tres tomos* (Editorial Progreso, Moscú, 1974), t. III], pág. 461. (N. de la Edit.)

[1] El trabajo "Contribución a la crítica del programa socialdemócrata de 1891" representa un modelo de lucha intransigente de Engels contra el oportunismo por un programa revolucionario marxista de la socialdemocracia alemana. Sirvió de motivo inmediato para él el proyecto de programa del Partido Socialdemócrata Alemán mandado a Engels. El proyecto había sido redactado por la dirección del partido para el Congreso de Erfurt, en el que había que aprobar un nuevo programa en sustitución del programa de Gotha de 1875. Las observaciones críticas de Engels, así como el trabajo de Marx "Crítica del Programa de Gotha" publicado entonces a insistencia suya (véase el presente tomo, págs. 5-27) ejercieron gran influencia en la marcha sucesiva de la discusión y la elaboración del proyecto de programa.

El programa aprobado en el *Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán* que se celebró en Erfurt del 14 al 21 de octubre de 1891, fue un gran paso adelante en comparación con el programa de Gotha; fueron eliminados del programa del partido los dogmas lassalleanos reformistas, se formularon de

un modo más exacto las reivindicaciones políticas y económicas. El programa ofrecía una argumentación científica de la inevitabilidad del hundimiento del régimen capitalista y su sustitución con el socialista, se indicaba claramente que el proletariado debía conquistar el poder político para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. Al propio tiempo, el programa de Erfurt padecía de graves deficiencias, de las que la principal era la ausencia de la tesis sobre la dictadura del proletariado como instrumento de transformación socialista de la sociedad. De este modo, la observación más importante de Engels no fue tomada en consideración al ser elaborado el texto definitivo del programa. La dirección de la socialdemocracia no publicó durante mucho tiempo el trabajo de Engels "Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891"; la obra sólo apareció en la revista "Neue Zeit" en 1901.

[2] El trabajo de Marx *Crítica del Programa de Gotha*, escrito en 1875, consta de observaciones críticas al proyecto del futuro partido obrero unificado de Alemania. El proyecto pecaba de graves errores y hacía concesiones de principio a los lasalleanos. Marx y Engels, a la vez que aprobaban de la creación del partido socialista único de Alemania, se pronunciaban en contra del compromiso ideológico con los lasalleanos y lo sometieron a dura crítica.

[3] *La ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. En virtud de esta ley fueron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata y las organizaciones obreras de masas, suspendida la prensa obrera, confiscadas las publicaciones socialistas y represaliados los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.

[4] *La Constitución de la Confederación Germánica del Norte* fue ratificada el 17 de abril de 1867 por el Reichstag (Parlamento) Constituyente de la Confederación y refrendaba el dominio efectivo de Prusia en la Confederación. El rey de Prusia fue declarado presidente de la Confederación y comandante en jefe de las fuerzas armadas federales, se le delegaba la dirección de la política exterior. Los poderes legislativos del Reichstag de la Confederación, que se elegía a base del sufragio universal, eran muy limitados; las leyes aprobadas por él entraban en vigor después de ser ratificadas por el Consejo federal, reaccionario por su composición, y refrendadas por el presidente. La Constitución de la Confederación se hizo después base de la Constitución del Imperio alemán. Según la *Constitución de 1850*, en Prusia se conservaba la cámara alta, compuesta preferentemente de representantes de la nobleza feudal («cámara de los señores»), los poderes del landstag (parlamento) eran muy

limitados, viéndose éste privado de la iniciativa legislativa. Los ministros los nombraba el rey y eran responsables sólo ante él, el gobierno tenía derecho de crear tribunales especiales para ver las causas de alta traición. La Constitución de 1850 quedó en vigor en Prusia incluso después de la formación del Imperio alemán en 1871.

[5] El llamado *conflicto constitucional* entre el gobierno prusiano y la mayoría liberal burguesa del landstag surgió en febrero de 1860, cuando ésta se negó a aprobar el proyecto de reorganización del ejército, presentado por el ministro de la guerra von Roon. En marzo de 1862, la mayoría liberal se negó otra vez a aprobar los gastos de guerra, después de lo cual el gobierno disolvió el landstag y convocó nuevas elecciones. A fines de septiembre de 1862 se formó el ministerio contrarrevolucionario de Bismarck, que en octubre del mismo año volvió a disolver el landstag y comenzó a aplicar la reforma militar, gastando medios sin la ratificación del landstag. El conflicto sólo se resolvió en 1866, cuando, después de la victoria de Prusia sobre Austria, la burguesía prusiana capituló ante Bismarck.

[6] Engels agrupa aquí irónicamente bajo una sola denominación a dos Estados «soberanos» enanos que se incorporaron en 1871 al Imperio alemán: Reuss-Greiz y Reuss-Greiz-Schleiz-Lobenstein-Ebersdorf, que pertenecían respectivamente a los príncipes de Reuss de la línea mayor y menor.

[7] *Manchesterismo*, la *escuela de Mánchester*: tendencia del pensamiento económico que reflejó los intereses de la burguesía industrial. Los librecambistas, adeptos de esta tendencia, abogaron por la libertad de comercio y la no injerencia del Estado en la vida económica. El centro de la agitación de los librecambistas estaba en Mánchester, donde los encabezaban Cobden y Bright, dos fabricantes de tejidos.

[8] *Progresistas*: representantes del partido burgués prusiano formado en junio de 1861. El partido progresista exigía la unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia, la convocación del Parlamento de toda Alemania y la creación de un ministerio liberal responsable ante la Cámara de diputados.

[9] Se trata de la dictadura de Napoleón Bonaparte, que se proclamó primer cónsul a raíz del golpe de Estado del 18 brumario (el 9 de noviembre) de 1799. Este régimen sustituyó al republicano establecido en Francia el 10 de agosto de 1792. En 1804, en Francia fue establecido oficialmente el Imperio y Napoleón fue proclamado emperador.

[10] La primera República existió en Francia de 1792 a 1799.

[11] Engels alude al programa del Partido Obrero francés aprobado en el Congreso del Havre de noviembre de 1880. En mayo de 1880 Julio Guesde, uno de los dirigentes de los socialistas franceses, vino a Londres, donde en

colaboración con Marx, Engels y Lafargue elaboró el texto del programa. La introducción teórica al programa la dictó Marx a Guesde.

[12] El Programa del Partido Socialista Obrero de España fue aprobado en el Congreso de Barcelona en 1888.

Programa del Partido Socialdemócrata de Alemania (1891)

El desarrollo económico de la sociedad burguesa conduce naturalmente a la ruina de la pequeña explotación, cuya base es la propiedad privada del trabajador de sus medios de producción. Separa al trabajador de sus medios de producción y lo transforma en un proletario sin propiedad, mientras que los medios de producción se convierten en el monopolio de un número relativamente pequeño de capitalistas y grandes terratenientes.

De la mano de este monopolio de los medios de producción va el desplazamiento de las pequeñas empresas fragmentadas por grandes empresas colosales, va el desarrollo de la herramienta en la máquina, va un aumento gigantesco en la productividad del trabajo humano. Pero todos los beneficios de esta transformación los monopolizan los capitalistas y los grandes terratenientes. Para el proletariado y las clases medias hundidas (pequeña burguesía, campesinos) significa un aumento creciente de la inseguridad de su existencia, de la miseria, la opresión, la servidumbre, la humillación y la explotación.

Cada vez es mayor el número de proletarios, cada vez es más considerable el ejército de obreros superfluos, el contraste entre explotadores y explotados es cada vez más agudo, la lucha de clases entre burguesía y proletariado, que divide a la sociedad moderna en dos campos hostiles y es la característica común de todos los países industrializados, es cada vez mayor.

El abismo entre los que tienen y los desposeídos se amplía con las crisis arraigadas en la naturaleza del modo de producción capitalista, que son cada vez más extensas y devastadoras, crisis que hacen de la inseguridad general el estado normal de la sociedad y que prueban que la propiedad privada de los medios de producción se ha vuelto incompatible con su correcta aplicación y con su pleno desarrollo.

La propiedad privada de los medios de producción, que en el pasado servía para asegurar la propiedad del productor sobre su producto, sirve ahora para expropiar a los campesinos, artesanos y pequeños comerciantes,

y para poner en manos de los no trabajadores (capitalistas, terratenientes) el producto de los trabajadores. Sólo la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción (tierra, minas, materias primas, herramientas, máquinas, medios de transporte) en propiedad social, y la transformación de la producción de mercancías en producción socialista llevada a cabo para y por la sociedad puede hacer que las empresas a gran escala y la productividad cada vez mayor del trabajo social pasen de ser una fuente de miseria y opresión a una fuente del mayor bienestar y de un progreso armonioso en todos los aspectos para las clases hasta ahora explotadas.

Esta transformación social significa la liberación no solo del proletariado, sino de todo el género humano, que sufre las condiciones actuales. Pero solo puede ser obra de la clase trabajadora porque todas las demás clases, a pesar de las disputas entre ellas, se así como en las instituciones de enseñanza superior para aquellos alumnos que, en virtud de sus capacidades, se consideren aptos para la enseñanza superior basan en la propiedad privada de los medios de producción y tienen como objetivo común la preservación de los cimientos de la sociedad actual.

La lucha de la clase trabajadora contra la explotación capitalista es necesariamente una lucha política. La clase trabajadora no puede librar sus luchas económicas y desarrollar su organización económica sin derechos políticos. No puede llevar a cabo el paso de los medios de producción a la posesión de la comunidad sin haber tomado posesión del poder político.

Dar una forma consciente y unificada esta lucha de la clase obrera y mostrarle su objetivo natural, esa es la tarea del Partido Socialdemócrata.

Los intereses de la clase obrera son los mismos en todos los países donde existe el modo de producción capitalista. Con la expansión del comercio mundial y de la producción para el mercado mundial, la situación de los trabajadores en cada país se vuelve cada vez más dependiente de la situación de los trabajadores en los demás países. La liberación de la clase obrera es, por tanto, un trabajo en el que participan por igual los trabajadores de todos los países civilizados. El Partido Socialdemócrata de Alemania es consciente de este hecho, y se siente y se declara uno con los trabajadores con conciencia de clase de todos los demás países.

Por lo tanto, el Partido Socialdemócrata de Alemania no lucha por nuevos privilegios de clase, sino por la abolición de la dominación de clase y de las mismas clases, y por la igualdad de derechos y deberes para todos, sin excepción de sexo u origen.

Sobre la base de estas ideas, lucha en la sociedad actual no sólo contra la explotación y la opresión de los trabajadores asalariados, sino contra

cualquier tipo de explotación y opresión, ya sea dirigida contra una clase, un partido, un sexo o una raza.

Sobre la base de estos principios, el Partido Socialdemócrata de Alemania exige en primer lugar:

1.- Sufragio igual, directo, universal y secreto para todos los ciudadanos del Reich mayores de 20 años, independientemente de su sexo, en todas las elecciones y votaciones.

Un sistema de representación proporcional y, hasta su implantación, una redistribución legal de los distritos electorales después de cada censo. Períodos legislativos de dos años.

Realización de las elecciones y votaciones en un día de descanso reglamentario.

Compensación de los representantes electos. Abolición de todas las restricciones a los derechos políticos excepto en caso de incapacitación.

2.- Legislación del pueblo a través del derecho de iniciativa y veto. Autodeterminación y autonomía administrativa del pueblo en el imperio, el estado, la provincia y el municipio. Elección de los funcionarios por el pueblo; responsabilidad e impugnabilidad de los funcionarios. Aprobación anual de los presupuestos por los representantes del pueblo.

3.- Educación militar general. Milicias en lugar de ejércitos permanentes. Sólo la representación popular estará llamada a decidir sobre la guerra y la paz. Solución de todos los conflictos internacionales mediante el arbitraje.

4.- Abolición de todas las leyes que restrinjan o supriman la libre expresión de la opinión y el derecho de asociación y reunión.

5.- Abolición de todas las leyes que, desde el punto de vista del derecho público y privado, sitúan a la mujer en una posición de inferioridad con respecto al hombre.

6.- La religión se declara un asunto privado. Abolición de todos los gastos de los fondos públicos para fines eclesiásticos y religiosos. Las comunidades eclesiásticas y religiosas deben ser consideradas como asociaciones privadas que regulan sus asuntos con total independencia.

7.- Laicidad de la escuela. Asistencia obligatoria a las escuelas primarias públicas.

Enseñanza, material escolar y alimentación gratuitos en las escuelas primarias públicas, así como en las instituciones de enseñanza superior para aquellos alumnos que, en virtud de sus capacidades, se consideren aptos para la enseñanza superior.

8.- Administración de justicia y asistencia jurídica gratuitas. Justicia administrada por jueces elegidos por el pueblo. Apelación en materia penal.

Indemnización para las personas acusadas, detenidas y condenadas que sean declaradas inocentes. Abolición de la pena de muerte.

9.- Atención médica gratuita, incluyendo la obstetricia y las medicinas. Funerales y entierros gratuitos.

10.- Impuesto progresivo sobre la renta y el patrimonio para cubrir todos los gastos públicos, en la medida en que deben ser cubiertos por los impuestos. Declaración obligatoria de ingresos. Impuesto progresivo sobre la herencia, según el tamaño de la herencia y el grado de parentesco. Abolición de todos los impuestos indirectos, aduanas y otras medidas económicas que sacrifican los intereses de la comunidad a los intereses de una minoría privilegiada.

Para la protección de la clase obrera, el Partido Socialdemócrata de Alemania exige en primer lugar:

1.- Legislación de protección laboral nacional e internacional efectiva basada en lo siguiente:

a) Determinación de una jornada laboral normal no superior a ocho horas;
b) Prohibición del empleo remunerado para niños menores de catorce años;

c) Prohibición del trabajo nocturno, salvo aquellas ramas de la industria que por su naturaleza requieran trabajo nocturno por razones técnicas o de bienestar público;

d) Un período de descanso ininterrumpido de al menos 36 horas semanales para cada trabajador;

e) Prohibición del Trucksystems [salario en especie].

2.- Supervisión de todas las explotaciones industriales, estudios de las condiciones de trabajo en la ciudad y en el campo, y regulación de las condiciones de trabajo por una Oficina de Trabajo del Reich, oficinas de trabajo de distrito y cámaras de trabajo; estricta observancia de la higiene industrial.

3.- Igualdad jurídica de trabajadores agrícolas y sirvientes con trabajadores industriales; abolición de los reglamentos para los obreros domésticos.

4.- Derecho de sindicación garantizado.

5.- Seguro laboral pagado enteramente por el imperio y con una participación decisiva de los trabajadores en su administración.

Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia

Proyecto de programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (1895)

Lenin.

El *Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata*, redactado por Vladimir I. Lenin en 1895, pertenece al período formativo del movimiento marxista ruso y refleja los esfuerzos iniciales por dotarlo de una base teórica y organizativa coherente. En ese momento, el Imperio ruso atravesaba un proceso de modernización desigual: la rápida industrialización impulsada por el Estado coexistía con estructuras agrarias semifeudales y un régimen autocrático que restringía toda actividad política. En este contexto, Lenin, vinculado al grupo de los marxistas de San Petersburgo (Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera), elaboró un programa destinado a orientar la acción socialista hacia la clase trabajadora industrial emergente.

El documento sintetiza la asimilación del marxismo por parte del movimiento obrero ruso, definiendo concepciones teóricas y objetivos, tareas del partido y demandas inmediatas. La explicación de Lenin clarifica los fundamentos científicos del programa y marca la ruptura con el populismo *narodnik*, afirmando el carácter central del proletariado como sujeto revolucionario.

A. 1. Las grandes fábricas y talleres se desarrollan en Rusia cada vez con mayor rapidez, arruinando a los pequeños artesanos y a los campesinos, convirtiéndolos en obreros sin recursos, concentrando un número cada vez mayor en ciudades, aldeas y poblados industriales y fabriles.

2. Este crecimiento del capitalismo significa un enorme incremento de la riqueza y del lujo entre un puñado de fabricantes, comerciantes y terratenientes, y un acrecentamiento aún más rápido de la miseria y de la opresión de los obreros. El perfeccionamiento de la producción y de la maquinaria que introducen las grandes fábricas contribuyen a elevar la productividad del trabajo social y fortalecer el poder de los capitalistas sobre

los obreros, aumentan la desocupación y con ella el desamparo de los trabajadores.

3. Pero al elevar al grado máximo la opresión del capital sobre el trabajo, las grandes fábricas crean un tipo especial de obrero que adquiere la posibilidad de luchar contra el capital, pues las condiciones mismas de su existencia destruyen todos sus lazos con la economía individual y, al unir a los obreros por medio del trabajo en común, y trasladarlos de fábrica en fábrica, los cohesiona en una sola masa obrera. Los obreros inician la lucha contra los capitalistas y nace en ellos una acentuada tendencia hacia la unidad. De los levantamientos aislados va surgiendo la lucha de la clase obrera rusa.

4. Esta lucha de la clase obrera contra la de los capitalistas es la lucha contra todas las clases que viven del trabajo ajeno, contra toda explotación. Sólo podrá cesar con el paso del poder político a manos de la clase obrera, con la entrega de toda la tierra, los instrumentos, las fábricas, las máquinas y minas a la sociedad entera, para estructurar la producción socialista, en la que todo lo producido por los obreros y todas las mejoras en la producción deben beneficiar a los propios trabajadores.

5. Por su carácter y fines, el movimiento de la clase obrera rusa forma parte del movimiento internacional (socialdemócrata) de la clase obrera de todos los países.

6. El principal obstáculo en la lucha de la clase obrera rusa por su emancipación es el gobierno autocrático absoluto, con su burocracia irresponsable. Apoyándose en los privilegios de los terratenientes y de los capitalistas, y poniéndose al servicio de sus intereses, mantiene en total carencia de derechos a los estamentos inferiores, con lo cual frena el movimiento obrero y traba la evolución de todo el pueblo. Por eso, la lucha de la clase obrera rusa por su liberación presupone necesariamente la lucha contra el poder ilimitado del gobierno autocrático.

B. 1. El Partido Socialdemócrata de Rusia declara que su tarea es ayudar en esta lucha de la clase obrera rusa desarrollando la conciencia de clase de los obreros, contribuyendo a su organización y señalando las tareas y los objetivos de la lucha.

2. La lucha de la clase obrera rusa por su emancipación es una lucha política, y su primer objetivo es la conquista de las libertades políticas.

3. Por eso, el Partido Socialdemócrata de Rusia, sin apartarse del movimiento obrero, apoyará todo movimiento social dirigido contra el poder ilimitado del gobierno autocrático, contra la clase de los privilegiados terratenientes nobles y contra todos los resabios del régimen de servidumbre y de estamentos que estorban la libre competencia.

4. Y por el contrario, el Partido Socialdemócrata de Rusia combatirá cualquier tendencia que pretenda beneficiar a la clase trabajadora con la tutela del gobierno absolutista y de sus funcionarios, y contener el desarrollo del capitalismo y, por consiguiente, el de la clase obrera.

5. La emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos.

6. El pueblo ruso no necesita la ayuda del gobierno absolutista y sus funcionarios, sino emanciparse de su yugo.

C. Partiendo de estos puntos de vista, el Partido Socialdemócrata de Rusia reclama ante todo:

1. La convocatoria de un *Zemski Sobor* [3] [89o* integrado por representantes de todos los ciudadanos para elaborar una Constitución.

2. Derecho de sufragio universal y directo para todos los ciudadanos rusos que hayan alcanzado la edad de 21 años, sin distinción de religión o nacionalidad.

3. Libertad de reunión, de asociación y de huelga.

4. Libertad de prensa.

5. Eliminación de los estamentos y plena igualdad de todos los ciudadanos ante la ley.

6. Libertad de culto e igualdad de derechos para todas las nacionalidades. Traspaso del registro de partidas de nacimiento, matrimonio o defunción a funcionarios civiles que no dependan de la policía.

7. Derecho de todo ciudadano de demandar a cualquier funcionario ante los tribunales, con prescindencia de la escala jerárquica.

8. Abolición de los pasaportes, plena libertad de tránsito y de radicación.

9. Libertad de oficios y de trabajo, y supresión de las corporaciones.

D. Para los obreros, el Partido Socialdemócrata de Rusia, reclama:

1. Institución de tribunales de trabajo en todas las ramas de la industria, con jueces elegidos entre los capitalistas y entre los obreros, en la misma proporción.

2. Limitación por ley de la jornada de trabajo a 8 horas diarias.

3. Prohibición por ley del trabajo nocturno y por turnos. Prohibición de trabajar a niños menores de 15 años de edad.

4. Institución por ley del descanso en los días feriados.

5. Extensión de las leyes y de la inspección del trabajo a la totalidad de las ramas industriales en toda Rusia, así como a las fábricas del Estado y a los kustares que trabajan a domicilio.

6. La Inspección del Trabajo debe gozar de autonomía y no depender del ministerio de Finanzas. Los miembros de los tribunales de trabajo deben tener los mismos derechos que la Inspección del Trabajo para controlar el cumplimiento de las leyes laborales.

7. Prohibición absoluta en todas partes, del pago de los salarios con mercaderías.

8. Control, por parte de delegados elegidos por los obreros, de la correcta fijación de escalas de pago, de la calidad de las mercancías elaboradas, del empleo del dinero proveniente de las multas, y de las viviendas obreras de la empresa.

Una ley por la que se establezca eme los descuentos en los salarios de los obreros, sea cual fuere el concepto (multas, mercancías de mala calidad, etc.), en total no deben superar los 10 kopeks por rublo.

9. Una ley sobre la responsabilidad de los fabricantes por los accidentes de trabajo, y que imponga a éstos la obligación de demostrarlo cuando imputan la culpa del accidente al obrero.

10. Una ley que obligue a los fabricantes a subvencionar escuelas v prestar atención médica a los obreros.

E. Para los campesinos, el Partido Socialdemócrata de Rusia reclama:

1. La abolición de los pagos de rescate [4]y la compensación por los ya efectuados. Devolución a los campesinos del dinero abonado de más al fisco.

2. Devolución a los campesinos de las tierras que les fueron "recortadas" en 1861.

3. Plena igualdad de impuestos y gravámenes sobre las tierras de los campesinos y las de los terratenientes.

4. Abolición de la caución solidaria[5] y de todas las leyes que traban a los campesinos la libre administración de sus tierras.

Explicación del programa del partido socialdemócrata (1896)

Lenin

El programa consta de tres partes principales. En la primera se exponen las concepciones de las cuales dimanarían las partes restantes. En ella se señala la situación que ocupa la clase obrera dentro de la sociedad contemporánea, el sentido y la significación de su lucha contra los fabricantes, y cuál es la situación política de la clase obrera dentro del Estado ruso.

En la segunda parte se expone la *tarea del partido*, y se señala la situación de este respecto de las demás tendencias políticas de Rusia. Se habla en ella acerca de cuál debe ser la actividad del partido y de todos los obreros conscientes de sus intereses de clase, y de la actitud que éstos deben adoptar frente a los intereses y aspiraciones de las demás clases que integran la sociedad rusa.

La tercera parte se refiere a las reivindicaciones prácticas que plantea el partido. Se subdivide en tres secciones. La primera comprende las reformas institucionales generales. La segunda, las reivindicaciones y el programa de la clase obrera. La tercera, las reivindicaciones en beneficio de los campesinos. Más adelante, antes de pasar a la parte práctica del programa, se darán algunas explicaciones previas respecto de estas secciones.

A. 1. El programa habla, ante todo, del rápido crecimiento de las grandes fábricas y talleres, por ser éste el principal fenómeno de la Rusia actual, que modifica totalmente las viejas condiciones de vida, en especial de la clase trabajadora. Antes, casi toda la riqueza era producida por pequeños patronos, quienes constituían la inmensa mayoría de la población. Ésta llevaba una vida sedentaria en las aldeas, y la mayor parte de lo que producía se destinaba a su propio consumo o para el pequeño mercado de los poblados circundantes, poco vinculado con los demás mercados cercanos. Estos mismos pequeños patronos trabajaban para los terratenientes, quienes los obligaban a producir, sobre todo, para su consumo personal. Los productos caseros eran entregados para su elaboración a los artesanos, que vivían en las mismas aldeas o salían en busca de pedidos por los alrededores.

Pero, después de la emancipación de los campesinos, estas condiciones de vida de la gran masa del pueblo sufrieron un cambio total: en lugar de los pequeños talleres artesanales comenzaron a aparecer las grandes fábricas, que crecieron con extraordinaria rapidez, eliminando a los pequeños patronos, convirtiéndolos en obreros asalariados, y obligando a centenares, a millares de obreros, a trabajar juntos y producir la inmensa cantidad de mercancías que se vende por toda Rusia.

La emancipación de los campesinos puso término al estancamiento de la población y los colocó en condiciones tales, que ya no podían subsistir con la parcela de tierra que les quedaba. La masa del pueblo se lanzó a buscar un jornal, y fue a parar a las fábricas, a la construcción de los ferrocarriles que iban uniendo los extremos de Rusia y trasladaban y distribuían por todas partes las mercancías de las grandes fábricas. La masa del pueblo fue a las ciudades a buscar un jornal; se dedicó a la construcción de edificios fabriles y comerciales, al acarreo de combustible a las fábricas y a la preparación de materia prima para las mismas. Finalmente, multitud de gente se dedicó a realizar a domicilio el trabajo entregado por los comerciantes y fabricantes que no alcanzaban a ampliar sus establecimientos con suficiente rapidez. Idénticos cambios se operaron también en la agricultura. Los terratenientes comenzaron a producir cereales para la venta; ciertos campesinos y comerciantes sembraron grandes extensiones; centenares de millones de *puds* de cereales comenzaron a venderse en el extranjero. La producción empezó a reclamar obreros asalariados, y centenares de miles, millones de campesinos, abandonando sus minúsculas parcelas, se convirtieron en braceros y jornaleros de los nuevos patronos que cultivaban cereales para la venta. Al decir que las grandes fábricas causan la ruina de los pequeños artesanos y campesinos, convirtiéndolos en obreros asalariados, el programa está describiendo los cambios operados en las antiguas condiciones de vida. La pequeña producción es remplazada en todas partes por la grande; en ella los obreros ya no son más que simples asalariados que trabajan por un jornal para el capitalista, quien posee inmensos capitales, construye enormes talleres, compra grandes cantidades de materias primas y se embolsa toda la ganancia que reporta la producción en masa de los obreros concentrados. La producción se ha tornado capitalista y aplasta, despiadada e implacablemente, a todos los pequeños patronos, poniendo fin a su vida sedentaria en las aldeas, obligándolos a trasladarse, como simples jornaleros, de un punto a otro del país para vender su trabajo al capital. Una parte cada vez mayor de la población abandona definitivamente el campo y la explotación agrícola, y se congrega en las ciudades, poblados, y localidades industriales y fabriles, formando una clase especial de gente que no tiene ninguna propiedad: la clase de los obreros asalariados, proletarios que viven únicamente de la venta de su fuerza de trabajo.

He aquí en qué consisten los enormes cambios producidos en la vida del país por las grandes fábricas: la pequeña producción es remplazada por la grande, los pequeños patronos se trasforman en obreros asalariados. ¿Qué significa, pues, este cambio para todo el pueblo trabajador, y adonde conduce? De ello se habla más adelante en el programa.

A. 2. La sustitución de la pequeña por la gran producción va acompañada del remplazo de los pequeños recursos monetarios, en manos de un patrono aislado, por los inmensos capitales; del remplazo de las pequeñas e insignificantes ganancias por ganancias que se calculan en millones. Por eso, el crecimiento del capitalismo conduce en todas partes al aumento del lujo y de las riquezas. En Rusia se ha creado la clase de los grandes magnates financieros, fabricantes, empresarios ferroviarios, comerciantes y banqueros; ha aparecido toda una clase de gente que vive de los ingresos provenientes de los capitales prestados a interés a los industriales. Los grandes terratenientes se enriquecieron con los enormes ingresos que obtuvieron de los campesinos por el rescate de las tierras, aprovechándose de que éstos las necesitaban para aumentar los precios de las parcelas que les arrendaban, e instalando en sus fincas grandes fábricas para la producción de azúcar de remolacha y destilerías de aguardiente. El lujo y el derroche de todas estas clases de ricachones han alcanzado proporciones inusitadas, y las principales calles de las grandes ciudades se han cubierto de palacios principescos y suntuosas mansiones. Pero la situación del obrero, empeoraba a medida que crecía el capitalismo. El aumento de los salarios, si es que tuvo lugar en alguna parte después de la emancipación de los campesinos, fue muy pequeño y por poco tiempo, por cuanto las masas hambrientas del pueblo que afluían del campo, hacían bajar los jornales, mientras que los precios de los artículos alimenticios y de primera necesidad iban en aumento, de suerte que, aun con un salario más elevado, los obreros podían obtener menor cantidad de artículos; resultaba cada vez más difícil ganar un jornal, y al lado de los lujosos palacios de los potentados (o en los suburbios de las ciudades) brotaron las covachas de los obreros, obligados a vivir hacinados en sótanos y cuartuchos húmedos y fríos, cuando no directamente en chozas de barro, cerca de los nuevos establecimientos industriales. El capital, cada vez más poderoso, presionaba en forma creciente sobre los obreros, convirtiéndolos en indigentes forzados a dedicar todo su tiempo a la fábrica, empujando hacia ella a sus mujeres e hijos. He aquí, pues, dónde radica el primer cambio a que conduce el desarrollo del capitalismo: mientras en manos de un pequeño puñado de capitalistas se acumulan inmensas riquezas, la masa del pueblo se transforma en indigente.

El segundo cambio consiste en que la sustitución de la pequeña por la gran producción condujo a muchas mejoras en la misma. Ante todo, en lugar del trabajo individual y aislado en un pequeño taller, de cada pequeño patrono por separado, apareció el trabajo en común de obreros reunidos en una sola fábrica, para un solo terrateniente, para un solo contratista. El trabajo en común es mucho más fecundo (más productivo) que el individual

y permite producir mercancías con mayor facilidad y rapidez. Pero de todas estas mejoras se beneficia sólo el capitalista, quien remunera a sus obreros con el mismo mísero salario, en tanto él se apropia gratuitamente de los beneficios que reporta el trabajo en común de los obreros. El capitalista se torna más fuerte y el obrero más débil, por cuanto se habitúa a realizar un solo tipo de tarea y le es más difícil pasar a otro trabajo, cambiar de ocupación.

Otra mejora muchísimo más importante para la producción son las *máquinas* que el capitalista introduce. El rendimiento del trabajo aumenta muchas veces gracias al empleo de las máquinas; pero el capitalista hace que esta ventaja se vuelva contra los obreros: aprovecha el hecho de que las máquinas requieren menor esfuerzo físico, y emplea para trabajar en ellas a mujeres y niños, a quienes paga un salario menor. Debido a que con las máquinas se necesitan muchos menos obreros, los despide en masa de la fábrica y aprovecha el desempleo para sojuzgar aun más al obrero, para prolongar la jornada de trabajo, para despojarlo del descanso nocturno y convertirlo en un simple apéndice de la máquina. La desocupación, obra de la máquina, y su constante aumento, conduce ahora al completo desamparo del obrero. Su oficio pierde valor y es fácilmente remplazado por el obrero no calificado, que se habitúa en seguida a la máquina y que acepta trabajar de buen grado por una remuneración menor. Cualquier tentativa de defenderse contra la creciente presión del capital lleva al despido. Solo, el obrero se ve por completo impotente frente al capital; la máquina amenaza con aplastarlo.

A. 3. Hemos señalado, en la explicación del punto precedente, que el obrero aislado se ve impotente e indefenso ante el capitalista que introduce la maquinaria. Se encuentra obligado, pues, a buscar, a toda costa, los medios para ofrecer resistencia al capitalista, para defenderse. Y tal medio lo halla en la *unión*. Impotente por separado, el obrero llega a ser una fuerza unido a sus compañeros, tiene la posibilidad de luchar contra el capitalista y oponerle resistencia.

La *unión* se convierte en una necesidad para el obrero, que enfrenta ya al gran capital. ¿Pero es posible unir a esta masa heterogénea del pueblo, extraña entre sí, aunque trabaje en una misma fábrica? El programa señala las condiciones que preparan a los obreros para unirse y desarrollan en ellos la capacidad y la habilidad para hacerlo. Esas condiciones son las siguientes: 1) la gran fábrica con producción mecanizada, que requiere trabajo permanente durante todo el año, provoca la total ruptura del vínculo del obrero con la tierra y con la hacienda individual, y lo transforma por completo en proletario. La hacienda individual en una parcela de tierra mantenía

desunidos a los obreros, hacía que cada uno de ellos tuviese intereses particulares, diferentes de los del compañero, obstaculizando así su unificación. La separación del obrero de la tierra elimina estas trabas. 2) Luego, de por sí, el trabajo conjunto de centenares, de millares de obreros, los habitúa a deliberar sobre sus necesidades, a actuar en común, y les muestra con claridad la similitud de situación y de intereses de toda la masa de obreros 3) Por último, los constantes traslados de los obreros de una fábrica a otra los acostumbran a confrontar las condiciones y costumbres en las diversas fábricas, a compararlas y convencerse de que la explotación es igual en todas partes, a recoger la experiencia de otros obreros en sus conflictos con los capitalistas, fortaleciendo así su cohesión y solidaridad. Todas estas condiciones, en su conjunto, han hecho que la aparición de las grandes fábricas diera origen a la unión de los obreros. Entre los obreros rusos, las huelgas son la expresión más frecuente y más poderosa de esta unión (más adelante señalaremos por qué nuestros obreros no pueden unirse para constituir sindicatos o mutualidades). Cuanto más poderoso es el desarrollo de las grandes fábricas, tanto más frecuentes, fuertes y tenaces se tornan las huelgas obreras, ya que cuanto más fuerte es el yugo del capitalismo, tanto más necesaria se hace la resistencia mancomunada de los obreros. Las huelgas y levantamientos aislados de éstos, tal como lo dice el programa, constituyen en la actualidad el fenómeno más extendido en las fábricas rusas. Pero, a medida que crece el capitalismo y las huelgas se hacen más frecuentes, éstas revelan su insuficiencia. Los fabricantes adoptan contra ellas medidas en común: conciertan alianzas entre sí, traen obreros de otros lugares, buscan el apoyo del poder de Estado, que los ayuda a aplastar la resistencia de los obreros. Ya no se alza ante ellos el dueño de cada fábrica aislada, sino *toda la clase de los capitalistas* y el gobierno con cuya ayuda cuentan. *Toda la clase de los capitalistas* entra en la lucha contra *toda la clase de los obreros*, emprendiendo medidas comunes contra las huelgas, recabando del gobierno leyes contra los obreros, trasladando las fábricas a localidades más alejadas, recurriendo al trabajo a domicilio y a miles de otras trampas y artimañas de todo tipo contra los obreros. La unión de éstos en una fábrica, o inclusive en una rama determinada de la industria, se vuelve ya insuficiente para poder resistir a toda la clase de los capitalistas. Se torna absolutamente necesaria la acción conjunta de *toda la clase de los obreros*. De manera, pues que de los alzamientos aislados de los obreros surge la lucha de toda la clase obrera. La lucha de los obreros contra los fabricantes se transforma en *lucha de clases*. A todos los fabricantes los une un solo fin: mantener sumisos a los obreros y pagarles el salario más bajo posible. Y advierten que no podrán defender su causa sin la acción mancomunada de

toda la clase de los fabricantes, sin adquirir influencia sobre el poder de Estado. También los obreros están ligados por un interés común: no dejarse aplastar por el capital, defender su derecho a la vida y a una existencia digna. Y se van convenciendo, asimismo, de que también ellos necesitan la unión, la acción mancomunada de toda la clase, la clase obrera, y que para ello es menester lograr influencia en el poder del Estado.

A. 4. Hemos explicado de qué manera y por qué la lucha de los obreros de las fábricas contra los fabricantes se transforma en lucha de clases, en la lucha de la clase obrera, de los proletarios contra la clase de los capitalistas, contra la burguesía. Pero se preguntará: ¿qué importancia tiene esta lucha para todo el pueblo y para todos los trabajadores? En las condiciones actuales, de las que hemos hablado ya en el punto primero, la producción por medio de obreros asalariados va desplazando cada vez más a la pequeña economía. El número de personas *que vive del trabajo asalariado* aumenta rápidamente; crece la cantidad de los obreros fabriles permanentes, y en medida mayor aun, el de los campesinos que también se ven precisados a ir en busca de trabajo asalariado para poder subsistir. En la actualidad, el trabajo asalariado, el trabajo para el capitalista, ha llegado a ser ya la forma más difundida de trabajo. El dominio del capital sobre el trabajo abarca a la masa de la población, no sólo en la industria sino también en la agricultura. Esta explotación del trabajo asalariado, sobre la cual descansa la sociedad contemporánea, es la que las grandes fábricas desarrollan hasta su grado máximo. Todos los métodos de explotación que todos los capitalistas emplean en todas las ramas de la industria, y de los que es víctima la masa íntegra de la población obrera de Rusia, se concentran, se acentúan, se convierten en regla permanente en la fábrica, se hacen extensivos a todos los aspectos del trabajo y de la vida del obrero, dan origen a un verdadero régimen, a un sistema que permite al capitalista exprimir al obrero. Lo aclararemos con un ejemplo: siempre y en todas partes cualquiera se emplea por un salario, goza de descanso, deja de trabajar en días feriados, si tales feriados son observados en la zona. Otra cosa completamente distinta sucede en la fábrica: al emplear a un obrero, la fábrica dispone ya de él según le convenga, sin prestar atención alguna a las costumbres del obrero, a su tren de vida, a su situación familiar ni a sus necesidades espirituales. Lo hace trabajar cuando lo necesita, obligándolo a ajustar toda su vida a las demandas de la fábrica, a cortar su descanso y, en el trabajo por turnos, a trabajar de noche y en los días feriados. La fábrica pone en práctica todos los abusos imaginables con respecto a la jornada de trabajo, al tiempo que fija sus propias "reglas", su propio "régimen", obligatorios para cada obrero. ¡El régimen fabril es ajustado expresamente de modo que permita exprimir del

obrero la máxima cantidad de trabajo, exprimirlo con la mayor rapidez posible y después arrojarlo a la calle! Otro ejemplo. Todo el que entra a trabajar por un salario se compromete, claro está, a subordinarse al patrono y ejecutar todo lo que se le ordena. Pero al comprometerse a ejecutar una labor temporaria, el asalariado no renuncia en modo alguno a su voluntad; si considera que las exigencias del patrono son injustas o excesivas, lo abandona. La fábrica, en cambio, exige que el obrero renuncie por completo a su voluntad; establece una disciplina que lo obliga, a toque de campana, a comenzar y a terminar el trabajo; se arroga el derecho de sancionar por su propia cuenta al obrero y, por cualquier trasgresión de las reglamentaciones que ella misma ha establecido, le impone multas o descuentos. El obrero se convierte en parte de una inmensa máquina: debe ser tan obediente, sumiso, sin voluntad propia como la misma máquina.

Un tercer ejemplo: todo el que se emplea por un salario, con frecuencia se siente desconforme con el patrono, y eleva su queja contra él a los tribunales o a las autoridades. Éstos resuelven el pleito, por lo general, en favor del patrono, se ponen de su lado, pero esta connivencia con los intereses patronales no se basa en un reglamento o en leyes generales, sino en el mayor o menor servilismo de los diversos funcionarios, que deciden el pleito las más de las veces, injustamente, en beneficio del patrono, ya sea por amistad, ya sea por desconocer las condiciones de trabajo o por su incapacidad para comprender al obrero. Cada caso particular de injusticia depende del choque particular entre el obrero y su patrono, de cada funcionario individualmente. La fábrica, por su parte, congrega a una masa tal de obreros, lleva los abusos a tal extremo, que se hace imposible analizar cada caso en especial. Se establece un reglamento general, y la ley, obligatoria para todos, regula las relaciones entre obreros y fabricantes. Y en esta ley el favoritismo en beneficio del patrono es, en adelante, consagrado por el poder del Estado. En lugar de la injusticia de funcionarios aislados, es ya la injusticia de la propia ley. Aparecen, por ejemplo, reglamentos según los cuales el obrero, cuando falta al trabajo, no sólo pierde el jornal sino que además tiene que pagar una multa, mientras que el patrono, sin pagarle nada, deja al obrero sin trabajo; el patrono puede despedir al obrero por alguna actitud grosera de éste; el obrero, en cambio, no puede dejar el trabajo por el mismo motivo; el patrono tiene el derecho de imponer a su antojo multas y descuentos o exigir trabajo suplementario, etc.

Todos estos ejemplos muestran de qué manera la fábrica acrecienta la explotación de los obreros, convirtiéndola en un fenómeno general, haciendo de ella todo un "*régimen*". El obrero, quíéralo o no, enfrenta entonces, no a un patrono aislado, sus arbitrariedades y abusos; enfrenta la

arbitrariedad y la opresión de toda la clase patronal. Ve que su opresor ya no es tal o cual capitalista, sino toda la clase de los capitalistas, por cuanto en todos los establecimientos rige el mismo régimen de explotación; ni siquiera a un capitalista aislado le es posible desviarse de ese régimen: por ejemplo, si se le ocurriera reducir la jornada de trabajo, sus mercancías le costarían más que al fabricante vecino, que obliga al obrero a trabajar una jornada mayor por el mismo salario. Para lograr un mejoramiento de su situación, el obrero tropieza ya con toda una estructura social orientada hacia la explotación del trabajo por el capital. Ya no se trata para el obrero de la injusticia de un funcionario cualquiera, sino de la injusticia del propio poder estatal, que toma bajo su protección a toda la clase de los capitalistas y promulga leyes obligatorias para todos, en favor de dicha clase. De esta manera, la lucha de los obreros fabriles contra los fabricantes se transforma inevitablemente en una lucha contra toda la clase de los capitalistas, contra todo el régimen social basado en la explotación del trabajo por el capital. Por ello adquiere significación social, se convierte en la lucha que se desarrolla en nombre de todos los trabajadores, contra todas las clases que viven del trabajo ajeno. Por eso, la lucha de los obreros inaugura una nueva época en la historia rusa y constituye la aurora de la liberación de los obreros.

¿Pero en qué se apoya el dominio de la clase de los capitalistas sobre todo el conjunto de la masa obrera? En que en manos de los capitalistas, como propiedad privada de éstos se encuentran todas las fábricas, talleres, yacimientos, máquinas e instrumentos de trabajo; en que en sus manos están las inmensas extensiones de tierra (de toda la tierra de la Rusia europea, más de un tercio pertenece a los terratenientes, cuyo número no alcanza al medio millón). Por carecer de instrumentos de trabajo y materiales propios, los obreros se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas, quienes les pagan únicamente lo necesario para mantenerse, embolsándose todo el excedente que el trabajo produce; de esta manera pagan sólo una parte del tiempo invertido en el trabajo; y se apropian del resto. Todo el aumento de la riqueza que resulta del trabajo en común de la masa de obreros, o de las mejoras introducidas en la producción, va a parar a manos de la clase de los capitalistas, en tanto que los obreros, que penan generación tras generación, son siempre los mismos, proletarios desposeídos. Por eso hay sólo un medio para poner fin a la explotación del trabajo por el capital, a saber: liquidar la propiedad privada sobre los instrumentos de trabajo, poner todas las fábricas, talleres, minas, como así también todas las grandes haciendas, etc., en manos de toda la sociedad y organizar la producción socialista general, dirigida por los propios obreros. Los productos obtenidos por el trabajo común serán aprovechados entonces por los propios

trabajadores, y lo que ellos produzcan como excedente de lo que requiere su mantenimiento servirá para satisfacer sus necesidades, para desarrollar plenamente todas sus aptitudes y darles igualdad de derechos en el usufructo de todas las conquistas de la ciencia y del arte. Por eso en el programa se señala también que sólo así podrá darse fin a la lucha de la clase obrera contra los capitalistas. Para ello es menester que el poder político, es decir, la dirección del Estado, pase, de manos de un gobierno que se halla bajo la influencia de los capitalistas y terratenientes, o integrado directamente por representantes de los capitalistas, a las de la clase obrera.

Tal es el objetivo final de la lucha de la clase obrera, tal es la condición para su completa liberación. Hacia este objetivo final deben tender los obreros conscientes y unidos; pero aquí, en Rusia, tropiezan aún con enormes obstáculos que traban la lucha por su emancipación.

A. 5. Los obreros de todos los países europeos están empeñados ya en esta lucha contra el dominio de la clase de los capitalistas, del mismo modo que los obreros de América y de Australia. La unión y cohesión de la clase obrera no se circunscribe a los límites de un solo país o de una sola nacionalidad; los partidos obreros de diversos países proclaman la plena identidad (solidaridad) de intereses y objetivos de los obreros de todo el mundo. Se reúnen en congresos generales, plantean ante la clase de los capitalistas de todos los países sus reivindicaciones comunes, instituyen la jornada internacional de todo el proletariado unido que aspira a su liberación (el 1 de mayo), cohesionan a la clase obrera de todas las nacionalidades y países en un único y gran ejército obrero. Esta unión de los obreros de todos los países surge como una necesidad debido a que la clase de los capitalistas, que ejerce su poder sobre aquéllos, no limita ese dominio a los marcos de un solo país. Las relaciones comerciales entre los diversos Estados se tornan cada vez más estrechas y amplias; el capital pasa constantemente de un país a otro. Los bancos, esos inmensos depósitos de capitales, reciben dinero de todas partes y lo distribuyen en préstamo entre los capitalistas; de nacionales se convierten en internacionales, agrupan a los capitales de todos los países y los distribuyen entre los capitalistas de Europa y de América. Se constituyen grandes compañías por acciones para establecer empresas capitalistas, ya no en un solo país, sino en varios a la vez; aparecen las sociedades internacionales de capitalistas. El dominio del capital es internacional. Por eso, también la lucha de los obreros de todos los países por su emancipación tendrá éxito sólo si es una lucha mancomunada de los obreros contra el capital internacional. Por esa misma causa el obrero ruso que lucha contra la clase de los capitalistas tiene un camarada, tanto en el obrero alemán como en el polaco o en el francés, del mismo modo que son sus enemigos los

capitalistas, tanto rusos como polacos o franceses. Es por ello que en los últimos tiempos los capitalistas extranjeros, de muy buen grado, trasfieren sus capitales a Rusia; construyen aquí sucursales de sus fábricas y forman compañías para instalar nuevas empresas en el país. Se abalanzan con avidez sobre un joven país, cuyo gobierno es benévolo y complaciente con el capital como en ninguna otra parte; donde encuentran obreros menos unidos, menos capacitados para ofrecerles resistencia que en Occidente; donde el nivel de vida de éstos, y por lo tanto sus salarios, son mucho más bajos, de modo que los capitalistas extranjeros pueden obtener beneficios inmensos, sin precedentes en sus países. El capital internacional ha extendido ya sus garras sobre Rusia. Los obreros rusos tienden su mano al movimiento obrero internacional.

A. 6. Ya hemos explicado cómo las grandes fábricas agudizan a un grado extremo la opresión del capital sobre el trabajo, cómo crean todo un sistema de métodos de explotación; cómo los obreros, al levantarse contra el capital, llegan inevitablemente a comprender la necesidad de unirse, de la lucha en común de toda la clase obrera. En esta lucha contra la clase de los capitalistas, se enfrentan con las leyes generales del Estado, que amparan a los capitalistas y protegen sus intereses.

Pero si los obreros uniéndose son suficientemente fuertes como para arrancar concesiones a los capitalistas, para ofrecerles resistencia, podrían igualmente, gracias a su unión, presionar sobre las leyes y el Estado y obtener su modificación. Así proceden, en efecto, los de los demás países, pero los obreros rusos no pueden influir directamente sobre el Estado. En Rusia se hallan en condiciones tales, que carecen de los derechos civiles más elementales. No se les permite reunirse, ni discutir en común sus propios problemas, ni organizar sindicatos, ni hacer públicas sus peticiones. En otras palabras, las leyes del Estado, además de favorecer a la clase de los capitalistas, privan a los obreros de toda posibilidad de influir sobre ellas y lograr su modificación. Esto pusa. porque en Rusia (entre todos los Estados europeos, sólo en Rusia) se conserva hasta hoy el poder ilimitado del gobierno autocrático, o sea, un régimen de Estado en el que las leyes, obligatorias para todos, son promulgadas por el zar según su propio criterio y ejecutadas por los funcionarios que él mismo designa. Los ciudadanos están privados de toda participación en la promulgación de las leyes, en su difusión, en la proposición de otras nuevas; tampoco pueden reclamar la derogación de las viejas. Se hallan privados del derecho de exigir responsabilidad a los funcionarios, de verificar los actos de éstos y de acusarlos ante la justicia. Carecen inclusive del derecho a discutir los asuntos de Estado: ni les está permitido organizar asambleas ni asociaciones sin el

permiso de esos mismos funcionarios. De tal manera, éstos se encuentran exentos de toda responsabilidad, en el cabal sentido de esta palabra: constituyen una especie de casta colocada por encima de los ciudadanos. La falta de responsabilidad y la arbitrariedad de los funcionarios, así como la absoluta imposibilidad para la población de hacer oír su voz, dan lugar a tan inauditos abusos de poder por parte de los funcionarios, a tales trasgresiones de los derechos de la gente sencilla, que resultan inimaginables en cualquier otro país europeo.

Así, pues, según la ley, las atribuciones del gobierno ruso son completamente ilimitadas; se considera independiente en absoluto con respecto al pueblo y por encima de todos los estamentos y clases. Pero si en realidad esto fuera así, ¿por qué tanto la ley como el gobierno, en todos los conflictos entre los obreros y los capitalistas, se coloca de parte de estos últimos? ¿Por qué los capitalistas tienen mayor apoyo a medida que aumentan su número y su riqueza, mientras que los obreros encuentran cada vez más oposición y más restricciones?

En realidad, el gobierno no está por encima de las clases, torna bajo su protección a una clase en detrimento de la otra, a la clase de los poseedores contra la de los desposeídos, de los capitalistas contra los obreros. Un gobierno absoluto no podría dirigir un Estado tan inmenso, si no concediera toda clase de prerrogativas y privilegios a las clases poseedoras.

Aun cuando, según la ley, el gobierno es un poder absoluto e independiente, en los hechos los capitalistas y terratenientes cuentan con miles de métodos para influir sobre él y sobre los asuntos de Estado. Tienen, reconocidas por la ley, sus propias instituciones estamentales, sociedades de nobles y de comerciantes, cámaras de comercio y de la manufactura, etc. Sus representantes llegan directamente a ser funcionarios y participan en la dirección del Estado (los mariscales de la nobleza, por ejemplo), o bien son invitados a participar como miembros de todas las instituciones oficiales: por ejemplo, de acuerdo con la ley, los fabricantes participan en los tribunales de trabajo (bajo cuya dirección se encuentra la Inspección del trabajo), y designan allí a sus representantes. Pero no se limitan a la participación directa en la conducción del Estado. En sus asociaciones discuten las leyes del Estado, elaboran proyectos, y, por cualquier motivo, el gobierno acostumbra a solicitarles su opinión, les envía proyectos pidiéndoles las correspondientes observaciones.

Los capitalistas y terratenientes organizan congresos nacionales, en los cuales debaten sus asuntos, para lograr diversas medidas en favor de su clase; actúan en nombre de todos los terratenientes nobles, de "los comerciantes de toda Rusia" en procura de la promulgación de nuevas leyes y de la

modificación de las antiguas. Pueden discutir sus problemas en los periódicos, pues el gobierno, si bien limita la prensa por medio de la censura, no se atreve a pensar en despojar a las clases poseedoras del derecho de discutir sus asuntos. Disponen de todos los conductos para llegar a las instancias superiores del poder estatal y les resulta más fácil discutir los casos de arbitrariedad de funcionarios inferiores, a la vez que conseguir, sin mayores inconvenientes, la derogación de las leyes y reglamentaciones particularmente lesivas para sus intereses. Y así como no hay otro país en el mundo donde existan tantas leyes y reglamentaciones, y una tan inaudita tutela policíaca del gobierno, que prevé los menores detalles y quita vitalidad a cualquier obra, tampoco existe en el mundo un país donde con tanta facilidad se violen esas reglamentaciones burguesas, ni donde tan fácilmente se eludan esas leyes policiales con la sola benévola aprobación de las autoridades superiores. Y tal aprobación jamás es negada. [6]

B. 1. Este punto del programa es el más importante, el principal, pues muestra cuál debe ser la actividad del partido que defiende los intereses de la clase obrera y la de todos los obreros conscientes. Señala cómo la aspiración al socialismo, la voluntad de eliminar la eterna explotación del hombre por el hombre, debe estar ligada al movimiento popular que engendran las condiciones de vida creadas por la aparición de las grandes fábricas.

Por su actividad, el partido debe contribuir a la lucha de clase de los obreros. La tarea del partido consiste, no en inventar procedimientos novedosos para ayudar a los obreros, sino en adherir a su movimiento y llevarle ideas esclarecedoras, en ayudar a los obreros en la lucha que han iniciado. El partido debe defender los intereses de los obreros, representar los de todo el movimiento obrero. ¿Cómo debe, pues, manifestarse la ayuda a los obreros en lucha?

El programa dice que esta ayuda debe consistir, en primer término, en desarrollar la conciencia de clase de los obreros. Ya hemos visto cómo la lucha de éstos contra los fabricantes se convierte en una lucha de clase del proletariado contra la burguesía.

De lo que hemos visto se desprende qué debe entenderse por conciencia de clase de los obreros. Esta conciencia de clase es la comprensión, por su parte, de que el único medio para mejorar su situación y lograr su liberación, es la lucha contra la clase de los capitalistas y fabricantes, clase que se origina con la aparición de las grandes fábricas. Luego, la conciencia de clase significa comprender que los intereses de todos ellos, en un país determinado, son idénticos, solidarios; que todos ellos constituyen una sola clase, una clase aparte respecto de las demás de la sociedad. Conciencia de

clase de los obreros quiere decir, por último, que éstos comprendan que para lograr sus objetivos les es indispensable influir en los asuntos de Estado, tal como lo han hecho y siguen haciéndolo los terratenientes y capitalistas.

¿Cómo llegan los obreros a la comprensión de todo esto? La adquieren constantemente a cada paso de la misma lucha que ya han iniciado contra los fabricantes y que se desarrolla cada vez más, se torna más áspera e incorpora a un número creciente de obreros, a medida que se desarrollan las grandes fábricas. Hubo un -tiempo en que la hostilidad de los obreros contra el capital se traducía solamente en un vago sentimiento de odio contra sus explotadores, en una noción confusa de la opresión de que eran objeto y de su esclavitud y en el deseo de *vengarse* de los capitalistas. La lucha se expresaba entonces en levantamientos aislados de los obreros, durante los cuales destruían los edificios, rompían las máquinas, apaleaban a los directores de las fábricas, etc. Esta fue la *primera* forma, la forma inicial del movimiento obrero, y fue necesaria por cuanto el odio al capitalista siempre y en todas partes, constituyó el primer impulso tendiente a despertar en los obreros la necesidad de defenderse. Pero el movimiento obrero ruso ha superado esta forma inicial. En lugar del odio confuso hacia el capitalista, los obreros han comenzado ya a comprender el antagonismo que existe entre la clase de los obreros y la de los capitalistas. En lugar del vago sentimiento de opresión han empezado ya a discernir sobre *cómo y por qué medios, precisamente*, los oprime el capital; y se alzan contra esta o aquella forma de sojuzgamiento, oponiendo una barrera a la presión del capital, defendiéndose de la codicia del capitalista. En lugar de la venganza contra los capitalistas, pasan ahora a la lucha por obtener concesiones: comienzan a plantear a la clase de los capitalistas una reivindicación tras otra y a reclamar para sí el mejoramiento de las condiciones de trabajo, el aumento de los salarios, la reducción de la jornada de trabajo. Cada huelga concentra toda la atención y todos los esfuerzos de los obreros, ya en una, ya en otra de las condiciones en que vive la clase obrera. Cada huelga suscita la discusión sobre esas condiciones, ayuda a los obreros a juzgarlas, a comprender cómo se traduce en esa oportunidad la presión del capital, cómo se puede luchar contra ella. Cada huelga enriquece con una nueva experiencia a toda la clase obrera. Si tiene éxito, sirve para mostrar la fuerza de la unión de los obreros y estimula a los demás a seguir el ejemplo de sus compañeros. Si fracasa, provoca la discusión de las causas de la derrota y la búsqueda de mejores métodos de lucha. Esta transición que se inicia ahora en toda Rusia, hacia la lucha indeclinable de los obreros por sus necesidades esenciales, hacia la lucha por arrancar concesiones, por obtener mejores condiciones de vida, de salario, y una reducción en la jornada de trabajo, marca el enorme paso

adelante dado por los obreros rusos; y, por eso, a esta lucha y a cómo contribuir a la misma deben dedicar su atención principal el Partido Socialdemócrata y todos los obreros conscientes. La ayuda a los obreros debe consistir en señalar las necesidades más apremiantes, por cuya satisfacción debe lucharse, analizar las causas que agravan la situación de tales o cuales obreros, explicar las leyes y reglamentaciones fabriles, cuya violación (y las tramoyas fraudulentas de los capitalistas) somete a los obreros tan a menudo, a un doble saqueo. Debe consistir en señalar con la mayor exactitud y precisión posibles las reivindicaciones de los obreros y hacerlas públicas, en escoger el mejor momento para resistir, elegir la mejor forma de lucha, estudiar la posición y las fuerzas de ambos bandos en lucha, analizar si no existe la posibilidad de una forma de lucha aún mejor (como ser, una carta al fabricante o una denuncia ante el inspector o el médico, según las circunstancias, si no conviene recurrir directamente a la huelga, etc.).

Hemos dicho que el paso de los obreros rusos a esta forma de lucha muestra que han dado un gran paso adelante. Esta lucha coloca (lleva) el movimiento obrero en el buen camino, y es garantía de futuros éxitos. En esta lucha, las masas obreras aprenden, en primer lugar, a reconocer y analizar, uno tras otro, los métodos de explotación capitalista, a comprenderlos, tanto en relación con la ley, como con sus propias condiciones de vida y con los intereses de la clase de los capitalistas. Al examinar las diversas formas y Casos de explotación, los obreros aprenden a entender el sentido y la esencia de la explotación en su conjunto, aprenden a entender el régimen social basado en la explotación del trabajo por el capital. En segundo lugar, en esta lucha, los obreros ponen a prueba sus fuerzas, aprenden a unirse, a entender la necesidad y el valor de dicha unión. La ampliación de la lucha y la frecuencia de los choques conducen inevitablemente a una extensión aun mayor de aquélla, al desarrollo del sentimiento de unidad, al espíritu de solidaridad, en primer término entre los obreros de una localidad determinada, después entre los de todo el país, entre toda la clase obrera. En tercer lugar, esa lucha desarrolla la conciencia política de los obreros. La masa obrera se ve colocada, por sus propias condiciones de vida, en una situación tal, que (no puede) no tiene tiempo ni posibilidad para meditar acerca de cualquier clase de problemas de orden nacional. Pero la lucha de los obreros contra los fabricantes por sus necesidades cotidianas hace, por sí sola y en forma inevitable, que tropiecen con problemas nacionales y políticos, con problemas relativos a la forma en que se gobierna el Estado ruso, cómo se promulgan las leyes y reglamentaciones, y a qué intereses sirven. Cada conflicto en una fábrica lleva necesariamente a los obreros a enfrentarse con las leyes y con los

representantes del poder estatal. Escuchan entonces por primera vez "discursos políticos". Para empezar, los obreros comprenden, aunque sólo sea por las explicaciones de los propios inspectores del trabajo, que la artimaña mediante la cual el patrono los oprime está basada en el exacto cumplimiento de las disposiciones aprobadas por las autoridades correspondientes, que conceden al fabricante libertad para explotar a los obreros a su arbitrio; o que la expoliación a que aquél los somete es perfectamente legal, y que, por lo tanto, no hace más que ejercer un derecho establecido en tal o cual ley sancionada y protegida por el poder estatal. A las explicaciones políticas de los señores inspectores se agregan, a veces, "explicaciones políticas" [7] aún más útiles, del señor ministro quien recuerda a los obreros que deben sustentar sentimientos de "amor cristiano" para con los fabricantes, por los millones que éstos ganan a expensas del trabajo de los obreros. Después, a estas explicaciones de los representantes del poder estatal y a la forma directa en que los obreros conocen en beneficio de quiénes actúa este poder, se agregan aun los volantes u otra clase de explicaciones de los socialistas, de suerte que durante una huelga de este tipo, reciben una educación política completa. Aprenden a entender, no sólo cuáles son los intereses particulares de la clase obrera, sino también el lugar particular que ésta ocupa dentro del Estado. He aquí, pues, en qué debe consistir la ayuda que oí Partido Socialdemócrata puede prestar a la lucha de clase de los obreros: en desarrollar su conciencia de clase contribuyendo a la lucha que realizan por sus necesidades esenciales.

La segunda forma de ayuda debe consistir, como lo dice el programa, en contribuir a la organización de los obreros. La lucha que acabamos de describir exige que estén organizados. Esto es necesario tanto para una huelga, a fin de conducirla con mayor éxito, como para la recaudación de fondos en favor de los huelguistas, para la organización de cajas mutuales y para la propaganda entre los obreros; para la difusión entre los mismos de volantes, comunicados, llamamientos, etc. La organización es más necesaria aun para defenderse contra las persecuciones de la policía y de la gendarmería, para proteger de éstas todos los vínculos y contactos entre los obreros, para proporcionarles libros, folletos, periódicos, etc. La ayuda en todos estos aspectos: tal es la segunda tarea del partido.

La tercera consiste en señalar el verdadero objetivo de la lucha, o sea, esclarecer a los obreros en qué consiste la explotación del trabajo por el capital, sobre qué se mantiene, de qué modo la propiedad privada sobre la tierra y los instrumentos de trabajo condena a las masas obreras a la miseria, las obliga a vender su trabajo a los capitalistas y a entregarles gratuitamente todo el excedente creado por su trabajo después de producir lo necesario

para subsistir; en explicar, luego, cómo esta explotación conduce inevitablemente a la lucha de clase de los obreros contra los capitalistas, cuáles son las condiciones de dicha lucha y su objetivo final: en una palabra, en explicar todo lo que, en forma concisa, se señala en el programa.

B. 2. ¿Qué quiere decir que la lucha de la clase obrera es una lucha política? Quiere decir que la clase obrera no puede luchar por su emancipación sin tratar de influir en los asuntos de Estado, en la dirección del Estado y en la promulgación de las leyes. Hace tiempo que los capitalistas rusos han comprendido la necesidad de esta influencia, y ya hemos mostrado de qué modo, pese a todas las prohibiciones de las leyes policíacas, supieron encontrar mil maneras para influir sobre el poder estatal, y cómo este poder sirve a los intereses de la clase de los capitalistas. De ello se desprende que si la clase obrera no ejerce influencia sobre el poder estatal, tampoco es posible su lucha, tampoco es posible para ella lograr siquiera un mejoramiento estable de su situación.

Ya hemos dicho que la lucha de los obreros contra los capitalistas los conduce inevitablemente a chocar con el gobierno, y éste hace todo lo posible para demostrarles que sólo mediante la lucha y la resistencia unida pueden ejercer influencia sobre el poder del Estado. Esto lo demuestran con particular evidencia las grandes huelgas que tuvieron lugar en Rusia durante los años 1885 y 1886. El gobierno comenzó en el acto a preocuparse por las reglamentaciones relativas a los obreros y sin tardanza promulgó nuevas leyes referentes al régimen fabril, cediendo ante el perentorio reclamo de los obreros (por ejemplo, las reglamentaciones para restringir la imposición de multas y para establecer escalas de salarios correctas) [8]; del mismo modo, las huelgas actuales (1896) provocaron la inmediata intervención del gobierno, el cual comprendió ya que no le es posible limitarse a detenciones y deportaciones, que es absurdo obsequiar a los obreros ridículos sermones acerca de los nobles sentimientos de los fabricantes (véase la circular del ministro de Finanzas Witte, dirigida a los inspectores de fábricas. Primavera de 1896 [9]). El gobierno se ha dado cuenta de que "los obreros unidos representan una fuerza con la cual habrá que contar", y ya inició la revisión de las leyes fabriles, al tiempo que convoca en San Petersburgo un congreso de jefes de inspectores del trabajo para discutir el problema de la reducción de la jornada de trabajo y otras inevitables concesiones a los obreros.

Vemos, así, que la lucha de la clase obrera contra la de los capitalistas tiene que ser, necesariamente, política. Esta lucha ejerce ya, en efecto, influencia sobre el poder estatal y adquiere importancia política. Pero cuanto más se desarrolla el movimiento obrero, tanto más clara y acentuadamente aparece y se deja sentir la completa falta de derechos políticos de los obreros, hecho

del que hemos hablado antes; la completa imposibilidad de éstos de influir de modo abierto y directo sobre el poder de Estado. Por eso, la reivindicación más urgente de los obreros, y el primer objetivo para que la clase obrera ejerza influencia sobre el poder estatal debe ser *la conquista de la libertad política*, o sea, la participación, directa y asegurada por las leyes (por la Constitución), de todos los ciudadanos en la dirección del Estado, el derecho de todos los ciudadanos a reunirse libremente, discutir sus problemas y ejercer influencia en los asuntos de Estado por medio de asociaciones y de la prensa. La conquista de la libertad política se convierte en "*una cuestión esencial para los obreros*", porque sin ella no tienen ni pueden tener influencia alguna sobre los asuntos de Estado, porque sin ella nunca dejarán de ser una clase privada de derechos, humillada y sin voz. ¡Y si ya ahora, cuando la lucha de los obreros y su unificación apenas han comenzado, el gobierno se apresura a hacer concesiones a fin de paralizar el desarrollo del movimiento, no cabe duda de que cuando se unan y se cohesionen bajo la dirección de un partido político sabrán obligar al gobierno a ceder, sabrán conquistar la libertad política para sí y para todo el pueblo ruso!

En las partes precedentes del programa ya se ha señalado el lugar que ocupa la clase obrera dentro de la sociedad y del Estado contemporáneos, el objetivo de su lucha y la tarea del partido que representa los intereses de los obreros. Con el poder absolutista del gobierno en Rusia no existe, ni puede existir legalmente, partido político alguno, pero sí corrientes políticas que traducen los intereses de las demás clases y que ejercen influencia sobre la opinión pública y sobre el gobierno. Por ello, para esclarecer la posición del Partido Socialdemócrata es menester ahora señalar su actitud frente a las restantes corrientes políticas de la sociedad rusa, a fin de que los obreros determinen quiénes pueden ser sus aliados, hasta qué límites, y quiénes son sus enemigos. Esto es lo que se indica en los dos puntos siguientes del programa.

B. 3. El programa declara que son aliados de los obreros en primer término, todos los sectores sociales que se manifiestan contra el poder absolutista del gobierno autocrático. Dado que este poder ilimitado constituye la traba principal en la lucha de los obreros por su liberación, se deduce que el interés inmediato de éstos requiere que presten apoyo a todo movimiento social enderezado contra el absolutismo (absoluto quiere decir ilimitado; absolutismo, poder estatal ilimitado). Cuanto más se desarrolla el capitalismo, tanto más profundas se tornan las contradicciones entre este gobierno burocrático y los intereses de las propias clases poseedoras, los de la burguesía. Y el Partido Socialdemócrata declara que apoyará a todos los

sectores y capas de la burguesía que se manifiesten contra el gobierno absolutista.

Para los obreros es infinitamente más ventajosa la *influencia directa* de la burguesía en la conducción de los asuntos del Estado, que la que ejerce en la actualidad por intermedio de la cohorte de funcionarios venales y arbitrarios. Para los obreros es mucho más ventajosa la influencia *abierta* de la burguesía en la política que la actual influencia que *se oculta* tras un gobierno aparentemente omnipotente e "independiente", que obra por "voluntad divina" y otorga "sus favores" a los sufridos y laboriosos terratenientes, y a los infortunados y oprimidos fabricantes. Los obreros necesitan la *lucha abierta* contra la clase de los capitalistas para que todo el proletariado ruso pueda ver por cuáles intereses combaten los obreros y aprendan cómo hay que luchar para que las maquinaciones y los designios de la burguesía no queden ocultos en las antecámaras de los príncipes, en las salas de espera de los senadores y ministros o tras las puertas inaccesibles de los ministerios, y queden al descubierto a fin de que todos vean claramente quiénes son, en realidad, los que inspiran la política gubernamental y hacia qué tienden los capitalistas y los terratenientes. Por eso, ¡fuera todo lo que disimule la influencia actual de la clase de los capitalistas! Por eso, ¡apoyo a todos los representantes de la burguesía, sean quienes fueren, *que se manifiestan* contra la burocracia, contra el gobierno burocrático, contra el gobierno absolutista! Pero al proclamar su apoyo a todo movimiento social dirigido contra el absolutismo, el Partido Socialdemócrata declara que no se aparta del movimiento obrero, por cuanto la clase obrera tiene sus intereses especiales, opuestos a los de todas las demás clases. Al prestar apoyo a todos los representantes de la burguesía en la lucha por la libertad política, los obreros deben recordar que las clases poseedoras pueden ser sólo temporalmente sus aliados, que los intereses de los obreros y los de los capitalistas son inconciliables, que los obreros necesitan la eliminación del poder absolutista sólo para dar a la lucha que desarrollan contra la clase de los capitalistas un carácter abierto y amplio.

El Partido Socialdemócrata declara además, que prestará apoyo a todos los que se levanten contra la clase de los privilegiados aristócratas terratenientes. En Rusia el estamento de los aristócratas terratenientes está en primer plano dentro del Estado. Los resabios de su poder feudal sobre los campesinos siguen oprimiendo aun hoy a la masa del pueblo. Los campesinos continúan pagando rescate por su emancipación del poder de los terratenientes. Siguen estando sujetos a la tierra, para que los señores terratenientes no sufran debido a la escasez de obreros agrícolas baratos y sumisos. Los campesinos, hasta hoy día sin derechos, como si fueran

incapaces o menores de edad, son entregados a la arbitrariedad de los funcionarios que no cuidan más que de sus bolsillos, que se inmiscuyen en la vida de los campesinos para que éstos paguen "puntualmente" el rescate o el tributo a los señores terratenientes feudales, no se atreven a "eludir" la obligación de trabajar para ellos, no osen, por ejemplo, trasladarse a otros lugares y de ese modo obligar, tal vez, a los ten- atenientes a buscar obreros en otra parte, no tan baratos ni tan agobiados por la necesidad. Por la proeza de someter a millones, a decenas de millones de campesinos a su servicio, manteniendo su falta de derechos, los señores terratenientes se ven favorecidos por grandes privilegios que les otorga el Estado. Ocupan, principalmente, los altos cargos del Estado (pues, inclusive de acuerdo con la ley, el estamento de la nobleza goza del más alto derecho a los cargos públicos); los aristócratas terratenientes son los que están más cerca de la Corte, y en forma más directa y más fácil inclinan a su favor la política del gobierno. Se aprovechan de esa proximidad para saquear el tesoro público y recibir, gracias a los dineros del pueblo, prebendas y regalías por muchos millones de rublos, ora en forma de grandes haciendas, que se les entrega por servicios prestados, ora en forma de "concesiones" [10].

Notas:

[1] *Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata*: fue escrito por Lenin en la cárcel de Petersburgo: el *Proyecto*, después del 9 (21) de diciembre de 1895, y la *Explicación*, en junio-julio de 1896. Según las memorias de N. Krúpskaia y de A. Uliánova-Elizárova el texto había sido escrito con leche entre líneas en algún libro. Por consiguiente, primero fue descifrado y luego copiado.

En el archivo del Instituto de Marxismo-leninismo adjunto al CC del PCUS se guardan tres copias del *Proyecto de programa*. La primera encontrada en el archivo personal de Lenin del periodo 1900-1904, está escrita por mano desconocida con tinta simpática, entre las líneas del artículo de S. Chugnnov, titulado "La vértebra cervical y la teoría de la evolución", en la revista *Naúchnoie Obozrenie*, núm. 5 del año 1900. Esta copia no lleva título. Sus páginas están numeradas con lápiz, con letra de Lenin, y guardadas en un sobre que tiene la siguiente inscripción *Viejo (1895) proyecto de programa*.

La segunda copia, encontrada igualmente en el archivo personal de Lenin de ese mismo período, está escrita a máquina en fino papel de seda, y lleva el encabezamiento: *Viejo (1895) proyecto de programa del Partido socialdemócrata*.

La tercera fue hallada en el archivo de Ginebra del POSDR; es una copia hectográfica de 39 páginas. 85.

[2] *Naúchnoie Obozrenie* "(Revista científica)": se publicó en S. Petersburgo desde 1894 hasta 1903, primero semanalmente y luego en forma mensual. No tenía tendencia definida, pero, "para estar a la moda" (expresión de Lenin), publicaba artículos de marxistas. Aparecieron en ella varias cartas y artículos de Marx y Engels, y tres de Lenin: "Observación sobre el problema de la teoría de los mercados" (véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. IV), "Algo más sobre el problema de la teoría de la realización" (*Id., ibíd.*, t. IV) y "Una crítica no crítica" (*id., ibíd.*, t. III). 85.

[3] *Zemski Sobor*: Asamblea de representantes de los estamentos campesinos. Tuvo su origen en los siglos xvi y xvn; era convocada generalmente por el zar para considerar problemas de Estado, y fue abolida por Pedro I. Por extensión se aplica ese nombre a la asamblea de campesinos. (Ed.)

[4] *Pagos de rescate*: fueron establecidos por el "Decreto" que fijaba ese gravamen a los "campesinos que eran liberados de la servidumbre..." y que fue ratificado el 19 de febrero de 1861. El gobierno zarista obligaba a los campesinos a pagar a los terratenientes por las parcelas de tierra que les entregaba, u.i. precio varias veces mayor que su valor real. Al firmar el contrato de rescate el gobierno abonó a los terratenientes la suma total del valor de las tierras, imputándola a los campesinos, que tenían que amortizarla en el término de 49 años en cuotas anuales onerosas y que, por esta razón, provocaban la depauperación y la ruina en masa de los campesinos. Solamente los campesinos que fueron liberados de la servidumbre pagaron al gobierno la suma de 2.000 millones de rublos por tierras cuyo valor real no pasaba de 544 millones, y como no todos los pagos se hacían a partir de la misma fecha, ya que algunos sólo comenzaron a ser amortizados en 1883, la amortización terminaría sólo en 1932. Durante la primera revolución de 1905-1907 el movimiento campesino obligó al gobierno a derogar la ley, que fue anulada en 1907. 90.

[5] *Caución solidaria*. Responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos de cada comunidad rural por el cumplimiento oportuno y total de los pagos en dinero, y por toda clase de servicios en beneficio del Estado y de los terratenientes (impuestos, pagos de rescate, conscripción, etc.). Esta

forma de sujeción de los campesinos, que se conservó inclusive después de la abolición del régimen feudal en Rusia, fue suprimida sólo en 1906.

[6] Es evidente que el copista no pudo descifrar en el original las palabras que siguen. En el texto hectografiado se lee aquí la advertencia "[omisión I]", y después continúa el fragmento siguiente: "el dominio de los funcionarios irrespons., más que cualquier intervención de la sociedad en los asuntos gubernam., es el que brinda más posibilidades "[omisión II]". (Ed.)

[7] Lenin se refiere a la circular enviada por el ministro de Finanzas, S. Witte, a los inspectores de fábrica, con motivo de las huelgas del verano y el otoño de 1895. Véase el comentario sobre el particular en la pág. 114 del presente tomo. (Ed.)

[8] Véase el presente tomo, págs. 29-34. (Ed.)

[9] *Ídem*, pág. 114. (Ed.)

[10] Aquí se interrumpe el texto hectografiado que se conserva en el Instituto de Marxismo Leninismo, adjunto al CC del PCUS. (Ed.)

Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (adoptado por el II Congreso del Partido) (1903)

El *Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* (POSDR) aprobado en su II Congreso (1903) constituyó un hito en la consolidación del marxismo ruso y en la definición de su estrategia revolucionaria. Este congreso, celebrado entre Bruselas y Londres, reunió a diversas corrientes socialistas que buscaban unificar la lucha contra el absolutismo zarista y organizar políticamente al proletariado. En él se adoptó un programa dividido en dos partes: una mínima, que planteaba demandas inmediatas — como la instauración de una república, el sufragio universal, la jornada laboral de ocho horas y el derecho de autodeterminación de las naciones del Imperio—, y objetivos finales, como la sustitución de las relaciones de producción capitalistas por las socialistas.

Durante y después del congreso, Vladimir I. Lenin elaboró y defendió su interpretación del programa en textos como *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1904). En ellos explicó las diferencias entre bolcheviques y mencheviques, derivadas del debate sobre la organización del partido y la naturaleza de la revolución. Lenin insistió en la necesidad de un partido de vanguardia, centralizado y disciplinado, capaz de dirigir la lucha política y conducir al proletariado desde la fase democrática hacia la revolución socialista.

El desarrollo del comercio ha forjado un vínculo tan fuerte entre todas las naciones del mundo civilizado que el gran movimiento emancipador del proletariado tenía que llegar a ser, y hace mucho tiempo ha llegado a ser, un movimiento internacional.

Considerándose a sí misma como un destacamento del ejército mundial del proletariado, la socialdemocracia rusa está persiguiendo el mismo objetivo al que aspiran los socialdemócratas de todos los demás países.

Este objetivo está determinado por el carácter de la sociedad burguesa contemporánea y por su vía de desarrollo.

La característica principal de esta sociedad es la producción de mercancías sobre la base de relaciones de producción capitalistas, en las que la parte más importante y significativa de los medios de producción e intercambio pertenece a una clase numéricamente pequeña de personas, mientras que la gran mayoría de la población se compone de proletarios y semiproletarios, obligados por su posición económica a vender su fuerza de trabajo, ya sea en forma permanente o temporal (es decir, a convertirse en

asalariados de los capitalistas), y a crear por medio de su trabajo los ingresos de las clases dominantes de la sociedad.

La esfera de la predominancia de las relaciones de producción capitalistas se expande todo el tiempo en la medida en que las mejoras constantes de la tecnología, que aumentan la importancia económica de las grandes empresas, conducen a la exclusión de los pequeños productores independientes, transformando a una parte de ellos en proletarios y reduciendo el papel del resto, haciéndolos más o menos completamente, más o menos obviamente, en mayor o menor medida, dependientes del capital. Ese mismo progreso tecnológico da a los empresarios, además, la posibilidad de emplear a gran escala mujeres y niños en el proceso de producción y distribución de mercancías. Pero dado que esto conduce a una reducción correspondiente en la necesidad de los empresarios de la mano de obra de los obreros, la demanda de fuerza de trabajo, inevitablemente, deja de estar a la altura de la oferta y, en consecuencia, la dependencia del trabajo asalariado del capital aumenta y el nivel de su explotación se intensifica.

Tal es el estado de cosas en los países burgueses, y la cada vez más feroz competencia entre ellos en el mercado mundial hace que sea cada vez más difícil vender las mercancías producidas en cantidades constantemente crecientes. La sobreproducción, que se manifiesta en las crisis industriales más o menos agudas, seguidas por períodos más o menos prolongados de estancamiento industrial, aparece como la consecuencia inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad burguesa. Las crisis y los períodos de estancamiento industrial a su vez causan aún más estragos en los pequeños productores, aumentan aún más la dependencia del trabajo asalariado del capital y llevan aún más rápidamente a un deterioro relativo, e incluso a veces absoluto, en la situación de la clase obrera.

De esta manera la mejora de la tecnología, que implica una mejora de la productividad laboral y un aumento de la riqueza social, provoca en la sociedad burguesa un aumento de la desigualdad social, un ensanchamiento de la brecha entre los propietarios y los no propietarios, una existencia más precaria, y un aumento del desempleo y de las diversas formas de privación para estratos cada vez más amplios de las masas trabajadoras.

Pero a medida que todas estas contradicciones propias de la sociedad burguesa crecen y se desarrollan, el descontento de los trabajadores y de las masas explotadas con el orden de cosas existente también crece, el número y la cohesión de los proletarios aumenta, y su lucha con sus explotadores se agudiza. Al mismo tiempo, la mejora de la tecnología, la concentración de los medios de producción y de intercambio, y la socialización del proceso de

trabajo en las empresas capitalistas están creando cada vez más rápidamente las condiciones materiales para la sustitución de las relaciones de producción capitalistas por las socialistas, es decir, para la revolución social. Ese es el objetivo de toda la actividad de la socialdemocracia internacional como expresión consciente del movimiento de clase del proletariado.

Mediante la sustitución de la propiedad privada de los medios de producción y de intercambio por la propiedad social y la introducción de la organización planificada del proceso productivo social para garantizar el bienestar y el desarrollo integral de todos los miembros de la sociedad, la revolución social del proletariado va a destruir la división de la sociedad en clases y emancipará así a toda la humanidad oprimida, al mismo tiempo, poniendo fin a todas las formas de explotación de una parte de la sociedad por otra.

Una condición necesaria para esta revolución social es la dictadura del proletariado, es decir, la conquista por el proletariado del poder político que le permita suprimir cualquier resistencia de los explotadores.

Asignándose la tarea de hacer que el proletariado sea capaz de cumplir su gran misión histórica, la socialdemocracia internacional se organiza en un partido político independiente en oposición a todos los partidos burgueses, dirigiendo todas las manifestaciones de su lucha de clase, revelándole el conflicto irreconciliable entre los intereses de los explotadores y los intereses de los explotados, y explicándole la importancia histórica de la revolución social inminente, así como las condiciones necesarias para la misma. Además, revela a todos los demás trabajadores y a las masas explotadas lo desesperado de su posición en la sociedad capitalista y la necesidad de la revolución social en beneficio de su propia emancipación del yugo del capital. El partido de la clase obrera, la socialdemocracia, invita a sus filas a todos los estratos trabajadores y explotados de la población, en la medida en la que adopten el punto de vista proletario.

En el camino hacia su objetivo común, condicionado por la hegemonía del modo de producción capitalista en todo el mundo civilizado, los socialdemócratas de diferentes países se ven obligados a fijarse a sí mismos diferentes tareas inmediatas, porque este modo de producción no está desarrollado en todas partes en el mismo grado, y porque su desarrollo en diferentes países se está llevando a cabo en diferentes condiciones sociopolíticas.

En Rusia, donde el capitalismo ya se ha convertido en el modo de producción dominante, aún se conservan numerosos vestigios de nuestro viejo orden precapitalista, basado en la esclavización de la masa de los

trabajadores por parte de los propietarios de tierras, el estado o el jefe de estado. Actuando como un obstáculo considerable para el progreso económico, estos vestigios impiden el desarrollo integral de la lucha de clases del proletariado y ayudan a preservar y fortalecer las formas más brutales de explotación de los muchos millones de campesinos por parte del estado y de las clases poseedoras, y a mantener a todo el pueblo en una oscuridad desprovista de derechos.

El más importante de todos estos vestigios y el más poderoso baluarte de toda esta barbarie es la autocracia zarista. Por su propia naturaleza es hostil a todo movimiento social y no puede dejar de ser el oponente más insidioso de todas las luchas de emancipación del proletariado.

Por esta razón, el POSDR establece como su tarea política más urgente el derrocamiento de la autocracia zarista y su sustitución por una república democrática, cuya constitución estipulará:

1.- La autocracia del pueblo, es decir, la concentración del poder supremo del estado en manos de una asamblea legislativa compuesta por representantes del pueblo y conformada por una sola cámara.

2.- El derecho a voto universal, igual y directo en las elecciones a la asamblea legislativa y a todos los órganos locales de autogobierno para todos los ciudadanos de ambos sexos que hayan alcanzado la edad de veinte años; elecciones mediante voto secreto; el derecho de cada elector a ser elegido a todas las instituciones representativas; parlamentos de dos años; el derecho de petición a los representantes populares.

3.- Autogobierno local de base amplia; autonomía regional para aquellas localidades que se distingan por condiciones especiales relativas a la forma de vida o a la composición de la población.

4.- Inviolabilidad de la persona y de su hogar.

5.- Libertad ilimitada de conciencia, de expresión, de prensa, de reunión, de asociación y de huelga.

6.- Libertad de circulación y empleo.

7.- Supresión de los estamentos y plena igualdad de derechos para todos los ciudadanos sin distinción de sexo, religión, raza o nacionalidad.

8.- El derecho de la población a recibir educación en su lengua materna, que se realizará mediante la construcción, a expensas del estado y de los órganos de gobierno autónomo, de las escuelas necesarias; el derecho de todos los ciudadanos a utilizar su lengua materna en las asambleas; la introducción de las lenguas nativas a la par de la lengua oficial en todas las instituciones sociales y estatales locales.

9.- El derecho a la autodeterminación de todas las naciones que constituyen el

estado.

10.- El derecho de toda persona a demandar judicialmente a cualquier funcionario ante un jurado.

11.- Elección de los jueces por el pueblo.

12.- Sustitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo.

13.- Educación gratuita y obligatoria, general y profesional, para todos los niños de ambos sexos hasta la edad de dieciséis años; provisión para los niños pobres de alimentos, ropa, libros de texto y útiles escolares a expensas del estado.

El POSDR demanda, como condición básica para la democratización de la economía de nuestro estado: la derogación de todo tipo de impuestos indirectos y la introducción de un impuesto progresivo sobre la renta y la herencia.

Para proteger a la clase obrera contra la degeneración moral y física y desarrollar su capacidad para luchar por su emancipación, el partido demanda:

1.- La limitación de la jornada laboral a ocho horas diarias para todos los trabajadores asalariados.

2.- El establecimiento por ley de un período de descanso semanal, con una duración de al menos cuarenta y dos horas sin interrupción, para los trabajadores asalariados de ambos sexos en todos los sectores de la economía nacional.

3.- La prohibición total de las horas extras.

4.- La prohibición del trabajo nocturno (9 p.m.-6 a.m.) en todos los sectores de la economía nacional, con excepción de aquellos en los que es absolutamente necesario por razones técnicas que hayan sido aprobadas por las organizaciones de trabajadores.

5.- La prohibición de emplear a niños en edad escolar (hasta dieciséis años) y la limitación de la jornada laboral para los adolescentes (de dieciséis a dieciocho años) a seis horas.

6.- La prohibición del trabajo femenino en aquellas ramas en las que es perjudicial para el organismo femenino; licencia por maternidad para las mujeres, cuatro semanas antes y seis semanas después del parto, manteniendo el sueldo normal durante todo el período.

7.- La creación en todas las obras, fábricas y otras empresas donde trabajen mujeres de guarderías para bebés y niños pequeños; descansos del trabajo para las mujeres que estén amamantando a sus bebés al menos una vez cada tres horas durante no menos de media hora a la vez.

8.- Seguro estatal para los trabajadores, tanto para las jubilaciones como para casos de pérdida total o parcial de la capacidad de trabajo, a ser cubierto por un fondo especial que será financiado por un impuesto especial sobre los capitalistas.

9.- Prohibición del pago de salarios en especie; pago semanal de los salarios en un día y hora acordados y durante las horas de trabajo.

10.- Prohibición a los empleadores de hacer deducciones de los salarios por cualquier razón o propósito (multas, despilfarro, etc.).

11.- Nombramiento de un número suficiente de inspectores de fábrica en todos los sectores de la economía nacional y extensión de la supervisión de la Inspección de Fábrica a todas las empresas que emplean mano de obra asalariada, incluidas las de propiedad estatal (el servicio doméstico también debe entrar en el ámbito de esta supervisión); designación de inspectores mujeres en aquellos sectores que emplean mano de obra femenina; participación de los trabajadores y de los representantes elegidos pagados por el estado en la supervisión de la aplicación de las leyes fabriles y en el cálculo de las tasas de salarios, en la recepción e inspección de material de baja calidad y en la inspección de los resultados del trabajo.

12.- Supervisión de los órganos de autogobierno local, con la participación de los representantes elegidos de los trabajadores, para controlar el estado sanitario de las viviendas destinadas a los trabajadores por los empleadores, y también para controlar el orden interno de estos alojamientos y las condiciones del contrato de alquiler, con el fin de proteger a los trabajadores asalariados de la interferencia de los empleadores en su vida cotidiana y en sus actividades como individuos y como ciudadanos.

13.- Introducción de una inspección sanitaria organizada de forma correcta en todas las empresas que emplean mano de obra asalariada; toda la organización médica y sanitaria debe ser completamente independiente de los empleadores; asistencia médica gratuita a los trabajadores a expensas de los empleadores con los salarios mantenidos por la duración de la enfermedad.

14.- Establecimiento de la responsabilidad penal de los empleadores por el incumplimiento de las leyes de protección laboral.

15.- Establecimiento en todos los sectores de la economía nacional de tribunales industriales, compuestos en partes iguales por representantes de los trabajadores y de los empleadores.

16.- Los órganos de autogobierno local deben hacerse responsables de establecer oficinas de intermediación para la contratación de la mano de obra local y de los recién llegados (bolsas de trabajo) en todas las ramas de

la producción, con representantes de las organizaciones de trabajadores que participen en su gestión.

Con el objetivo de eliminar los vestigios de la servidumbre que constituyen una pesada carga para los campesinos, y en interés del libre desarrollo de la lucha de clases en el campo, el partido por encima de todo exige:

1.- Cancelación de los pagos de redención al estado [pagos de amortización fijados por el estado como “compensación” por la abolición de la servidumbre en 1861], de los censos pagados a los terratenientes para librarse de los servicios feudales y de todas las deudas que pesan sobre al campesinado como un estamento que paga impuestos.

2.- Derogación de todas las leyes que limitan la libertad del campesino para disponer de su tierra.

3.- El retorno a los campesinos de las sumas de dinero que les fueron arrebatadas en forma de pagos de redención al estado y de censos pagados a los terratenientes para librarse de los servicios feudales; confiscación a este fin de todas las propiedades monásticas y eclesiásticas, y también de las fincas pertenecientes a los ministros, a la nobleza y a los miembros de la familia del zar, y al mismo tiempo, la percepción de un impuesto especial sobre las tierras de la nobleza terrateniente que se benefician de los préstamos de reembolso; la desviación de las sumas percibidas de esta manera a un fondo nacional especial para cubrir las necesidades culturales y caritativas de las comunidades de aldea.

4.- El establecimiento de comités campesinos: (a) para devolver a las comunidades de aldea (mediante la expropiación o, cuando las tierras han pasado de persona a persona, a través de la compra por parte del estado a expensas de la nobleza terrateniente) las tierras que fueron tomadas de los campesinos cuando se abolió la servidumbre, y que sirven en

manos de los terratenientes como un medio para esclavizarlos; (b) para transferir a la propiedad de los campesinos en el Cáucaso las tierras que utilizan como semiservos, jornaleros, y así sucesivamente; (c) para eliminar los restos del régimen de servidumbre que sobreviven en los Urales, en la región de Altai, en el territorio occidental y en otras zonas del país.

5.- Los tribunales deben tener el derecho de reducir los alquileres excesivamente altos y declarar inválidas las transacciones que despierten sospechas de unilateralidad. En su deseo de alcanzar sus objetivos inmediatos, el POSDR apoya todo movimiento de oposición y revolucionario que se dirija contra el orden social y político existente en Rusia, y al mismo tiempo rechaza todos los proyectos reformistas que impliquen cualquier

tipo de ampliación o refuerzo de la tutela burocrático-policial sobre las clases trabajadoras.

Por su parte, el POSDR está firmemente convencido de que la consecución completa, consistente y duradera de los cambios políticos y sociales que se han mencionado sólo es posible mediante el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de una asamblea constituyente, elegida libremente por todo el pueblo.

Nuestro programa en el ABC del Comunismo (1919)

Yevgueni Preobrazhenski y Nikolái Bujarin

El *ABC del comunismo* fue redactado en 1919 por Nikolái Bujarin y Yevgueni Preobrazhenski, destacados teóricos bolcheviques, como un manual de formación ideológica durante los primeros años del poder soviético. El texto surgió en el contexto de la Guerra Civil Rusa (1918-1921) y de la implantación del Comunismo de Guerra, cuando el nuevo Estado soviético buscaba consolidar su legitimidad política, reorganizar la economía devastada y movilizar a la clase trabajadora y al campesinado en torno al proyecto revolucionario.

Concebido como una exposición didáctica del Programa del Partido Comunista Ruso (bolchevique) aprobado en 1919, el *ABC del comunismo* combinaba elementos de divulgación política y fundamentos teóricos del marxismo-leninismo. Explicaba, en un lenguaje accesible, las bases de la sociedad comunista, el papel del Estado proletario, la socialización de los medios de producción y la planificación económica.

El libro reflejaba el entusiasmo utópico y la confianza en la transición inmediata hacia el comunismo, propios del momento revolucionario, antes de la adopción de la Nueva Política Económica (NEP) en 1921. Con el tiempo, el *ABC del comunismo* se convirtió en una obra emblemática del marxismo-leninismo temprano y en un documento representativo del espíritu ideológico de la Revolución de Octubre. Recogemos aquí únicamente la parte donde se describe las características y funciones del programa.

1. ¿QUÉ ES UN PROGRAMA?

Todo partido se propone conseguir determinados fines. Lo mismo un partido de *latifundistas o capitalistas* que partido de obreros y campesinos. Es, pues, necesario que cada partido tenga objetivos precisos, porque, de lo contrario, pierde el carácter de partido. Si se trata de un partido que represente los intereses de los latifundistas, se propondrá la defensa de los latifundistas: buscando los medios de mantener la propiedad de la tierra, de someter a los campesinos, de vender el grano a los precios más altos posibles, de elevar la renta y de procurarse obreros agrícolas pagados con jornales ínfimos. Igualmente, un partido de capitalistas, de industriales, tendrá sus objetivos propios: obtener la mano de obra barata, *ahogar* toda protesta de los obreros industriales, buscar nuevos mercados en los que puedan vender

las mercancías a precios elevados, obtener grandes ganancias, para lo cual aumentará las horas de trabajo y, sobre todo, tratará de crear una situación que quite a los trabajadores toda posibilidad de aspirar a un orden social nuevo; los obreros deben vivir con el convencimiento de que siempre ha habido patrones y que continuarán existiendo mientras exista el hombre. *Estos son los objetivos de los industriales.* No cabe duda que, naturalmente, los obreros y los campesinos tienen objetivos bien distintos, *por ser distintos sus intereses.* Un viejo proverbio ruso dice: "Lo que conviene al ruso es mortal para el alemán." La siguiente variante sería muy apropiada: "*Lo que al obrero conviene es mortal para el capitalista.*"

Esto significa que el trabajador tiene un fin, el capitalista otro y el latifundista otro. Pero no todos los propietarios se ocupan asiduamente de sus intereses. Más de uno vive en la holganza y en la francachela, sin siquiera tomarse la molestia de revisar las cuentas que le presenta el administrador. Pero también hay muchos obreros y campesinos llenos de despreocupación y apatía. Estos se dicen: "De una manera u otra conseguiremos ir viviendo y lo demás ¿qué nos importa? Así han vivido nuestros antepasados y así seguiremos viviendo nosotros." A esta clase de gente le tiene todo sin cuidado y no comprende ni aun sus propios intereses. Pero los que se preocupan de hacerlos valer del modo mejor, se organizan en *un partido*. Al partido no pertenece la totalidad de la clase, sino sólo la fracción más energética y mejor, que es la que guía a toda la restante. En el *partido de los trabajadores* (el partido de los comunistas bolcheviques) están afiliados los mejores obreros y campesinos. En el partido de los latifundistas y capitalistas (cadetes)[1] están afiliados los capitalistas y latifundistas más energéticos y sus servidores: abogados, profesores, oficiales, generales, etc. Todo partido comprende la parte más consciente de aquella clase cuyos intereses representa. Un latifundista o capitalista, organizado en un partido, combatirá a sus campesinos o trabajadores *con mayor* eficacia que otro no organizado. Del mismo modo, un obrero organizado luchará contra el capitalista o latifundista con mayor éxito que uno no organizado, siendo la razón de esto el que él tiene conciencia de los intereses y de la finalidad de la clase obrera y conoce los métodos más eficaces y rápido para conseguirla.

El conjunto de los objetivos que se propone un partido en la defensa de los intereses de la propia clase forma el programa de este partido. Las aspiraciones de una clase están formuladas en el programa. El programa del partido comunista contiene las aspiraciones de los *obreros* y de los *campesinos pobres*. El programa es la cosa más importante para todo partido. Siempre se puede saber por el programa de cualquier partido los intereses que representa.

2. ¿CUÁL ERA NUESTRO ANTIGUO PROGRAMA?

Nuestro programa actual fue aprobado en el VIII Congreso del Partido, a fines de marzo de 1919.

Hasta entonces carecíamos de un programa bien definido y formulado. Teníamos tan sólo el antiguo programa que fue elaborado en el II Congreso, en 1903. En aquella época los bolcheviques y los mencheviques formaban un partido único y, por tanto, tenían un programa común. Entonces la clase obrera comenzaba apenas a organizarse. Las fábricas y las oficinas eran raras. El porvenir de la clase obrera era muy discutido. Los *Narodniki*[2] (los precursores del actual partido de los socialrevolucionarios) sostenían que la clase obrera en Rusia no tenía ninguna posibilidad de desarrollo pues el número de nuestras fábricas y talleres no aumentaría. Los socialdemócratas marxistas (es decir, los actuales bolcheviques y mencheviques) eran, por el contrario, de la opinión de que en Rusia, como en todos los demás países, sería, una vez desarrollada, el elemento revolucionario primordial. La historia desmintió la opinión de los *Narodniki* y dio la razón a los socialdemócratas.

Más en la época en que los socialdemócratas, en el II Congreso, elaboraron su programa (elaboración en la que participaron tanto Lenin como Plejánov). Las fuerzas de la clase obrera eran entonces demasiado exiguas. Por eso nadie pensaba en la posibilidad de poder derrocar de un golpe a la burguesía. Se vislumbraba tan sólo la posibilidad de derrocar el zarismo, de conquistar la libertad de Organización de los obreros y campesinos, de obtener la jornada de ocho horas y cortar un poco las garras a los latifundistas. Pero nadie pensaba todavía en poder instaurar un Gobierno de la clase obrera y expropiar inmediatamente las fábricas y empresas de la burguesía. Tal era nuestro antiguo programa de 1903.

3. NECESIDAD DE FORMULAR UN NUEVO PROGRAMA

Desde aquella época a la revolución de 1917 han transcurrido muchos años, *y las condiciones han cambiado notablemente*. La gran industria en Rusia ha tenido un desarrollo enorme, y con ella, la clase obrera. Ya en la revolución de 1905 ésta se manifestó como un elemento potente. Cuando llegó la segunda revolución se vio claramente que la revolución no podía vencer sin la victoria de la *clase obrera*. Pero ahora la clase trabajadora no podía contentarse con lo que en 1905 le hubiera bastado, pues se había hecho lo suficiente fuerte para poder tener la pretensión de *apoderarse de las fábricas, conquistar el Poder y suprimir a la clase capitalista*. La razón de ello es que las condiciones *internas de Rusia*, desde la formulación del primer programa, habían cambiado fundamentalmente. Y, lo que es más importante, también

las condiciones *externas* habían sufrido un cambio profundo. En el 1905 reinaba en toda Europa "la paz y la tranquilidad". Por el contrario, en 1917 estaba claro para toda persona inteligente que de las entrañas de la guerra mundial debía surgir la revolución mundial. A la revolución rusa del 1905 sólo sucedió un débil movimiento de los obreros austríacos y convulsiones en los países atrasados de Oriente: en Persia, en Turquía y en China. En cambio, la revolución rusa de 1917 ha sido seguida no sólo de la revolución en Oriente, sino también en Occidente, donde la clase obrera ha emprendido la lucha para el aniquilamiento del capital. Vemos que actualmente las condiciones internas y externas son *completamente diferentes* de las del año 1903, y, por tanto, sería absurdo que el partido de la clase obrera mantuviese en 1917-1919 el viejo programa de 1903.

Cuando los mencheviques nos echaban en cara el haber renegado de nuestro antiguo programa y, por lo mismo, de la doctrina de Carlos Marx, les respondíamos que, según la doctrina de Marx, los programas no salen de cerebros, sino que los plasma la vida. Cuando la vida ha cambiado profundamente, tampoco puede el programa permanecer el mismo. En invierno se usan las pieles. En verano sólo un loco llevaría una piel. Lo mismo ocurre en política. El mismo Carlos Marx es quien nos ha enseñado lo a tener en cuenta las condiciones históricas contingentes y a obrar en consecuencia. Esto no quiere decir que debemos cambiar de convicciones como una señora se muda de guantes. *El objetivo primordial de la clase obrera es la realización del orden social comunista.* Este es el objetivo constante e inmutable de la clase trabajadora. Se comprende que, *según la distancia* a que ésta se encuentra de esta meta, variarán sus reivindicaciones *inmediatas*. Durante el régimen autocrático la clase obrera debía actuar en secreto, dado que su partido era perseguido como una asociación de delincuentes. Ahora la clase obrera está en el Poder, y su partido es el partido *gobernante*. Sólo una persona anormal pretendería que el programa de 1903 sea todavía válido en nuestros días. El cambio de las condiciones internas de la vida política rusa, parte del cambio *de toda* la situación internacional, han provocado la necesidad de efectuar un cambio de programa.

4. IMPORTANCIA DE NUESTRO PROGRAMA

Nuestro programa (de Moscú) es el primer programa de un partido de la clase obrera en el Poder. Por esta razón nuestro partido tenía que concretar en él todas las experiencias adquiridas por la clase obrera en la administración y constitución de un nuevo edificio social. Esto tiene importancia no sólo para nosotros, los obreros y campesinos rusos, sino *también* para los compañeros extranjeros. No sólo nosotros aprendemos con

nuestros éxitos y nuestros fracasos, con nuestros errores y nuestras culpas, sino la totalidad del proletariado internacional. Por eso nuestro programa no contiene únicamente lo que nuestro partido tiene el propósito de realizar, sino también lo que en parte ya ha realizado. Nuestro programa debe de ser conocido en todos sus detalles por todo miembro del Partido. Pues sólo puede ser miembro del Partido el que ha reconocido el programa, es decir, aquel que lo cree justo. Pero esto no es posible si no lo conoce. Es cierto que hay mucha gente que, sin jamás haber visto un programa, se insinúa en el Partido Comunista para obtener alguna ventaja y para ocupar algún puesto. A éstos no los queremos por nocivos. *Sin conocer nuestro programa nadie puede llegar a ser un comunista verdadero.* Todo obrero y campesino pobre, consciente, debe conocer el programa de nuestro Partido. Todo proletario extranjero debe estudiarlo para aprovecharse de las experiencias de la revolución rusa.

5. CARÁCTER CIENTÍFICO DE NUESTRO PROGRAMA

Ya hemos dicho que un programa no debe ser el producto artificial de una mente, sino que se debe sacarlo de la misma vida. Antes de Marx, muchos defensores de la clase obrera habían trazado cuadros encantadores del paraíso futuro; pero ninguno se había preguntado si era éste alcanzable y cuál era el camino que a él conducía. Marx siguió un método totalmente distinto. Partió de un escrupuloso examen del orden malo, injusto y bárbaro que hasta entonces regía en todo el mundo. Marx examinó el orden social capitalista con la objetividad y la precisión con que se examina un reloj o una máquina cualquiera. Supongamos que examinando un reloj nos encontramos con que dos ruedas no engranan bien y que en cada vuelta nueva se incrusta cada vez más una en la otra. En este caso podemos vaticinar que las ruedas se pararán y dejará de funcionar todo el reloj.

Marx no examinó un reloj, sino el sistema capitalista; estudió la vida social tal como se presenta bajo la dominación del capital. *De este estudio sacó la conclusión de que el capital se cava su propia fosa,* que esta máquina se destruirá precisamente por la fatal *sublevación* de los trabajadores que transformarán todo el mundo según su voluntad. Marx recomendó a todos sus discípulos que estudiaran en primer lugar la vida en sus manifestaciones reales. Sólo así es posible formular un programa verdadero. Por esto es natural que nuestro programa comience con una exposición del dominio del capital.

Ahora, en Rusia, el dominio del capital se ha derrumbado. Las previsiones de Carlos Marx se presentan ante nuestros ojos. La vieja sociedad se va yendo a pique. De las cabezas de los emperadores y de los reyes van cayendo las

coronas. *En todos* los países los obreros se preparan para la revolución y la instauración del *poder de los Soviets*. Para comprender cómo se ha llegado a esto es menester conocer con exactitud cómo está constituido orden capitalista. Entonces veremos que éste tiene inevitablemente que morir. Y cuando hayamos reconocido no se puede volver atrás, que la victoria proletaria es segura, continuaremos con mayor energía y segunda la lucha por la nueva sociedad del trabajo.

Notas

1. Partido Constitucional Democrático, agrupación de burgueses liberales, conocido como Cadete por sus iniciales *K. D.*. Principal partido contrarevolucionario en 1917.

2. Miembros del partido *Narodnaya Volya* ("Voluntad del Pueblo" o "Voluntad Popular"), el cual predicaba que la reforma agraria serviría de entrada al desarrollo socialista de Rusia.

Bibliografía

1. Protocolo de la Conferencia de 1917.

2. Materiales para la revisión del programa del Partido.

3. Revista *Spartakus*, números 4-9; artículos de Bukharin y Smirnof.

4. Artículos de Lenin en la revista *Prosvetzenie*, números 1-2, año 1917.

5. Protocolos del VIII Congreso.

Sobre el problema del carácter científico del programa marxista, véase la literatura sobre socialismo científico.

1. Golubkof: *Socialismo utópico y científico*.

2. Marx, Engels: *Manifiesto Comunista*.

Para el estudio del carácter general del programa, váase el opúsculo de Bukharin, *El programa bolchevique*.

De toda esta literatura, sólo el último escrito mencionado, y en parte el de Golubkof, tiene un carácter popular; los demás son de lectura difícil.

SEGUNDA PARTE
DEBATES PROGRAMÁTICOS
DESDE OCTUBRE

Programa y estatutos de la Internacional Comunista (1928)

Adoptados por el VI Congreso Mundial en Moscú

Introducción

La época del imperialismo es la época del capitalismo moribundo. La guerra mundial de 1914-1918 y la crisis general del capitalismo desencadenada por ella, que eran a su vez el resultado inmediato de la contradicción aguda entre el acrecentamiento de las fuerzas productivas de la economía mundial y sus barreras nacionales, han puesto de manifiesto y demostrado que en el seno del capitalismo los elementos materiales del socialismo se hallan ya en sazón, que la envoltura capitalista de la sociedad se ha convertido en un obstáculo intolerable para el desarrollo de la humanidad, que la historia pone al orden del día el derrumbamiento revolucionario del yugo capitalista.

El imperialismo somete a enormes masas de proletarios de todos los países —desde los centros capitalistas más potentes a los rincones más alejados del mundo colonial— a la dictadura de la plutocracia financiero-capitalista. El imperialismo pone completamente al descubierto y ahonda todas las contradicciones de la sociedad capitalista, lleva hasta el extremo la opresión de clase, agudiza, hasta hacerla llegar a una tensión excepcional, la lucha entre los Estados capitalistas, provoca inevitablemente guerras imperialistas mundiales que ponen en conmoción todo el sistema de relaciones dominante y, por fin, conduce imperiosamente a la *revolución mundial del proletariado*.

El imperialismo, al agarrotar al mundo entero con las cadenas' del capital financiero, al obligar por el hierro, por el fuego y por el hambre a los proletarios de todos los países y de todas las razas a someterse a su yugo, al intensificar en proporciones gigantescas la explotación, la opresión y la esclavitud del proletariado y al colocarle ante el problema inmediato de la conquista del poder, crea al mismo tiempo la necesidad de la más estrecha cohesión de los trabajadores en un ejército único de los proletarios de todos los países, sin distinción de Estado, raza, nación, cultura, sexo o profesión. En esta forma, el imperialismo, al mismo tiempo que desarrolla y corona el proceso de creación de las condiciones materiales para el socialismo, determina la cohesión del ejército de sus propios sepultureros y coloca al

proletariado ante la necesidad de organizarse en una *asociación internacional obrera de combate*.

Por otra parte, el imperialismo establece una división entre la masa fundamental de la clase obrera y la parte más privilegiada de esta última. Esta fracción superior de la clase obrera, comprada y corrompida por el imperialismo, y que constituye los cuadros dirigentes de los partidos socialdemócratas, se halla interesada en el pillaje imperialista de las colonias, se mantiene fiel a «su» burguesía y «su» Estado imperialista, y en los momentos de las contiendas decisivas, se ha colocado siempre al lado del enemigo de clase del proletariado. La escisión provocada en 1914 a consecuencia de ello en el movimiento socialista, y las traiciones posteriores de los partidos socialdemócratas, convertidos de hecho en partidos burgueses obreros, han puesto en evidencia que el proletariado internacional no puede cumplir su misión histórica — destrucción del yugo imperialista y conquista de la dictadura proletaria sino luchando sin piedad contra la socialdemocracia.

La organización de las fuerzas de la revolución mundial no es posible por tanto más que sobre la base del comunismo. A la oportunista II Internacional de la socialdemocracia, que no es más filas de que una agencia del imperialismo en las la clase obrera, se opone inevitablemente la Internacional Comunista, organización mundial de la clase obrera que encarna la unidad auténtica de los obreros revolucionarios de todos los países.

La guerra de 1914-1918 dio origen a las primeras tentativas de creación de una nueva Internacional, revolucionaria, en oposición a la II Internacional, social-patriota, y que sirviera de instrumento de resistencia al imperialismo guerrero (Zimmerwald, Kienthal). La revolución victoriosa del proletariado en Rusia dio impulso a la creación de Partidos Comunistas en los centros capitalistas y en las colonias. En 1919 fue fundada la Internacional Comunista, la cual, por primera vez en la historia, venía a unir de hecho, en la práctica de la lucha revolucionaria, a los elementos avanzados del proletariado europeo y americano con los proletarios de China e India, con los trabajadores negros de África y América.

La Internacional Comunista, en su calidad de único partido mundial centralizado de la clase proletaria, es la sola continuadora de los principios de organización de la Primera Internacional, llevados a la práctica sobre la nueva base del movimiento revolucionario de masas del proletariado. La experiencia de la primera guerra imperialista, la crisis subsiguiente del capitalismo y la serie de revoluciones en Europa y en los países coloniales; la experiencia de la dictadura del proletariado y de la edificación del socialismo

en la U.R.S.S.; la experiencia de la labor de todas las secciones de la Internacional Comunista, concentrada en las resoluciones de los congresos de esta última; y en fin, el carácter cada vez más internacional que va tomando la lucha entre la burguesía imperialista y el proletariado, todo ello provoca la necesidad de un *programa único de la Internacional Comunista*, común para todas las secciones. Así, el programa de la I.C. siendo, como es, la expresión superior de la experiencia histórica reunida del movimiento revolucionario internacional del proletariado, es un *programa de lucha por la dictadura mundial proletaria, un programa de lucha por el comunismo mundial*.

La Internacional Comunista, formada por los obreros revolucionarios que conducen al combate contra la burguesía y sus agentes «socialistas» a las masas constituidas por millones de explotados y oprimidos, se considera como el sucesor histórico de la «Unión de los comunistas» y de la Primera Internacional, dirigidas de un modo inmediato por Marx, y como el heredero de las mejores tradiciones de la Segunda Internacional de antes de la guerra. La Primera Internacional asentó los cimientos ideológicos de la lucha internacional del proletariado por el socialismo. La Segunda Internacional, en sus mejores tiempos, preparó el terreno para el desarrollo amplio del movimiento obrero de masas. La Tercera Internacional, la Internacional Comunista, al continuar la obra de la Primera Internacional y apropiarse de los frutos del trabajo de la Segunda, ha echado por la borda, con decisión, el oportunismo, el social-patriotismo, la mistificación burguesa del socialismo de esta última y ha empezado a realizar la dictadura del proletariado. En esta forma, la Internacional Comunista continúa todas las gloriosas y heroicas tradiciones del movimiento obrero internacional; de los cartistas ingleses y de los insurgentes franceses de 1831; de los obreros revolucionarios franceses y alemanes de 1848; de los combatientes y mártires inmortales de la «Commune» de París; de los valerosos soldados de las revoluciones alemana, húngara y finlandesa; de los obreros de la ex Rusia zarista, artífices victoriosos de la dictadura proletaria; de los proletarios chinos, héroes de Canton y de Shanghai.

Apoyándose en la experiencia histórica del movimiento obrero revolucionario de todos los continentes y de todos los pueblos, la Internacional Comunista, en su actividad teórica y práctica, se apoya enteramente y sin reservas en el marxismo revolucionario, el cual halla su forma más acabada en el leninismo, o sea, el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. La Internacional Comunista, al mismo tiempo que defiende y propaga el materialismo dialéctico de Marx y Engels, aplicándolo como método revolucionario de conocimiento de la realidad con objeto de transformarlo revolucionariamente, lucha

activamente contra todas las manifestaciones de la ideología burguesa y contra todos los aspectos teóricos y prácticos del oportunismo. Colocada en el terreno de la lucha de clase del proletariado, subordinando los intereses temporales, particulares, corporativos y nacionales de este último a sus intereses permanentes, generales e internacionales, la Internacional Comunista desenmascara sin piedad la teoría, que la burguesía ha prestado a los reformistas, de la «conciliación de clases», en todas sus formas. Expresión de la necesidad histórica de una organización internacional de los proletarios revolucionarios, sepultureros del sistema capitalista, la Internacional Comunista es la única fuerza mundial en cuyo programa figuran la dictadura del proletariado y el Comunismo y la única que se presenta abiertamente como organizadora de la revolución mundial del proletariado.

1. - El sistema capitalista mundial, su evolución y su inevitable ruina

1. Las leyes generales de desarrollo del capitalismo y la época del capital industrial.

La sociedad ha desarrollado capitalista, que se sobre la base de la producción de mercancías, se caracteriza por el monopolio de los instrumentos de producción más importantes ejercido por la clase de los capitalistas y grandes terratenientes, que desempeñan un papel decisivo; por la explotación del trabajo asalariado de la clase de los proletarios privados de los medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo; por la producción de mercancías sin otro objetivo que el beneficio y, en relación con ella, por el proceso anárquico, sin plan, de la producción en general. La' relación entre la explotación y la dominación económica de la burguesía halla su expresión política en la organización estatal del capital como aparato de opresión del proletariado.

La historia del capitalismo ha confirmado plenamente las enseñanzas de Marx sobre las leyes de evolución de la sociedad capitalista y la ruina inevitable de esta última como consecuencia de sus contradicciones internas.

En su afán de beneficios, la burguesía se ha visto obligada a desarrollar en proporciones cada vez mayores las fuerzas productivas, a consolidar y ampliar el dominio de las relaciones capitalistas de producción. Como resultado forzoso, el capitalismo, en su evolución, ha reproducido constantemente, en una amplia base, las contradicciones internas del sistema, y, en primer lugar, la contradicción decisiva entre el carácter social del trabajo y el carácter privado de la apropiación, entre el aumento de las

fuerzas de producción y las relaciones de propiedad del capitalismo. La dominación de la propiedad privada sobre los instrumentos de producción, el proceso anárquico, espontáneo, de evolución de esta última, han traído como consecuencia la ruptura del equilibrio entre las distintas ramas de la producción, en relación con el desarrollo de la contradicción entre la tendencia a la ampliación ilimitada de la producción y la limitación de la capacidad de consumo de las masas proletarias (exceso general de producción), lo cual ha originado la repetición periódica de crisis desastrosas y el paro forzoso, que ha dejado en la calle a millones de obreros. La dominación de la propiedad privada ha hallado asimismo su expresión en la concurrencia, tanto en el interior de los países capitalistas como en el cada día más vasto mercado mundial. Esta última forma de antagonismo entre los capitalistas produjo una serie de guerras, compañeras inseparables del desarrollo capitalista.

Por otra parte, la superioridad técnica y económica de la gran producción ha determinado, en el juego de la concurrencia, la destrucción de las formas económicas precapitalistas y la concentración y centralización creciente del capital. En la industria, esta ley de concentración y centralización se ha manifestado, en primer lugar, en la ruina de la pequeña producción y, en parte, en su conversión en simple auxiliar de las grandes empresas. En la agricultura, que se halla inevitablemente en retraso, con respecto a la evolución general, como resultado de la existencia del monopolio de la tierra y de la renta absoluta, ha hallado su expresión no sólo en la diferenciación operada en la clase campesina y en la proletarización de una gran parte de la misma, sino, principalmente, en la subordinación, evidente o en forma encubierta, de la pequeña economía agraria al gran capital. Si la pequeña economía agraria ha podido conservar la apariencia de su independencia, ha sido a costa de un trabajo extraordinariamente intenso y de un subconsumo constante.

La adopción creciente de las máquinas, el perfeccionamiento constante de la técnica y, sobre esta base, la elevación ininterrumpida de la composición orgánica del capital acompañada del acrecentamiento de la división del trabajo, de la elevación de su productividad y de su intensidad, han determinado asimismo la utilización, en proporciones cada vez mayores, del trabajo femenino e infantil, la creación de enormes ejércitos industriales de reserva, engrosados sin cesar por los campesinos proletarizados y eliminados de sus aldeas y por la burguesía urbana media y pequeña arruinadas. La creación, en uno de los polos de las relaciones sociales, de un puñado de magnates del capital y, en el otro, de masas gigantescas de proletarios; la explotación progresiva de la clase obrera; la reproducción,

sobre una base cada vez más ancha, de las contradicciones más profundas del capitalismo y sus consecuencias (crisis, guerras, etc.); el aumento constante de la desigualdad social y del espíritu de revuelta de los proletarios, unidos entre sí y cohesionados por el mecanismo de la producción capitalista misma, todo esto ha minado inevitablemente el capitalismo en sus bases y ha aproximado el momento de su caída.

Al mismo tiempo se ha verificado una transformación profunda en las condiciones culturales de existencia de la sociedad capitalista: la desmoralización parasitaria de los grupos rentistas de la burguesía; la descomposición de la familia, que se ha manifestado en el antagonismo creciente entre la incorporación en masa de las mujeres a la producción y las formas de vida familiar y de existencia doméstica heredadas en gran parte de las épocas económicas anteriores; el desarrollo monstruoso de las ciudades sobre la base de la especialización del trabajo y la limitación de la vida del campo: la degeneración de la vida ideológica y cultural; la incapacidad de la burguesía, a pesar de los progresos enormes de las ciencias naturales, de crear una síntesis filosófica científica del mundo; el aumento de las supersticiones idealistas, místicas y religiosas, todos estos fenómenos evidencian que no está lejano el momento en que el sistema capitalista podrá dar por terminada su misión histórica.

2. La época del capitalismo financiero (imperialismo)

El período del capitalismo industrial fue fundamentalmente el período de la «libre concurrencia», de la evolución y del avance relativamente fáciles del capitalismo por todo el globo terráqueo en las condiciones creadas por el reparto de las colonias disponibles y de la usurpación de las mismas por medio de las armas con un aumento incesante de las contradicciones internas del capitalismo, cuyas consecuencias pesaban en primer lugar sobre la periferia colonial saqueada y oprimida sistemáticamente.

Este, período fue reemplazado, a principios del siglo XX, por el del imperialismo, periodo de desarrollo del capitalismo en forma de saltos y de conflictos y durante el cual la concurrencia cede rápidamente la plaza al monopolio, las tierras coloniales anteriormente «libres» se hallan ya repartidas, la lucha por un nuevo reparto de las colonias y de, las esferas de influencia toma inevitablemente en primer término la forma de lucha armada.

Las contradicciones capitalistas han adquirido, pues, una amplitud internacional y su más viva expresión en la época del imperialismo (capitalismo financiero), el cual constituye, históricamente, una nueva

forma del mismo capitalismo, una nueva relación entre las distintas partes de la economía capitalista mundial y una modificación de las relaciones entre las clases fundamentales de la sociedad capitalista.

Este nuevo período histórico ha brotado de la acción de las leyes esenciales que rigen el desenvolvimiento de la sociedad capitalista. Es un resultado de la evolución del capitalismo industrial, del cual es la continuación histórica. Y ha agudizado las manifestaciones de todas las tendencias básicas y de las leyes motrices del capitalismo, de todas, sus contradicciones y antagonismos fundamentales.

La ley de concentración y centralización del capital ha determinado la creación de poderosas entidades monopolistas (carteles, sindicatos, trusts), la aparición de empresas gigantescas combinadas, íntimamente ligadas y unidas, por los bancos. La conjunción del capitalismo industrial con el bancario, la incorporación de la gran propiedad agraria al sistema general de las organizaciones capitalistas y el carácter monopolista de esta forma de capitalismo, convirtieron la época del capitalismo industrial en la del capitalismo financiero. La «libre concurrencia» del capitalismo industrial, que había reemplazado el monopolio feudal y el monopolio del capitalismo comercial, se convirtió en monopolio del capitalismo financiero. Sin embargo, los monopolios capitalistas, surgidos de la libre concurrencia, no la suprimen, sino que existen por encima de ella y paralelamente, engendrando así contradicciones particularmente agudas y profundas, rozamientos y conflictos.

El empleo creciente de máquinas complicadas, de procedimientos químicos, de la energía eléctrica; la elevación, sobre esta base, de la composición orgánica del capital y, como consecuencia de ello, la disminución de la norma de beneficio — disminución paralizada sólo temporalmente con respecto a las grandes asociaciones monopolistas mediante la política de precios elevados practicada por los carteles,— todo ello impulsa al capitalismo financiero a una carrera desenfadada hacia los extrabeneficios en las colonias y a la lucha por un nuevo reparto del mundo. La producción en standart exige nuevos mercados exteriores. La demanda cada vez mayor de materias primas y de combustible incita a la lucha desenfadada por la posesión de los puntos de origen. Finalmente, el sistema de tarifas proteccionistas elevadas, al crear obstáculos a la importación de mercancías y asegurar un beneficio suplementario para, el capital exportado, suscita estímulos complementarios para la exportación del capital, la cual se convierte en la forma decisiva y específica de lazo económico entre las distintas partes de la economía capitalista mundial.

En resumen, la posesión monopolista de los mercados coloniales, de los puntos de origen de las materias primas y de las esferas de colocación del capital, acentúa extremadamente la desigualdad general de la evolución capitalista y exacerba los conflictos entre las «grandes potencias» del capital financiero por el reparto de las colonias y de las esferas de influencia.

El acrecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial conduce, por consiguiente, a la internacionalización ulterior de la vida económica, y al mismo tiempo a la lucha por un nuevo reparto del mundo, distribuido ya entre los más grandes Estados del capital financiero; al reemplazo y exacerbación de las formas de esta lucha; a la sustitución de los métodos de precios bajos por los de presión material (boicot, proteccionismo elevado, guerra arancelaria, guerra en el verdadero sentido de la palabra, etc.). Por lo tanto, la forma monopolista del capitalismo trae consigo inevitablemente guerras imperialistas, que, por sus proporciones y por la fuerza destructiva de su técnica, no tienen precedentes en la historia universal.

3. Las fuerzas del imperialismo y las fuerzas de la revolución.

La forma imperialista del capitalismo, al expresar la tendencia a la cohesión de las fracciones diversas de la clase dominante, opone las grandes masas proletarias no a un patrono aislado, sino, en proporciones cada vez mayores, a la clase capitalista entera y a su poder estatal. Por otra parte, esta forma del capitalismo hunde las barreras del Estado nacional, que constituyen un obstáculo; ensancha los límites del poder de Estado capitalista de la nación dominante, oponiendo este poder a las masas de los pueblos oprimidos desde el punto de vista nacional, lo mismo en las llamadas pequeñas nacionalidades que en las colonias. Finalmente, esta forma del capitalismo coloca, en una forma particularmente aguda, a unos Estados imperialistas contra otros.

Así las cosas, el poder del Estado, que se ha convertido en la dictadura de la oligarquía financiero-capitalista, en la expresión de su potencia concentrada, adquiere una significación particular para la burguesía. Las funciones de este Estado imperialista multinacional se ejercen en todas las direcciones. El desarrollo de las formas del capitalismo de Estado facilita lo mismo el combate en el mercado exterior (movilización militar de la economía) que la lucha contra la clase obrera. El aumento monstruoso del militarismo (ejército, flota marítima y aérea, aplicación de la química y de la bacteriología, etc., etc.); la presión cada día más intensa del Estado capitalista sobre la clase obrera (aumento de la explotación y represión

directa por una parte; y, por otra, política sistemática de corrupción de la burocracia reformista), — todo esto expresa el acrecentamiento enorme del peso específico del poder del Estado. En estas condiciones, cada acción más o menos importante del proletariado se convierte en una acción contra el poder del Estado, es decir, en una acción política.

Así, en la época imperialista se reproducen, en proporciones cada vez más grandiosas, las contradicciones fundamentales del capitalismo. La concurrencia entre los pequeños capitalistas cesa sólo para ser reemplazada por la concurrencia entre los grandes capitalistas; cuando la concurrencia entre estos últimos disminuye, se enciende entre las gigantescas asociaciones de los magnates del capital y sus Estados; las crisis locales y nacionales se convierten en crisis que abarcan a una serie de países, y, después, en crisis mundiales; las guerras de carácter local se ven sustituidas por guerras de coaliciones y guerras mundiales; la lucha de clases pasa de las acciones aisladas de grupos separados de obreros a la lucha en el terreno nacional y, sucesivamente, a la lucha internacional del proletariado contra la burguesía mundial. En fin, frente a las fuerzas potentemente organizadas del capital financiero, se organizan dos fuerzas revolucionarias principales: de un lado, los obreros de los Estados capitalistas; del otro, las masas populares de las colonias, oprimidas por el yugo del capital extranjero, pero marchando bajo la dirección y la hegemonía del movimiento proletario revolucionario internacional.

Sin embargo, esta tendencia revolucionaria fundamental se ve temporalmente paralizada a causa de la venalidad de una fracción del proletariado europeo, norteamericano y japonés, comprada por la burguesía imperialista, y a consecuencia de la traición de la burguesía nacional de los países semicoloniales y coloniales atemorizada por el movimiento revolucionario de las masas. La burguesía de las potencias imperialistas, a cuenta de los extrabeneficios suplementarios obtenidos como resultado de su posición en el mercado mundial (mayor desarrollo de la técnica, exportación del capital a países con una norma de beneficio más elevada, etc.), así como por medio del pillaje de las colonias, aumenta el salario de una parte de « sus » obreros, interesándoles así en el desenvolvimiento del capitalismo de su patria, en el saqueo colonial y en la fidelidad al Estado imperialista. Esta corrupción sistemática, que se ha practicado y se practica en vastas proporciones en los países imperialistas más fuertes, se ha reflejado principalmente en la aristocracia obrera en las esferas burocráticas de la clase trabajadora: los cuadros dirigen tes de la socialdemocracia y de los sindicatos, los, cuales se han mostrado como los transmisores directos de la influencia de la burguesía en el proletariado y como el mejor sostén del

régimen capitalista. No obstante, al favorecer el desarrollo de esa categoría de dirigentes venales, el capitalismo destruye, a fin de cuentas, la influencia de la misma en la clase obrera. El ahondamiento de las contradicciones del imperialismo, el empeoramiento de la situación de las grandes masas obreras, el paro forzoso que ha tomado proporciones gigantescas los gastos enormes de los conflictos guerreros, cuyo peso se hace sentir; la pérdida, por parte de ciertas potencias, de su posición de monopolio en el mercado mundial; las veleidades de separación de las colonias, etc., minan la base del social-imperialismo en las masas.

Del mismo modo, la corrupción sistemática de varios sectores de la burguesía en las colonias y semi-colonias, su traición al movimiento revolucionario nacional y su aproximación a las potencias imperialistas paralizan temporalmente el desarrollo de la crisis revolucionaria. Todo esto, en último término, produce el reforzamiento del yugo imperialista, el hundimiento de la influencia de la burguesía nacional sobre las masas populares, la agudización de la crisis revolucionaria, el desencadenamiento de la revolución agraria por las grandes masas campesinas y la creación de condiciones favorables para la hegemonía del proletariado de los países coloniales y dependientes en la lucha de las masas populares por la independencia y por la liberación nacional completa.

4. El imperialismo y el derrumbamiento del capitalismo.

El imperialismo ha desarrollado en alto grado las fuerzas productivas del capitalismo mundial y ha preparado todas las condiciones materiales necesarias para la organización socialista de la sociedad. Demuestra con sus guerras que las fuerzas productivas de la economía mundial que, en su acrecentamiento han sobrepasado el marco limitado de los Estados imperialistas, exigen la organización de la economía en un plan internacional. El imperialismo intenta solucionar esta contradicción abriendo el camino a sangre y fuego a un único trust de Estado universal, organizador de toda la economía mundial. Esta sangrienta utopía es ensalzada en todos los tonos polos ideólogos socialdemócratas en calidad de método pacífico del nuevo capitalismo «organizado». En realidad, esta utopía ultra-imperialista tropieza en su camino con obstáculos objetivos de tal magnitud, que, inevitablemente, el capitalismo debe caer bajo el peso de sus propias contradicciones. La ley de la evolución desigual del capitalismo, particularmente vigorosa en el periodo imperialista, hace imposible la existencia prolongada de sólidas uniones internacionales de las potencias imperialistas. Además, la serie de guerras imperialistas, que van

ensanchándose hasta convertirse en guerras mundiales, mediante las cuales la ley de la centralización del capital se esfuerza por alcanzar su límite internacional trust mundial único trae aparejadas consigo tantas ruinas, deja caer cargas tan pesadas sobre las espaldas de la clase obrera y sobre los millones de proletarios y campesinos coloniales, que el capitalismo tiene que perecer necesariamente bajo los golpes de la revolución proletaria.

El imperialismo, que es la fase más elevada del desarrollo del capitalismo, desenvuelve en proporciones formidables las fuerzas productivas de la economía mundial, refunde el mundo entero a su imagen y semejanza, arrastrando hacia la órbita de la explotación financiero-capitalista a todas las colonias, a todas las razas y a todos los pueblos. Pero la forma monopolista del capital desarrolla al mismo tiempo, en una forma creciente, elementos de degeneración parasitaria, de putrefacción, de decadencia del capitalismo. Al suprimir en cierta medida la fuerza motriz de la concurrencia, al practicar la política de los precios de «cartel» elevados, al disponer del mercado en forma ilimitada, el capital monopolista tiene tendencia a contener el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. Al acumular riquezas colosales, obtenidas gracias a la explotación de los millones de obreros y campesinos de las colonias, explotación que produce enormes sumas de extra-beneficio, el imperialismo crea un tipo de Estados-rentistas, parasitarios, con signos de descomposición, y toda una clase de parásitos, que vive del cupón. Al coronar el proceso de creación de los elementos materiales del Socialismo (concentración de los medios de producción, organización social del trabajo en forma gigantesca, aumento de las organizaciones obreras), la época del imperialismo agrava las contradicciones interiores entre las «grandes potencias» y engendra guerras, las cuales traen como consecuencia la desagregación de la economía mundial única. Por este motivo, el imperialismo es el capitalismo en descomposición, moribundo, la última etapa de la evolución capitalista en general y la víspera de la revolución socialista mundial. La revolución proletaria mundial es, por lo tanto, una consecuencia de las condiciones de desarrollo del capitalismo en general y de su fase imperialista en particular. El sistema capitalista llega a su quiebra definitiva. La dictadura del capital financiero sucumbe para ceder el sitio a la dictadura del proletariado.

II. - La crisis general del capitalismo y la primera fase de la revolución mundial. La guerra mundial y el desenvolvimiento de la crisis revolucionaria.

La lucha imperialista por un nuevo reparto del mundo entre los Estados capitalistas más importantes produjo la primera guerra imperialista

mundial (1914-1918). Esta guerra conmovió las bases de todo el sistema capitalista y señaló el principio del periodo de su crisis general; supeditó a su servicio todos los recursos económicos de los países beligerantes concentrándolos en la mano férrea del capitalismo de Estado, elevó los gastos improductivos a cifras enormes, destruyó cantidades formidables de medios de producción y de fuerza obrera viva, arruinó las grandes masas populares, hizo caer innumerables cargas sobre las espaldas de los obreros industriales, de los campesinos, de los pueblos coloniales. En fin, la lucha de clases se hizo forzosamente más aguda, transformándose en acción revolucionaria abierta de las masas y en guerra civil. El frente imperialista fue roto en su sector más débil, en la Rusia zarista. La revolución de febrero de 1917 echó abajo la dominación de los grandes terratenientes. La revolución de octubre derrumbó la dominación burguesa. Esta revolución proletaria triunfante expropió a los expropiadores, desposeyó de los medios de producción a la burguesía y a los terratenientes; por vez primera en la historia humana estableció y consolidó la dictadura del proletariado en un país enorme; dio vida a un nuevo tipo de Estado, el Estado *soviético*, y señaló el principio de la *revolución mundial del proletariado*.

Sobre la base de la formidable conmoción sufrida por el capitalismo mundial, de la exacerbación de la lucha de clases y bajo la influencia inmediata de la revolución de octubre, se produjo una serie de revoluciones y de movimientos revolucionarios en el continente europeo y en los países coloniales y semi-coloniales: en marzo 1918, revolución obrera en Finlandia; en agosto 1918, los llamados «motines arrozceros» en el Japón; en noviembre del mismo año, revoluciones en Austria y Alemania, que derrocaron el régimen de las monarquías semifeudales; en marzo 1919, revolución proletaria en Hungría e insurrección en Corea; en abril 1919, República Soviética en Baviera; en abril 1920, revolución nacional-burguesa en Turquía; en septiembre del mismo año, ocupación de las fábricas por los obreros en Italia; en marzo 1921, insurrección de los elementos obreros de vanguardia en Alemania; en septiembre 1923, insurrección en Bulgaria; en otoño del mismo año, crisis revolucionaria en Alemania; en diciembre de 1924, insurrección en Estonia; en abril 1925, sublevación en Marruecos, en agosto en Siria; en mayo 1926, huelga general en Inglaterra; en julio de 1927, insurrección obrera en Viena. Todos estos hechos, lo mismo que acontecimientos tales como la insurrección en Indonesia, la fermentación profunda en la India, la gran revolución china, que ha sacudido a todo el continente asiático, no son más que eslabones de una misma cadena internacional revolucionaria, parte integrante de la profundísima crisis general que atraviesa el capitalismo. Este proceso revolucionario mundial ha

comprendido la lucha directa por la dictadura del proletariado, las guerras nacionales de liberación y las insurrecciones coloniales contra el imperialismo, íntimamente ligadas al movimiento agrario de millones de campesinos. De este modo, enormes masas humanas se han visto arrastradas por la corriente revolucionaria. La historia universal ha entrado en una nueva fase de su evolución, en la fase de la prolongada crisis general del sistema capitalista. En esta fase, la unidad de la economía mundial ha hallado su expresión en el carácter internacional de la revolución, y la desigualdad de desarrollo de sus partes componentes se ha reflejado en el hecho de que las revoluciones no se producen a un mismo tiempo en todos los países.

Las primeras tentativas revolucionarias, surgidas durante la aguda crisis capitalista de 1918-1921, se terminaron con la victoria y la consolidación de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. y con la derrota del proletariado, en una serie de países. Esas derrotas son, en primer lugar, el resultado de la táctica de traición de los jefes socialdemócratas y de los líderes reformistas del movimiento sindical; y, en segundo lugar, la consecuencia del hecho de que los comunistas no contaban aún con la mayoría de la clase obrera y de que en una serie de países de los más importantes no existían todavía Partidos Comunistas.

Sobre la base de esos reveses, que han hecho posible la intensificación de la explotación de las masas proletarias y de los pueblos coloniales, lo cual ha determinado a su vez una brusca disminución de su nivel de existencia, la burguesía ha conseguido la estabilización parcial de las relaciones capitalistas.

1. *La crisis revolucionaria y la socialdemocracia contrarrevolucionaria.*

En el curso de la revolución mundial, los jefes socialdemócratas, por un lado, y las organizaciones capitalistas de combate de tipo fascista, por otro, han adquirido una significación especial como fuerzas contrarrevolucionarias de la mayor importancia, que han luchado activamente contra la revolución y que han prestado un apoyo a la estabilización parcial capitalista.

La crisis producida por la guerra de 1914-1918 se vio acompañada de la ignominiosa *bancarrota de la Internacional socialdemócrata*, de la II Internacional. En contradicción completa con la tesis del «Manifiesto Comunista» de Marx y Engels según la cual los proletarios no tienen patria en régimen capitalista, en oposición absoluta a las resoluciones contra la guerra tomadas por los congresos de Stuttgart y de Basilea, los líderes de los partidos socialdemócratas nacionales, salvo contadas excepciones, votaron

en favor de los créditos de guerra, se proclamaron defensores decididos de las «patrias» imperialistas (o lo que es lo mismo, de las organizaciones estatales de la burguesía imperialista) y, en vez de luchar contra la guerra imperialista, se convirtieron en fieles soldados, propagandistas y cantores del social-chauvinismo, transformado bien pronto en social-imperialismo. En el período que siguió inmediatamente a la guerra, la socialdemocracia apoyó los tratados de rapiña (Brest, Versalles); se puso de un modo activo al lado de los generales cuando las revoluciones proletarias eran ahogadas en sangre (Noske); luchó con las armas en la mano contra la primera república proletaria (Rusia de los Soviets); traicionó pérfidamente al proletariado en el poder (Hungría);, entró en la Sociedad de las Naciones imperialista (Thomas, Paul Boncour, Vandervelde); se colocó directamente al lado de los imperialistas contra los esclavos coloniales (Partido Laborista inglés); apoyó activamente a los verdugos más reaccionarios de la clase obrera (Bulgaria, Polonia); tomó sobre sí la iniciativa de las «leyes militares» imperialistas (Francia); traicionó la gran huelga general del proletariado inglés; contribuyó a ahogar la huelga de los mineros; ayudó y ayuda a estrangular a China ya la India (gobierno Mac-Donald); es el agente de propaganda de la «Sociedad de las Naciones» imperialista, es el heraldo del capital y el centro de organización de la lucha contra la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. (Kautsky. Hilferding).

La socialdemocracia realiza esta política contrarrevolucionaria de un modo sistemático, operando activamente por medio de sus dos alas: el ala derecha, abiertamente contrarrevolucionaria, necesaria para las negociaciones y la relación directa con la burguesía, y el ala izquierda, para poder engañar de un modo particularmente sutil a los obreros. La socialdemocracia de «izquierda», sin dejar de esgrimir la frase pacifista y, a veces, la frase revolucionaria inclusive, de hecho se coloca contra los obreros, particularmente en los momentos más críticos (los «independientes» ingleses y los jefes de «izquierda» del Consejo General durante la huelga general de 1926, Otto Bauer y Cia, durante la insurrección vienesa, etc.), siendo por consiguiente la fracción más perniciosa de los partidos socialdemócratas. Sin dejar de servir los intereses de la burguesía en el seno de la clase obrera y de colocarse en el terreno de la colaboración de clases y de la coalición con la burguesía,, la socialdemocracia se ve obligada, en ciertos períodos, a pasar a la situación de partido de oposición e incluso a simular la defensa de los intereses del proletariado en su lucha económica con un solo objetivo: conquistar la confianza de una parte de la clase obrera y, gracias a ello, traicionar de un modo todavía más vergonzoso sus intereses permanentes durante las contiendas decisivas de clase. La función esencial

de la socialdemocracia en la actualidad consiste en socavar la unidad de combate necesaria del proletariado en su lucha contra el imperialismo. Al escindir y desmoralizar el frente único de la lucha proletaria contra el capital, la socialdemocracia se troca en el sostén más firme del imperialismo en el seno de la clase obrera.

La socialdemocracia internacional de todos los matices, la Segunda Internacional y su sucursal sindical, la Internacional de Ámsterdam, se han convertido. pues, en la reserva de la sociedad burguesa, en su apoyo más seguro.

2. *La crisis del capitalismo y el fascismo.*

Al lado de la socialdemocracia, por cuya mediación la burguesía aplasta a los obreros y adormece su sensibilidad de clase, entra en acción el fascismo.

La época del imperialismo, la exacerbación de la lucha de clases y la acumulación, particularmente después de la guerra imperialista mundial, de los elementos de guerra civil, han determinado la quiebra del parlamentarismo. De aquí, «nuevos» métodos y formas de gobierno (por ejemplo, el sistema de gabinetes poco numerosos, la creación de grupos oligárquicos que actúan entre bambalinas, la degeneración y la falsificación de las funciones de la «representación nacional», la limitación y la supresión de las «libertades democráticas», etc.). Este proceso de ofensiva de la reacción burgués-imperialista adopta, en condiciones históricas determinadas, la forma de fascismo. Dichas condiciones son: la inestabilidad de las relaciones capitalistas; la existencia de un gran número de elementos sociales desplazados; la pauperización de grandes sectores de la pequeña burguesía urbana y de los intelectuales; el descontento de la pequeña burguesía agraria y, finalmente, la amenaza constante de acciones de masa proletarias. Con objeto de asegurarse un poder más estable, más firme y más duradero, la burguesía se ve obligada cada día más a pasar del sistema parlamentario al método fascista, que no se halla sujeto a las relaciones y combinaciones entre partidos. Este método es el de la dictadura directa, cuya verdadera faz se halla ideológicamente cubierta por medio de «ideales nacionales», representaciones «profesionales» (es decir, grupos diversos de las clases dominantes), y el método de utilización del descontento de la pequeña burguesía y de los intelectuales mediante una demagogia social particular (antisemitismo, ataques parciales al capital usurario, indignación ante el charlatanismo parlamentario) y la corrupción bajo la forma de creación en la milicia fascista, en el aparato del partido y entre los funcionarios de una jerarquía cohesionada y bien retribuida. Al

mismo tiempo, el fascismo hace esfuerzos para introducirse en los medios obreros, reclutando a los elementos más atrasados, explotando su descontento y la pasividad de la socialdemocracia. etc. El objetivo principal del fascismo consiste en la devastación de la vanguardia obrera revolucionaria, es decir, el sector comunista del proletariado y, particularmente, sus militantes más activos. La combinación de la demagogia social, de la corrupción y del terror blanco, al lado de una agresividad imperialista extrema en la esfera de la política exterior, constituyen los rasgos más salientes del fascismo. Después de haber utilizado la fraseología anticapitalista en los periodos particularmente críticos para la burguesía, el fascismo, sintiéndose firme en el poder ha ido perdiendo por el camino sus oropeles anticapitalistas, para manifestarse cada vez más como dictadura terrorista del gran capital. Con objeto de adaptarse a las modificaciones de la coyuntura política, la burguesía utiliza alternativamente los métodos fascistas y los métodos de coalición con la socialdemocracia, dándose el caso de que, a menudo, esta última desempeña abiertamente un papel fascista. En el curso de los acontecimientos manifiesta tendencias fascistas, lo cual no le impide. en otras circunstancias políticas, agitarse contra el gobierno burgués en calidad de partido de oposición. El método fascista y el de coalición con la socialdemocracia, que no son habituales para el capitalismo «normal» y constituyen un signo de la crisis capitalista general, son utilizados por la burguesía para retrasar la marcha progresiva de la revolución.

3. *Las contradicciones de la estabilización capitalista y lo inevitable del derribamiento revolucionario del capitalismo.*

La experiencia de la etapa histórica de la postguerra demuestra que la estabilización capitalista, obtenida mediante la represión contra la clase obrera y la presión sistemática sobre su nivel de existencia, no puede ser más que parcial, temporal, podrida en sus cimientos.

El desarrollo brusco y febril de la técnica, que en algunos países toma, casi el carácter de una nueva revolución técnica; el proceso acelerado de concentración y centralización del capital; la creación de trusts gigantescos, de monopolios «nacionales e «internacionales»; la conjunción de los trusts y el poder estatal no pueden superar la crisis general del sistema capitalista. El hecho de que la economía mundial se haya escindido en dos sectores, el capitalista y el socialista, la restricción de los mercados y el movimiento antiimperialista en las colonias determinan una exacerbación extrema de todas las contradicciones del capitalismo que se desarrollan sobre la nueva

base de la postguerra. El proceso técnico mismo y la racionalización de la industria, que tienen en el reverso de la medalla el cierre y la liquidación de un cierto número de empresas, la limitación de la producción, la explotación despiadada y rapaz de la fuerza obrera, traen como resultado una enorme crisis de trabajo, que toma un carácter crónico y unas proporciones desconocidas hasta ahora.

El empeoramiento absoluto de la situación de la clase obrera es un hecho incluso en una serie de los países capitalistas más avanzados. La concurrencia creciente entre los países imperialistas, la amenaza constante de guerra y la tensión progresiva de los conflictos sociales crean los elementos de una nueva etapa superior del desarrollo de la crisis general del capitalismo y de la revolución proletaria mundial.

Como resultado de la primera guerra de la serie de guerras imperialistas (conflagración mundial de 1914-1918) y de la victoria de la clase obrera, en octubre 1917, en el ex-imperio del zar de Rusia, la economía mundial se ha dividido en dos campos fundamentalmente antagonistas: *el campo de los Estados imperialistas y la dictadura del proletariado en la U.R.S.S.*

La diferencia en las estructuras de clase y en la esencia de clase del poder, la diferencia de principio en los objetivos de la política interior y exterior, económica y cultural, en una palabra, la diferencia esencial en la dirección del desarrollo en general, colocan violentamente frente a frente el mundo capitalista y el Estado del proletariado victorioso. En el marco de la que fue economía mundial única, luchan dos sistemas antagónicos: el sistema capitalista y el sistema socialista.

La lucha de clases, que, hasta ahora, se desarrollaba en las formas determinadas por el hecho de que la clase obrera no disponía del poder estatal, verificase actualmente en un terreno enorme, mundial, y la clase obrera internacional tiene a su disposición su Estado, única patria del proletariado mundial. La existencia de la Unión Soviética, con su influencia formidable sobre las masas trabajadoras y explotadas constituye por sí misma la expresión más brillante de la crisis profundísima de sistema capitalista y de un ensanchamiento y una exacerbación sin precedentes en la historia de la lucha de clases contradicciones.

El mundo capitalista, impotente para superar sus contradicciones internas, se esfuerza en crear un organismo internacional (Sociedad de las Naciones) con un objetivo principal: detener el avance ininterrumpido de la crisis revolucionaria y estrangular, por medio del bloqueo o de la guerra, a la Unión de Repúblicas proletarias. Alrededor de la U.R.S.S. se concentran actualmente todas las fuerzas del proletariado revolucionario y de las masas oprimidas de las colonias. Frente a la coalición mundial del *capital*, roída en

el interior, pero armada hasta los dientes, se levanta la coalición mundial unida del *trabajo*.

Así, pues, como resultado de la primera guerra imperialista, ha surgido una nueva contradicción principal contradicción de significación histórica y mundial: *la contradicción entre la U.R.S.S. y el mundo capitalista*.

Por otra parte, se han agudizado los antagonismos en el sector capitalista de la economía mundial. El desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos, la transformación mundial, de la «República del Dólar» en un explotador ha agravado las relaciones entre los Estados Unidos y el capitalismo europeo, el capitalismo británico en primer lugar. El conflicto entre la Gran Bretaña, el más potente y conservador de los viejos países imperialistas, y el mayor de los países del joven imperialismo, los Estados Unidos, que han conquistado ya la hegemonía mundial, ha pasado a ser el eje de todos los conflictos entre los Estados del capital financiero. Nuevamente, Alemania, que, saqueada por el tratado de Versalles, ha conseguido, sin embargo, reconstituirse económicamente, vuelve a tomar la senda de la política imperialista y se presenta como un serio competidor en el mercado mundial. En el océano Pacífico cuales se acumulan las contradicciones, la principal de las es el conflicto americano-japonés. Paralelamente a estos antagonismos fundamentales se desenvuelven las contradicciones de intereses entre los grupos variables e inestables de potencias, a lo que hay que añadir que los Estados secundarios desempeñan el papel de instrumento auxiliar en las manos de los gigantes imperialistas y de sus coaliciones.

El aumento de la capacidad productiva del aparato industrial del capitalismo mundial, por una parte, y, por otra, la reducción de los mercados interiores de Europa como resultado de la guerra, la desaparición de la Unión Soviética de la esfera de circulación puramente capitalista, la monopolización extrema de los puntos de origen más importantes de materias primas y de combustibles, todo ello ha tenido como consecuencia el desenvolvimiento de los conflictos entre los Estados capitalistas. La lucha «pacífica» por el petróleo, el caucho, el algodón, el carbón, el metal; por un nuevo reparto en la esfera de la exportación de capitales y en la de los mercados conduce inevitablemente a una *nueva guerra mundial*, tanto más destructiva cuanto mayores son los progresos de la técnica guerrera, cuyo desarrollo va adquiriendo un ritmo vertiginoso.

Al mismo tiempo, aumentan las contradicciones entre las metrópolis de una parte y los países coloniales y semicoloniales de otra. La debilitación del imperialismo europeo como resultado de la guerra, los progresos del capitalismo en las colonias, la influencia de la revolución soviética, las

tendencias centrifugas en las potencias marítimas y coloniales, — Gran Bretaña (Canadá, Australia, África del Sur) —, han facilitado el desarrollo de las insurrecciones en las colonias y semi-colonias. La gran revolución china, que ha movilizado a centenares de millones de hombres, ha abierto una gran brecha en el sistema total del imperialismo. La fermentación revolucionaria ininterrumpida entre los centenares de millones de obreros y campesinos indios amenaza demoler la fortaleza del imperialismo mundial, la Gran Bretaña. El aumento de las tendencias dirigidas contra el poderoso imperialismo de los Estados Unidos en los países de la América Latina constituye una fuerza que socava la expansión del capitalismo norteamericano. Así, pues, el proceso revolucionario en las colonias, que arrastra a la lucha contra el imperialismo a la inmensa mayoría de la población del mundo sometida a la oligarquía financiero-capitalista de unas pocas «grandes potencias» del Imperialismo, refleja asimismo la profunda crisis general del capitalismo.

En fin, la crisis revolucionaria madura igualmente, de un modo inevitable, en los centros mismos del imperialismo: la ofensiva de la burguesía contra la clase obrera, contra sus condiciones de existencia, intensificación sus organizaciones y sus derechos políticos, y la intensificación del terror blanco, provocan una resistencia creciente de las grandes masas proletarias obrera y la exacerbación de la lucha de clases entre la masa obrera y el capital trustificado. Las grandiosas contiendas entre el capital y el trabajo, la evolución acelerada de las masas a la izquierda, el acrecentamiento de la influencia y el prestigio de los Partidos Comunistas, el aumento enorme de la simpatía de las grandes masas obreras hacia el país de la dictadura del proletariado, indican claramente que una nueva ola revolucionaria empieza a levantarse en los centros del imperialismo.

Por consiguiente, el sistema del imperialismo mundial y, con él, la estabilización parcial del capitalismo, se ven minados en su base por las contradicciones y los conflictos entre las potencias imperialistas, por los millones de explotados de las colonias que han entrado en liza; por el proletariado revolucionario de las metrópolis; finalmente, por la dictadura proletaria en la U.R.S.S., que ejerce la hegemonía sobre todo el movimiento obrero revolucionario mundial.

La revolución mundial avanza. Contra ella agrupa sus fuerzas el imperialismo, el cual pone al orden del día las expediciones contra las colonias, una nueva guerra mundial, la campaña contra la U.R.S.S. Todo ello trae aparejado consigo el *desenvolvimiento de todas las fuerzas de la revolución mundial y la ruina inevitable del capitalismo*.

III. - El objetivo final de la Internacional Comunista es el comunismo mundial

La Internacional Comunista persigue como fin la de la economía capitalista por el sistema comunista mundial. La sociedad comunista, preparada por la evolución histórica, constituye la única salida para la humanidad, pues sólo ella es capaz de destruir las contradicciones fundamentales del sistema capitalista, que amenazan a la humanidad con la ruina y la degradación.

La sociedad comunista suprime la división de la sociedad en clases, es decir, que paralelamente a la anarquía de la producción, suprime la explotación en todos sus aspectos y formas y la opresión del hombre por el hombre. En lugar de las clases combatiéndose entre sí, aparecen los miembros de una asociación laboriosa única mundial. Por primera vez en la historia, la humanidad toma su destino en sus propias manos. En vez de destruir innumerables vidas humanas e incalculables riquezas en las luchas entre las clases y entre los pueblos, la humanidad consagra toda su energía a la lucha con las fuerzas de la naturaleza, al desarrollo y a la elevación de su propia potencia colectiva.

Al destruir la propiedad privada de los medios de producción, convirtiéndolos en propiedad colectiva, el sistema mundial del comunismo reemplaza la fuerza instintiva del mercado y de la concurrencia, el proceso ciego de la producción social por la organización consciente y sistemática de la misma, orientada en el sentido de satisfacer las necesidades crecientes de la sociedad. A la vez que la anarquía de la producción y la concurrencia, son destruidas las desastrosas crisis y las guerras devastadoras. A la dilapidación colosal de las fuerzas de producción y al desarrollo febril de la sociedad, se opone la disposición sistemática de todos sus recursos materiales y el desarrollo económico indoloro sobre la base del desenvolvimiento ilimitado, fácil y rápido de las fuerzas productivas.

La abolición de la propiedad privada y de las clases suprime la explotación del hombre por el hombre. El trabajo deja de ser trabajo en beneficio del enemigo de clase: de medio de existencia que era antes, se convierte en una exigencia vital de primer orden; desaparecen la pobreza, la desigualdad económica entre los hombres, la miseria de las clases esclavizadas, la estrechez de la vida material en general, la jerarquía característica de la división del trabajo y, con ella, las contradicciones entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Desaparecen asimismo los órganos de dominación de clase y, en primer lugar, el poder de Estado. Siendo este último la encarnación de la dominación de clases, va esfumándose a medida

que periclitán las clases. Con el Estado de van desapareciendo poco a poco todas las normas de coacción.

La desaparición de las clases determina la supresión de todo monopolio de la instrucción. La cultura de accesible a todos y las ideologías de clases de ayer ceden el sitio a la concepción científica materialista. En tales condiciones la dominación, en todas sus formas, de los hombres sobre los hombres se hace imposible y se abren perspectivas vastísimas para la selección social y el desarrollo armónico de todas las aptitudes humanas.

Al acrecimiento de las fuerzas de producción no propiedad opone ningún límite de carácter social. Ni la propiedad privada de los medios de producción, ni los cálculos interesados de beneficio, ni la ignorancia de las masas sostenida artificialmente, ni su pobreza dificultando el progreso técnico en la sociedad capitalista, ni los formidables gastos improductivos, nada de esto existe en la sociedad comunista. La utilización apropiada de las fuerzas de la naturaleza y de las condiciones naturales de la producción en las distintas partes del mundo; la supresión del antagonismo entre la ciudad y el campo, consecuencia del retraso sistemático de la agricultura y ciencia y del bajo nivel de la técnica; la unión máxima de la ciencia y la técnica en la labor de investigación y su aplicación práctica en un terreno social vastísimo; la organización sistemática del trabajo científico mismo; la adopción de los métodos más perfectos de estadística y de regularización planeada de la economía; las exigencias sociales crecientes, potente motor interno de todo el sistema, todo ello garantiza el máximo de productividad del trabajo social y emancipa, a su vez, la energía humana para el progreso vigoroso de la ciencia y del arte.

El desarrollo comunista de las fuerzas productivas de la sociedad comunista mundial crea las condiciones necesarias para el fomento del bienestar general y la reducción máxima del tiempo consagrado a la producción material, y, por consiguiente, para un florecimiento cultural sin precedentes en la historia humana. Esta nueva cultura de una humanidad unida por vez primera después de haber abolido toda clase de fronteras entre los Estados, se apoyará, contrariamente al capitalismo, en un sistema de relaciones claras y diáfanas entre los hombres. De este modo enterrará para siempre la mística, la religión, los prejuicios y la superstición e impulsará vigorosamente, sin encontrar obstáculos, el desarrollo de los conocimientos científicos.

Esa fase superior, en la cual la sociedad comunista se habrá desenvuelto ya sobre su base propia, en la que la evolución humana en todos los aspectos, acrecentará en proporciones enormes las fuerzas sociales de producción, y la sociedad habrá inscrito en su bandera: «de cada cual según sus capacidades,

a cada uno según sus necesidades», esa fase presupone, como condición histórica preliminar, un estadio inferior de su desarrollo, el *estadio socialista*. Aquí, la sociedad comunista, que acaba de salir de la sociedad capitalista, aparece cubierta en todos sus aspectos —económico, moral e intelectual— por las manchas originales de la vieja sociedad en cuyo seno ha nacido. Las fuerzas productivas del socialismo no han alcanzado aún un desarrollo suficiente para efectuar el reparto de los productos del trabajo según las necesidades. El reparto se efectúa según el trabajo. La división de este último, es decir, la realización por grupos concretos humanos de funciones de trabajo determinadas, persiste todavía. En particular, no ha sido aún abolido fundamentalmente el antagonismo entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. A pesar de la supresión de las clases, persisten reminiscencias de la antigua división de la sociedad en clases, y, por consiguiente, restos del poder estatal del proletariado, de coacción, de derecho. Quedan, por tanto, huellas de desigualdad que no pudieron desaparecer. Continúa, en cierto grado, el antagonismo entre el campo y la ciudad, pero ninguna fuerza social defiende a esos restos de la vieja sociedad, los cuales, llegados a un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, desaparecen en la medida en que la humanidad, libertada de las cadenas del régimen capitalista, somete con rapidez las fuerzas naturales, se reeduca en el espíritu del comunismo y pasa del socialismo al comunismo completo.

IV. - El periodo de transición del capitalismo al socialismo y la dictadura del proletariado

1. El poder periodo de transición y la conquista del por el proletariado.

Entre la sociedad capitalista y la comunista un periodo de transformación revolucionaria, al que corresponde un periodo político de transición, durante el cual el Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*. La transición de la dictadura mundial del imperialismo a la dictadura mundial del proletariado comprende una etapa prolongada de lucha, de derrotas y victorias del proletariado; un período de crisis general persistente de las relaciones capitalistas y de revoluciones socialistas, es decir, de guerras civiles del proletariado contra la burguesía; un periodo de guerras nacionales y de insurrecciones coloniales, que, aún no siendo en sí movimientos socialistas del proletariado revolucionario, constituyen objetivamente, una parte integrante de la revolución proletaria mundial, por cuanto minan en su base la dominación capitalista; un periodo

que comprende la existencia simultánea de los sistemas social-económicos capitalista y socialista en la economía mundial, las relaciones «pacíficas» y la lucha armada entre ellos; un periodo de fundación de uniones de Estados socialistas soviéticos, de guerras contra estos últimos por parte de los Estados imperialistas de lazos cada vez más estrechos con los pueblos coloniales, etc., etc.

La desigualdad de la evolución económica y política es una ley inmutable del capitalismo. Dicha desigualdad es todavía más pronunciada y aguda en la época del imperialismo. De aquí se deduce que la revolución internacional del proletariado no puede ser considerada como un acto que tiene lugar simultáneamente por doquier. La victoria del socialismo es posible, en un principio, en un número reducido de países capitalistas, e incluso en un solo país. Pero cada victoria del proletariado ensancha la base de la revolución mundial y, por consiguiente, exacerba todavía más la crisis general del capitalismo. En esta forma, el sistema capitalista llega a su quiebra definitiva. La dictadura del capital financiero parece para ceder el sitio a la dictadura del proletariado.

Las revoluciones *burguesas* implicaban únicamente la liberación política de un régimen de relaciones de producción constituido ya y dominante en el terreno económico, y transmitían el poder de las manos de una clase de explotadores a las de otra clase de explotadores. La revolución del proletariado significa la irrupción violenta de este último en el terreno de las relaciones de propiedad de la sociedad burguesa, la expropiación de las clases explotadoras y el paso del poder a la clase que se ha impuesto como objetivo la transformación radical de la sociedad y la supresión de toda explotación del hombre por el hombre. Las revoluciones burguesas sólo en el transcurso de varios siglos, por medio de luchas parciales, han conseguido poner fin a la dominación política de la nobleza feudal en todo el mundo. La revolución mundial del proletariado, por el contrario, a pesar de que no sea posible realizarla de un golpe y de que abraza toda una época, puede alcanzar su objetivo en un plazo más corto gracias a la existencia de lazos más estrechos entre los países. Únicamente después de la victoria completa del proletariado de todos los países y del afianzamiento de su poder mundial, se dará una época prolongada de edificación intensa de la economía socialista mundial.

La conquista del poder por el proletariado es una premisa indispensable del progreso de las formas socialistas de la economía y de la elevación del nivel cultural del proletariado, el cual transforma su propia naturaleza, se convierte en elemento director en todos los aspectos de la vida de la sociedad,

arrastra a dicho proceso de transformación a las otras clases y, con ello, prepara el terreno para la eliminación de las clases en general.

En la lucha por la dictadura del proletariado y por la transformación subsiguiente del régimen social, contra el bloque de los terratenientes y capitalistas, organizase la *unión de los obreros y campesinos* bajo la hegemonía ideológica y política de los primeros. Dicha unión constituye la base de la dictadura del proletariado.

El periodo de transición caracterizase, en su totalidad, por el aplastamiento implacable de la resistencia de los explotadores, por la organización de la edificación socialista, por la reeducación en masa de las gentes en el espíritu del socialismo y por la eliminación progresiva de las clases. Solo después de haber llevado a cabo esta grandiosa misión histórica, la sociedad del periodo de transición empieza a transformarse en sociedad comunista.

Así, pues, la dictadura del proletariado mundial constituye la condición preliminar y decisiva indispensable para el paso de la economía socialista. Esa dictadura puede realizarse sólo como resultado de la victoria del socialismo en varios países o en grupos de países; cuando las repúblicas proletarias nuevamente creadas se unan con las ya existentes por medio del lazo federativo; cuando la red de dichas uniones federativas se ensanche con la adhesión de las colonias emancipadas del yugo imperialista; cuando, finalmente, la federación de repúblicas se convierta en Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas del Mundo, viniendo a realizar la unificación de la humanidad bajo la hegemonía del proletariado internacional, organizado en Estado.

La conquista del poder por el proletariado no es una conquista «pacífica» preparada por la máquina estatal burguesa mediante la obtención de la mayoría parlamentaria. La burguesía emplea todos los medios de violencia y de terror para conservar y consolidar su propiedad conquistada por el robo y su dominación política. Como en otro tiempo la nobleza feudal, no puede ceder a una nueva clase el sitio histórico que ocupa sin una lucha encarnizada y desesperada. Por esto la violencia burguesa sólo puede ser destruida mediante la violencia severa del proletariado.

La conquista del poder por el proletariado es el derrumbamiento violento del poder burgués, la destrucción del aparato capitalista de Estado (ejército burgués, policía, jerarquía burocrática, tribunales de justicia, parlamento, etc.) y su sustitución por nuevos órganos del poder proletario, el cual es, ante todo, un arma para el aplastamiento de los explotadores.

2. La dictadura del proletariado y su forma soviética.

La forma más conveniente de poder estatal proletario, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución de octubre de 1917 y de la revolución húngara, las cuales han venido a ampliar en proporciones inconmensurables la experiencia de la Commune» de París de 1871, es el nuevo tipo de Estado que se diferencia en principio del Estado, burgués no sólo por su esencia de clase, sino también por su estructura interior, es decir, el tipo de Estado soviético. Este tipo de Estado, surgido directamente del fondo mismo del movimiento de masas, fomenta en su grado máximo la actividad de estas últimas y es, por consiguiente, la mejor garantía de la victoria final.

El Estado de tipo soviético, que es la forma superior de democracia, la democracia proletaria precisamente, se levanta frente a la democracia burguesa, que representa una forma disfrazada de dictadura burguesa.

El Estado soviético del proletariado es la dictadura de este último, su poder indivisible. En oposición a la democracia burguesa, proclama abiertamente su carácter de clase, y, con la misma franqueza, declara que el objetivo que persigue es el aplastamiento de los explotadores en interés de la inmensa mayoría de la población; priva a sus enemigos de clase de derechos políticos y puede, en condiciones históricas determinadas, dar al proletariado, con objeto de afianzar su papel de dirección una serie de privilegios temporales con relación a la diseminada clase campesina pequeño-burguesa. Al desarmar y aplastar a sus adversarios de clase, el Estado proletario considera al mismo tiempo esa privación de derechos políticos y limitación determinada de la libertad como medidas temporales de lucha contra las tentativas de los explotadores de defender o restablecer sus privilegios. El Estado proletario inscribe en su bandera que el proletariado mantiene el poder en sus manos no para eternizarlo o inspirándose en sus intereses corporativos y estrechamente profesionales, sino para unir mejor a las masas atrasadas y dispersas de los proletarios del campo y de los semi-proletarios, así como a los campesinos pobres con los sectores obreros más avanzados, eliminando sistemática y paulatinamente la división en clases en general.

Los Soviets, que son una vasta forma de unión y de organización de las grandes masas bajo de dirección del proletariado, atraen de hecho hacia la lucha y la edificación del socialismo a los más vastos sectores proletarios y campesinos, los cuales participan así prácticamente en la dirección del Estado, se apoyan, en toda su labor en las organizaciones de masa de la clase obrera, llevan a la práctica la más amplia democracia entre los trabajadores,

se hallan incomparablemente más cercas a las masas que cualquiera otra forma de Estado. El derecho de elección de los delegados y de retirarles el mandato, la unión de los poderes ejecutivo y legislativo, las elecciones según el principio de producción (de las fábricas, talleres, etc.) y no según el principio territorial — todo ello garantiza a la clase obrera y a las grandes masas que marchan bajo la hegemonía de aquélla la participación sistemática, constante y activa en la vida económica, política, militar y cultural y, como consecuencia, establece una diferencia esencial entre la república parlamentaria burguesa y la dictadura soviética del proletariado.

La democracia burguesa, con su igualdad formal de los ciudadanos ante la ley, se apoya en una irritante desigualdad de clase desde el punto de vista económico-material. Al dejar intacto y reforzar el monopolio de clase de los capitalistas y grandes terratenientes sobre los medios de producción decisivos, la democracia burguesa convierte en ficción jurídica para las clases explotadas, en primer lugar para el proletariado, y por consiguiente, en medios de mistificación y esclavitud de las mismas, la igualdad formal ante la ley y el derecho democrático y la libertad, sistemáticamente limitados en la práctica. Siendo la expresión de la dominación política de la burguesía, la llamada democracia es, por lo tanto, la democracia capitalista.

El Estado soviético, al privar de los medios de producción a las clases explotadoras y monopolizarlos en las manos del proletariado como clase dominante, garantiza ante todo y por encima de todo las condiciones materiales de realización de los derechos del proletariado y de las clases trabajadoras en general, poniendo a su disposición casas y edificios públicos, tipografías, medios de transporte, etc., etc.

En el terreno de los *derechos políticos generales*, el Estado soviético, al privar de los mismos a los enemigos del pueblo y a los explotadores, destruye por primera vez, en su raíz, la desigualdad de los ciudadanos fundada en los sistemas de explotación, en las diferencias de sexo, de religión y de nacionalidad; en esta esfera lleva a la práctica una igualdad tal como no existe en ningún país burgués; al mismo tiempo la dictadura del proletariado establece la base material que permite realizar de hecho esta igualdad. Pueden ser consideradas como tales las medidas que tienden a la emancipación de la mujer, que contribuyen a la industrialización de las ex-colonias, etc., etc.

La democracia soviética es, por consiguiente, una democracia proletaria, una democracia de las masas trabajadoras, una democracia contra los explotadores.

El Estado soviético lleva a cabo el desarme completo de la burguesía y la concentración de las armas en las manos del proletariado. Es el Estado del proletariado armado. La organización de las fuerzas armadas se hace sobre

la base del principio de clase, en armonía con el régimen de la dictadura proletaria y en forma que garantiza el papel de dirección al proletariado industrial. Esta organización, que se apoya en la disciplina revolucionaria, sirve al mismo tiempo para establecer un vínculo constante y estrecho entre los combatientes del ejército y de la flota y las masas trabajadoras y asegurar su participación en la dirección del país y la edificación del socialismo.

8. La dictadura del proletariado y la expropiación de los expropiadores.

El proletariado triunfante utiliza el poder que ha conquistado como palanca de revolución económica, es decir, de la transformación revolucionaria de las relaciones de propiedad del capitalismo en relaciones socialistas de producción. El punto de partida de esta gran revolución económica es la expropiación de terratenientes y capitalistas, o lo que es lo mismo, la conversión de la propiedad monopolista de la burguesa en propiedad del Estado proletario.

En este terreno, la Internacional Comunista prepara la dictadura del proletariado, los objetivos fundamentales siguientes:

A) Industria, transportes, servicio de comunicaciones

a) Confiscación y nacionalización proletaria de todas las grandes empresas industriales (fábricas, minas, estaciones eléctricas) que se hallan en las manos del capital privado; traspaso a los soviets de todas las empresas municipales y del Estado; transporte

b) Confiscación y nacionalización proletaria del privado ferroviario, marítimo y fluvial, así como de los medios de transporte aéreo (flota aérea comercial y de pasaje); traspaso a los Soviets medios de la propiedad municipal y del Estado sobre los de transporte en todas sus formas;

c) Confiscación y nacionalización proletaria de los medios privados de comunicación (telégrafo, teléfono, radio); traspaso a los Soviets de los medios de comunicación del Estado, municipales, etc.;

d) Organización de la administración obrera de la industria. Creación de órganos estatales de administración con la participación directa de los sindicatos, garantizando el papel correspondiente a los comités de fábrica;

e) Transformación del trabajo de la industria en el sentido de que dé satisfacción a las necesidades de las grandes masas trabajadoras. Reorganización de las ramas de la industria que cubren las necesidades de consumo de las clases dominantes (artículos de lujo). Reforzamiento de las ramas de la industria que contribuyen al fomento de la agricultura con

objeto de consolidar la unión con la economía agraria; fomento de la economía estatal y aceleración del desarrollo de toda la economía popular.

B) Economía agraria

a) Confiscación y nacionalización proletaria de toda la gran propiedad agraria (lo mismo privada que eclesiástica, etc.); traspaso a los Soviets de la propiedad agraria municipal y del Estado, de los bosques, subsuelo, aguas, etc.; nacionalización subsiguiente de todas las tierras;

b) Confiscación de todos los bienes de los grandes dominios agrarios, tales como: edificios, máquinas, y demás inventario, ganado, instalaciones para la elaboración de la producción agrícola (grandes molinos, queserías, establecimientos lecheros, tendaderos, etc.);

c) Traspaso de las grandes propiedades, particularmente de las que tengan un peso económico considerable y un valor de explotación tipo, a la dirección de los órganos de la dictadura proletaria, y organización de explotaciones soviéticas;

d) Traspaso a los campesinos pobres y a un sector de los medianos de una parte de las tierras confiscadas, especialmente de las que eran cultivadas en arriendo y servían de medio de sujeción económica de los campesinos. La parte de las tierras cedidas a los campesinos determinase lo mismo por motivos de conveniencia económica que por la necesidad de neutralizar a la clase campesina y de atraerla al lado del proletariado. Por ello la parte de tierra a transferir debe inevitablemente variar de acuerdo con las circunstancias;

e) Prohibición de toda compra-venta de tierras con objeto de conservar la tierra para los campesinos y luchar contra el traspaso de la misma a los capitalistas, acaparadores, etc. Lucha decidida contra los que infrinjan esta ley;

f) Lucha contra la usura. Abolición de los contratos leoninos. Anulación de las deudas de los elementos campesinos explotados, etc. Exención de los impuestos para los campesinos más pobres, etc., etc.;

g) Medidas gubernamentales en vasta escala para la elevación de las fuerzas de producción de la economía agraria; desarrollo de la electrificación, de la construcción de tractores, de la producción de abonos químicos, de semillas de primera calidad, de ganado de raza en las haciendas soviéticas, vasta organización del crédito agrario para las mejoras, etc.;

h) Apoyo moral y financiero a la cooperación agraria y a las explotaciones en común (sociedades, «comunidades», etc.). Propaganda sistemática de la unión cooperativista de los campesinos (cooperación en el terreno de la organización de la venta, del abastecimiento, del crédito) sobre la base de la

actividad colectiva de los campesinos y propaganda en favor del paso a la gran producción agrícola, lo cual facilita — gracias a las indudables ventajas técnicas y económicas de esta forma de producción — lo mismo un mayor provecho económico inmediato que el medio de traspaso al socialismo más asequible a las grandes masas campesinas.

C) Comercio y crédito

a) Nacionalización proletaria de los bancos privados (con transmisión al Estado proletario de todas las reservas de oro, papeles de valor, depósitos, etc.) y traspaso al Estado proletario de los bancos municipales, de Estado, etc.;

b) Centralización bancaria; supeditación de todos los grandes bancos nacionalizados al Banco de Estado Central;

c) Nacionalización y traspaso a los órganos del Estado soviético del comercio al por mayor y de las grandes empresas de comercio al detalle (depósitos de mercancías, almacenes, reservas de mercancía, elevadores, etc.);

d) Fomento, por todos los medios, de la cooperación de consumo como parte constitutiva de importancia primordial, del aparato de distribución, sobre la base de la unidad en el sistema de su trabajo y la garantía de la participación directa de las masas en su actividad;

e) Monopolio del comercio exterior;

f) Anulación de las deudas del Estado a los capitalistas del interior y del exterior.

D) Protección del trabajo, de las condiciones de existencia, etc.

a) Reducción de la jornada de trabajo a 7 horas y a 6 en las ramas de industria nocivas para la salud de los trabajadores. Reducción ulterior de la jornada e instauración de la semana de trabajo de cinco días en los países en que se hallen desarrolladas las fuerzas de producción. Regularización de la jornada en relación con el aumento de la productividad del trabajo;

b) Prohibición, como regla general, para las mujeres, del trabajo nocturno y en las ramas nocivas de la producción. Prohibición del trabajo infantil. Prohibición de las horas de trabajo extraordinarias;

c) Reducción especial de la jornada de trabajo para la juventud (jornada máxima de 6 horas para los jóvenes de menos de 18 años). Reorganización socialista del trabajo de la juventud mediante la combinación de la producción material con la educación general y política;

d) Seguro social en todos sus aspectos (invalidez, accidentes del trabajo, paro forzoso, etc.) sobre la base de la administración ejercida exclusiva-

mente por los asegurados, a cuenta del Estado (y a cuenta de los patronos en la medida en que existan todavía empresas privadas);

e) Vastas medidas sanitarias, organización del servicio médico gratuito. Lucha contra las enfermedades sociales (alcoholismo, enfermedades venéreas, tuberculosis);

f) Igualdad social del hombre y de la mujer ante la ley y en la vida corriente, transformación radical del derecho familiar y matrimonial, reconocimiento de la maternidad como función social, protección de la maternidad y de la infancia. Iniciación de la tutela social de los niños y de los jóvenes y de su educación (casas-cuna, jardines, casas de niños, etc.). Creación de instituciones destinadas a aligerar la economía doméstica (lavaderos y cocinas comunales), lucha sistemática contra la ideología y las tradiciones que esclavizan a la mujer.

E) Vivienda

a) Confiscación de la gran propiedad urbana;

b) Traspaso de las casas confiscadas a la administración de los soviets locales;

c) Instalación de los obreros en los barrios burgueses;

d) Traspaso de los palacios y edificios públicos a las organizaciones obreras;

e) Realización de un vasto programa de edificación de viviendas.

F) Cuestiones nacional y colonial

a) Reconocimiento del derecho de todas las naciones, sin distinción de raza, a disponer plenamente de sus destinos, es decir, inclusive del derecho de separarse para constituirse en Estado independiente;

b) Unión y centralización voluntaria de las fuerzas militares y económicas de todos los pueblos emancipados del capitalismo para la lucha contra el imperialismo y la edificación de la economía capitalista;

c) Lucha decisiva y por todos los medios contra toda limitación y vejación dirigida contra cualquier pueblo, nación o raza. Igualdad completa de derechos de todas las naciones y razas;

d) Apoyo, por todos los medios que se hallen a disposición del Estado proletario, de las culturas nacionales de las naciones emancipadas del capitalismo, sin dejar, por ello, de asegurar el contenido proletario en el desarrollo de dichas culturas;

e) Fomento, por todos los medios, del progreso económico, político y cultural de las «regiones», dominios y «colonias» anteriormente oprimidos

en el sentido de su transformación socialista, con objeto de crear una base sólida a una igualdad nacional efectiva y completa;

f) Lucha contra todos los resabios chauvinistas, de odio nacional, de prejuicios de raza y otros resultados ideológicos de la barbarie feudal y capitalista

H) Medios de influencia ideológica

a) Nacionalización de las imprentas;

b) Monopolización de la prensa y de las ediciones;

c) Nacionalización de las grandes empresas cinematográficas, teatros, etc.;

d) Utilización de los medios de «producción espiritual» nacionalizados para una vasta educación general y política de los trabajadores y para la edificación de una nueva cultura socialista sobre la base proletaria.

4. Las bases de la política económica de la dictadura proletaria.

Al ser llevadas a la práctica por la dictadura del proletariado todas estas medidas, deben tenerse en cuenta las consideraciones siguientes:

1. En los países capitalistas más desarrollados, en los cuales el principio del derecho de propiedad privada sobre la tierra ha conseguido echar raíces profundas entre la gran masa campesina, la abolición completa de dicho derecho y la nacionalización de toda la tierra no puede ser introducida inmediatamente. En esos países, la nacionalización de la tierra no puede ser llevada a cabo más que paulatinamente, por medio de una serie de medidas transitorias.

2. La nacionalización de la producción, como regla general, no debe extenderse a las haciendas y establecimientos pequeños o medianos (campesinos, artesanos, comerciantes pequeños y medianos, etc.); primero, porque el proletariado no puede dejar de establecer una diferencia esencial entre la propiedad basada en el trabajo del simple productor de mercancías al cual se puede y debe atraer al cauce de la edificación socialista, y la propiedad del capitalista, basada en la explotación, cuya liquidación constituye la condición indispensable de la edificación socialista; en segundo lugar, porque el proletariado en el poder, sobre todo en los primeros tiempos de la dictadura, no dispone de fuerzas organizadas suficientes no sólo para destruir el capitalismo, sino para organizar inmediatamente el enlace de las unidades individuales de producción, pequeñas y medianas, sobre una nueva base, la base socialista. Dichas pequeñas haciendas individuales (y en primer término la economía agraria) no podrán ser

atraídas más que paulatinamente, por medio del apoyo poderoso y sistemático del Estado proletario a todas sus formas de colectivización, a la organización socialista general de la producción y de la distribución. Toda ruptura violenta de su constitución económica, así como toda colectivización impuesta no darían más que resultados negativos.

3. La existencia de pequeñas unidades de producción en cantidad considerable (en primer lugar, explotaciones agrarias, colonos, artesanos, pequeños comerciantes, etc.) no sólo en las colonias, en las semicolonias y en los países económicamente atrasados en los cuales las masas pequeñoburguesas constituyen la inmensa mayoría de la población, sino en los centros de la economía capitalista mundial (Estados Unidos, Alemania y, hasta cierto punto, Inglaterra), hacen necesaria la conservación en una u otra medida, en los primeros escalones del desarrollo, de las formas de relación económica constituidas por el mercado, del sistema monetario, etc. La diversidad de las formas económicas (desde la gran industria socializada hasta el pequeño taller del artesano y la pequeña explotación campesina), la cual no puede dejar de ir acompañada de la lucha entre las mismas; la diversidad correspondiente de clases y agrupaciones de clases con estímulos distintos en su actividad económica y la lucha de sus distintos intereses; y finalmente, la existencia en todas las esferas de la vida económica de hábitos y tradiciones heredados de la sociedad burguesa y que no pueden ser eliminados de golpe, exigen del proletariado que en su dirección económica combine hábilmente, sobre la base de las relaciones de mercado, la gran industria socialista con las formas de la pequeña explotación de los simples productores de mercancías, es decir, una combinación tal que asegure una función directiva a la industria socialista y, al mismo tiempo, el progreso máximo de las explotaciones agrarias fundamentales. Cuanto mayor sea el peso específico del trabajo de la pequeña economía agraria en la economía general del país, mayor será el contingente de las relaciones de mercado; cuanto menos significación adquiera la dirección inmediata según un plan, más el plan económico general se funde en la precisión de las relaciones económicas establecidas de un modo espontáneo. Y al revés, cuanto menor es el peso específico de las pequeñas explotaciones, cuanto mayor es el contingente de las formas de trabajo colectivo, cuanto más potentes son las masas de medios de producción concentrados y socializados, menor es el contingente de las relaciones de mercado, mayor significación tiene el plan, y mayor importancia y universalidad adquieren los métodos de dirección sistemática inmediata en el terreno de la producción y en el de la distribución.

Las ventajas técnicas y económicas inherentes a la gran industria socializada, la centralización en las manos del Estado proletario de las ramas de la economía que ocupan una posición dominante (industria, transporte, grandes explotaciones agrícolas, bancos, etc.), la dirección de la economía según un plan, la potencia del aparato del Estado (presupuesto, impuestos, legislación administrativa y legislación en general), conducen, con ayuda de una política de clase hábil por parte de la dictadura del proletariado — es decir, teniendo en cuenta acertadamente las relaciones entre las clases —, a la disminución constante y sistemática de las reminiscencias del capital privado, así como de los nuevos gérmenes capitalistas nacidos, tanto en la ciudad, como en el campo (campesinos ricos) como consecuencia del desarrollo de la economía de los productores simples de mercancías y en las condiciones de un comercio más o menos libre y de las relaciones de mercado. Por otra parte, por medio de la cooperación y del fomento de las formas colectivas de explotación efectuase paralelamente la incorporación de la masa fundamental de las explotaciones campesinas al sistema general socialista en periodo de desarrollo. Las formas y métodos de la actividad económica (precios, retribución del trabajo en metálico, compra-venta, crédito y bancos, etc.), que son una consecuencia de las relaciones de mercado, a pesar de su aspecto capitalista exterior, desempeñan papel de palancas para la transformación socialista, por cuanto están al servicio, en primer lugar, de las empresas de tipo socialista consecuente, es decir, del sector socialista de la economía.

Así, pues, en las condiciones de la dictadura del proletariado las relaciones de mercado, con el auxilio de una política acertada por parte del Estado soviético, traen aparejadas consigo, en su desarrollo, su propia ruina: al favorecer la eliminación del capital privado, la transformación de la economía agraria, la centralización y concentración ulteriores de los medios de producción en las manos del Estado proletario, favorecen con ello la eliminación de las relaciones de mercado en general.

En el caso probable de una intervención militar de los capitalistas y de una guerra contrarrevolucionaria prolongada contra la dictadura del proletariado, la dirección económica debe partir ante todo del punto de vista de los intereses de la defensa de la dictadura proletaria; al mismo tiempo puede aparecer la necesidad de una política comunista de guerra («comunismo de guerra»), la cual no es otra cosa que la organización racional del consumo con fines de defensa militar, con un sistema de presión intensa sobre los grupos capitalistas (confiscaciones, requisas, etc.), con la liquidación más o menos completa del comercio libre y de las relaciones de mercado, con la violación brusca de los estímulos económicos individuales

del pequeño productor, lo cual va ligado al descenso de las fuerzas productivas del país. Esta política del «comunismo de guerra», que mina la base material de los sectores enemigos de la clase obrera en el interior del país, que garantiza el reparto racional de las reservas existentes, que favorece la lucha militar de la dictadura proletaria y halla en ello su justificación histórica, no puede, sin embargo, ser considerada nómica como un sistema «normal» de política económica del proletariado.

5. La dictadura del proletariado y las clases.

La dictadura del proletariado es la prolongación de la lucha de este último en nuevas condiciones. dictadura del proletariado es una lucha tenaz, sangrienta e incruenta, violenta y pacífica, guerrera y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad, contra los enemigos capitalistas exteriores, contra los restos de las clases explotadas en el interior del país, contra los gérmenes de una nueva burguesía surgida sobre la base de una producción mercantil que no ha sido todavía eliminada.

En las condiciones de liquidación de la guerra civil, la lucha de clases prosigue bajo nuevas formas, principalmente bajo la lucha entre los restos de las antiguas formas económicas y las formas socialistas. Las formas de lucha cambian en las distintas etapas del desarrollo socialista. En su primer estadio la lucha, en condiciones determinadas, puede agudizarse.

En la primera fase de la dictadura del proletariado la política de este último con respecto a las demás clases y grupos sociales en el interior del país se halla determinada por las reglas siguientes:

1) La gran burguesía y los grandes terratenientes, la oficialidad que les es fiel, los generales y la burocracia superior, son enemigos consecuentes de la clase obrera contra los cuales hay que combatir implacablemente. La utilización de las capacidades de organización de una parte parte de esos elementos es posible, como regla general, sólo después que la dictadura se halla afianzado y que todos los complots y levantamientos armados de los explotadores han sido aplastados.

2) Con respecto a los técnicos, educados en las tradiciones burguesas e íntimamente ligados, en sus sectores superiores, al aparato de dirección del capital, el proletariado —sin dejar de aplastar con la mayor decisión toda tentativa contrarrevolucionaria de los elementos intelectuales adversos—, debe tomar en consideración la necesidad de utilizar, para la obra de edificación socialista, esta fuerza social cualificada, estimulando por todos los medios a los grupos neutrales y, particularmente, a los simpatizantes con

la revolución obrera. Al desenvolver las perspectivas de la edificación socialista, económica, técnica y cultural en toda la amplitud de sus proporciones sociales, el proletariado debe conquistar sistemáticamente a los técnicos, supeditándolos a su influencia ideológica y haciendo todos los posibles para obtener su colaboración estrecha en la obra de la transformación social.

3) Con relación a los campesinos, la misión de los Partidos Comunistas consiste en atraer a todos los elementos trabajadores y explotados del campo, apoyándose en el proletariado agrario. El proletariado victorioso, al mismo tiempo que establece una rigurosa distinción entre los diversos grupos existentes en el campo y toma en consideración el peso específico de los mismos, debe apoyar por todos los medios a los elementos indigentes, semiproletarios del campo cediéndoles parte de las tierras de las grandes haciendas, facilitando su lucha contra el capital usurario, etc., etc. El proletariado debe, además, neutralizar a los campesinos medianos y aplastar implacablemente la menor resistencia de la burguesía del campo, coaligada con los grandes terratenientes. A medida que se consolida su dictadura que va desarrollándose la edificación socialista, el proletariado debe pasar de la política de neutralización a la política de alianza sólida con la masa de los campesinos medianos, sin colocarse, en ningún modo, en el punto de vista de compartir el poder. Pues, la dictadura del proletariado expresa, por una parte, el hecho de que sólo los obreros industriales se hallan en situación de dirigir toda la masa trabajadora; por otra parte, la dictadura del proletariado, sin dejar de ser el poder indivisible de este último, es al mismo tiempo una forma especial de alianza de clase entre el proletariado como vanguardia de los trabajadores y los numerosos sectores laboriosos no proletarios o la mayoría de los mismos, una alianza contra el capital, una alianza que persigue como objetivo el derrumbamiento del mismo, el aplastamiento de la resistencia de la burguesía y de las tentativas de restauración de esta última, una alianza que se propone como fin la instauración y la consolidación del socialismo.

4) La pequeña burguesía urbana, que oscila constantemente entre el reaccionarismo extremo y la simpatía por el proletariado, debe ser asimismo neutralizada y, en la medida de lo posible, conquistada por la clase obrera. Esto puede conseguirse mediante la conservación de la pequeña propiedad, una relativa libertad en el tráfico económico, la supresión del crédito usurario y la práctica de diversas formas de apoyo por parte del proletariado en la lucha contra el capitalista en todos sus aspectos.

6. Las organizaciones de masas en el sistema de la dictadura proletaria.

Con la realización de todas estas tareas por la dictadura del proletariado, sufren un cambio radical los objetivos y las funciones de las organizaciones de masas, y, en primer lugar, las organizaciones obreras. Los sindicatos (de industria), asociaciones obreras en las cuales las grandes masas del proletariado por primera vez se unen estrechamente entre sí y forman su educación de un modo organizado, constituyen, en régimen capitalista, el arma principal, en los combates huelguísticos, y, sucesivamente, en la lucha de masa contra el capital trustificado y su Estado. Bajo la dictadura del proletariado, se convierten en la palanca más importante de que ésta se sirve, en escuela de comunismo que atrae a enormes masas proletarias a la obra de la dirección socialista de la producción, en organización íntimamente ligada a todas las partes del aparato estatal, que influye en todas las ramas de su actividad, que salvaguarda los intereses cotidianos y permanentes de la clase obrera, que lucha contra las aberraciones burocráticas de los órganos del Estado soviético. Los sindicatos se convierten, por consiguiente, en el armazón fundamental de las organizaciones económicas y estatales del proletariado, por cuanto salen de su seno los cuadros dirigentes para la labor constructiva, por cuanto atraen a esta labor a las grandes masas proletarias y se asignan como misión especial la lucha contra las desviaciones burocráticas que se producen inevitablemente como consecuencia de las influencias de clase extrañas al proletariado y la insuficiente cultura de las masas.

Las organizaciones cooperativas de la clase obrera, en las condiciones del capitalismo contrariamente a lo que pretenden las utopías reformistas, están condenadas a desempeñar un papel relativamente modesto. Gracias a las condiciones generales del sistema capitalista y a consecuencia de la política reformista de sus jefes, a menudo degeneran y se convierten en un apéndice de este último; bajo la dictadura del proletariado pueden y deben constituir la parte integrante principal del aparato de distribución.

Finalmente, la cooperación agraria (de venta, de compra, de crédito, de producción), puede y debe convertirse —a condición de estar bien dirigida, de una lucha sistemática contra los elementos capitalistas y de que la participación efectiva de las grandes masas trabajadoras que marchan con el proletariado esté asegurada— en una de las formas fundamentales de organización susceptibles de servir de lazo de unión entre la ciudad y el campo. Las asociaciones cooperativas de explotaciones campesinas, que en las condiciones del capitalismo, se convierten inevitablemente, si tienen una base de existencia, en empresas capitalistas por cuanto dependen de la

industria y de los bancos capitalistas y del medio capitalista en general, y se hallan dirigidas por los reformistas, por la burguesía agraria y a veces por los terratenientes, en las condiciones de la dictadura del proletariado se desenvuelven en otro sistema de relaciones y dependen de la industria proletaria de los bancos proletarios, etc. En esta forma, con una política acertada del proletariado, con una lucha de clase sistemática contra los elementos capitalistas del campo, tanto fuera como dentro de las organizaciones cooperativas, y bajo la dirección de la industria socialista, la cooperación agraria se convierte en una de las palancas más poderosas para la transformación socialista del campo, para su colectivización.

Todo esto no excluye la posibilidad de que, en su principio, en algunos países las asociaciones cooperativas de consumo y, en particular, las agrarias, bajo la dirección de la burguesía y de sus agentes socialdemócratas aparezcan como el sostén de la actividad contrarrevolucionaria y del sabotaje de la edificación económica de la revolución obrera.

En toda la actividad combativa desplegada y en todo el trabajo constructivo realizado por medio de las más diversas organizaciones del proletariado, que deben constituir la base efectiva del Estado soviético, ligándolo a las grandes masas obreras en todos sus sectores, el proletariado asegura la unidad de voluntad y de acción, realizada gracias al papel directivo ejercido por el Partido Comunista en el sistema de la dictadura proletaria.

El partido del proletariado se apoya directamente en los sindicatos y en una serie de otras organizaciones que engloban a la masa de los obreros y, a través de estos, a los campesinos (soviets, cooperación, juventud comunista, etc.) y, por medio de dichas organizaciones, dirige todo el sistema soviético. Sólo con el apoyo incondicional del poder soviético por todas las organizaciones de masa, sólo con la unidad completa de la voluntad de clase, sólo bajo la, dirección del partido puede el proletariado desempeñar el papel de organizador de la nueva sociedad.

7. La dictadura del proletariado y la revolución cultural.

Este papel de organizador de la nueva sociedad humana presupone la madurez cultural del proletariado, su autotransformación interior y la formación por él de nuevos cuadros capaces de asimilarse todos los conocimientos científicos, técnicos y administrativos necesarios para la edificación del socialismo y de la nueva cultura socialista.

Si la revolución burguesa contra el feudalismo presupone que en las entrañas de la sociedad feudal misma se halla una nueva clase, superior por

su madurez cultural a la clase dominante, y que en los límites de la sociedad feudal ejerce ya la hegemonía en la vida económica, la revolución proletaria se desarrolla en otras condiciones. Como la clase obrera, en la sociedad capitalista, es una clase económicamente explotada, políticamente oprimida y, desde el punto de vista cultural, aplastada, sólo en el periodo de transición, sólo después de la conquista por ella del poder estatal, sólo destruyendo el monopolio burgués de la instrucción y apoderándose de la ciencia, sólo en la práctica de la gran obra de edificación transforma su propia naturaleza. Para la elaboración de una conciencia comunista de las masas y para la obra socialista misma es necesaria la transformación en masa de los hombres, transformación que sólo es posible en el movimiento práctico, en la revolución; por consiguiente, la revolución es necesaria no sólo porque no existe otro medio para derribar la clase dominante, sino también porque la clase que la derriba no puede lavarse de la inmundicia de la antigua sociedad y hacerse apta para crear una sociedad nueva más que por la revolución.

Al suprimir el monopolio de clase de los capitalistas sobre los medios de producción, la clase obrera debe asimismo aniquilar el monopolio burgués de la instrucción, es decir, apoderarse de la escuela en todos sus grados, el superior inclusive. Constituye para la causa del proletariado una de las misiones más importantes la preparación de especialistas obreros lo mismo en el terreno de la producción (ingenieros, técnicos, organizadores, etc.) que en el de la ciencia, en el militar, en el artístico, etc. Conjuntamente con estos surgen otros objetivos —elevación general del nivel cultural de las masas proletarias, educación política de las mismas, aumento de los conocimientos y perfeccionamiento técnico, adquisición de hábitos de actividad pública y de dirección, lucha contra los vestigios de los prejuicios burgueses y pequeño-burgueses, etc.

Sólo en la medida en que el proletariado eleva a sus sectores de vanguardia hacia los «puestos de dirección» de la edificación socialista y de la cultura, sólo en la medida en que dichos sectores van siendo más nutridos, incorporando cada vez más a nuevos miembros de la clase al proceso de transformación revolucionaria y cultural y eliminando paulatinamente la división interior misma de la clase en sectores «avanzados» y «atrasados» del proletariado, se crea al mismo tiempo la garantía de la edificación victoriosa del socialismo y la garantía contra la corrupción burocrática y la degeneración de clase.

El proletariado, sin embargo, en el proceso de la revolución, transforma no solamente su propia naturaleza, sino también la de las demás clases, en primer lugar la de los numerosos sectores pequeñoburgueses del campo y de

la ciudad, particularmente la de los sectores campesinos trabajadores. Al asociar las grandes masas a la revolución cultural, al incorporarlas al proceso de edificación socialista, al unirlas y educarlas desde el punto de vista comunista por todos los medios que se hallan a su disposición, al luchar decididamente contra todas las ideologías antiproletarias y corporativas, al eliminar sistemáticamente y con particular tenacidad el atraso general y cultural del campo, la clase obrera prepara con ello —sobre la base del progreso de las formas económicas colectivas— la eliminación de la división de la sociedad en clases.

Entre los objetivos de la revolución cultural debe ocupar un sitio importante la lucha contra el opio de los pueblos, la religión, lucha que debe llevarse a cabo sistemáticamente y sin vacilar. El poder proletario debe abolir toda clase de apoyo de Estado a la iglesia, la cual no es más que una agencia de las clases dominantes, destruir toda intervención de la iglesia en la educación y en la enseñanza y aplastar sin piedad la actividad contrarrevolucionaria de las organizaciones clericales. Al mismo tiempo el poder proletario, que permite la libertad de creencias y suprime la situación privilegiada de la religión antes dominante, lleva a cabo la propaganda antirreligiosa por todos los medios a su alcance, reconstituye sobre la base de la concepción científica materialista toda la labor educativa y de enseñanza.

8. La lucha por la dictadura mundial del proletariado y los tipos fundamentales de revolución.

La revolución mundial del proletariado es el resultado de procesos de naturaleza diversa, que se efectúan en periodos distintos: revoluciones proletarias propiamente dichas; revoluciones de tipo democrático-burgués que se transforman en revoluciones proletarias; guerras nacionales de liberación; revoluciones coloniales. El proceso revolucionario sólo en su etapa final conduce a la dictadura mundial del proletariado.

La desigualdad de la evolución capitalista, acentuada en su periodo imperialista, ha suscitado tipos diversos de capitalismo, ha dado lugar a gradaciones en su madurez en los distintos países y a condiciones específicas y diversas del proceso revolucionario. Estas circunstancias hacen históricamente inevitable la diversidad de caminos y del ritmo de avance en la conquista del poder por el proletariado; crean la necesidad, en cierto número de países, de etapas intermedias para llegar a la dictadura del proletariado y, por fin, la diversidad de formas de edificación del socialismo según los países.

La diversidad de las condiciones de tránsito a la dictadura del proletariado y de las sendas que conducen a la misma en los distintos países, pueden concretarse, de un modo esquemático, en los tres tipos fundamentales siguientes:

Países de capitalismo de tipo superior (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, etc.) con potentes fuerzas productivas, con una producción centralizada en alto grado, con una pequeña industria, un pequeño comercio y una pequeña economía agraria que tienen relativamente poca importancia, con un régimen político democrático-burgués establecido desde hace largo tiempo. En estos países, la reivindicación esencial del programa, en el terreno político, es el paso directo a la dictadura del proletariado. En el terreno económico, las reivindicaciones más características son las siguientes: expropiación de toda la gran industria, organización de una cantidad importante de explotaciones soviéticas de Estado y, por el contrario, traspaso los campesinos de una parte relativamente poco considerable de tierras, volumen relativamente restringido de las relaciones del mercado, ritmo acelerado de desarrollo socialista en general y de colectivización de la economía agraria en particular.

Países de un nivel medio de desarrollo del capitalismo (España, Portugal, Polonia, Hungría, países balcánicos, etc.) con vestigios importantes de relaciones semif feudales en la economía agraria con un mínimo de elementos materiales necesarios para la edificación del socialismo, con un proceso de transformación democrática que se ha quedado a mitad del camino. En algunos de esos países es posible la transformación más o menos rápida de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista; en otros, un tipo de revoluciones proletarias con un gran contingente de objetivos de carácter democrático-burgués. En dichos países, por consiguiente, el advenimiento de la dictadura del proletariado puede no producirse momentáneamente, sino en el proceso de transición de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos a la dictadura socialista del proletariado; allí donde la revolución se desenvuelve de un modo inmediato como revolución proletaria, presupone la dirección por el proletariado de un vasto movimiento agrario; la revolución agraria desempeña en general un gran papel, a veces decisivo, en el proceso de expropiación de la gran propiedad agraria; una parte importante de las tierras confiscadas pasa a manos de los campesinos; el volumen de las relaciones de mercado, después de la victoria del proletariado, es considerable; la tarea de organizar cooperativamente a los campesinos y de unirlos después para la producción, ocupa un sitio enorme entre los demás

objetivos de la edificación socialista. El ritmo de dicha edificación es relativamente lento.

Los países coloniales y semi-coloniales (China, India, etc.), y los países dependientes (Argentina, Brasil, etc.) con gérmenes de industria y, a veces, con un desarrollo industrial considerable, insuficiente, sin embargo, para la edificación socialista independiente; con predominio de las relaciones feudal-medievales o relaciones de «modo asiático de producción», lo mismo en la economía del país que en su superestructura política; finalmente, con la concentración, en las manos de los grupos imperialistas extranjeros de las empresas industriales, comerciales y bancarias más importantes de los medios de transporte fundamentales, latifundios y plantaciones, etc. En estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo y las formas precapitalistas de explotación y el desarrollo consecuente de la revolución agraria por un lado y la lucha contra el imperialismo extranjero y por la independencia nacional por otro. La transición a la dictadura del proletariado es aquí posible, como regla general, solamente a través de una serie de etapas preparatorias, como resultado de todo un periodo de transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista; edificar con éxito el socialismo es posible en la mayoría de los casos sólo con el apoyo directo de los casos países de dictadura proletaria.

En los países todavía más atrasados (por ejemplo, en algunas partes de África), en los cuales no existen apenas o no existen en general obreros asalariados, en que la mayoría de la población vive en las condiciones de existencia de las hordas y se han conservado todavía los vestigios de las formas primitivas, en que no existe casi una burguesía nacional y el imperialismo extranjero desempeña el papel de ocupante militar que ha arrebatado la tierra, en esos países la lucha por la emancipación nacional tiene una importancia central. La insurrección nacional y su triunfo pueden en este caso desbrozar el camino que conduce al desarrollo en sentido socialista, sin pasar en general por el estadio capitalista si, en efecto, los países de la dictadura del proletariado conceden su poderosa ayuda.

Así, pues, en una época en que, en los países de desarrollo capitalista, figura en el orden del día la conquista del poder por el proletariado; en que existe ya la dictadura del proletariado en la U.R.S.S., que constituye un factor de importancia mundial, en una época tal, los movimientos de liberación de los países coloniales y semicoloniales, provocados por la penetración en los mismos del capitalismo mundial, pueden conducir, a pesar de la falta de madurez de sus relaciones sociales consideradas de un modo aislado, a su desarrollo socialista, si pueden contar con la ayuda y el sostén de la

dictadura del proletariado y del movimiento proletario internacional en general.

9. La lucha por la dictadura mundial del proletariado y las revoluciones nacionales.

Las condiciones especiales de la lucha revolucionaria en los países coloniales y semi-coloniales más importantes, lo inevitable de un prolongado periodo de lucha por la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos y la transformación de ésta en dictadura del proletariado; y finalmente, la significación decisiva del aspecto nacional de la lucha, todo ello hace recaer sobre los Partidos Comunistas de dichos países una serie de tareas especiales, cuya realización constituye la etapa preparatoria de las tareas generales inherentes a la dictadura del proletariado.

De dichas tareas, la Internacional Comunista considera como más importantes las siguientes:

1. Derrumbamiento del poder del imperialismo extranjero, de los feudales y de la burocracia al servicio de los grandes terratenientes.
2. Establecimiento de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos sobre la base de los Soviets.
3. Independencia nacional completa y unificación en un Estado.
4. Anulación de las deudas del Estado.
5. Nacionalización de las grandes empresas (industriales o de transportes, bancarias y otras) pertenecientes a los imperialistas.
6. Confiscación de las tierras de los grandes propietarios agrarios y de la iglesia. Nacionalización de la tierra.
7. Introducción de la jornada de trabajo de 8 horas.
8. Organización del ejército revolucionario de obreros y campesinos.

A medida que se desarrolle y se profundice la lucha ulterior (sabotaje de la burguesía, confiscación de las empresas pertenecientes a la misma, confiscación que se transforma inevitablemente en nacionalización de la gran industria) en las colonias y semicolonias en donde el proletariado ejerza la dirección y la hegemonía, la revolución democrática burguesa consecuente se transforma en revolución del proletariado. En las colonias en que no exista el proletariado, el derrumbe del poder de los imperialistas debe implicar la organización del poder de los soviets populares (campesinos), la confiscación de las empresas y tierras extranjeras y su traspaso al Estado.

Desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo y de la conquista del poder por la clase obrera, los movimientos de liberación

nacional y las revoluciones coloniales desempeñan un papel enorme. Las colonias y las semicolonias tienen asimismo importancia en el periodo transitorio porque, con relación a los países industriales, que constituyen la ciudad mundial, pueden ser consideradas como el campo, y la cuestión de la organización de la economía socialista mundial, de la combinación acertada de la industria con la agricultura, es en gran parte una cuestión de relación con las excolonias del imperialismo. Por ello la alianza fraternal de combate con las masas trabajadoras de las colonias es uno de los objetivos principales del proletariado industrial mundial, llamado a ejercer la hegemonía y la dirección en la lucha contra el imperialismo.

Así, la revolución mundial en marcha, al lanzar a la lucha por la dictadura del proletariado a los obreros de las metrópolis, levanta al mismo tiempo contra el imperialismo extranjero a centenares de millones de obreros y campesinos coloniales. En las condiciones creadas por la existencia de repúblicas soviéticas, — centros de socialismo, — y el vigor económico creciente de las mismas, las colonias emancipadas del imperialismo se aproximan a los focos industriales del socialismo mundial y se unen paulatinamente con ellos, se encarrilan hacia la edificación del socialismo sin pasar por la fase del capitalismo como sistema dominante y su desarrollo económico y cultural se efectúa con rapidez. Los soviets de campesinos de las ex-colonias atrasadas y los soviets de obreros y campesinos de las ex-colonias de tipo más avanzado, agrupados alrededor de los centros de la dictadura proletaria, se incorporan al sistema general de la federación de repúblicas soviéticas, cada vez más vasta y, por tanto, al sistema de la dictadura mundial del proletariado. El desarrollo del socialismo, como nuevo modo de producción, adquiere su expresión mundial.

V. - La dictadura del proletariado en la U.R.S.S. y la revolución socialista internacional

1. La edificación del socialismo en la U.R.S.S. Y la lucha de clases.

La división de la economía mundial en países capitalistas y países que edifican el socialismo constituye el signo esencial de la crisis hondísima por que atraviesa el capitalismo. La consolidación interior de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S., los progresos de la edificación socialista, la influencia y la autoridad crecientes de la U.R.S.S. entre las masas obreras y los pueblos oprimidos de las colonias implican, por ello, el reforzamiento y el desenvolvimiento de la revolución socialista mundial.

Disponiendo, en el país, en proporciones suficientes, de los elementos materiales necesarios no sólo para derrumbar a burgueses y grandes terratenientes, sino para la edificación del socialismo en su forma completa, los obreros de las repúblicas soviéticas, con la ayuda del proletariado internacional, han rechazado heroicamente los ataques armados de la contrarrevolución interior y extranjera, han estrechado su alianza con las masas campesinas y obtenido grandes éxitos en el terreno de la edificación socialista.

El enlace entre la industria proletaria socialista y la pequeña economía rural que ha asegurado al mismo tiempo el acrecentamiento de las fuerzas productivas de la agricultura y el papel de dirección de la industria socialista; la unión de ésta con la agricultura, en vez de la producción capitalista para el consumo improductivo de las clases parasitarias; la producción no con un fin lucrativo, capitalista, sino para la satisfacción de las exigencias de las masas en las condiciones de un rápido desarrollo de estas últimas, lo cual, en fin de cuentas, estimula en alto grado el proceso de producción; y finalmente, la concentración extrema de las posiciones económicas dominantes en las manos del Estado proletario, los elementos crecientes de dirección según un plan y, en relación con ello, la economía de los medios de producción y una distribución más apropiada de los mismos, — todo ello ha dado la posibilidad al proletariado de avanzar acelerada— mente por el camino de la edificación del socialismo.

Al elevar las fuerzas productivas de toda la economía popular y orientarse decididamente en el sentido de la industrialización, cuyo ritmo acelerado de desarrollo se halla dictado por la situación interior y exterior, el proletariado de la U.R.S.S., a pesar de las tentativas sistemáticas constantes de boicot económico-financiero por parte de las potencias burguesas, eleva sistemáticamente al mismo tiempo el peso específico del sector socialista de la economía popular, tanto en lo que concierne a su contingente en los medios de producción de todo el país, como en la producción global y la circulación general de mercancías.

De este modo, la industria socialista de Estado, el transporte y el sistema bancario, con ayuda del comercio de Estado y la cooperación en periodo de desarrollo rápido, en las condiciones creadas por la nacionalización de la tierra y la industrialización del país en curso de desarrollo, van, arrastrando tras de sí a la pequeña economía campesina.

Especialmente en el terreno de la economía agraria, el acrecentamiento de las fuerzas productivas se efectúa en condiciones que limitan la diferenciación de los campesinos (nacionalización de la tierra y, por consiguiente, prohibición de la compraventa de las parcelas de tierra,

imposición fiscal progresiva, apoyo financiero a la cooperación campesina en sus sectores mediano y pequeño y a las asociaciones de producción de los campesinos medianos y pequeños, legislación sobre el trabajo asalariado, privación de una serie de derechos políticos y públicos a los kulaks — campesinos ricos organización especial de los campesinos pobres, etc.).

Sin embargo, en la medida en que las fuerzas de producción de la industria socialista no han crecido suficiente para poder sentar, en vastas proporciones, la economía agraria sobre una nueva base técnica y llevar rápidamente a cabo la reunión de las explotaciones colectivas, crecen hasta cierto punto los elementos ricos (kulaks), los cuales establecen una alianza económica y, más tarde, política, con los elementos de la llamada «nueva burguesía».

El proletariado de la U.R.S.S. se ha fijado como objetivo, y ha empezado a llevarlo a la práctica, la realización de grandes construcciones capitales (fabricación de medios de producción, industria pesada y, particularmente, en primer lugar, electrificación), y, conjuntamente con el desarrollo ulterior de la cooperación de compra, de venta y de crédito, la organización cooperativa directa de los campesinos sobre la base del colectivismo, lo cual exige un apoyo material poderoso por parte del Estado proletario. Para ello, el proletariado, que dispone de las posiciones económicas dominantes y decisivas, elimina sistemáticamente los restos del capital urbano privado, cuyo peso ha disminuido considerablemente en el transcurso del último periodo de «nueva política económica»; limita, por todos los medios, las tendencias explotadoras, surgidas sobre la base del desarrollo de las relaciones de mercancías y monetarias, de los elementos acomodados del campo; apoya a la economía soviética agraria y fomenta su desarrollo; atrae a la masa fundamental de campesinos productores simples de mercancías hacia el sistema general soviético de organizaciones económicas y, por consiguiente, a la obra de edificación socialista, por medio de un rápido desarrollo de la cooperación, el cual, en las } condiciones de la dictadura del proletariado y de la dirección económica de la industria socialista, se identifica con el desarrollo del socialismo; y, en fin, pasa del proceso de reconstrucción a la renovación total de las bases técnico-productivas del país.

De esto modo, el socialismo, que es ya la fuerza económica decisiva que determina fundamental mente el desarrollo total de la economía en la U.R.S.S., va avanzando a grandes pasos en su desenvolvimiento, venciendo sistemáticamente las dificultades resultantes del carácter pequeñoburgués del país y que se hallan relacionadas con los periodos de exacerbación temporal de las contradicciones de clase.

La necesidad de la renovación del utillaje industrial y de las grandes construcciones capitales no puede dejar de provocar una serie de grandes dificultades en la senda del desenvolvimiento socialista, explicables en fin de cuentas por el atraso técnico y económico del país y las ruinas causadas por los años de guerra imperialista y de guerra civil. A pesar de ello, el nivel de existencia de la clase obrera y de las grandes masas trabajadoras se eleva sin interrupción y, conjuntamente con la racionalización socialista y la organización científica de la industria, va introduciéndose progresivamente la jornada de trabajo de siete horas, lo cual abre nuevas perspectivas de mejora de las condiciones de trabajo y de existencia de la clase obrera.

Contando como base con los progresos económicos de la U.R.S.S. y el aumento ininterrumpido del peso específico del sector socialista, sin dejar ni un momento de luchar contra los campesinos ricos, apoyándose en los campesinos pobres y aliándose sólidamente con la masa fundamental de los campesinos medianos, la clase obrera, unida, bajo la dirección de un Partido Comunista curtido en las luchas revolucionarias, atrae a la obra de edificación socialista a masas trabajadoras cada día más considerables. Para ello se vale fundamentalmente de los medios siguientes: desarrollo de las organizaciones de masa (partido, como elemento de dirección, sindicatos, como espina dorsal de todo el sistema de la dictadura proletaria, juventud comunista, cooperación en todas sus formas, organizaciones femeninas de obreras y campesinas, «asociaciones voluntarias» de diversos tipos: organizaciones de corresponsales obreros y campesinos, deportivas, científicas, culturales); fomento, por todos los medios, de la iniciativa de las masas, utilización cada día más considerable de nuevos elementos obreros en los puestos económicos y administrativos dominantes. La participación ininterrumpida de las masas en el proceso de la edificación socialista, el remozamiento constante de todo el aparato estatal, económico, sindical y del partido por medio de nuevos elementos procedentes del proletariado, la formación sistemática, en las instituciones superiores de la enseñanza y en los cursos especiales, de nuevos cuadros socialistas, surgidos de la clase obrera y, especialmente, de la juventud, para la dirección de las distintas ramas de la edificación socialista, todo ello constituye una de las principales garantías contra la modificación burocrática o la degeneración social de los cuadros proletarios que desempeñan un papel directivo inmediato.

2. La significación de la U.R.S.S. y sus deberes internacionales y revolucionarios.

Al quebrantar el imperialismo ruso y emancipar todas las ex-colonias y naciones oprimidas del imperio zarista; al sentir, con la industrialización de los territorios correspondientes, una base sólida para su desarrollo cultural y político; al fijar, en la Constitución de la Unión, la situación de derecho de las repúblicas y de las regiones autónomas y realizar el derecho de las naciones a disponer de sus destinos, la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. garantiza con ello no sólo la igualdad formal, sino la igualdad de hecho de las distintas nacionalidades de la Unión.

Siendo, como es, el país de la dictadura del proletariado y de la edificación del socialismo, el país de las grandes conquistas de la clase obrera, el país de la unión de los obreros y campesinos, el país de una nueva cultura que marcha tras de la bandera del marxismo, la U.R.S.S. se convierte inevitablemente en la base del movimiento mundial de todas las clases oprimidas, en el hogar de la revolución internacional, en el factor más importante de la historia mundial. Con la U.R.S.S. el proletariado mundial adquiere por la primera vez una patria verdadera. Para los movimientos coloniales, la Unión Soviética se convierte en un potente foco de atracción.

De este modo, en las condiciones de crisis general del capitalismo, la U.R.S.S. es el factor más importante no sólo porque se ha desprendido del sistema capitalista mundial y ha creado las bases de un nuevo sistema económico, de un sistema socialista, sino también porque desempeña un papel revolucionario, el papel de motor internacional de la revolución proletaria, que impulsa al proletariado de todos los países a la conquista del poder; el papel de ejemplo viviente de cómo la clase obrera es capaz no sólo de derrocar el capitalismo, sino de construir el socialismo; el papel de prototipo de las relaciones entre las nacionalidades de todos los países en la Unión Mundial de Repúblicas Soviéticas socialistas y de la unificación económica de los trabajadores de los países en la economía única mundial del socialismo que establecerá el proletariado internacional al conquistar el poder.

La existencia simultánea de dos sistemas económicos, el sistema socialista en la U.R.S.S. y el sistema capitalista en los países restantes, plantea al Estado proletario la necesidad de parar los golpes del mundo capitalista (boicot, bloqueo, etc.) y, al mismo tiempo, de maniobrar en el terreno económico y de utilizar las relaciones económicas con los países capitalistas (con auxilio de la organización monopolista del comercio exterior — que es una de las condiciones fundamentales para edificar con éxito el socialismo—, en forma de créditos, empréstitos, concesiones, etc.).

La orientación principal, fundamental, en este aspecto, debe ser la utilización de las relaciones con el extranjero en las proporciones más vastas posibles, pero en la medida en que dichas relaciones sean ventajosas para la U.R.S.S., es decir, en primer lugar para el fortalecimiento de la industria en la Unión Soviética misma, para la creación de las bases de la industria pesada propia, de la electrificación y, finalmente, de la fabricación propia de la maquinaria socialista. Sólo en la medida en que se puede asegurar esta independencia económica de la U.R.S.S. en las condiciones creadas por el cerco capitalista, créase una sólida garantía contra los peligros de derrumbamiento de la edificación, socialista en la U.R.S.S. y de conversión de esta última en apéndice del sistema capitalista mundial.

Por otra parte, los Estados capitalistas, a pesar de estar interesados en los mercados de la U.R.S.S., oscilan constantemente entre los intereses comerciales y el miedo que les inspira el crecimiento de la U.R.S.S., equivalente al progreso de la revolución mundial. Por este motivo, la tendencia principal, básica, en la política de las potencias imperialistas es la del cerco de la U.R.S.S. y la de la guerra contrarrevolucionaria contra ella con objeto de aplastarla y establecer un régimen mundial de terror burgués.

Sin embargo, estas tentativas del imperialismo para aislar a la U.R.S.S. y el peligro creciente de un ataque militar, no impiden al Partido Comunista ruso, sección de la Internacional Comunista, que ejerce la dirección de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S., cumplir con sus deberes internacionales y prestar ayuda a todos los oprimidos, al movimiento obrero de los países capitalistas, al movimiento de los pueblos coloniales contra el imperialismo, a la lucha contra la opresión nacional en todas sus formas.

3. Los deberes del proletariado mundial con respecto a la U.R.S.S.

Por su parte, el proletariado internacional, para el cual la U.R.S.S. es la única patria, la fortaleza más sólida de sus conquistas y el factor más importante de su liberación, tiene el deber de ayudar a la U.R.S.S. en su obra de edificación socialista y de defenderla por todos los medios contra los ataques de los países capitalistas.

«La situación política internacional ha puesto a la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial se concentran inevitablemente alrededor de un punto central: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética rusa, alrededor de la cual deben agruparse de un modo inevitable los movimientos soviéticos de los obreros avanzados de todos los países, por una parte, y

todos los movimientos de liberación de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, por otra» (Lenin).

En caso de ataque por parte de los Estados imperialistas a la U.R.S.S. y de guerra contra esta última, el proletariado internacional debe contestar con acciones de masa decididas y audaces y con la lucha por el derrocamiento de los gobiernos imperialistas, la instauración de la dictadura del proletariado y la alianza con la U.R.S.S.

En las colonias, especialmente en las pertenecientes a los países imperialistas que hubieren atacado a la U.R.S.S., es necesario aprovechar la distracción de las fuerzas militares del imperialismo para consagrar el máximo esfuerzo al desenvolvimiento de la lucha anti-imperialista y a la organización de acciones revolucionarias con objeto de destruir el yugo del imperialismo y conquistar la independencia completa.

El desarrollo del socialismo en la U.R.S.S. y el acrecentamiento de su influencia mundial suscitan no sólo el odio de las potencias capitalistas y de sus agentes socialdemócratas, sino la simpatía inmensa de las grandes masas trabajadoras de todo el mundo, la decisión de las clases oprimidas de todos los países a batirse por el país de la dictadura del proletariado en caso de ataque imperialista.

Así, pues, el desarrollo de las contradicciones de la economía mundial contemporánea y de la crisis capitalista general, y el ataque militar de los imperialistas a la Unión Soviética, conducirán inevitablemente a una gran explosión revolucionaria, que en los países llamados «civilizados», llevará al sepulcro al capitalismo, desatará la revolución victoriosa en las colonias, ensanchará enormemente la base de la dictadura del proletariado y aproximará, a pasos agigantados, la victoria final del socialismo en el terreno mundial.

VI. La estrategia y la táctica de la Internacional Comunista en la lucha por la dictadura del proletariado

1. Las ideologías adversas al comunismo en la clase obrera.

En su lucha contra el capitalismo y por la dictadura del proletariado, el comunismo revolucionario tropieza con numerosas tendencias en el seno de la clase obrera, que expresan, en mayor o menor grado, la sumisión ideológica del proletariado a la burguesía imperialista o reflejan la presión ejercida sobre aquél por parte de la pequeña burguesía, la cual, a pesar de que a veces se agita contra el régimen de opresión del capital financiero, es incapaz de establecer de una manera consecuente una estrategia y una

táctica científicas y reflexivas de lucha así como de llevar a cabo dicha lucha de un modo organizado sobre la base de la severa disciplina propia del proletariado.

La enorme potencia social del Estado imperialista, con todos sus aparatos auxiliares (escuela, prensa, teatro, iglesia) se manifiesta ante todo en la existencia de tendencias *confesionales* y *reformistas* en el seno de la clase obrera, tendencias que representan el principal obstáculo en la senda de la revolución socialista del proletariado. Las tendencias confesionales, de matiz religioso, en la clase obrera, hallan su expresión en los sindicatos confesionales, a menudo directamente ligados con las organizaciones políticas correspondientes de la burguesía y pertenecientes a tal o cual organización clerical de la clase dominante (sindicatos católicos, asociaciones juveniles, cristianas, organizaciones sionistas, hebreas, etc.). Todas estas tendencias, que son el producto más claro de la cautividad ideológica de algunos sectores del proletariado, están teñidas, en la mayor parte de los casos, de un matiz romántico-feudal. Los directores de dichas organizaciones, que santifican con el agua bendita de la religión todas las ignominias del régimen capitalista y aterrorizan a su rebaño con la visión de los castigos de ultratumba, son los destacamentos más reaccionarios del enemigo de clase en el campo proletario.

La forma cínicamente comercial e imperialista de sumisión del proletariado a la influencia ideológica de la burguesía es el reformismo «socialista» contemporáneo. Dicha tendencia, que copia de las tablas de la ley de la política imperialista sus mandamientos fundamentales, tiene actualmente su modelo en la «Federación Americana del Trabajo», conscientemente anti-socialista y abiertamente contrarrevolucionaria. La dictadura «ideológica» de los lacayos de la burocracia sindical norteamericana que es a su vez la expresión de la dictadura «ideológica» del dólar norteamericano, se ha convertido, por mediación del reformismo inglés y sus socialistas monárquicos del partido laborista, en la parte componente más importante de la teoría y la práctica de la socialdemocracia internacional y de la Internacional de Ámsterdam. A esto hay que añadir que los jefes de la socialdemocracia alemana y austríaca adornan dicha teoría con la fraseología marxista, intentando cubrir así su completa traición al marxismo. El reformismo «socialista», que es el enemigo principal del comunismo en el movimiento obrero, y que tiene una base amplia de organización en los partidos socialdemócratas y, a través de los mismos, en los sindicatos reformistas en toda su política y en toda su concepción teórica, se manifiesta como una fuerza dirigida contra la revolución proletaria.

En el terreno de la política exterior, los partidos socialdemócratas, bajo la bandera de la «defensa de la patria», apoyaron activamente la guerra imperialista. La expansión del Estado imperialista y la «política colonial» hallan en ellos un sostén in condicional. La orientación hacia la «Santa Alianza» contrarrevolucionaria de las potencias imperialistas («Sociedad de las Naciones»), la movilización de las masas con consignas pseudo-pacifistas y al mismo tiempo el apoyo activo al imperialismo en sus ataques a la U.R.S.S. y a su guerra futura contra la misma he aquí los rasgos fundamentales de la política exterior del reformismo.

En el terreno de la política interior, la socialdemocracia se ha fijado como objetivo el sostén directo del régimen capitalista. Apoyo incondicional de la racionalización y de la estabilización del capitalismo, garantía de la armonía de clases, de la «paz industrial»; política de transformación de las organizaciones obreras en organizaciones patronales y del Estado de rapiña imperialista; práctica de la llamada «democracia económica», que en realidad no es más que la supeditación completa al capital trustificado; sumisión ante el Estado imperialista y su etiqueta pseudo-democrática; constitución activa de los órganos de dicho Estado, de su policía, de su ejército, de su gendarmería, de su tribunal de clase; defensa del Estado imperialista contra todo atentado por parte del proletariado comunista revolucionario y desempeño del papel de verdugo por la socialdemocracia durante las crisis revolucionarias —he aquí la línea de la política interior del reformismo. Al simular la lucha sindical, el reformismo se propone principalmente conducirla en una forma tal que garantice a la clase de los capitalistas contra toda conmoción y que asegure, en todo caso, la inviolabilidad de las bases de la propiedad capitalista.

En el terreno teórico, la socialdemocracia ha traicionado al marxismo completamente pasando, a través de la etapa revisionista, al reformismo liberal-burgués definido y, abiertamente, al social-imperialismo. Las enseñanzas de Marx sobre las contradicciones del capitalismo han sido reemplazadas por ella por la teoría de su evolución armónica; las enseñanzas sobre las crisis y la pauperización del proletariado las ha relegado al archivo; la teoría inflamada de la lucha de clases, llena de amenazas, la ha convertido en prédica vulgar de la paz social; las enseñanzas sobre la exacerbación de las contradicciones de clase han sido reemplazadas por la fábula pequeño-burguesa de la democratización del capital; la teoría de lo inevitable de las guerras imperialistas en régimen capitalista, por la farsa burguesa del pacifismo y la prédica del «ultra-imperialismo»; la teoría del derrumbamiento revolucionario del capitalismo, la ha cambiado por la moneda falsa del capitalismo «sano» que se transforma pacíficamente en

socialismo; la revolución la ha reemplazado por la evolución; la destrucción del Estado burgués, por su edificación activa; las enseñanzas sobre la dictadura del proletariado, por la teoría de la coalición con la burguesía; las enseñanzas sobre la solidaridad proletaria internacional, por las de la defensa de las patrias imperialistas; el materialismo dialéctico de Marx, por la filosofía idealista y el coqueteo con los desechos religiosos de la burguesía.

En el interior de este reformismo socialdemocrático se manifiesta una serie de tendencias particularmente características desde el punto de vista de la degeneración burguesa de la socialdemocracia.

El «socialismo constructivo» (Macdonald et Cia), cuya sola denominación indica la idea de lucha con la revolución del proletariado y de respeto al régimen capitalista, continúa las tradiciones liberal-filantrópicas, antirrevolucionarias y burguesas del fabianismo (los Web, B. Shaw, lord Olivier, etc.). Al rechazar por principio la dictadura del proletariado y todo «procedimiento de violencia» en general contra la burguesía, el «socialismo constructivo» apoya la lucha violenta contra el proletariado y los pueblos coloniales. Al mismo tiempo que es el apologista del Estado capitalista, que predica, con el nombre de socialismo, el capitalismo de Estado, que proclama — junto con los ideólogos más vulgares del imperialismo de los dos continentes — que la teoría de la lucha de clases es una teoría «precientífica», el socialismo constructivo predica verbalmente un programa moderado de nacionalización con indemnización, impuesto sobre la renta, la herencia y los extra-beneficios. Enemigo decidido de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S., el «socialismo constructivo», en estrecha alianza con la burguesía, es un adversario activo del movimiento comunista del proletariado y de las revoluciones coloniales.

Una de las formas particulares del «socialismo constructivo» es el «cooperativismo» o «socialismo cooperativo» (Charles Gide, Totomiantz y Cia), el cual rechaza asimismo enérgicamente la lucha de clases y propaga la organización cooperativa de los consumidores, como medio de eliminar el capitalismo por vías pacíficas mientras que, de hecho, contribuye a fortalecerlo por todos los medios. El «cooperativismo», que dispone, con las organizaciones de masa de la cooperación de consumo, de un vasto aparato de propaganda para ejercer una influencia cotidiana sistemática sobre la clase obrera, lucha enérgicamente contra el movimiento obrero revolucionario— creando obstáculos a la realización de sus objetivos y representa actualmente uno de los factores más activos en el campo de la contrarrevolución reformista.

El llamado «socialismo gremial» (Penty, Orage, Hobson, etc.) constituye una tentativa ecléctica para unir el sindicalismo «revolucionario» al

fabianismo liberal-burgués, la descentralización anarquista (las «ghildas» nacionales industriales) a la centralización estatal capitalista, la limitación artesana corporativa de la edad media al capitalismo contemporáneo. Tomando como punto de partida la exigencia verbal de la supresión del «sistema del salariado» por considerarlo como una institución «inmoral» que debe ser abolida por medio del control obrero de la industria, el socialismo gremial deja completamente de lado el problema más importante: la cuestión del poder. Al aspirar a unir a los obreros, intelectuales y técnicos en una federación de ghildas (gremios) industriales nacionales y convertirlas por medios pacíficos («control desde el interior») en órganos de dirección de la industria en el marco del Estado burgués, el socialismo gremial defiende de hecho a dicho Estado, vela su carácter de clase, imperialista, anti-proletario y le asigna el puesto de representante «por encima de las clases» de los intereses de los a consumidores «como contrapeso de los a productores» organizados en las «ghildas». Con su prédica de la «democracia funcional», es decir, de la representación de las clases de la sociedad capitalista, presentadas como profesiones con funciones sociales y de producción particulares, el socialismo gremial prepara el terreno para el «Estado corporativo» del fascismo.

Al rechazar simultáneamente el parlamentarismo la «acción directa», la mayoría de los socialistas gremiales condena a la clase obrera a la inacción completa y a la sumisión pasiva a la burguesía. Se trata, pues, de un oportunismo trade-unionista utópico particular, y, como tal, no puede dejar de desempeñar un papel antirrevolucionario.

Finalmente, una de las formas particulares del reformismo socialdemócrata es el austro-marxismo. El austro-marxismo, que figura en el ala «izquierda» de la socialdemocracia, representa una de las formas más sutiles de mistificación de las masas trabajadoras. Dicha tendencia prostituye la terminología marxista, rompiendo al mismo tiempo decididamente con las bases del marxismo revolucionario (kantismo, machismo, etc. en el terreno filosófico); coquetea con la religión, se hace suya la teoría de los reformistas ingleses de la «democracia funcional»; se coloca en el punto de vista de la «edificación de la república», es decir, la edificación del Estado burgués; recomienda la «cooperación de las clases» en el periodo del llamado «equilibrio» de las fuerzas de clase », esto es, precisamente cuando madura la crisis revolucionaria. Esa teoría implica la justificación de la coalición con la burguesía para abatir la revolución proletaria, bajo la máscara de la defensa de la «democracia» contra los ataques de la reacción. Objetivamente, en la práctica, la violencia aceptada por el austro-marxismo en los casos de ataque de la reacción, se convierte en violencia de la reacción

contra la revolución del proletariado. El «papel funcional» del austro-marxismo consiste en engañar a los obreros que van hacia el comunismo, y por esto el austro-marxismo es un enemigo particularmente peligroso para el proletariado, más peligroso aún que los partidarios francos del social-imperialismo de rapiña.

Si todas estas tendencias, que forman parte del reformismo «socialista»; son otras tantas agencias de la burguesía imperialista en el seno de la clase obrera, por otra parte, el comunismo tropieza con una serie de tendencias pequeño-burguesas que reflejan y expresan las oscilaciones de los sectores sociales inconsistentes (pequeña burguesía urbana, lumpen-proletariat, bohemia intelectual, artesanos pauperizados, ciertos sectores campesinos, etc.).

Dichas tendencias, que se distinguen por su inconsistencia política extrema, a menudo cubren la política de derecha con una fraseología de izquierda o caen en el aventurismo, reemplazando el cálculo objetivo de las fuerzas por la gesticulación política vocinglera, pasando con frecuencia de una fanfarronada revolucionaria increíble al pesimismo más profundo y a la capitulación efectiva ante el enemigo. Estas tendencias, en ciertas condiciones, particularmente en los momentos en que se producen cambios bruscos de la situación política o en que es necesaria una retirada temporal, pueden convertirse en desorganizadores peligrosísimos de las filas proletarias y, por tanto, en freno del movimiento revolucionario del proletariado.

El anarquismo, cuyos representantes más notorios (Kropotkin, Jean Grave y otros), durante la guerra de 1914-1918 se pasaron traidoramente al lado de la burguesía imperialista, niega la necesidad de las organizaciones proletarias vastas, centralizadas y disciplinadas y, con ello, condena a la clase obrera a la impotencia ante las poderosas organizaciones del capital. Al predicar el terror individual, aparta al proletariado de los métodos de organización y de lucha de masas; al rechazar la dictadura del proletariado en nombre de una «libertad» abstracta, priva a este último del arma más afilada de que puede disponer contra la burguesía, de su ejército, de todos sus órganos represivos. Alejado de todo movimiento de masas en los centros principales de la lucha proletaria, el anarquismo se convierte cada vez más en una secta. Con su táctica, con sus actos y, particularmente, con su actitud hostil a la dictadura de la clase obrera en la U.R.S.S., objetivamente se incorpora el frente único de las fuerzas antirrevolucionarias.

El sindicalismo «revolucionario», muchos de cuyos ideólogos, en los momentos más críticos del período de guerra, se pasaron al campo de los contrarrevolucionarios «antiparlamentarios» de tipo fascista o se

convirtieron en pacíficos reformistas de tipo socialdemocrático como los anarquistas, con su negación de la lucha política (particularmente del parlamentarismo revolucionario) y de la dictadura revolucionaria del proletariado, con su propaganda en favor de la descentralización corporativa en el movimiento obrero en general, con su actitud negativa con respecto al partido del proletariado y la necesidad de la insurrección y su estimación exagerada de la huelga general (táctica de los «brazos caídos»), dificulta donde tiene alguna influencia la evolución revolucionaria de las masas obreras. Sus ataques a la U.R.S.S., consecuencia de su negación de la dictadura del proletariado en general, le colocan, en este aspecto, en el mismo terreno que la socialdemocracia.

Todas estas tendencias coinciden con la socialdemocracia, principal enemigo de la revolución proletaria, en la cuestión política fundamental: la cuestión de la dictadura del proletariado. Por este motivo todas ellas actúan, de un modo más o menos determinado, contra la U.R.S.S. en un frente único con la socialdemocracia. Por otra parte, la socialdemocracia, que ha traicionado por completo al marxismo, apoyase cada vez más en la ideología de los fabianos y de los socialistas «constructivos» y gremiales. Estas tendencias se convierten en la ideología liberal-reformista oficial del socialismo burgués de la Segunda Internacional.

En los países coloniales y entre las razas y los pueblos oprimidos en general, el comunismo tropieza en el movimiento obrero con la influencia de aquellas tendencias especiales, que en una fase determinada de desarrollo del movimiento han desempeñado un papel positivo importante, pero que, en una nueva etapa de evolución, se convierten en una fuerza de conservación.

El sun-yat-senismo era la ideología del «socialismo» pequeño-burgués populista. En la teoría de los «tres principios» (nacionalismo, democracia, socialismo), la noción de pueblo cubría y ocultaba la noción de las clases; el socialismo era presentado no como un sistema específico y particular de producción realizado por el proletariado, sino como un bienestar social indeterminado; la lucha contra el imperialismo no se hallaba enlazada con las perspectivas de desarrollo de la lucha de clases en el Interior del país. Por este motivo, el sun-yat-senismo, que desempeñó en el primer estadio de la revolución china un inmenso papel positivo, como resultado de la diferenciación de clases en el país y del desarrollo ulterior de la revolución china, se convirtió de forma ideológica de dicha evolución en un obstáculo a la misma. Los epígonos del sun-yat-senismo, al preconizar con preferencia precisamente los principios ideológicos de este último, que han terminado por ser objetivamente reaccionarios, lo han convertido con ello en la

ideología oficial del Kuo-Ming-Tang, el cual es en la actualidad una fuerza abiertamente contrarrevolucionaria. El progreso ideológico de las masas del proletariado chino y de los campesinos explotados debe ir acompañado de una lucha decidida contra la mistificación representada por el Kuo-Ming-Tang y la eliminación de las reminiscencias de la ideología del sun-yat-senismo.

Tendencias como el gandhismo en la India, impregnadas de espíritu religioso, que idealizan las formas de existencia más atrasadas y económicamente reaccionarias, que ven la salvación en el retorno a lo viejo, que predicen la pasividad y la negación de la lucha de clases, se convierten, en el proceso de desarrollo de la revolución, en una fuerza abiertamente contrarrevolucionaria. El gandhismo es cada día más una ideología dirigida contra la revolución de las masas populares y, por ello, debe ser combatido decididamente por parte del comunismo.

El garvismo, que era antes la ideología de los pequeños propietarios y obreros negros en los EE. UU. y que ejerce hoy todavía cierta influencia sobre las masas negras, se ha convertido asimismo en un obstáculo en el camino de la evolución revolucionaria. Después de haberse pronunciado en un principio por la igualdad social completa de derechos de los negros, se ha transformado en una especie de «sionismo» negro, el cual, en vez de la lucha contra el imperialismo norteamericano, ha lanzado la consigna «¡Retorno al África!» Esta ideología peligrosa, carente de todo rasgo democrático auténtico, que coquetea con los atributos de un «reinado negro» inexistente, debe ser combatida sañudamente pues no sólo no fomenta, sino que obstaculiza la lucha libertadora de las masas negras contra el imperialismo norteamericano.

Frente a todas estas tendencias se levanta el comunismo proletario. En su calidad de ideología del movimiento revolucionario internacional de la clase obrera, se distingue de todas estas tendencias y, en primer lugar, de la socialdemocracia, en que, en completo acuerdo con las enseñanzas de Marx u Engels, lleva a cabo una lucha revolucionaria teórica y práctica por la dictadura del proletariado, aplicando todas las formas de acción proletaria de las masas.

2. Los objetivos fundamentales de la estrategia y de la táctica comunistas.

La existencia, en cada país, de un Partido Comunista cohesionado, curtido en el combate, disciplinado, centralizado, ligado estrechamente a las masas, es una condición previa para la lucha victoriosa de la Internacional Comunista por la dictadura del proletariado. El Partido constituido por los

elementos mejores, más conscientes, más activos y más valerosos de la clase obrera es la vanguardia de esta última y encarna toda la experiencia de su lucha. El Partido, que se apoya en la teoría revolucionaria del marxismo, que representa los intereses generales y permanentes de la clase entera, personifica la unidad de los principios, de la voluntad y de la acción revolucionarias del proletariado. El Partido Comunista es una organización revolucionaria unida por una disciplina férrea y por las reglas severísimas del centralismo democrático, lo cual se consigue por medio de la elevada conciencia de la vanguardia del proletariado, por su abnegación revolucionaria, por su aptitud para ligarse estrechamente con las masas proletarias y por su acierto en la dirección política, comprobado y explicado por la experiencia de las masas mismas.

Para realizar la misión histórica de la conquista de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe previamente proponerse y conseguir los objetivos estratégicos siguientes:

Conquistar la influencia sobre la *mayoría de los miembros de su propia clase*, sin excluir las obreras y la juventud. Para conseguirlo, es necesario conquistar la influencia decisiva en las organizaciones proletarias de masa (soviets, sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, organizaciones deportivas y culturales, etc.). Tiene particularmente una gran importancia, desde el punto de vista de la conquista de la mayoría del proletariado, el apoderarse de los sindicatos, esas organizaciones efectivamente de masas de la clase obrera ligadas con su lucha cotidiana. La labor en el interior de los sindicatos reaccionarios, para apoderarse sagazmente de ellos, la conquista de la confianza de las masas organizadas sindicalmente, la destitución y la expulsión de los directores reformistas constituye una de las tareas más importantes del periodo preparatorio.

La conquista de la dictadura del proletariado presupone asimismo la realización de la hegemonía de este último sobre los vastos sectores de las masas trabajadoras. Para conseguirlo, el Partido debe conquistar la influencia sobre los elementos pobres del campo y de la ciudad, los intelectuales pertenecientes a las esferas menos favorecidas y los elementos pequeño-burgueses en general. Es particularmente importante la labor encaminada a asegurar la influencia del Partido entre los campesinos. El Partido Comunista debe procurar obtener el apoyo completo de los sectores campesinos que se hallan más cerca del proletariado, es decir, de los braceros agrícolas y de los campesinos pobres. Para ello es necesaria una organización especial de los braceros, un apoyo incondicional a la misma en la lucha con la burguesía agraria y una labor enérgica entre los pequeños campesinos y aparceros. Con respecto a los sectores campesinos medianos, el Partido

Comunista, en los países de capitalismo desarrollado, debe llevar a la práctica una política que tienda a su neutralización.

La realización de todas estas tareas por el proletariado, que se convierte en el portaestandarte de los intereses de todo el pueblo y en guía de las grandes masas populares en su lucha contra el yugo del capital financiero, constituye un elemento preliminar indispensable de la revolución comunista victoriosa.

Desde el punto de vista de la lucha mundial del proletariado el objetivo estratégico más importante de la Internacional Comunista consiste en la lucha revolucionaria en las colonias, semicolonias y países dependientes. Dicha lucha presupone la conquista, bajo la bandera de la revolución, de las grandes masas de la clase obrera y de los campesinos de las colonias, lo cual es imposible sin la colaboración más estrecha entre el proletariado de las naciones opresoras y las masas explotadas de las naciones oprimidas.

La Internacional Comunista, al mismo tiempo que organiza en las llamadas «potencias civilizadas» la revolución contra el imperialismo bajo la bandera de la dictadura del proletariado, apoya a todo movimiento contra la violencia imperialista en las colonias, semicolonias y países dependientes (por ejemplo, en la América Latina); hace la propaganda contra todas las formas de patrioterismo y contra la manera imperialista de tratar a las pequeñas y grandes razas esclavizadas (actitud con respecto a los negros, al «trabajo amarillo», antisemitismo, etc.) y apoya a estas últimas en su lucha contra la burguesía de la nación opresora.

La Internacional Comunista combate con particular energía el chauvinismo de las grandes potencias, predicado lo mismo por la burguesía imperialista que por su agente, la Segunda Internacional, oponiendo constantemente a la práctica de aquél, la de la Unión Soviética, que ha establecido relaciones fraternales entre pueblos iguales en derechos.

En los países del imperialismo, los Partidos Comunistas deben prestar una ayuda sistemática a los movimientos revolucionarios de liberación de las colonias y, en general, a todos los movimientos de las naciones oprimidas. El deber de prestar un apoyo activo incumbe en primer lugar a los obreros del país del cual depende, desde el punto de vista económico-financiero o político, la nación oprimida. El Partido Comunista debe reconocer abiertamente el derecho de las colonias a separarse y llevar a cabo la propaganda en favor de esta separación, es decir, de la independencia de las colonias con respecto al Estado imperialista; reconocer el derecho a defenderse por las armas (es decir, a la insurrección y a la guerra revolucionaria) contra el imperialismo, preconizar y sostener activamente esta defensa por todos los medios posibles. Dicha línea de conducta es

asimismo obligatoria para los Partidos Comunistas con respecto a todas las naciones oprimidas.

En los países coloniales y semicoloniales mismos los Partidos Comunistas tienen el deber de luchar calurosa y consecuentemente contra el imperialismo extranjero, sin dejar de propagar sin interrupción la idea de la fraternización y de la alianza con el proletariado de los países imperialistas; de preconizar abiertamente, propagar y llevar a práctica la consigna de la revolución agraria, levantando a las masas campesinas para el derrumbamiento del yugo de los grandes terratenientes y luchando contra la influencia reaccionaria y medieval del clero, de las misiones y otros elementos semejantes. El objetivo esencial consiste, en dichos países, en la organización independiente de los obreros y campesinos (Partido Comunista de clase del proletariado, sindicatos, asociaciones y comités campesinos y, en las condiciones creadas por una situación revolucionaria, soviets, etc.) y de la emancipación de las mismas de la influencia de la burguesía nacional, con la cual son admisibles los pactos temporales sólo en el caso en que no oponga obstáculos a la organización revolucionaria de los obreros y campesinos y luche efectivamente contra el imperialismo.

Al fijar su línea táctica, el Partido Comunista debe tomar en consideración la situación interior y exterior concreta, la correlación de las fuerzas de clase, el grado de solidez y de fuerza de la burguesía, el grado de preparación del proletariado, la posición de los elementos sociales intermedios, etc., etc. En consonancia con todas estas circunstancias, el Partido establece sus consignas y fija sus métodos de combate, tomando como punto de partida la necesidad de movilizar y organizar a las masas en las proporciones más vastas posibles en el nivel más elevado posible de la lucha.

Al lanzar una serie de consignas intermedias cuando empiezan a manifestarse los signos característicos de una situación revolucionaria, y presentar un cierto número de reivindicaciones parciales determinadas por la situación concreta, el Partido debe subordinar unas y otras al objetivo revolucionario que persigue: la conquista del poder y el derrumbamiento de la sociedad burguesa-capitalista. Tan inadmisibles es el mantenerse apartado de las necesidades inmediatas y de la lucha cotidiana de la clase obrera como el limitar la acción del Partido a esta lucha y a estas necesidades. El Partido, tomando como punto de partida estas necesidades, debe guiar a la clase obrera a la lucha revolucionaria por el poder.

En los momentos de apogeo revolucionario, cuando las clases dominantes se hallan desorganizadas y las masas en estado de fermentación revolucionaria, cuando los elementos intermedios se inclinan hacia el

proletariado, cuando las masas se hallan dispuestas para la ofensiva y para el sacrificio, en tales momentos, se plantea ante el Partido del proletariado el problema de conducir las masas al ataque directo del Estado burgués. Esto puede conseguirse por medio de la propaganda de consignas transitorias de un carácter cada vez más radical (consigna de los Soviets, control obrero de la producción, soviets campesinos para la ocupación de las grandes haciendas agrarias, desarme de la burguesía y armamento del proletariado, etc.) y de la organización de acciones de masa a las cuales deben ser supeditadas la agitación y la propaganda del Partido en todos sus aspectos, el parlamentario inclusive. Estas acciones de masa deben consistir principalmente en la declaración de huelgas, en la combinación de estas últimas con manifestaciones simples y manifestaciones armadas y, por fin, en la huelga general combinada con la insurrección armada contra el poder estatal de la burguesía. Esta lucha final se halla subordinada a las reglas del arte militar, presupone un plan de combate, el carácter ofensivo de las operaciones militares y la abnegación ilimitada y el heroísmo del proletariado. Dichas acciones deben estar obligatoriamente precedidas por la organización de las masas en asociaciones de combate susceptibles, por su forma misma, de atraer y movilizar al mayor número de trabajadores (soviets de diputados obreros y campesinos, soviets de soldados, etc.) y por una labor revolucionaria intensa en el ejército y en la marina. El paso a consignas nuevas, más radicales, debe realizarse en armonía con la regla fundamental de la táctica política del leninismo, que exige la habilidad de llevar a las masas a las posiciones revolucionarias en una forma tal que estas últimas se convenzan, por la experiencia propia, de que la línea del Partido es justa. La no observación de esta regla trae fatalmente como consecuencia el aislamiento del Partido de las masas, el putchismo y la degeneración del comunismo en doctrinarismo «izquierdista», en el aventurismo pequeño-burgués de «extrema izquierda». No menos peligroso es el no utilizar el punto culminante en el desarrollo de la situación revolucionaria, cuando las circunstancias exigen un ataque valeroso y decidido contra el enemigo por parte del Partido Comunista. Dejar pasar una ocasión tal y no empezar la insurrección equivale a ceder la iniciativa al enemigo y condenar la revolución a la derrota.

En los períodos de reflujo de la ola revolucionaria los Partidos Comunistas deben preconizar consignas y reivindicaciones parciales que respondan a las necesidades cotidianas de los trabajadores, enlazándolas con los objetivos fundamentales de la Internacional Comunista. Los Partidos Comunistas, sin embargo, no deben lanzar consignas transitorias apropiadas especialmente para una situación revolucionaria y que, cuando

ésta no existe se convierten en consignas de adaptación al sistema de las organizaciones capitalistas (por ejemplo, la consigna del control obrero, etc.). Las reivindicaciones y consignas parciales constituyen un elemento indispensable de una línea táctica general acertada, mientras que hay una serie de consignas transitorias que se hallan íntimamente ligadas a la existencia de una situación revolucionaria. Por otra parte, la posición negativa en principio con respecto a las reivindicaciones parciales y a las consignas transitorias es incompatible con los principios tácticos del comunismo, pues condena de hecho al Partido a la pasividad y lo aísla de las masas. Por eso la táctica: del frente único, como uno de los medios para luchar con mayor éxito contra el capital, para movilizar a las masas y desenmascarar y aislar a los jefes reformistas, es una de las partes integrantes, más importantes de la táctica general de los Partidos Comunistas durante todo el periodo pre-revolucionario.

La aplicación acertada de la táctica del frente único y la realización del objetivo consistente en conquistar a las masas. en. general, presuponen, a su vez, una labor sistemática y tenaz en el seno de los sindicatos y otras organizaciones de masa del proletariado. Todo comunista está absolutamente obligado a adherir a un sindicato, por más reaccionario que éste sea. Únicamente mediante una labor constante y consecuente en los sindicatos, en las fábricas y talleres con objeto de defender tenaz y enérgicamente los intereses de los obreros, labor acompañada de una lucha sin cuartel contra la burocracia reformista, es posible conquistar la dirección de la lucha de los trabajadores, y atraer al Partido a las masas proletarias organizadas en los sindicatos.

En oposición a la política escisionista de los reformistas, los comunistas defienden la unidad sindical en cada país y en el terreno internacional sobre la base de la lucha de clases, sin dejar de sostener y reforzar la labor de la Internacional Sindical Roja.

Los Partidos de la Internacional Comunista, que defienden por doquier los intereses cotidianos de la masa obrera y de las masas trabajadoras en general, que utilizan con una finalidad de agitación y propaganda. revolucionarias la tribuna burguesa del parlamento, que supeditan todas las tareas parciales al objetivo de la lucha por la dictadura del proletariado, presentan reivindicaciones y consignas parciales en los aspectos fundamentales siguientes:

En el terreno de la cuestión obrera, en el sentido estricto de esta palabra, las cuestiones de lucha económica (lucha contra la ofensiva del capital trustificado, cuestiones de salario, de jornada de trabajo, tribunales de arbitraje forzoso, sin-trabajo), las cuales se transforman en cuestiones de

lucha política general (grandes conflictos industriales, derecho sindical y de huelgas, etc.).

A estas siguen otras cuestiones que tienen un carácter político determinado (impuestos, carestía de la vida, fascismo, persecución de los partidos revolucionarios, terror blanco, cuestiones de la política gubernamental corriente). Finalmente, las cuestiones de los problemas de política mundial: actitud con respecto a la U.R.S.S. y a las revoluciones coloniales, lucha por la unidad del movimiento sindical internacional, contra el imperialismo y el peligro de guerra y preparación sistemática de la lucha contra la guerra imperialista.

En el terreno de la cuestión campesina, figuran las cuestiones de política fiscal, de hipotecas, de lucha contra el capital usurario, de escasez de tierras, de arriendos, aparcería, etc. Partiendo de estas necesidades parciales, el Partido Comunista debe lanzar las consignas correspondientes, generalizándolas en las de confiscación de las tierras de los grandes propietarios, gobierno obrero y campesino, etc. (sinónimo de la dictadura proletaria en los países capitalistas desarrollados y de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos en los países atrasados y en una serie de colonias). Del mismo modo, es necesario llevar a cabo una labor sistemática entre la juventud proletaria y campesina (principalmente por mediación de la Internacional Juvenil Comunista y de sus secciones) y entre las mujeres obreras y campesinas, basándose en las condiciones especiales de existencia y de lucha de las mismas y enlazando sus reclamaciones con las reivindicaciones generales y las consignas de combate del proletariado.

En el terreno de la lucha contra la opresión de los pueblos coloniales los Partidos Comunistas deben, en las mismas colonias, presentar reivindicaciones parciales, determinadas por las condiciones específicas de aquéllas. Por ejemplo: igualdad completa de derechos para todas las naciones y razas; anulación de toda clase de privilegios para los extranjeros; libertad de las organizaciones obreras y campesinas; reducción de la jornada de trabajo; prohibición del trabajo infantil; supresión de los contratos usurarios y leoninos; disminución y abolición del pago de los arriendos; disminución de los impuestos; boicot de los impuestos, etc. Todas estas consignas parciales deben estar subordinadas a las reivindicaciones fundamentales del Partido Comunista, a saber: independencia política completa del país y expulsión de los imperialistas, gobierno de los obreros y campesinos, la tierra para todo el pueblo, jornada de 8 horas, etc. En los países del imperialismo, los Partidos Comunistas están obligados, al mismo tiempo que sostienen dicha lucha en las colonias, a llevar a cabo una

campaña en favor de la retirada de las tropas imperialistas de las colonias, a realizar una propaganda entre los soldados y los marinos en defensa de los pueblos oprimidos que luchan por su liberación, a movilizar a las masas para el boicot del transporte de soldados y armas, a organizar, en relación con esto huelgas y otras formas de protesta de masa, etc.

La Internacional Comunista debe consagrar una atención especial a la preparación sistemática de la lucha contra el peligro de guerras imperialistas. La misión de los Partidos Comunistas debe consistir en poner al descubierto de una manera implacable la significación real del social-chauvinismo, del social-imperialismo y de la fraseología pacifista, que sirven de tapadera a los planes imperialistas de la burguesía; propagar las consignas fundamentales de la Internacional Comunista y realizar un trabajo cotidiano de organización en armonía con dichas consignas, combinando los métodos legales con los ilegales; organizar el trabajo en el ejército y en la marina. Las consignas fundamentales de la Internacional Comunista deben ser las siguientes: transformación de la guerra imperialista en guerra civil; derrota de «su» gobierno imperialista; defensa, por todos los medios, de la U.R.S.S. y de las colonias en caso de guerra imperialista contra las mismas. Propagar estas consignas, señalar el verdadero carácter de las soflamas «socialistas», arrancar el velo «socialista» con que se cubre a la Sociedad de las Naciones, recordar constantemente la experiencia de la guerra de 1914-1918, constituye el deber imperioso de todas las secciones y de cada uno de los miembros de la Internacional Comunista.

Para la coordinación de la labor y de las acciones revolucionarias, así como para la acertada dirección de las mismas, el proletariado internacional tiene necesidad de una disciplina internacional de clase, cuya condición preliminar indispensable es la disciplina internacional más severa en las filas comunistas. Esta disciplina internacional debe manifestarse en la subordinación de los intereses particulares y locales del movimiento a los intereses generales y permanentes del mismo y en la ejecución incondicional por todos los comunistas de todas las resoluciones de los órganos dirigentes de la Internacional Comunista.

Contrariamente a la Internacional socialdemócrata, a la Segunda Internacional, en la cual cada partido se somete a la disciplina de «su» burguesía nacional de su «patria», las secciones de la Internacional Comunista reconocen sólo una disciplina, la disciplina del proletariado internacional, garantía de triunfo en la lucha de los obreros de todos los países por la dictadura mundial del proletariado. Contrariamente a la Segunda Internacional, que escinde los sindicatos, que lucha contra los pueblos coloniales y practica la unidad con la burguesía, la Internacional

Comunista es una organización que vela por la unidad de los proletarios de todos los países, por la unidad de los trabajadores de todas las razas y de todos los pueblos en su lucha contra el yugo del imperialismo.

Los comunistas llevan a cabo esta lucha con valerosa abnegación en todos los sectores del frente internacional de clase, a pesar del terror sangriento de la burguesía, persuadidos firmemente de que la victoria del proletariado es inevitable.

«Los comunistas no tienen por qué ocultar sus opiniones y sus propósitos. Abiertamente declaran que su objetivo no puede ser alcanzado por otro medio que por el derrumbamiento violento del régimen social presente.

Que los clases dominantes tiemblen ante la revolución comunista. En ella, los proletarios pueden perder sólo sus cadenas y ganar, en cambio, un mundo.

¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Estatutos de la Internacional Comunista

I. Disposiciones generales

§1. La Internacional Comunista, Asociación Internacional de los Trabajadores, representa en sí la unión de los Partidos Comunistas de todos los países en un Partido Comunista mundial único. En su calidad de jefe y organizador del movimiento obrero revolucionario mundial y de portaestandarte de los principios y de los objetivos del comunismo, la Internacional Comunista lucha por la conquista de la mayoría de la clase obrera y de los sectores campesinos indigentes, por el establecimiento de la dictadura mundial del proletariado, por la creación de una Unión Universal de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por la supresión completa de las clases y la realización del socialismo —primer paso hacia la sociedad comunista.

§ 2. Los Partidos adherentes a la Internacional Comunista llevan la denominación de: «Partido Comunista de... (sección de la Internacional Comunista)». En cada país puede existir sólo un Partido Comunista, que es la sección de la Internacional Comunista que forma parte de ella.

§ 3. Puede ser miembro del Partido Comunista y de la Internacional Comunista todo el que acepte el programa y los Estatutos del Partido Comunista correspondiente y de la Internacional Comunista, que forme parte de la organización fundamental de base del Partido y trabaje

activamente en la misma, que se someta a todas las resoluciones del Partido y de la Internacional y que pague regularmente sus cotizaciones.

§ 4. La organización fundamental del Partido es la célula (en la fábrica, el taller, la mina, la oficina, el almacén, la hacienda agrícola, etc.) que agrupa a todos los miembros del Partido que trabajan en cada empresa.

§ 5. La Internacional Comunista y sus sectores se constituyen sobre la base del centralismo democrático, cuyos principios fundamentales son: a) elección de todos los órganos directivos del Partido, tanto inferiores como superiores (en las asambleas generales de los miembros del Partido, en las conferencias y congresos); b) obligación para los órganos directivos del Partido de dar cuenta de su gestión ante sus electores; c) carácter obligatorio de las resoluciones de los órganos superiores para los inferiores, disciplina severa, realización inaplazable de las decisiones de la Internacional Comunista, de sus órganos y de los centros directivos del Partido. Las cuestiones del Partido sólo son discutidas por los miembros de éste cuando los órganos correspondientes del Partido hayan tomado una resolución sobre las mismas. Las resoluciones adoptadas por los congresos de la I.C., por los congresos de sus secciones o por los órganos directivos de la I.C. y de estas últimas deben ser llevadas incondicionalmente a la práctica aún en el caso de que parte de los miembros del Partido o de las organizaciones no se hallen de acuerdo con ellas. En las condiciones de existencia ilegal del Partido se consiente el nombramiento de los órganos inferiores por los superiores y la aplicación de la cooptación, con la ratificación subsiguiente por parte de las organizaciones superiores del Partido.

§ 6. En todas las organizaciones obreras y campesinas sin partido, que tengan un carácter de masa, así como en sus órganos (sindicatos, cooperativas, asociaciones deportivas, organizaciones de combatientes de la guerra), en sus conferencias y congresos, lo mismo que en los municipios y en los parlamentos, etc., deben ser organizadas fracciones comunistas, aunque no existan en los mismos más que dos miembros del Partido, con objeto de reforzar la influencia de este último y llevar a la práctica política en el seno de dichas organizaciones.

§ 7. Las fracciones comunistas se hallan supeditadas a los órganos correspondientes del Partido.

Observación I. Las fracciones comunistas en las organizaciones de carácter internacional (Internacional Sindical Roja, Socorro Obrero, etc.) se hallan supeditadas al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Observación II. La estructura orgánica de los Partidos y las formas de dirección de su actividad son fijadas por medio de instrucciones especiales

del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y de los Comités Centrales de las secciones de la misma.

II. El Congreso mundial de la Internacional Comunista

§ 8. El órgano superior de la Internacional Comunista es el Congreso mundial de los representantes de todos los Partidos (secciones) y de las organizaciones que forman parte de la Internacional Comunista.

El Congreso discute las cuestiones de programa, de táctica y de organización relacionadas lo mismo con la actividad de la Internacional Comunista que con la de sus secciones y toma decisiones sobre las mismas. El derecho de modificar el programa y los Estatutos de la Internacional Comunista corresponde exclusivamente al Congreso mundial.

El Congreso mundial se reúne cada dos años. La fecha de convocación y las proposiciones de la representación de las secciones se fijan por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

El número de votos de cada sección se determina por una resolución especial del Congreso, de acuerdo con el número de miembros de cada Partido y la importancia política del país. Los mandatos imperativos no se aceptan y son anulados previamente.

§ 9. El Congreso extraordinario de la Internacional Comunista puede ser convocado a demanda de algunos Partidos cuyo número de votos en el último Congreso haya sido al menos de la mitad del total.

§ 10. El Congreso mundial elige el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (C.E.I.C.) y la Comisión Internacional de Control (G.I.C.).

§ 11. El Congreso mundial fija la residencia del Comité Ejecutivo.

III. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y sus órganos

§ 12. En el período comprendido entre los congresos, el órgano directivo de la Internacional Comunista es su Comité Ejecutivo, el cual da directivas a todas las secciones y controla su actividad. El C.E.I.C. publica el órgano central de la Internacional Comunista al menos en cuatro idiomas.

§ 13. Las resoluciones del C.E.I.C. son obligatorias para todas las secciones de la Internacional Comunista y deben ser puestas en práctica inmediatamente. Las secciones tienen el derecho de apelar al Congreso mundial contra las resoluciones del C.E.I.C.; sin embargo, mientras dichas resoluciones no hayan sido anuladas por el Congreso, su ejecución es obligatoria para las secciones.

§ 14. Los Comités centrales de las secciones de la Internacional Comunista son responsables ante sus congresos y ante el C.E.I.C. Este último tiene el derecho de anular y modificar tanto las resoluciones de los congresos de las secciones como de sus comités centrales, así como de tomar decisiones obligatorias para los mismos (véase el § 13).

§ 15. El C.E.I.C. tiene el derecho de excluir de la Internacional Comunista a secciones enteras, grupos y miembros aislados que infrinjan el Programa y los Estatutos de la Internacional Comunista o las resoluciones de los Congresos mundiales y del C.E.I.C.

§ 16. El C.E.I.C. ratifica el programa de las secciones de la Internacional Comunista. En caso de que el C.E.I.C. no ratifique el programa, la sección tiene el derecho de apelar al congreso mundial de la I.C.

§ 17. Los órganos centrales de la prensa de las secciones de la Internacional Comunista tienen la obligación de publicar todas las resoluciones y todos los documentos oficiales del C.E.I.C.; dichas resoluciones deben insertarse también, en lo posible, en los demás órganos periodísticos.

§ 18. El C.E.I.C. tiene el derecho de aceptar en la Internacional Comunista, con voz pero sin voto, a las organizaciones y partidos que simpaticen con el comunismo.

§ 19. El C.E.I.C. elige un Presidium, órgano permanente de actividad, que, durante el periodo comprendido entre las reuniones del C.E.I.C., lleva a cabo todo el trabajo del mismo.

§ 20. El C.E.I.C. y su Presidium tienen el derecho de crear oficinas permanentes (Oficinas de la Europa Occidental, sudamericana, oriental y otras) para establecer un contacto más estrecho con las secciones de la I.C. y dirigir mejor la labor de las mismas.

Observación. Los límites de la actividad de los Oficinas permanentes del C.E.I.C. se fijan por este último o por su Presidium. Las secciones de la Internacional Comunista a las cuales se extiende la esfera de actividad de las oficinas permanentes del C.E.I.C. deben ser puestas al corriente de las atribuciones de que están investidos dichos organismos.

§ 21. Las secciones están obligadas a llevar a la práctica las indicaciones y directivas de las Oficinas permanentes del C.E.I.C. Las indicaciones y directivas de las Oficinas permanentes del C.E.I.C. pueden ser objeto de apelación por las secciones correspondientes ante este último o su Presidium. Sin embargo, las secciones tienen la obligación de cumplirlas decisiones de las Oficinas permanentes del C.E.I.C. en tanto no hayan sido anuladas por éste o por su Presidium.

§22. El C.E.I.C. y su Presidium tienen el derecho de mandar a sus representantes a las secciones de la Internacional Comunista. Los representantes reciben instrucciones del C.E.I.C. o de su Presidium y responden ante los mismos de su gestión. Los representantes del C.E.I.C. tienen el derecho de formar parte en todas las reuniones, tanto de los órganos centrales como de las organizaciones locales, de la sección a la cual hayan sido enviados. Los representantes del C.E.I.C. llevan a cabo su misión en contacto estrecho con el Comité Central de la sección correspondiente; sin embargo, sus intervenciones en los congresos, conferencias y asambleas de las secciones pueden ir dirigidas, en casos determinados, contra el Comité Central de la sección si la línea del Comité Central difiere de las directivas del C.E.I.C. Los representantes del C.E.I.C. están particularmente obligados a velar por el cumplimiento de las resoluciones de los congresos y del Comité Ejecutivo. El C.E.I.C. y su Presidium tienen asimismo el derecho de mandar instructores a las secciones de la Internacional Comunista. Los derechos y deberes de los instructores son determinados por el C.E.I.C., ante el cual responden estos últimos de su gestión.

§23. Las reuniones del C.E.I.C. se celebran al menos cada seis meses. Las reuniones son válidas cuando participan en las mismas por lo menos la mitad de los miembros del C.E.I.C.

§ 24. Las reuniones del Presidium del C.E.I.C. se celebran por lo menos cada dos semanas. Las reuniones son válidas cuando participan en el mismo al menos la mitad de los miembros del Presidium.

§25. El Presidium designa a un Secretariado Político, el cual es un órgano con atribuciones decisivas, prepara las cuestiones para las reuniones del C.E.I.C. y su Presidium, de las cuales es el órgano ejecutivo.

§26. El Presidium elige la redacción de las publicaciones periódicas y otras de la Internacional Comunista.

§ 27. El Presidium del C.E.I.C. crea una sección para el trabajo entre las mujeres trabajadoras, comisiones permanentes para la dirección de la labor de determinados grupos de secciones de la I.C. y otras secciones necesarias para su trabajo.

IV. - La Comisión Internacional de Control

§ 28. La Comisión Internacional del Control examina las cuestiones relacionadas, por su contenido, con la unidad y la cohesión de las secciones que forman parte de la Internacional Comunista, así como la conducta, como comunistas, de determinados miembros de tal o cual sección. En este sentido, la C.I.C.: a) examina las reclamaciones presentadas contra los

Comités Centrales de los Partidos Comunistas por parte de los miembros del Partido que han sido objeto de medidas disciplinarias sobre la base de divergencias políticas; b) examina los asuntos análogos concernientes a los miembros de los organismos centrales de los Partidos o a miembros determinados de los mismos que considera necesario someter a su examen o que son sometidos a su deliberación a propuesta de los órganos directivos del C.E.I.C.; c) efectúa la revisión de cuentas de la I.C.

La Comisión Internacional de Control no se inmiscuye en las divergencias políticas y en los conflictos orgánico-administrativos de los Partidos. La C. I. C. fija el punto de su residencia, de acuerdo con el C.E.I.C.

V. Las relaciones entre las secciones de la Internacional Comunista el C.E.I.C.

§ 29. Los Comités Centrales de las secciones que forman parte de la Internacional Comunista, así como los C.C. de las organizaciones aceptadas en calidad de simpatizantes, tienen el deber de mandar sistemáticamente al C.E.I.C. las actas de sus sesiones e informes sobre la labor realizada.

§ 30. La renuncia a los cargos por parte de miembros o grupos de miembros de los Comités Centrales de las secciones es considerada como desorganización del movimiento comunista. Cada cargo de dirección en el Partido no pertenece al depositario del mandato correspondiente, sino a la Internacional Comunista entera. Los miembros elegidos para los órganos centrales directivos de las secciones pueden dimitir sus cargos, antes de la renovación de los mismos, únicamente en acuerdo con el C.E.I.C. Las dimisiones aceptadas por los Comités Centrales de las secciones sin la conformidad del C.E.I.C. no son válidas.

§ 31. Las secciones que forman parte de la Internacional Comunista, particularmente las secciones de las metrópolis y sus colonias, así como las secciones de los países colindantes, deben sostener un contacto estrecho desde el punto de vista de organización y de información, estableciendo la representación recíproca en las conferencias y congresos, así como el intercambio, de acuerdo con el C.E.I.C., de elementos directores.

§32. Dos o más secciones de la Internacional Comunista, que (como, por ejemplo, las secciones de los países escandinavos y balcánicos) políticamente se hallan ligadas entre sí por las condiciones generales de la lucha, pueden, de acuerdo con el C.E.I.C. con objeto de coordinar sus acciones, unirse en una federación que actúe bajo la dirección y el control del C.E.I.C.

§33. Las secciones de la I.C. deben satisfacer al C.E.I.C. cuotas regulares, cuya cuantía es fijada por este último.

§34. Los Congresos, tanto ordinarios como extraordinarios de las secciones, sólo pueden ser convocados de acuerdo con el C.E.I.C. Si tal o cual sección no convoca su congreso antes del Congreso mundial, debe, antes de elegir a los delegados, convocar una conferencia del Partido o un pleno del Comité Central para preparar las cuestiones del congreso.

§ 35. La Internacional Comunista Juvenil es una sección, con plenitud de derechos, de la Internacional Comunista y se halla supeditada al C.E.I.C.

§36. Los Partidos Comunistas deben estar preparados para pasar a la situación ilegal. El C.E.I.C. tiene el deber de ayudar a los Partidos a preparar el paso a la situación ilegal.

§ 37. El traslado de los miembros de las secciones de la Internacional Comunista de un país a otro se permite únicamente con la autorización del Comité Central de la sección a que pertenezcan. Los comunistas que cambian de residencia están obligados a entrar a formar parte de la sección del país al cual se han trasladado. Los comunistas que salgan del país sin la autorización del Comité Central de su sección, no pueden ser aceptados en las otras secciones de la Internacional Comunista.

El debate sobre el programa en la Internacional Comunista (1998)

Alexander Vatlin

El 1 de septiembre de 1928, Nikolái Bujarin, presidente del VI Congreso de la Internacional Comunista, anunció entre ovaciones entusiastas de los delegados la adopción del programa de la Comintern. Este programa pretendía ser la quintaesencia de lo que constituía la teoría social en vísperas de la victoria final de la revolución proletaria mundial. Sin embargo, han pasado siete décadas y el curso de la historia mundial ha tomado direcciones completamente diferentes. Los comunistas tenían todas las razones para avergonzarse de su programa y dejar que se hundiera sin dejar rastro. Debido a la evidente discrepancia entre los objetivos y los resultados de la Comintern, tanto los activistas políticos como los investigadores se muestran reacios a examinar este aspecto de su historia con más detalle.

No nos proponemos esclarecer la búsqueda de una teoría por parte de los ideólogos del movimiento comunista internacional en su década heroica, ya que para ello sería necesario escribir un libro. En el presente texto, nos limitamos a intentar describir el debate sobre el programa en el contexto general de la evolución de la Comintern como «una institución hasta entonces desconocida en el ámbito de las relaciones internacionales, que en su arsenal contenía tanto temas de clase globales e intereses políticos estatales como objetivos estratégicos de guerra, y que contaba con el apoyo de varios Estados».

El análisis de diversos aspectos del proceso en el que surgió el programa de la Comintern nos ayuda a comprender los mecanismos funcionales reales de la organización, el grado en que influyó en los comunistas extranjeros y el marco a través del cual dependía de la voluntad de la dirección bolchevique. Detrás de las propuestas de los participantes en el debate se escondían intereses políticos concretos, cuya investigación constituye un importante campo de estudio para los académicos actuales. La resolución de esta investigación nos lleva de nuevo al reconocimiento del principal conflicto interno de la Comintern a lo largo de su historia, una organización cuyo alcance se extendía por todo el mundo, mientras que sus pies permanecían firmemente plantados en suelo ruso.

Después de que los herederos e intérpretes de la Segunda Internacional declararan que el marxismo no era solo una ciencia, sino también la única visión científica del mundo, el crecimiento de la atención prestada a las cuestiones teóricas se convirtió en la característica distintiva del movimiento obrero socialista. Los programas de los partidos existían desde hacía mucho tiempo, pero solo después de la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista* traspasaron el marco de las promesas electorales y los panfletos periodísticos.

A principios del siglo XX, el bagaje teórico de la Segunda Internacional alcanzó un estado crítico cuyas consecuencias imprevisibles dieron lugar a la fragmentación del movimiento socialista, hasta entonces monolítico. Los líderes reconocidos de la Internacional, Karl Kautsky y Jean Jaurès, intentaron frenar este proceso, aunque sin éxito. Los mencheviques no querían reunificarse con los bolcheviques, ni los «revisionistas» con los «ortodoxos», ni la «derecha» con la «izquierda». La Primera Guerra Mundial resultó ser un poderoso catalizador para la diferenciación de las ideas políticas.

La toma del poder por parte de los bolcheviques rusos, que se situaban en el extremo izquierdo de la Internacional, provocó su colapso. Los bolcheviques no ocultaron ni su odio hacia los «social traidores» ni su objetivo de reorganizar la Internacional, purgada de su odiado oportunismo. La absoluta imposibilidad de una «coexistencia pacífica» entre las tres Internacionales socialistas a principios de la década de 1920 demostró que se trataba de una época de aguda lucha ideológica por la opinión y el voto de los trabajadores europeos, una lucha en la que nadie estaba dispuesto a transigir.

Los comunistas pusieron sus esperanzas en demostrar que «el antiguo «orden» capitalista había dejado de funcionar, y este fue también el tono básico de los discursos sobre la nueva asociación de fuerzas de izquierda que pronunciaron el representante del Partido Comunista Ruso (PCR(B)), Nikolái Bujarin, y el comunista alemán Hugo Eberlein en el Primer Congreso de la Comintern. La presentación de sus tesis fue el primer proyecto programático de esta organización. Aquí se intentó «examinar el sistema capitalista no solo en su forma abstracta, sino concretamente en su carácter de capitalismo *mundial*..., como algo que es una entidad única, como un todo económico».

La consideración del capitalismo como un sistema global se originó en la cosmovisión marxista y no era en sí misma nada nuevo. Lo nuevo era la idea, surgida bajo el impacto de la Primera Guerra Mundial, de que el capitalismo

desorganizado se había convertido en un capitalismo basado en el Estado, y que la anarquía de la producción capitalista había pasado del nivel nacional al global. El manifiesto escrito por Trotsky y aprobado por el congreso definía la cuestión con estas palabras: «La única cuestión es cuál será el vehículo de la producción controlada por el Estado en el futuro: ¿el Estado imperialista o el Estado del proletariado victorioso?». Los pensamientos de los creadores de la Comintern estaban completamente dominados por ilusiones sobre la existencia de las condiciones materiales necesarias para la nueva sociedad. Además, estas ilusiones pronto se convirtieron en el símbolo absoluto de la fe de todos los comunistas y, en consecuencia, la búsqueda de una teoría quedó bloqueada durante muchas décadas. Trotsky siguió considerando los manifiestos que escribió para el Primer y Segundo Congreso como la base de un programa «real» de la Comintern.

La falta de experiencia práctica de aquellos comunistas de la «primera hora» condujo a la universalización del experimento bolchevique, que posteriormente se convirtió en el talón de Aquiles de todo el movimiento comunista. Dos semanas después de la conclusión del Primer Congreso de la Comintern, en la segunda sesión del PCR(B), Bujarin subrayó: «El programa de nuestro partido es, en gran medida, el programa del proletariado internacional... Cualquier revolución que siga a la nuestra debe aprender de ella». Esta confianza en sí mismos era, en los primeros documentos de la Comintern, un reflejo de los objetivos del comunismo de guerra, y hasta el final la Comintern nunca logró liberarse de ello, ni siquiera en la última edición de su programa.

Los primeros indicios de que los líderes de la Comintern estaban adoptando una nueva forma de ver la situación mundial se hicieron evidentes poco después de que los bolcheviques iniciaran la Nueva Política Económica (NEP) en 1921. «En todo el mundo, con la única excepción de Rusia, el poder sigue estando en manos de la burguesía... Y ahora nos enfrentamos en toda su magnitud a la pregunta: ¿sigue el desarrollo avanzando incluso ahora en dirección a la revolución?», dijo Trotsky el 23 de junio de 1921, y estableció un claro paralelismo con «nuestras derrotas y nuestras decepciones» en Rusia.

El discurso de Trotsky en el Tercer Congreso de la Comintern fue como una ducha fría y se encontró con la resistencia de los delegados extranjeros. En el transcurso del debate, los «camaradas rusos» fueron acusados repetidamente de cansancio, falta de atención y pesimismo. El conflicto sobre la evaluación de la «Acción de Marzo» echó más leña al fuego. Se trataba del levantamiento armado en Alemania Central instigado por el Partido Comunista Alemán siguiendo el consejo de los enviados de Moscú. Una serie de

antiguos líderes del KPD describieron el levantamiento como un golpe de Estado, lo que llevó a plantear cuestiones fundamentales sobre la infalibilidad del «Estado Mayor de la Revolución Mundial».

Tras evaluar la situación, Lenin intervino sin rodeos contra los agitadores de izquierda en vísperas del congreso, condenando la llamada teoría de la ofensiva. Bujarin, sin embargo, defendió fervientemente la perspectiva izquierdista, al igual que, aunque con cierta reserva, Zinóviev. Según los recuerdos de Trotsky, durante el transcurso del congreso «Lenin... tomó la iniciativa en ese momento de crear el núcleo superior de una nueva facción para la lucha contra los ultraizquierdistas, que eran fuertes en ese momento. En nuestras conferencias íntimas, Lenin planteó sin rodeos la cuestión de cómo llevar a cabo la lucha posterior en caso de que el Tercer Congreso Mundial adoptara el punto de vista de Bujarin».

Un momento importante del congreso fue el discurso de Karl Radek sobre tácticas, en el que expuso la nueva consigna de la Comintern: «Nos enfrentamos a la tarea de ganar a las amplias masas para las ideas del comunismo». Aquí se planteó por primera vez la exigencia que sería indispensable en este contexto: la necesidad de elaborar consignas de transición. Aunque estas consignas chocaban con el programa mínimo de la socialdemocracia, no obstante se inscribían en la tradición de la Segunda Internacional.

La exigencia de consignas transitorias en la ideología comunista de principios de la década de 1920 no solo fue un criterio de distinción entre «izquierda» y «derecha» en la Comintern, sino que también inició el debate sobre un programa. Hasta ese momento, simplemente no existía la necesidad de codificar y propagar sistemáticamente las reivindicaciones de los comunistas, ya que, en el éxtasis del asalto proletario, la consecución de los objetivos finales del movimiento parecía ser una cuestión de un futuro próximo. El reflujo de la ola revolucionaria en los países europeos, que la Comintern temió reconocer hasta mediados de la década de 1920, supuso otro factor crucial. En la época del auge y la «perspectiva inmediata», los desacuerdos entre los líderes bolcheviques no perturbaban el trabajo colectivo por la causa común. Sin embargo, cuando «el ritmo de la revolución mundial se detuvo» (como dijo Trotsky) y el brillante objetivo del comunismo comenzó a desvanecerse, el espíritu de las discusiones ideológicas teóricas de los cafés de la emigración regresó a la Comintern y al Politburó del partido ruso.

El verdadero debate sobre el programa de la Comintern comenzó en junio de 1922, cuando el Segundo Pleno Ampliado del Comité Ejecutivo de la Comintern (CEIC), mientras preparaba el cuarto congreso, tomó la decisión de incluir la cuestión del programa en el orden del día del congreso y de crear una comisión adecuada de 33 miembros. Aunque es difícil afirmarlo con certeza, es lógico concluir que la iniciativa de la Internacional Comunista de reactivar su trabajo teórico fue consecuencia del estrechamiento de los contactos con el movimiento socialdemócrata que se produjo a raíz de su primer intento de establecer un «frente único desde arriba».

El informe taquigráfico conservado de la única sesión de la primera reunión de la Comisión de Programa, celebrada el 18 de junio de 1922, resulta ser un documento bastante impresionante de los primeros días de la Comintern, ya que sus dirigentes aún no temían expresar abiertamente su opinión sobre las cuestiones más importantes. No es de extrañar que este informe no se publicara en el volumen de material programático preparado por el aparato del ECCI para el V Congreso.

Karl Radek fue el primero en intervenir en la sesión del 28 de junio. En ese momento se encontraba en la cima de su carrera política. Como creador de la táctica del frente único, que, a pesar del rechazo inicial de Zinóviev y Bujarin, fue aprobada por Lenin y Trotski, Radek intervino enérgicamente en la lucha por el liderazgo de la Comintern. Desde su punto de vista, la Comintern no necesitaba un programa completo, sino «la elaboración de tesis sobre el método de su construcción y nuestras necesidades concretas en el período de transición». En otras palabras, trató de distanciarse de las actitudes que solo se preocupaban por una revolución socialista mundial inmediata y, en consecuencia, declaró que había que tener en cuenta perspectivas a más largo plazo.

Radek contó con el apoyo de los miembros extranjeros de la comisión. Por ejemplo, Clara Zetkin abogó por la máxima flexibilidad del programa, «para que tenga en cuenta el trabajo práctico cotidiano de nuestro partido». Bujarin se opuso a dicha transición, ya que creía que las cuestiones tácticas no debían figurar en absoluto en el programa, sino que, por el contrario, este debía ser una caracterización teórica de la época y de los objetivos máximos de los comunistas, junto con un esbozo de sus principios ideológicos. Su actitud tenía un antecedente, ya que en otoño de 1917, Bujarin y Vladimir Smirnov propusieron renunciar por completo a la idea de un «programa mínimo». Este punto de vista fue criticado por Lenin y no encontró apoyo en la dirección del partido.

Con su hostilidad hacia las consignas de transición en el movimiento comunista, Bujarin quedó aislado. Zinóviev, presidente de la Comintern, no incluyó la cuestión del programa entre sus tareas más urgentes: «Primero hay que crear el partido, luego viene el programa». El resultado más importante de la sesión del 28 de junio de 1922 fue que quedó claro que cada parte mantenía la convicción de la corrección de sus argumentos.

En vísperas del IV Congreso de la Comintern, Radek inició una eficaz campaña para promover su punto de vista. Señaló: «Todos los partidos comunistas están convencidos por experiencia de que les sería imposible evitar tener una forma generalmente válida de abordar el carácter de la época actual» y, además, pidió que se prestara atención a las «consignas políticamente transitorias», como el frente único y el gobierno obrero. La mayoría de los participantes extranjeros lo apoyaron en la discusión del programa. Eugene Varga criticó a Bujarin, declarando que su actitud equivaldría a una «declaración de bancarrota del marxismo».

Detrás de Radek estaban los líderes del KPD, que ya tenían un «Programa de Acción» y se esforzaban por evitar cualquier nueva escisión en el partido planteando cuestiones teóricas excesivamente agudas. El 4 de septiembre de 1922, los miembros extranjeros de la Comisión de Programa se reunieron en sesión, en la que se presentó una propuesta de Thalheimer. Todos los participantes en el debate de esta reunión se pronunciaron a favor de que el documento se publicara como apéndice en forma de manifiesto, incluyendo las reivindicaciones transitorias.

Bujarin, por su parte, insistió en la «pureza de las filas» y en la selección de los comunistas según criterios doctrinales estrictos. Consiguió ganarse el apoyo de la dirección del Partido Comunista Italiano, que, en una circular especial del 16 de septiembre de 1922, respaldó la preparación de un «programa pertinente» y, además, aconsejó que se incluyeran las reivindicaciones transitorias en las Tesis sobre la táctica.

La decisión final sobre esta cuestión se tomó durante el IV Congreso de la Comintern, que se inauguró el 4 de octubre de 1922. Mientras tanto, Bujarin logró completar el trabajo sobre su borrador de programa, que se distribuyó a los delegados junto con los borradores de los programas del partido de los comunistas búlgaros y alemanes. En comparación con la plataforma aprobada por el Primer Congreso, tenía una sección más extensa sobre el período de la dictadura del proletariado y sus medidas económicas y políticas. Al mismo tiempo, no abordaba la cuestión de los métodos de lucha para la toma política del poder, ya que estos dependían de la situación concreta de cada país.

El rechazo de Bujarin a la inclusión de consignas a corto plazo en el programa general estaba determinado en parte por su convicción de que la victoria de la revolución socialista mundial sería cuestión de unos años, pero ciertamente no de décadas. La creencia inquebrantable en el inevitable colapso del capitalismo seguía siendo el punto decisivo del credo ideológico de los comunistas, y esto les permitía partir de otras realidades distintas a las contenidas en la teoría marxista. En consecuencia, había un «vacío» en el borrador del programa de la Comintern con respecto a la perspectiva inmediata. La versión anterior del borrador era bastante más creíble, ya que no se basaba en la idea de la victoria completa del proletariado. Las innovaciones prácticas con respecto a la táctica del frente único reconocían la existencia de diversas antipatías y simpatías dentro de la clase obrera. Bujarin no estaba dispuesto a conceder a esta táctica un carácter generalmente válido, y con ello dar más argumentos a su rival Radek.

Precisamente por esa razón, los delegados al IV Congreso no participaron en el debate sobre el programa. En la sesión del 18 de noviembre, Bujarin, Thalheimer y el búlgaro Kabakchiev hicieron aportaciones al debate sobre el programa y cada uno comentó el borrador presentado por su respectivo partido. Por cierto, el borrador de Bujarin era «original», ni siquiera el Politburó del PCR(B) lo había debatido.

Bujarin comenzó su discurso atacando a los teóricos socialdemócratas que, en su opinión, pervertían el marxismo para complacer a sus amos burgueses. Frases polémicas vacías —«la más pura estupidez», «oportunistas locos»— ocultaban en parte no solo la falta de contraargumentos en la polémica de los bolcheviques con Kautsky, sino también cualquier conciencia de los avances positivos que se estaban produciendo en todo el mundo.

La segunda parte de la charla se centró en la experiencia de poner en práctica la doctrina marxista, también en Rusia. Aunque advirtió a los delegados que consideraran la NEP como una retirada forzosa, Bujarin insistió en que, desde el punto de vista económico, era la política más racional. En caso de recaída en el comunismo de guerra, «el proletariado se vería obligado a erigir un gigantesco aparato administrativo», que tarde o temprano se convertiría en un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas del país. La esperanza de que el partido reconociera a tiempo el peligro que se avecinaba solo se cumplió en parte. Un año más tarde, Trotsky y otros opositores formularon críticas contundentes a la degeneración burocrática de la dictadura del partido, aunque esto no condujo en modo alguno a una «autopurificación», sino que agudizó muchas veces la lucha dentro de las altas esferas del PCR(B) y, en cambio, dio lugar al sometimiento del país al yugo del totalitarismo de Stalin.

La intervención de Bujarin introdujo una tesis más, que simbolizaba la apertura política del bolchevismo en sus años heroicos. Se trataba del «derecho de intervención roja», es decir, el uso de las fuerzas militares para provocar una revolución proletaria en otros países. Al considerar este principio importante y digno de mención en el programa, Bujarin reiteró su argumento en contra de que el programa tratara «cuestiones puramente tácticas» al estilo del frente único y la consigna del gobierno obrero.

En este punto, Thalheimer y Kabakchiev se opusieron a él, porque los programas de sus partidos contenían referencias a demandas transitorias y parciales. Sin embargo, más allá de eso, subrayaron más de una vez que el borrador de Bujarin podía ser la base para seguir trabajando.

De hecho, este borrador tenía muchos aspectos elaborados con mayor precisión que las otras propuestas del debate sobre el programa. En vísperas del congreso, uno de sus participantes activos, Bohumir Šmeral, expresó la opinión generalizada de que «la cuestión de la forma y el estilo del programa puede resolverse mejor, no pegando piezas individuales y permitiendo que todo tipo de colegas lo elaboren, sino si lo escribe de principio a fin uno de nuestros camaradas con el talento adecuado». Era obvio que debía ser uno de los líderes del partido bolchevique. Pero Lenin ya estaba gravemente enfermo, Trotsky se excusó por falta de tiempo y Zinóviev no mostró ningún interés particular por las cuestiones teóricas. Así que Bujarin se convirtió en el único candidato disponible para la autoría del programa de la Comintern. Su resistencia a la mayoría en la cuestión de las consignas de transición paralizó de hecho el trabajo posterior en este ámbito y llevó al nombramiento de otros «camaradas con talento».

Inmediatamente después de las tres contribuciones sobre la cuestión del programa, los dirigentes del PCR(B) propusieron al presidium del congreso un receso, para que la delegación rusa pudiera votar sobre la nueva situación. El 20 de noviembre se convocó una «consulta especial de cinco miembros del Comité Central», en la que participaron Lenin, Trotsky, Bujarin, Radek y Zinóviev. El resultado de esta consulta terminó con la derrota del maximalismo revolucionario de Bujarin. La decisión de los «cinco», que luego se formuló también como resolución del congreso, enfatizaba la necesidad de incluir consignas parciales y transitorias en el programa, teniendo en cuenta las peculiaridades de los distintos países involucrados.

Los dirigentes del PCR(B) estuvieron de acuerdo con el esquema propuesto por Zinóviev para la siguiente tarea: obtener un programa general de la Internacional Comunista a partir de los programas de las secciones nacionales. Se encargó a los distintos partidos que completaran esta labor en un plazo de tres meses, hasta el próximo congreso. Al organizarlo así, no se

tomó como base ninguno de los borradores discutidos, lo que llevó a Thalheimer a deducir: «Es absolutamente necesario elaborar un programa general desde cero».

La decisión del Tercer Pleno Ampliado del ECCI en junio de 1923 de crear una Comisión de Programa recién formada, compuesta por 14 miembros, fue simbólica del «nuevo impulso». Sin embargo, los preparativos revolucionarios en Alemania en el otoño de 1923, la muerte de Lenin y el estallido de la lucha por la sucesión en la dirección del PCR(B) pospusieron el inicio real de la labor exactamente un año. La comisión recién formada se reunió por primera vez el 18 de mayo de 1924. Entonces solo quedaban unas pocas semanas para la apertura del V Congreso de la Comintern.

Durante ese tiempo se celebraron diez sesiones, en cada una de las cuales se mantuvieron intensos debates teóricos, complementados con conferencias de especialistas. Sin embargo, el trabajo de la comisión se vio ensombrecido por la declaración de los participantes alemanes, Thalheimer y Rosenberg, de que sería imposible adoptar una versión completa del programa en el congreso. Se refirieron a los principales problemas que aún quedaban por abordar, como las características de la nueva época, el papel del partido en las nuevas condiciones, etc. Thalheimer lo reconoció acertadamente, por lo que las secciones nacionales no volvieron a debatir el programa.

A su vez, Bujarin acusó a los representantes alemanes de sabotear el trabajo sobre el programa, considerando que cualquier retraso ayudaría al enemigo de clase y que, de hecho: «El flujo de los acontecimientos se acelerará aún más... Si se hace el trabajo, adoptaremos el programa definitivo. Yo, al menos, estoy a favor de ello». Finalmente, la decisión se dejó en manos del congreso. Para coordinar el informe, se creó una «oficina de trabajo» integrada por Bujarin, Thalheimer y el francés Dunois.

En el transcurso del trabajo de la comisión, el debate osciló entre la explicación «clásica» de todos los problemas y los intentos de adaptar los fundamentos del marxismo a un mundo en cambio. Por lo tanto, las divisiones dentro del proletariado se explicaron de la manera tradicional, es decir, como resultado del soborno de una parte del proletariado por parte de la burguesía. Por otra parte, el reportero húngaro Pepper (J. Pogany), al hablar de la situación en los países capitalistas, también vio causalidades generalmente válidas detrás de este proceso. Eugene Varga y Clara Zetkin declararon que había que tener en cuenta las peculiaridades de la psicología de las diferentes capas del proletariado.

Sin embargo, este tímido intento de reconsiderar las realidades, de apartarse de los dogmas y los esquemas, puso en tela de juicio el núcleo

bolchevique de la ideología de la Comintern. Bujarin cerró el debate sobre la diferenciación dentro de la clase obrera contemporánea afirmando de manera inequívoca: «Si afirmamos que la socialdemocracia como tal representa un importante factor contrarrevolucionario, debemos evaluar correctamente las causas de este fenómeno». La elaboración de las tareas se adaptó, en efecto, a la respuesta ya preparada: la cosmovisión comunista.

A los autores del programa de la Comintern les resultó más difícil aquellos aspectos en los que los autores clásicos del marxismo no habían dejado ninguna receta ya preparada. Por lo tanto, las opiniones de los dos principales oponentes sobre el carácter del fascismo, Bujarin y Varga, eran diametralmente opuestas. Bujarin consideraba que el fascismo era «un frente con la burguesía en una alineación particular, una alternativa en la que puede aparecer el bloque de las fuerzas democráticas burguesas, en particular las socialdemócratas», mientras que Varga le negaba cualquier peculiaridad.

El 11 de junio de 1924, se dedicó una sesión especial de la Comisión de Programa a este tema. En un discurso fundamental, el inglés J. T. Murphy desarrolló las ideas de Bujarin sobre las dos formas del «frente único burgués»: la de los trabajadores (es decir, la socialdemocracia), por un lado, y la de la forma de Estado fascista, por otro. Dado que partían de un análisis doctrinal simplificado de las clases, todos los participantes en el debate coincidieron en que estas formas diferían simplemente en los métodos de lucha política. «Las funciones precisas son diferentes, pero el objetivo es el mismo..., entre el gobierno de Noske y los fascistas no hay casi ninguna diferencia», subrayó Bujarin. Solo después de la llegada al poder de Hitler en 1933, la Comintern se vio obligada, en 1934, a renunciar a las teorías basadas en la consigna del «socialfascismo».

El trabajo de la Comisión del Programa en vísperas del V Congreso puede describirse como genuinamente libre. Si bien la ética comunista descartaba cualquier duda sobre el plan fundamental y excluía cualquier revisión del mismo, la coacción hacia la adopción de una «línea general» aún no era perceptible. Bujarin, que personificaba al partido bolchevique en la comisión, sin duda desempeñaba el papel principal, aunque a menudo hacía concesiones tácticas. Los representantes del KPD insistieron en un debate sobre la teoría de la acumulación de capital, representada por Rosa Luxemburg. Sin embargo, los líderes bolcheviques no necesitaban a autores clásicos que, además, también criticaban los fundamentos de la Revolución Rusa, y Bujarin prometió a los delegados alemanes una sesión especial en la que se aclararían los errores de Luxemburg, aunque propuso que este tema «delicado» no se tratara en el marco de la labor de la Comisión de Programa.

En la sesión plenaria del V Congreso, celebrada los días 27 y 28 de julio de 1924, Bujarin y Thalheimer hicieron aportaciones sobre la cuestión del programa. Sin embargo, los delegados no recibieron ningún programa nuevo, por lo que incluso las palabras de Bujarin de que «nuestro congreso debe adoptar un proyecto de programa claro, que, no obstante, no estará completo», resultaron ser una piadosa esperanza. Una buena parte de la intervención de Bujarin el 27 de junio consistió en una crítica extremadamente enérgica de las opiniones de sus oponentes en la cuestión del programa, al igual que su conferencia en el congreso anterior. Es significativo que, mientras que en 1922 fue Karl Kautsky quien fue objeto de una crítica pública, en 1924 las agudas polémicas se dirigían contra uno de «los suyos», concretamente el comunista alemán Boris Ronninger, que había sido tan imprudente como para aventurarse a hacer un análisis crítico del borrador del programa de Bujarin. La disputa abarcó muchos temas, y Bujarin no pudo evitar preguntarse por qué los editores de la revista del KPD, Die Internationale, publicaban «cualquier basura» sin censura previa. A pesar de que las exposiciones de Ronninger contenían algunas polémicas agudas, los delegados no pudieron dejar de observar el brusco cambio en el estilo de la discusión. Aunque un funcionario de rango medio del partido sirvió de chivo expiatorio, los ataques de Bujarin estaban dirigidos, sin embargo, a la «antigua» dirección del KPD en su conjunto, porque estaban retrasando la adopción del programa. Todo el congreso se caracterizó por la censura de los «errores de derecha» no solo de Brandler y Thalheimer, sino también de Karl Radek, que había sido enviado al ECCI por el KPD, lo que colocó a sus oponentes en una posición bastante ventajosa.

La Comintern en su conjunto, o, para ser más exactos, la tendencia del «comunismo democrático», que en los primeros años fue defendida sobre todo por los líderes que surgieron de las filas de la socialdemocracia europea, estaba destinada a fracasar. El «nosotros» cada vez más reducido y el «ellos» cada vez más numeroso en el debate político, e incluso en el marco del debate sobre el programa, era el reflejo no solo del recrudecimiento de la lucha dentro del propio PCR(B), sino también de la aplastante derrota de los comunistas en el extranjero, entre los que se buscaban con recelo «desviados» y «errores oportunistas». Esto condujo a una presión cada vez mayor sobre los partidos comunistas para que «se comprometieran» con una «visión del mundo» común, porque, como señaló Bujarin en su intervención en el congreso, las vacilaciones filosóficas creaban un terreno fértil para las desviaciones políticas. De este modo, la historia del bolchevismo se proyectó sobre todo el movimiento comunista, por lo que pronto se elaboró el concepto de «bolchevización».

Los líderes del PCR(B), aferrados a la esperanza de un nuevo auge revolucionario, descubrieron que los detalles de los acontecimientos europeos en los que basaban su lucha política se alejaban continuamente de su campo de visión. Aunque destacaron la importancia internacional del experimento de la NEP, obstaculizaron la elaboración de cualquier táctica para los partidos comunistas durante el período de «retirada» hasta que realmente tomaron el poder. El 27 de junio de 1924, Bujarin subrayó que los problemas de la NEP serían la «parte más importante» de su discurso. Afirmó que las formas económicas socialistas establecidas por el proletariado tras su toma del poder suprimían las formas económicas más atrasadas, no oficialmente, sino «sobre la base de la competencia del libre mercado». Este último se presentaba como «un método completamente nuevo y especial de la lucha de clases». Bujarin afirmó que la NEP no representaba una corrección del comunismo de guerra, sino todo lo contrario.

En contraste con esto, Thalheimer manifestó una actitud bastante cautelosa hacia la NEP, mientras que consideraba el comunismo de guerra como una «necesidad de la estrategia revolucionaria». Su contribución representaba un resumen detallado del trabajo de la Comisión del Programa en vísperas del congreso. Thalheimer afirmó que «la última cuestión, a saber, los principios de táctica y estrategia, aún no había sido abordada por la comisión», y que su solución dependería de los acuerdos del congreso con respecto a otras cuestiones.

La solución dependía en mayor medida aún de las interrelaciones dentro de las direcciones de la Comintern y del PCR(B). La represión del «octubre alemán» en 1923 y los cambios posteriores entre los cuadros dirigentes privaron de su poder real al más importante defensor del programa mínimo, Karl Radek. En estas condiciones, Bujarin volvió a su propuesta original. En su discurso de clausura sobre el programa, probablemente el más breve de su carrera política, describió las enmiendas introducidas por la Comisión de Programa y las descartó por considerarlas de carácter secundario. La tesis de la «intervención roja» fue eliminada del proyecto. Sin embargo, esta fue la modificación más importante: «Hemos suprimido no solo el desarrollo ulterior de la táctica del frente único, sino también la consigna de un gobierno obrero y campesino»

Esta decisión no quedó reflejada en el acta. En la siguiente sesión, la décima, de la Comisión de Programa, celebrada el 3 de julio, la cuestión quedó circunscrita al establecimiento de una «subcomisión», que debía elaborar una propuesta por escrito. Los delegados alemanes intentaron de nuevo aplazar la adopción del borrador, pero sin éxito. Al parecer, los delegados ni siquiera tenían en sus manos el texto del borrador del programa el 8 de julio,

cuando se llevó a cabo la votación, y este salió a la luz por primera vez con la publicación de los materiales del congreso. Lo único que ocurrió fue que Bujarin introdujo algunos cambios insignificantes en su borrador de 1922, y esta vez consiguió que se aceptara como base oficial y única para el debate. La forma enérgica de resolver las cuestiones políticas resultaba atractiva por su simplicidad, de modo que ni siquiera los «liberales» más empedernidos de la dirección bolchevique se ofendieron por su uso.

La decisión del V Congreso sobre la cuestión del programa significó la derrota definitiva de los «pragmáticos» que apoyaban a Radek y Thalheimer. Estos cuestionaban la opinión de que la victoria de la revolución socialista mundial sería cuestión de meses o años. Este grupo subrayaba la existencia de un «período de transición», en la habitual fraseología radical, y la consiguiente necesidad de que los comunistas elaboraran una táctica responsable. El intento de introducirla «desde abajo» sin una decisión previa del Politburó provocó una resistencia decidida en Moscú. Y si el ejemplar frente único de 1921 fue aprobado por Lenin y confirmado como la línea indispensable para todos los partidos comunistas, entonces el curso de 1923 de una unión con los «bolcheviques nacionales» —ejemplificado en el discurso de Schlageter— fue una iniciativa personal de Radek. El aplastamiento del «octubre alemán» en ese mismo año sirvió de pretexto al Politburó del PCR(B) para reducir a cero la influencia política de los «pragmáticos» en el KPD y la Comintern. Las esperanzas de estos últimos de vengarse en el frente ideológico resultaron infundadas tras la «revisión» del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de enero de 1924 y tras los cambios en la cúpula dirigente en el Congreso de Fráncfort del KPD en abril de 1924.

Sería una simplificación afirmar que los «teóricos» bajo el liderazgo de Bujarin solo defendían la continuación del período heroico. Paradójicamente, su actitud era menos agresiva y ponía más énfasis en la reestructuración dentro de su propio grupo para lograr una «estabilidad relativa», en lugar de buscar nuevos métodos para asaltar los bastiones del capitalismo. El programa de la Comintern se convirtió en un instrumento clave para la «bolchevización» de las secciones nacionales y, naturalmente, el denominador común se centró en los objetivos finales, más que en las consignas transitorias. Las teorías dogmáticas en el debate sobre el programa de la Comintern, fruto de su victoria en 1924, eran manifestaciones de la misma lógica que la implantación del «leninismo» en la ideología «interna» de la Unión Soviética. La pérdida de la esperanza en la revolución mundial provocó en los dirigentes del PCR(B) sentimientos tan contradictorios como

el cultivo de la tradición leninista. Solo cabía esperar su embalsamamiento y su uso como ídolo.

Tras la conclusión del V Congreso, se produjo una larga pausa en el trabajo sobre el programa. Aunque la resolución adoptada el 6 de julio de 1924 obligaba a la Comintern a establecer una comisión permanente para preparar un borrador final del programa a tiempo para el próximo congreso, esta decisión nunca se llevó a cabo. Los líderes rusos de la Comintern —sobre todo Bujarin y Zinóviev— se vieron envueltos en la vorágine de los conflictos internos del partido. Se alternaban entre sí en los bloques y agrupaciones del partido de la dirección del PCR/Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique) (PCU(B)), jugaban constantemente sus «cartas» de la Comintern, acusando a sus oponentes de menchevismo y de traicionar los intereses de la revolución mundial.

En tales circunstancias, era imposible realizar un trabajo programático positivo. Las secciones extranjeras siguieron atentamente el curso de esta lucha, aunque tenían claro que el vencedor asumiría en el futuro la posición de ideólogo principal del movimiento comunista internacional.

En abril de 1926, Zinóviev, presidente de la Comintern, recordó la necesidad de elaborar un programa, y sus propuestas llegaron inmediatamente a Bujarin a través de Pepper, miembro del CEIC. Los representantes de las secciones más grandes en Moscú presentaron propuestas para la composición de la resucitada Comisión del Programa, que nunca llegó a reunirse. Al igual que el congreso mundial ordinario de la Comintern nunca se celebró en 1926, solo después de que la lucha por el liderazgo en el PCU(B) concluyera con la victoria del «duunvirato» de Stalin y Bujarin, este último tomó medidas para cumplir las promesas que había hecho anteriormente.

«El borrador de los camaradas Stalin y Bujarin se presentó ante el Politburó...».

Las relaciones entre el partido bolchevique y las demás secciones de la Comintern cambiaron radicalmente en 1928. Diez años antes, habría sido difícil imaginar que los preparativos del documento más importante de la Comintern se llevaran a cabo en secreto, sin tener en cuenta a los camaradas extranjeros. Pero los tiempos de «igualdad» y «fraternidad» habían pasado, y el aparato de la Comintern exigía una disciplina férrea y la subordinación a la jerarquía del Kremlin.

Sin embargo, la Comintern no escatimó esfuerzos para mantener la imagen de «igualdad de derechos». Todas las cuestiones que habían sido decididas de antemano por la delegación del PCU(B) ante el CEIC siguieron

entonces la vía formal de discusión a través de las estructuras regulares de la Comintern. La cuestión del programa no fue una excepción a la regla.

El 12 de enero de 1928, el Politburó del PCU(B) tomó la decisión de formar una Comisión de Programa interna integrada por Stalin, Rykov, Molotov, Varga y Bujarin. Un mes después, el «Senioren Konvent» del X Pleno del CEIC tomó una decisión especial, que sometió una nueva variante del borrador del programa a los miembros de la delegación de la PCU(B). Más tarde, en el Pleno de julio del Comité Central, Bujarin reconstruyó el curso de los acontecimientos con estas palabras:

Para la ejecución de esta decisión, el Politburó nombró una comisión que, a su vez, creó un subcomité entre sus filas, compuesto por el camarada Stalin y yo. Revisamos el borrador una vez más y lo entregamos aproximadamente en la forma en que se presenta hoy. El borrador fue entonces respaldado por el Politburó de nuestro partido y, después de ser firmado por los dos camaradas mencionados, se entregó a la comisión de informes.

Bujarin no mencionó que el borrador era en un 90% fruto del trabajo suyo y de sus ayudantes. El 15 de marzo fue relevado de todas sus funciones durante dos semanas y el 3 de abril envió el nuevo documento a Stalin, Molotov y Rykov. En la carta de presentación se señalaba que las propuestas se presentarían como si procedieran únicamente de Stalin. Esto no fue casual, ya que Stalin, el «maestro del partido», seguía con envidia todos los éxitos de Bujarin, el «niño mimado del partido» (como lo describió Lenin), en el frente ideológico. Era plenamente consciente de que el programa de la Comintern no sería un documento político cualquiera.

En su legendaria conversación con Kámenev en julio de 1928, Bujarin explicó: «Stalin ha estropeado mi programa en muchos aspectos... Le impulsa el deseo de ser reconocido como teórico. Cree que es lo único que aún no tiene».

El plan de Stalin para la estructura del programa reforzaba significativamente su acento «ruso». El énfasis ya era evidente en la introducción: «La existencia de la URSS significa la crisis orgánica del sistema capitalista mundial». Stalin estableció tres categorías de países: imperialistas, coloniales y «repúblicas soviéticas»; y en la sección sobre el período de transición, propuso las siguientes etapas de transición: comunismo de guerra, NEP y construcción socialista. De este modo, el secretario general del PCU(B) reveló que, incluso antes de la abolición efectiva de la NEP, tenía la intención de «iniciar el socialismo» sin la ayuda de los mecanismos del mercado. Mientras que Bujarin aún vería esperanzas en la revolución proletaria mundial en el sentido clásico, Stalin necesitaba un documento «para uso

interno», con el fin de enfatizar una vez más la singularidad del experimento socialista en la URSS.

Las diferentes perspectivas de los dos líderes del partido no eran desconocidas para quienes les rodeaban. Uno de los primeros lectores del borrador de abril, el viejo bolchevique A.A. Dvorin, comentó las propuestas de Stalin escribiendo:

Por un lado, al dedicar solo una sección del programa a la URSS, disminuimos demasiado su importancia, mientras que, por otro lado, limitamos el programa en el tiempo, ya que la importancia de la URSS tras la toma del poder en dos o tres países importantes cambiará gradualmente, mientras que todas las demás secciones del programa conservarán toda su fuerza. Además, de este modo, el programa adquiere un carácter aún más «ruso». Debemos evitarlo.

El borrador del programa fue elaborado apresuradamente durante el mes de abril por el aparato de Bujarin, sobre todo por sus ayudantes entre los «profesores rojos» Grolman e Idelson. Los rastros de la evidente prisa desaparecieron del borrador original y se hizo hincapié repetidamente en el «liderazgo ruso». Bujarin insistió en el reconocimiento oficial de sus hijos adoptivos, aunque ello supusiera una doble paternidad. En el acta de la sesión del Politburó del 23 de abril de 1928 parece una nota categórica con el fin de «legalizar» lo ya hecho: «Los camaradas Bujarin y Stalin proponen una moción para elaborar el borrador de un programa de la Comintern en un plazo de cuatro días y presentarlo ante el Politburó».

El 3 de mayo, los miembros del Politburó no lograron familiarizarse con el documento presentado, por lo que fue aprobado por primera vez en la siguiente sesión, el 7 de mayo. Se decidió presentar el borrador al CEIC con las firmas de Stalin y Bujarin, lo que, para el primero, debió de suponer una satisfacción temporal de su «deseo de reconocimiento como teórico».

La discrepancia entre el borrador original (de abril) y el presentado al Komintern atestigua la utilización de esta última versión. El estilo de Bujarin, que por su estructura y laconismo parecía un informe taquigráfico o un comentario verbal, pasó a ser una característica secundaria. Aunque los borradores ape

nas difieren en cuanto al contenido, las revisiones introducidas a lo largo de un mes aproximadamente permiten extraer ciertas conclusiones sobre la distribución del poder en la dirección del PCU(B) en vísperas del «gran cambio».

Así, la típica descripción «eurocéntrica» (para Bujarin) del curso de la revolución mundial desapareció del borrador de mayo:

La fragmentación de Europa, su relativa insignificancia en comparación con el poderoso y fuertemente armado imperialismo estadounidense, la madurez de la crisis del proletariado incluso en Europa, todo ello hace indispensable la consigna de los Estados Unidos Socialistas Soviéticos de Europa, como transición hacia una unión euroasiática y, finalmente, mundial de los Estados proletarios.

Además, parece que apareció una formulación más elástica sobre los vínculos federativos de las repúblicas soviéticas del mundo, ya que se subrayó que las «colonias liberadas del yugo del imperialismo» podían unirse a ellas. Sin embargo, la principal diferencia entre los borradores de abril y mayo surgió en la interpretación de los «fundamentos de la política económica de la dictadura proletaria». En realidad, se trataba de interpretaciones diferentes del «experimento ruso» y, en particular, de la NEP. La declaración de Bujarin no solo repetía sus ideas expuestas en el V Congreso sobre el uso de la «palanca de la economía de mercado» en el camino hacia el socialismo, sino que también ofrecía una explicación de las mismas. El borrador de abril subrayaba: «El proletariado victorioso debe encontrar la relación correcta entre aquellas esferas de la producción que pueden centralizarse y dirigirse fácilmente en una economía planificada, y aquellas esferas que solo pueden convertirse en una carga para él». Se hacía hincapié en que «estas últimas deben estar subordinadas solo en parte».

Naturalmente, en las condiciones del «giro a la izquierda» que se produjo no solo en la Comintern, sino también en la política interna de la URSS, tales afirmaciones se alejaron cada vez más de la realidad. Stalin fomentó conscientemente la lucha de clases en el campo mediante la colectivización forzosa, y necesitaba el reconocimiento de la tesis según la cual la lucha de clases tenía que agudizarse inevitablemente durante el proceso de construcción socialista. En los escritos de Bujarin se insinuaba algo contrario: «En la fase de la dictadura proletaria, la lucha de clases adquiere, en grado decisivo, el carácter de una lucha económica entre dos formas económicas que compiten entre sí, las cuales, en la fase mencionada, también pueden desarrollarse en paralelo».

Además, Bujarin dio una explicación de ese «crecimiento» que pronto representó la base para la fabricación estalinista de los «desviados de derecha»:

El proletariado debe prestar especial atención y extremo cuidado a la frontera entre los sectores urbano y rural, de modo que la actividad de los campesinos no se vea socavada en modo alguno por motivos personales, y

que estos motivos, por ejemplo y con el apoyo de la producción agrícola colectiva, sean sustituidos paso a paso por los motivos de la agricultura cooperativa.

Todas las ideas anteriores desaparecieron del borrador del programa que se presentó al CEIC. Stalin era consciente del poder de su aparato y estaba dispuesto a entrar en un conflicto abierto con el Politburó, mientras que el «teórico más capaz del partido», como todavía se consideraba a Bujarin, se encontraba en un proceso de declive constante.

La Comisión del Programa convocada por el presidium del CEIC no tuvo ni el tiempo ni el valor para revisar seriamente el borrador. Stalin no asistió a ninguna de sus tres sesiones, mientras que Bujarin se explayó en monólogos en los que explicaba sus ideas sobre los cambios fundamentales. [60] Los miembros de la comisión convocados en Moscú ni siquiera tuvieron la posibilidad de ver detenidamente el documento que se les presentó, por lo que se vieron obligados a confiar en la autoridad del líder ruso. Las 45 modificaciones de la comisión fueron de carácter editorial o complementario y no afectaron ni a la estructura ni a los fundamentos del borrador que se les presentó.

El borrador fue aprobado el 25 de mayo y publicado poco después en las publicaciones periódicas de la Comintern. Los materiales del CEIC sobre el debate del borrador en la URSS, que acumulaban polvo en los archivos, muestran que este tenía un carácter improvisado y ostentoso. Los participantes, en su mayoría profesores de ciencias sociales o investigadores del marxismo, se mantuvieron muy dentro de los límites de lo admisible. Sin embargo, en sus comentarios sobre la URSS no había nada de esos elogios grandilocuentes que caracterizaban la vida social del país en la época del ascendente «culto a la personalidad».

El documento en sí estaba lejos de la perfección estilística y la armonía interna, lo que daba motivos suficientes para criticarlo. Litvinov, empleado de la editorial estatal Goslitisdat, escribió:

El borrador se refiere a cuestiones de actualidad y, en algunos pasajes, recuerda más a un artículo de fondo de *Pravda* que al programa del partido comunista mundial. En el borrador, la posibilidad de revoluciones en otros países además de la URSS ocupa un espacio demasiado reducido.

Clara Zetkin intervino para oponerse al punto de vista que consideraba a la Unión Soviética como el «componente más importante de la revolución internacional», observando con razón que el principal potencial se concentraría en los países donde esta revolución aún no había ver.

Las críticas dirigidas al «carácter ruso del programa» también se hicieron oír en el Pleno de julio del Comité Central del PCU(B), donde la cuestión del

programa era un punto separado del orden del día. N. Ossinsky, que había participado en la elaboración del borrador, intentó explicar los problemas de una manera bastante suave:

Si se habla del carácter ruso del programa, yo diría que, políticamente, no es «ruso», sino quizás «moscovita», si se parte de la base de que desde aquí no podremos ver algunos fenómenos nuevos que están a punto de surgir lejos de aquí.

En esta discusión se puede encontrar, aunque sea de forma tentativa, la cuestión de la progresiva degradación de la Comintern y la transformación de su aparato central en un subdepartamento de la dirección del partido ruso.

Los dirigentes del PCU(B) comprendieron con precisión que los documentos de la Oposición Conjunta de Trotsky y Zinóviev también insinuaban estos sentimientos. En su discurso en el pleno, Stalin planteó esta pregunta de manera incisiva:

Parece que algunos camaradas consideran que, en su esencia, el borrador del programa no es del todo internacional porque, según ellos, tiene un carácter «demasiado ruso»... Pero ¿qué hay de malo en eso? ¿Es nuestra revolución, en su *carácter*, una revolución nacional y solo nacional, y no una revolución eminentemente internacional? Si es así, ¿por qué la llamamos *base* del movimiento revolucionario mundial, *instrumento* para el desarrollo revolucionario de todos los países, *patria* del proletariado mundial? Había personas entre nosotros —nuestros opositores, por ejemplo— que consideraban que la revolución en la URSS era exclusivamente o principalmente una revolución nacional. Fue en este punto donde fracasaron. Es extraño que, parece, haya personas en torno a la Comintern dispuestas a seguir los pasos de los opositores.

El estilo característico de la argumentación de Stalin fue la primera indicación directa de que si se hablaba del «carácter ruso del programa», esto iba dirigido contra el partido en su conjunto. En vísperas del congreso, esto era prácticamente una prohibición administrativa para discutir este asunto: casi ninguno de los miembros del Comité Central del A-UCP(B) se habría arriesgado a ver levantarse sospechas de tener vínculos trotskistas.

En su discurso en el pleno, Bujarin se concentró en analizar «todas las abominaciones de la socialdemocracia». La analogía aquí es obvia: si el mayor enemigo del bolchevismo dentro del país eran los opositores que se

habían infiltrado en el partido, entonces el mayor enemigo de la Comintern también se encontraba no muy lejos, dentro del propio movimiento obrero. Los ataques vacíos contra los partidos de la Segunda Internacional impidieron a los teóricos elaborar un análisis racional de la situación. Cualquier mención positiva de los socialdemócratas conllevaba el riesgo de ser excomulgado.

Bastó con que el líder de la Profintern, Lozovsky, mencionara la existencia de un potencial positivo entre los socialdemócratas para que Bujarin lo rechazara. Este último, obviamente, no tuvo en cuenta las particularidades de la lucha política en los países democráticos de Europa, donde los trabajadores tenían la posibilidad de comparar por sí mismos esta o aquella plataforma y este o aquel líder sindical. Al rebajar por consideraciones tácticas su propio programa al nivel de un panfleto antissocialdemócrata, los líderes de la Comintern se aislaron con un «telón de acero» del importante número de trabajadores europeos que observaban con cierto interés el experimento social en el Este, pero que al mismo tiempo no estaban dispuestos a romper con sus propios partidos.

Así, se ignoraron las voces de aquellos miembros del movimiento comunista que, sin debilitar su crítica a la socialdemocracia, pedían una reflexión sobria sobre las raíces sociopolíticas del reformismo: «Las masas del proletariado, las masas trabajadoras... temen la revolución y los sacrificios que conlleva. Prefieren esperar la paz civil con el enemigo de clase antes que confiar en su propia fuerza revolucionaria». El comunista holandés A. De Vries defendió en la prensa y en su contribución al VI Congreso, utilizando Austria como ejemplo, la absurda tesis de que los líderes de la socialdemocracia habían sido comprados por la burguesía con el excedente de las colonias. Sin observar la realidad de las relaciones de clase en la Europa de entreguerras, la dirección bolchevique profetizó para el «menchevismo internacional» el mismo destino que había ver corrido sus antiguos compañeros de partido en la Rusia soviética.

El 16 de julio de 1926, la delegación del PCU(B) en la Comintern declaró que la adopción del programa en el congreso sería inevitable. Superficialmente, esta decisión fue beneficiosa para Bujarin, como compensación por las concesiones en la esfera económica que hizo en el Pleno de julio del Comité Central.

La cuestión del programa en el VI Congreso

El 17 de agosto de 1928, delegados de 57 países se reunieron en la Sala de las Columnas para la inauguración del VI Congreso de la Comintern. El hecho de que, por primera vez, el congreso no se celebrara en el Kremlin hablaba por sí solo. La «revolución mundial» ya no era el punto cardinal de la ideología y la política de los bolcheviques, que se estaban convirtiendo cada vez más en estalinismo. En el propio congreso, el debate sobre el programa demostró la fuerte influencia del «factor ruso», aunque también influyeron otros factores.

Sobre todo, llamó la atención la ausencia de gran parte de los principales ideólogos del partido ruso que, en su momento, habían pertenecido al «Estado Mayor de la Revolución Mundial», pero que habían visto en 1926-27. La reagrupación de los cuadros dirigentes incluía no solo a la izquierda, sino también a la derecha. Así, Thalheimer, uno de los copONENTES de Bujarin en los congresos IV y V, presentó sus propuestas sobre el proyecto de programa, pero no fue admitido ni en el congreso ni en los trabajos de la comisión. Hubo incluso peticiones para que las propuestas de los opositores sobre el borrador del programa se excluyeran en su totalidad del material del Congreso, como las del delegado alemán Hermann Duncker, aunque estas propuestas fueron rechazadas después de que Clara Zetkin y Bujarin plantearan objeciones.

El debate en la Comisión del Programa en su conjunto mostró un carácter más abierto y agudo que las observaciones realizadas durante las sesiones plenarias del congreso. La promesa de publicar el material elaborado por la comisión quedó, no por casualidad, sin cumplir tras la salida de Bujarin de la Comintern. La conclusión del trabajo programático no permitió, a pesar de todos los llamamientos, un debate libre y franco entre quienes desarrollaban modos de pensamiento monolíticos. Los teóricos oficiales del CEIC eran conscientes de que una palabra equivocada podía acabar con una carrera. En unas condiciones en las que la lucha por el liderazgo en el PCUS(B) aún no se había decidido, todo el mundo prestaba atención a los cambios coyunturales y cada uno tenía que abrirse camino entre los matices del juego, que parecen de forma intermitente cuando se debatía el programa.

Como es sabido, este destino también corrió la discusión del programa en la prensa comunista. En una encuesta elaborada por el CEIC la víspera de la apertura del congreso, se observó un predominio de comentarios de miembros del PCUS(B), precisamente en un momento en que las secciones extranjeras se definían a sí mismas a través de su orientación hacia las propuestas oficiales. En la prensa de los partidos comunistas, el debate fue

prácticamente inexistente, excepto en *Pravda*, que comenzó a publicar un documento especial para debatir el programa.

Según la declaración del aparato del CEIC, cuatro quintas partes de los comentarios eran artículos sobre el período de transición, aunque al mismo tiempo se expresaban críticas a la «transferencia mecánica del experimento ruso a otros países». Predominaba la creencia en la «doctrina de izquierda», que para los activistas del partido abarcaba el ámbito típico de la glorificación de la guerra civil. Por lo tanto, el comunismo de guerra se consideraba una etapa inevitable de la revolución, mientras que la NEP pertenecía a las peculiaridades de la revolución rusa. Al preparar su estrategia del «gran giro», Stalin se basó obviamente en esta ideología.

La presión de la izquierda era perceptible en otro punto, en el que los comunistas extranjeros marcaban la pauta. Se trataba de la intensificación de la lucha contra la socialdemocracia. Los alemanes Lenz (Winternitz) y Günter exigían que no solo los líderes, sino toda la organización, fueran clasificados en la categoría de «fuerzas contrarrevolucionarias», mientras que el polaco Spiss consideraba insuficiente el énfasis en su «carácter fascista». Tras haber iniciado el «golpe de izquierda» dentro de la Comintern, Bujarin se vio obligado a recurrir a sus colaboradores políticos para frenar la energía destructiva latente de la nueva táctica.

Las diferentes evaluaciones de la socialdemocracia causan una impresión sorprendente cuando se comparan las enmiendas de las delegaciones alemana e italiana al borrador del programa. Mientras que la primera hacía hincapié en los peligros particulares del ala izquierda de la socialdemocracia y asumía que el movimiento en su conjunto «se acerca al fascismo en su ideología», la segunda criticaba esta tesis: «El error que identificamos en el borrador del programa es un uso demasiado general de la palabra «fascismo», que, en contraste con la socialdemocracia, representa el único y general método de la dictadura «abierta» de la burguesía».

En la segunda sesión de la Comisión de Programa del congreso, celebrada el 1 de agosto, Bujarin pidió que se concretara el programa. Motivó esta petición mencionando el crecimiento de las secciones nacionales y las dificultades de las tareas a las que se enfrentaban. El otro método de enfoque, dar a cada miembro del partido libertad para determinar sus propias tareas claramente definidas, no se abordó en absoluto. Era el resultado de la concepción simplista de que la sociedad podía funcionar como un enorme mecanismo y que cada pequeño tornillo y cada engranaje podían controlarse. En muchos aspectos, esto expresaba el espíritu de la época, impregnado de la creencia en las posibilidades ilimitadas de la ciencia y la tecnología.

Este «método de enfoque global» incluso distinguía la concepción de Bujarin sobre la estructura del programa. Propuso considerar la revolución proletaria, los levantamientos en las colonias y la lucha de liberación nacional «no como partes mecánicamente distintas, sino en su correlación y en el efecto combinado de todos estos procesos, que caracterizan el proceso de la revolución mundial en su conjunto y en general». Un componente de este balance era el «acercamiento de la segunda época de guerras imperialistas», en la que los teóricos de la Comintern veían la oportunidad de una nueva transformación revolucionaria del mundo.

El intento de algunos miembros de la Comisión del Programa de hacer que la historia de la humanidad comenzara en 1917 se topó con la resistencia decisiva de Bujarin:

Si no consideramos nuestro movimiento como la continuación de lo mejor que nos precedió y no vemos toda la herencia de Marx, Engels y todos los movimientos revolucionarios detrás de nosotros, se nos acusará de ser una formación completamente nueva que ha venido de Asia y ha arruinado todo en el mundo.

Pero con ello también arrojó todo el conocimiento acumulado por personas ajenas al canon marxista al «basurero de la historia». Se hizo una excepción explícita para la formación de la teoría de la crisis de Rosa Luxemburg; sin embargo, compañeros de armas atentos —Sultanzade, el representante de Persia— acusaron a Bujarin de adoptar así las opiniones de Hilferding.

Sin una síntesis del conocimiento académico mundial, las innovaciones teóricas del programa quedaron en el aire. Las caracterizaciones de los oponentes políticos en la Comintern que se insertaron en él tuvieron una importancia incomparablemente mayor. La cuarta y quinta sesiones de la Comisión del Programa se dedicaron por completo a la evaluación del fascismo. Los participantes en el debate, que solo vieron la variedad italiana del fascismo, lo contrastaron con los métodos socialdemócratas de influir en las masas, pero no con la política parlamentaria en su conjunto. Bujarin rechazó la perspectiva de una toma de poder completa de la democracia burguesa por parte del fascismo, coincidiendo con el delegado checo P. Reiman.

Más realistas eran las opiniones promovidas por Lominadze y Varga, que profetizaban que la política parlamentaria en todos los países imperialistas estaría inevitablemente impregnada de fascismo. La mayoría de los miembros de la comisión estuvieron de acuerdo con la tesis de la «bancarrota de

la política parlamentaria» en la época contemporánea, aunque sin una rígida conformidad con las ideas sobre el fascismo. Al enumerar las características de la «bancarrota», Bujarin evitó por poco cometer un lapsus: «Por esa misma razón, de forma espuria y falsa, surge la pregunta en las filas del partido de si, en estas circunstancias, no debemos defender las libertades burguesas». Este importante comentario contradecía claramente el *leitmotiv* del «giro a la izquierda». Y la Comintern volvió a él más tarde, después de que el ascenso al poder de Hitler hubiera demostrado ampliamente el potencial antidemocrático del fascismo.

En las sesiones de la comisión de los días 10 y 11 de agosto se produjeron de nuevo acaloradas discusiones en un debate sobre el nombre de la época de transición tras la victoria de la revolución proletaria. Lominadze, que estaba al tanto de la lucha por la sucesión en el Politburó —se refirió a la decisión del Pleno de julio del Comité Central del PCUS(B)—, pidió que se completara el programa con la siguiente alusión: «Tras la toma del poder por el proletariado, la lucha de clases se intensificará enormemente, y esta intensificación también es inevitable en el curso posterior de la construcción socialista». Además, negó la necesidad de la NEP durante el período de transición para los países altamente desarrollados, ya que allí sería posible «otra vía para la construcción del socialismo».

Aunque Stalin intercedió en el pleno a favor de la idea de la irrevocabilidad de la NEP para todos los países, era un secreto a voces que la función de Lominadze era reconocer los frentes de batalla. Bujarin aceptó la declaración de guerra y, al hacerlo, intervino enérgicamente en contra de la adopción de la tesis de la intensificación de la lucha de clases:

Este peligro puede ser grave si cometemos algún error. Sin embargo, en general creo que las capas de la burguesía y el campesinado se pasarán cada vez más a nuestro lado, y no al contrario... La tendencia básica del período de transición no es la intensificación de las contradicciones de clase, sino su disminución. Y, por lo tanto, aquí no habrá una tercera revolución, sino una sociedad comunista.

Sin embargo, la campaña de colectivización radical, iniciada tras el aplastamiento de la «desviación de derecha» en la dirección del PCUS(B), fue en realidad una declaración de guerra contra la mayoría de la población. Esto pasó a los libros de historia como la «revolución estalinista desde arriba».

Debido a los dramáticos acontecimientos del «congreso del pasillo» en segundo plano, los debates sobre el programa en las sesiones plenarias parecían bastante aburridos. El 9 de agosto, Bujarin pronunció un discurso ante los delegados del congreso sobre esta cuestión, aunque la Comisión del

Programa apenas había comenzado a debatir el cuarto capítulo. Su discurso no contenía ningún impulso nuevo y recordaba, sobre todo, aquellas formulaciones populares que eran obligatorias en el diccionario del movimiento comunista internacional durante medio siglo: «el programa de la dictadura proletaria mundial», «la ciudad mundial y la aldea mundial», «el camino no capitalista del desarrollo».

Una y otra vez, Bujarin volvió al tema que más le preocupaba en ese momento: el destino de la NEP. Bajo la presión de sus oponentes, reconoció sin duda la «probabilidad» del comunismo de guerra tras el establecimiento de la dictadura del proletariado, aunque se negó a reconocer su «carácter inevitable». En los países altamente desarrollados, «las fuerzas del proletariado serán gigantescas y verá un amplio abanico de posibilidades a la hora de organizar una periferia económica. De este modo, surge la posibilidad de una política fundamentalmente diferente. Hoy en día aún no sabemos con precisión cuál sería. Esperemos que no sea la del comunismo de guerra». Es característico que ningún representante del PCUS(B) interviniera en los debates plenarios. La «cuestión rusa» fue relegada conscientemente a un segundo plano. Sin ella, el debate carecía de vigor, sobre todo porque la inmensa mayoría de los oradores eran miembros de la Comisión de Programa y, por lo tanto, ya habían tenido la oportunidad de expresarse. Las discusiones sobre conceptos como el capital financiero, el socialismo integral o la dialéctica materialista quedaron relegadas al escolasticismo; el espíritu combativo de la organización brilló por su ausencia debido a ello, pero también estaba preparado para un cambio radical.

Las «tareas internas» asignadas a las delegaciones de tal o cual partido se dedicaron a los problemas del país respectivo, y solo en raras ocasiones se dio espacio en el debate a los verdaderos problemas internacionales. En cualquier caso, el fascismo se examinó con algo más de precisión en los debates. Aquí chocaron dos extremos: el deseo de discernir la tendencia hacia una toma del poder fascista en todos los países sin excepción, que surgía de la crisis del capitalismo, y la actitud bastante más diferenciada de describir la especificidad del fascismo como uno de los métodos utilizados para la preservación del poder burgués.

Semard, el delegado francés, se pronunció en contra de identificar el fascismo con cualquier régimen reaccionario que resultara conveniente para el argumento. El italiano Serra (A. Tasca) también hizo una contribución en este sentido. En oposición a esto, el delegado alemán Philipp Dengel expuso la opinión de este último y, al hacerlo, afirmó en particular que «la aproximación ideológica del reformismo al fascismo ya se había convertido en una realidad hacía mucho tiempo, ver». Bajo el impacto de la discusión, Bujarin

rectificó y redefinió su actitud hacia la cuestión del programa en su discurso de conclusión. De frases generales sobre la bancarrota del parlamentarismo, pasó al análisis del «mecanismo del fascismo», reconociendo así el carácter de masas de este movimiento. Se rechazó la tesis de que el peligro fascista solo sería realmente grave en los Estados más pequeños, en los que los vestigios autoritarios y feudales seguían siendo poderosos. «El atraso de tal o cual país y la falta de colonias no tienen una importancia decisiva; es la ruina de tal o cual sistema capitalista lo que sirve de condición previa para el fascismo».

El estrecho marco de la discusión del programa vino dado por la experiencia de la bolchevización de la Comintern, en la que el recuerdo del destino de la oposición en el PCUS(B) desempeñó un papel nada desdeñable. Fue precisamente en las disputas internas del partido donde comenzaron los argumentos basados en el examen de las autoridades, y el pulso de la vida real se perdió tras la acumulación de citas. Todos los intentos de alejarse del canon establecido terminaron poco a poco. La lucha por la pureza de la cosmovisión comunista se había convertido en una inquisición del partido.

Un episodio lo resumió. Dengel, en su discurso, mencionó que Lenin había complementado el marxismo, y esto no pasó desapercibido. Bujarin afirmó que «complementar» significaba «introducir algo completamente nuevo», y otras interpretaciones eran sinónimas de la caída del ser humano. El resultado de una década de evolución del movimiento comunista internacional fue, en la práctica, la prohibición del desarrollo de la teoría y su sustitución por la recitación y la interpretación de los «clásicos». A través de este estilo, la vida espiritual de la Comintern se acercó a la de la «orden de caballeros», como Stalin solía llamar al partido bolchevique. En esta coyuntura, este estilo garantizaba la afluencia de elementos izquierdistas y permitía el establecimiento de una estructura rígida y vertical en el movimiento. Sin embargo, tras el fin del periodo «Sturm und Drang», las consecuencias negativas superaron cada vez más a las positivas y llevaron a los comunistas al callejón sin salida de un dogmatismo infructuoso.

El 14 de agosto, el congreso aprobó el borrador del programa en su conjunto y poco después decidió los pasos para adoptar su versión definitiva. El método de trabajo de la Comisión del Programa evidentemente no le permitió completar la labor en el plazo asignado, por lo que Bujarin ya había propuesto, el 11 de agosto, acortar la sesión de la comisión y seleccionar un pequeño grupo y facultarlo para concluir el asunto. Además de Bujarin, el grupo estaba compuesto por el suizo Humbert Droz, el alemán Lenz y el ucraniano Skrypnyk como coautores. Stalin se encontraba en el Cáucaso, por

lo que Molotov, su colaborador más cercano en aquel momento, fue nombrado miembro de la comisión. La «pequeña comisión» trabajó en una dacha en el pueblo de Arkhangelsk, cerca de Moscú. El 25 de agosto, los delegados regresaron a la sesión del congreso con la versión final del borrador.

El tamaño del borrador aumentaba día a día, sobre todo por las «secciones» individuales (sindicatos, movimiento anticolonial, la cuestión de la mujer, etc.) y las direcciones nacionales individuales. Bujarin amplió el comienzo del capítulo más breve sobre «la exposición precisa de las infamias socialdemócratas», pero no obtuvo la mayoría. Tampoco encontró mucho apoyo para el «esquema de los acontecimientos que caracterizan el proceso de la revolución mundial» que presentó.

Los argumentos críticos se dirigían contra seguir inflando el texto, que a menudo se trataba más como una especie de biblia que como el manifiesto de los comunistas. Además, «un programa puede correr el riesgo de quedar obsoleto en pocos años», por lo que se tuvo cuidado de evitar que fuera concreto. Bujarin vio socavada su autoridad personal y volvió a recurrir a la «delegación rusa». El 25 de agosto, la delegación del PCUS(B) en el congreso tomó la siguiente decisión:

Creemos que es deseable restablecer las partes del texto en las que se especifican los acontecimientos revolucionarios y la enumeración de todas las transgresiones de la socialdemocracia, que fueron aceptadas por decisión mayoritaria de la subcomisión, pero concedemos a los miembros de la A-UCP(B) en la Comisión del Programa el derecho a expresarse libremente y a votar a su discreción.

Esto aseguró el éxito de la línea de Bujarin durante la votación del 27 de agosto. La Comisión del Programa se declaró a favor de una ampliación del debate en la sesión plenaria del congreso; sin embargo, la energía de los delegados ya no era suficiente. Bujarin declaró que el retraso en los trabajos del congreso se había debido a la necesidad de elaborar este documento. El día de la clausura del VI Congreso de la Comintern, el 1 de septiembre de 1928, pronunció un breve discurso de conclusión, en el que expuso las razones de las últimas adiciones. A continuación, el programa fue aprobado por unanimidad, tras lo cual los delegados entonaron La Internacional.

El destino del programa de la Comintern

En el transcurso de las conversaciones previas al VI Congreso, se habían escuchado voces que pedían que el programa de la Comintern fuera una

nueva biblia, una biblia del comunismo, una fuente de conocimiento adecuada para la tarea de transformar fundamentalmente el mundo. Comparaciones similares con respecto a la versión final no parecen estar tan lejos de la verdad. Las posiciones indistintas de las sagradas escrituras, en las que se podían encontrar respuestas indirectas a cualquier pregunta según fuera necesario, como es bien sabido, adquirieron características abstractas.

Las «consignas parciales y transitorias» que Bujarin no había querido que se incluyeran en el programa en el IV Congreso, y mediante las cuales tal vez se habría podido ver hasta qué punto el movimiento comunista era democrático y quiénes eran sus principales aliados y enemigos hasta la hipotética victoria de la revolución mundial, estaban ausentes en el voluminoso texto. La táctica del frente único se mencionaba solo una vez, y la consigna de un «gobierno obrero y campesino», como sinónimo de la dictadura del proletariado, había sido totalmente suprimida. En consecuencia, la cuestión fundamental para todas las fuerzas políticas —¿con quién y con qué métodos llegamos al poder?— surgía de las circunstancias reales de cada país, y la respuesta —la conquista de las masas— seguiría siendo un piadoso deseo.

No solo los oponentes espirituales de la Comintern se refirieron al programa, sino también sus críticos de izquierda, que no hacía mucho habían estado al frente de esta organización. En su exilio en Alma Ata, Trotsky escribió un comentario crítico que lo superaba con creces en volumen. Contenía una crítica demoledora, no solo de la nueva teoría del «socialismo en un solo país», sino también de la orientación de Stalin y Bujarin para el movimiento comunista internacional. Pero Trotsky fue incapaz de proponer una alternativa positiva. Su concepción exigía un retorno a las heroicas tareas de la época de Lenin, lo que obligaba a la Oposición de Izquierda a mirar hacia atrás, y no hacia adelante.

La declaración pública de Radek y Smilga, que habían sido exiliados a Siberia, señalaba una «mecanización de la vida espiritual en la Internacional Comunista», que a sus ojos era el resultado del descarrilamiento burocrático de su personal en Moscú. El programa se ahogaba en el escolasticismo, mientras que el partido «necesita un documento que no solo responda a cómo debe ser la política comunista tras la toma del poder, sino que también plantee la cuestión de cómo se consigue esta última».

Sin duda, el nivel teórico del programa se sacrificó en aras de los intereses y presiones momentáneos de la lucha interna por el poder en el PCUS(B). Sin un debate libre en el que participaran marxistas «no ortodoxos» de los partidos hermanos del extranjero (que a finales de la década de 1920 fueron

purgados con más rigor que el soviético), la preparación del programa simbolizó el «dictado de Moscú».

La mayor ausencia en el programa fue la falta de orientación para las actividades de los partidos comunistas. No presentó ningún modelo completo, sencillo y comprensible para el mundo del siglo XX, como habían visto Marx y Engels a mediados del siglo anterior. Sin un nuevo modelo capaz de resistir la competencia de otros modelos de interpretación del mundo, los comunistas perdieron el «carisma» de su movimiento. Los éxitos de uno u otro partido comunista se debieron a factores externos, ya fuera la crisis económica en el caso del KPD o el peligro del fascismo en el caso del PCF, pero ninguno de ellos logró ganar la batalla de las ideas en el plano democrático. La debilidad de la base teórica del movimiento comunista se compensó en parte con el adoctrinamiento ideológico, aunque esto solo pudo conducir a la formación de una casta particular de «cuadros del partido» y no a ningún avance entre las masas.

El debate sobre el programa en la Comintern, al igual que el propio programa, también puede figurar entre los aspectos olvidados de la historia de esta organización internacional. Los dirigentes de la «última» Comintern lo olvidaron conscientemente, para no recordar una vez más los fundamentos teóricos deteriorados del movimiento comunista. En la década siguiente a la disolución de la Comintern, sus herederos legítimos e ilegítimos de las secciones de izquierda del espectro político occidental omitieron este difícil período, ya que prefirieron nutrirse de las raíces de los «clásicos» o de los brotes exóticos del poscominternismo, el maoísmo y el titoísmo.

Superficialmente, el programa se convirtió en el manual de instrucciones para las acciones del movimiento comunista mundial, pero su influencia real en el desarrollo de los partidos individuales fue casi nula. Además, su forma divagante y monótona, la longitud de su texto, el uso de jerga y la apología de la URSS hicieron que su impacto propagandístico fuera mínimo. No fue casualidad que, inmediatamente después del final del VI Congreso, el Politburó del PCUS(B) discutiera si elaborar un comentario sobre el programa. El mundo cambiante ya había superado los viejos esquemas, y la admisibilidad de construir otros nuevos ya se había establecido en los albores del bolchevismo. Lo que caracteriza a los movimientos mesiánicos es que, en el momento en que revelan sus dogmas para el desarrollo del mundo, demuestran abiertamente que su potencial intelectual se ha agotado.

El programa de transición (1938)

León Trotsky

El *Programa de Transición*, escrito por León Trotsky en 1938, se inscribe en un momento de crisis profunda del movimiento obrero internacional y de descomposición de la vieja socialdemocracia y de la Tercera Internacional. Tras la derrota de las grandes oleadas revolucionarias de posguerra —Alemania (1918-23), China (1927) y España (1936)— y el ascenso de los fascismos en Europa, Trotsky considera que la Tercera Internacional ha dejado de ser un instrumento de la revolución socialista. En ese contexto, el documento se presenta como el texto fundacional de la Cuarta Internacional, llamada a preservar la continuidad del marxismo revolucionario frente a la degeneración burocrática de la URSS y la política reformista de las direcciones obreras.

El texto intenta actualizar el programa marxista frente a una nueva fase del capitalismo monopolista y en crisis. Para Trotsky, la distancia entre el programa mínimo y el programa máximo había devenido insostenible. Su propuesta es sustituir esa escisión por un conjunto de reivindicaciones transicionales, capaces de articular las luchas inmediatas con los objetivos revolucionarios, impulsando la conciencia y la organización de la clase trabajadora hacia el poder obrero. Entre esas consignas destacan el control obrero de la producción, la escala móvil de salarios y horas de trabajo, la nacionalización de la banca o la formación de milicias obreras. Tales medidas, según Trotsky, no serían plenamente realizables dentro del capitalismo, pero funcionarían como puentes hacia su superación.

El *Programa de Transición* cristaliza, por tanto, en un contexto de crisis orgánica del capitalismo y de las organizaciones tradicionales del proletariado. Su objetivo no era solo táctico, sino estratégico: reconstruir la dirección revolucionaria internacional y ofrecer una guía para intervenir en la crisis desde una perspectiva socialista. Aunque concebido en un escenario muy distinto, el texto ha seguido siendo objeto de debate dentro del marxismo —entre defensores de su vigencia como herramienta de transición y críticos que lo consideran marco caduco—.

LAS PREMISAS OBJETIVAS DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

La situación política mundial del momento, se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.

La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo al punto más alto que le sea dado alcanzar bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material. Las crisis de coyuntura, en las condiciones de la crisis social de todo el sistema capitalista, aportan a las masas privaciones y sufrimientos siempre mayores. El crecimiento de la desocupación ahonda a su vez la crisis financiera del Estado y mina los sistemas monetarios vacilantes. Los gobiernos, tanto democráticos como fascistas, van de una quiebra a la otra.

La burguesía misma no ve una salida. En los países en que se vio obligada a hacer su última postura sobre la carta del fascismo marcha ahora con los ojos vendados hacia la catástrofe económica y militar. En los países históricamente privilegiados, vale decir, aquellos en que pueden aún permitirse el lujo de la democracia a cuenta de la acumulación nacional anterior (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos) todos los partidos tradicionales del capital se encuentran en un estado de confusión que raya, por momentos, con la parálisis de la voluntad. El “New Deal,” pese al carácter resuelto que ostentaba en el primer período sólo representa una forma particular de confusión, posible en un país donde la burguesía ha podido acumular inmensas riquezas. La crisis actual que está lejos aún de haber completado su curso, ha podido demostrar ya que la política del “New Deal”, en los EE.UU. como la política del frente popular en Francia, no ofrece salida alguna del impasse económico.

El cuadro de las relaciones internacionales no tiene mejor aspecto. Bajo la creciente presión de ocaso capitalista los antagonismos imperialistas han alcanzado el límite más allá del cual los conflictos y explosiones sangrientas (Etiopía, España, Extremo Oriente, Europa Central...) deben confundirse infaliblemente en un incendio mundial. En verdad la burguesía percibe el peligro mortal que una nueva guerra representa para su dominación, pero es actualmente infinitamente menos capaz de prevenirla que en vísperas de 1914.

Las charlatanerías de toda especie según las cuales las condiciones históricas no estarían todavía “maduras” para el socialismo no son sino el producto de la ignorancia o de un engaño consciente. Las condiciones objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras sino que han empezado a descomponerse. Sin revolución social en un próximo período histórico, la civilización humana está bajo amenaza de ser arrasada por una catástrofe. Todo depende del proletariado, es decir, de su vanguardia

revolucionaria La crisis histórica de la humanidad se reduce a la dirección revolucionaria.

EL PROLETARIADO Y SU DIRECCIÓN

La economía, el Estado, la política de la burguesía y sus relaciones internacionales están profundamente afectadas por la crisis social que caracteriza la situación pre-revolucionaria de la sociedad. El principal obstáculo en el camino de la transformación de la situación pre-revolucionaria en revolucionaria consiste en el carácter oportunista de la dirección proletaria, su cobardía pequeño-burguesa y la traidora conexión que mantiene con ella en su agonía.

En todos los países el proletariado está sobrecogido por una profunda inquietud. Grandes masas de millones de hombres vienen incesantemente al movimiento revolucionario, pero siempre tropiezan en ese camino con el aparato burocrático, conservador de su propia dirección.

El proletariado español ha hechos desde abril de 1931 una serie de tentativas heroicas para tomar en sus manos el poder y la dirección de los destinos de la sociedad. No obstante, sus propios partidos (social-demócratas, stalinistas, anarquistas y POUM) cada cual a su manera han actuado a modo de freno y han preparado así el triunfo de Franco.

En Francia, la poderosa ola de huelgas con ocupación de las fábricas, particularmente en junio de 1936, mostró bien a las claras que el proletariado estaba dispuesto a derribar el sistema capitalista. Sin embargo, las organizaciones dirigentes, socialistas, stalinistas y sindicalistas, lograron bajo la etiqueta del Frente Popular, canalizar y detener, por lo menos momentáneamente, el torrente revolucionario.

La marca sin precedentes de huelgas con ocupación de fábricas y el crecimiento prodigiosamente rápido de los sindicatos industriales en los EE.UU. (el movimiento de la C.I.O.) son la expresión más indiscutible de la aspiración más instintiva de los obreros americanos a elevarse a la altura de la misión que la historia les ha asignado. Sin embargo, aquí también las organizaciones dirigentes, incluso la C.I.O. de reciente creación, hacen todo lo que pueden para detener y paralizar la ofensiva revolucionaria de las masas.

El paso definitivo de la I.C. hacia el lado del orden burgués, su papel cínicamente contra-revolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en Estados Unidos y en los otros países “democráticos”, ha creado extraordinarias dificultades suplementarias al proletariado mundial. Bajo el signo de la revolución de octubre, la política conservadora

de los “Frentes Populares” conduce a la clase obrera a la impotencia y abre el camino al fascismo.

Los “Frentes Populares” por una parte, el fascismo por otra, son los últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria. No obstante, desde el punto de vista histórico, ambos recursos no son sino una ficción. La putrefacción del capitalismo continuará también bajo el gorro frigio en Francia como bajo el signo de la swástica en Alemania. Sólo el derrumbe de la burguesía puede constituir una salida.

La orientación de las masas está determinada, por una parte, por las condiciones objetivas del capitalismo en descomposición, y de otra, por la política de traición de las viejas organizaciones obreras. De estos dos factores el factor decisivo, es, por supuesto, el primero; las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos. Cualquiera que sea la diversidad de métodos de los social traidores (de la legislación “social” de Blum a las falsificaciones judiciales de Stalin), no lograrán quebrar la voluntad revolucionaria del proletariado. Cada vez en mayor escala, sus esfuerzos desesperados para detener la rueda de la historia demostrarán a las masas que la crisis de la dirección del proletariado, que se ha transformado en la crisis de la civilización humana, sólo puede ser resuelta por la IV Internacional.

EL PROGRAMA MÍNIMO Y EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

La tarea estratégica del próximo período -período pre-revolucionario de agitación, propaganda y organización- consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la falta de madurez del proletariado y de su vanguardia (confusión y descorazonamiento de la vieja dirección, falta de experiencia de la joven). Es preciso ayudar a la masa, en el proceso de la lucha, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado.

La social-democracia clásica que desplegó su acción en la época del capitalismo progresivo, dividía su programa en dos partes independientes una de otra; el programa mínimo, que se limitaba a algunas reformas en el cuadro de la sociedad burguesa y el programa máximo, que prometía para un porvenir indeterminado el reemplazo del capitalismo por el socialismo. Entre el programa máximo y el programa mínimo no existía puente alguno.

La social-democracia no tenía necesidad de ese puente, porque sólo hablaba de socialismo los días de fiesta.

La Internacional Comunista ha entrado en el camino de la social democracia en la época del capitalismo en descomposición, cuando a éste no le es posible tratar de reformas sociales sistemáticas, ni de la elevación del nivel de vida de las masas; cuando la burguesía retoma cada vez con la mano derecha el doble de los que diera con la izquierda (impuestos, derechos aduaneros, inflación "deflación", vida cara, desocupación, reglamentación policíaca de las huelgas, etc.); cuando cualquier reivindicación seria del proletariado y hasta cualquier reivindicación progresiva de la pequeña burguesía, conducen inevitablemente más allá de los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués.

El objetivo estratégico de la IV Internacional no consiste en reformar el capitalismo, sino en derribarlo. Su finalidad política es la conquista del poder por el proletariado para realizar la expropiación de la burguesía. Sin embargo, la obtención de este objetivo estratégico es inconcebible sin la más cuidadosa de las actitudes respecto de todas las cuestiones de táctica, inclusive las pequeñas y parciales.

Todas las fracciones del proletariado, todas sus capas, profesionales y grupos deben ser arrastradas al movimiento revolucionario. Lo que distingue a la época actual, no es que exima al partido revolucionario del trabajo prosaico de todos los días, sino que permite sostener esa lucha en unión indisoluble con los objetivos de la revolución

La IV Internacional no rechaza las del viejo programa "mínimo" en la medida en que ellas han conservado alguna fuerza vital. Defiende incansablemente los derechos democráticos de los obreros y sus conquistas sociales, pero realiza este trabajo en el cuadro de una perspectiva correcta, real, vale decir, revolucionaria. En la medida en que las reivindicaciones parciales –"mínimum"- de las masas entren en conflicto con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente -y eso ocurre a cada paso, la IV Internacional auspicia un sistema de reivindicaciones transitorias, cuyo sentido es el de dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra las bases del régimen burgués. El viejo "programa mínimo" es constantemente superado por el programa de transición cuyo objetivo consiste en una movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria.

ESCALA MÓVIL DE LOS SALARIOS Y ESCALA MÓVIL DE LAS HORAS DE TRABAJO

En las condiciones del capitalismo en descomposición, las masas continúan viviendo la triste vida de los oprimidos, quienes, ahora más que nunca, están amenazados por el peligro de ser arrojados en abismo del pauperismo. Están obligados a defender su pedazo de pan ya que no pueden aumentarlo ni mejorarlo. No es posible ni necesario enumerar las diversas reivindicaciones parciales que surgen a cada rato de circunstancias concretas, nacionales, locales, profesionales. Pero dos calamidades económicas fundamentales, a saber: la desocupación y la carestía de la vida, exigen consignas y métodos generales de lucha.

La IV Internacional declara una guerra implacable a la política de los capitalistas, que es, en gran parte, la de sus agentes, los reformistas, tendiente a hacer recaer sobre los trabajadores todo el fardo del militarismo, de la crisis, del desorden de los sistemas monetarios y demás calamidades de la agonía capitalista. Reivindica el derecho al trabajo y una existencia digna para todos.

Ni la inflación ni la estabilización monetaria pueden servir de consignas al proletariado porque son las dos caras de una misma moneda. Contra la carestía de la vida que, a medida que la guerra se aproxima, se acentuará cada vez más, sólo es posible luchar con una consigna: la escala móvil de los salarios. Los contratos colectivos de trabajo deben asegurar el aumento automático de los salarios correlativamente con la elevación del precio de los artículos de consumo.

Bajo pena de entregarse voluntariamente a la degeneración, el proletariado no puede tolerar la transformación de una multitud creciente de obreros en desocupados crónicos, en menesterosos que viven de las migajas de una sociedad en descomposición. El derecho al trabajo es el único derecho que tiene el obrero en una sociedad fundada sobre la explotación. No obstante se le quita ese derecho a cada instante. Contra la desocupación, tanto de “estructura” como de “coyuntura” es preciso lanzar la consigna de la escala móvil de las horas de trabajo. Los sindicatos y otras organizaciones de masas deben ligar a aquellos que tienen trabajo con los que carecen de él, por medio de los compromisos mutuos de la solidaridad. El trabajo existente es repartido entre todas las manos obreras existentes y es así como se determina la duración de la semana de trabajo. El salario, con un mínimo estrictamente asegurado sigue el movimiento de los precios. No es posible aceptar ningún otro programa para el actual período de transición.

Los propietarios y sus abogados demostrarán “la imposibilidad de realizar” estas reivindicaciones. Los capitalistas de menor cuantía, sobre

todo aquellos que marchan a la ruina, invocarán además sus libros de contabilidad. Los obreros rechazarán categóricamente esos argumentos y esas referencias. No se trata aquí del choque “normal” de intereses materiales opuestos. Se trata de preservar al proletariado de la decadencia, de la desmoralización y de la ruina. Se trata de la vida y de la muerte de la única clase creadora y progresiva y, por eso mismo, del porvenir de la humanidad. Si el capitalismo es incapaz de satisfacer las reivindicaciones que surgen infaliblemente de los males por él mismo engendrados, no le queda otra que morir. La “posibilidad” o la “imposibilidad” de realizar las reivindicaciones es, en el caso presente, una cuestión de relación de fuerzas que sólo puede ser resuelta por la lucha. Sobre la base de esta lucha, cualesquiera que sean los éxitos prácticos inmediatos, los obreros comprenderán, en la mejor forma, la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

LOS SINDICATOS EN LA EPOCA DE TRANSICIÓN

En la lucha por las reivindicaciones parciales y transitorias, los obreros necesitan, ahora más que nunca, organizaciones de masa, ante todo sindicatos. El auge de los sindicatos en Francia y en los Estados Unidos es la mejor respuesta a las doctrinas ultra-izquierdistas que predicaban que los sindicatos estaban “fuera de época”.

Los Bolchevique Leninistas se encuentran en las primeras filas de todas las formas de lucha, aún allí donde se trata de los intereses de los más modestos de la clase obrera. Toman parte activa en la vida de los sindicatos de masa, preocupándose de robustecer y acrecentar su espíritu de lucha. Luchan implacablemente contra todas las tentativas de someter los sindicatos al estado burgués y de maniatar al proletariado con “el arbitraje obligatorio” y todas las demás formas de intervención policial, no sólo son fascistas sino también “democráticas”. Solamente sobre la base de ese trabajo es posible luchar con buen éxito en el seno de los sindicatos contra la burocracia reformista incluidos los stalinistas. Las tentativas sectarias de crear o mantener pequeños sindicatos “revolucionarios” como una segunda edición del partido, significa en el hecho la renuncia por la lucha por la dirección de la clase obrera. Hace falta plantear aquí como un principio inmovible: el autoaislamiento cobarde fuera de los sindicatos de masas, equivalente a la traición a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la IV internacional.

Al mismo tiempo la IV Internacional rechaza y condena resueltamente todo fetichismo de los sindicatos, propio de los treadeunionistas y de los sindicalistas.

a) Los sindicatos no tienen, y, por sus objetivos, su composición y el carácter de su reclutamiento, no pueden tener un programa revolucionario acabado; por eso no pueden sustituir al partido. La creación de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es el objetivo central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aún los más poderoso, no abarcan más del 20 al 25 de la clase obrera y por otra parte, sus capas más calificadas y mejor pagadas. La mayoría más oprimida de la clase obrera no es arrastrada a la lucha sino episódicamente en los períodos de auge excepcional del movimiento obrero. En estos momentos es necesario crear organizaciones ad-hoc, que abarquen toda la masa en lucha los comités de huelga, los comités de fábrica, y en fin, los soviets.

c) En tanto que organizaciones de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, como lo atestigua toda la experiencia histórica, comprendida en ella la experiencia fresca aún de los sindicatos anarco-sindicalistas de España, desenvuelven poderosas tendencias a la conciliación con el régimen democrático burgués. En los períodos agudos de lucha de clases, los aparatos dirigentes de los sindicatos se esfuerzan por convertirse en amos del movimiento de masas para domesticarlo. Esto se produce ya en ocasión de simples huelgas, sobre todo con la ocupación de las fábricas, que sacuden los principios de la propiedad burguesa. En tiempo de guerra o de revolución, cuando la situación de la burguesía se hace particularmente difícil, los jefes de los sindicatos se transforman ordinariamente en ministros burgueses.

Por todo lo que antecede las secciones de la IV Internacional deben esforzarse constantemente no sólo en renovar el aparato de los sindicatos proponiendo atrevida y resueltamente en los momentos críticos nuevos líderes dispuestos a la lucha en lugar de funcionarios rutinarios y carreristas, sino también de crear en todos los casos en que sea posible, organizaciones de combate autónomas que respondan mejor a los objetivos de la lucha de masas contra la sociedad burguesa, sin arredrarse, si fuese necesario, frente a una ruptura abierta con el aparato conservador de los sindicatos. Si es criminal volver la espalda a las organizaciones de masas para contentarse con ficciones sectarias, no es menos criminal tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de las masas al contralor de pandillas burocráticas abiertamente reaccionarias o conservadoras disfrazadas de “progresistas”. El sindicato no es un fin en sí, sino sólo uno de los medios a emplear en la marcha hacia la revolución proletaria.

LOS COMITES DE FÁBRICA

El movimiento obrero de la época de transición no tiene un carácter regular e igual sino afiebrado y explosivo. Las consignas, lo mismo que las formas de organización, deben ser subordinadas a ese carácter del movimiento. Huyendo de la rutina como de la peste, la dirección debe prestar atención a la iniciativa de las masas.

Las huelgas con ocupación de fábricas, una de las más recientes manifestaciones de esta iniciativa, rebasan los límites del régimen capitalista normal. Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporaria de las empresas asesta un golpe al ídolo de la propiedad capitalista. Toda huelga de ocupación plantea prácticamente el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si la ocupación promueve esta cuestión episódicamente, el comité de fábrica da a la misma una expresión organizada. Elegido por todos los obreros y empleados de la empresa, el comité de fábrica crea de golpe un contrapeso a la voluntad de la administración.

A la crítica reformista de los patrones del viejo tipo, los “patrones de derecho divino”, del género de Ford, frente a los “buenos” explotadores “democráticos”, nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centro de lucha contra unos y otros.

Los burócratas de los sindicatos se opondrán, por regla general, a la creación de comités, del mismo modo que se oponen a todo paso atrevido en el camino de la movilización de las masas. Sin embargo, su oposición será tanto más fácil de quebrar cuanto mayor sea la extensión del movimiento. Allí donde los obreros de la empresa están ya en los períodos “tranquilos” totalmente comprendidos en los sindicatos, el comité coincidirá formalmente con el órgano del sindicato, pero renovará su composición y ampliará sus funciones. Sin embargo, el principal significado de los comités es el de transformarse en estados mayores para las capas obreras que, por lo general, el sindicato no es capaz de abarcar. Y es precisamente de esas capas más explotadas de donde surgirán los destacamentos más afectos a la revolución.

A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una dualidad de poder. Por su esencia ella tiene algo de transitorio porque encierra en sí dos regímenes inconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario. La principal importancia de los Comités de Fábrica consiste precisamente en abrir un período pre-revolucionario, ya que no directamente revolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda por los Comités de Fábrica no es prematura ni

artificial, lo demuestra del mejor modo la ola de ocupación de fábricas que se ha desencadenado en algunos países. Nuevas olas de ese género son inevitables en un porvenir próximo. Es preciso iniciar una campaña en pro de los comités de fábricas para que los acontecimientos no se tomen de improviso.

EL "SECRETO COMERCIAL" Y EL CONTROL OBRERO SOBRE LA INDUSTRIA

El capitalismo liberal basado en la concurrencia y la libertad de comercio se ha eclipsado en el pasado. El capitalismo monopolizador que lo reemplazó, no solamente no ha reducido la anarquía del mercado, sino que, por el contrario, le ha dado un carácter particularmente convulsivo. La necesidad de un "control" sobre la economía, de una "dirección" estatal, de una "planificación" es reconocida ahora - al menos verbalmente - por casi todas las corrientes del pensamiento burgués y pequeño-burgués, desde el fascismo hasta la social-democracia. Para el fascismo se trata sobre todo de un pillaje "planificado" del pueblo con fines militares. Los social-demócratas tratan de desagotar el océano de la anarquía con la cuchara de una "planificación" burocrática. Los ingenieros y los profesores tratan de convertirse en tecnócratas. Los gobiernos democráticos tropiezan en sus tentativas tímidas de "reglamentación" con el sabotaje insuperable del gran capital.

El verdadero nexo entre explotadores y "controladores" democráticos se revela en el hecho de que los señores "reformadores" poseídos de una santa emoción, se detienen en el umbral de los trusts con sus "secretos" industriales y comerciales. Aquí reina el principio de "no intervención". Las cuentas entre el capital aislado y la sociedad constituyen un secreto del capitalismo: la sociedad no tiene nada que ver con ellas. El "secreto" comercial se justifica siempre, como en la época del capitalismo liberal, por los intereses de la "concurrencia". En realidad los trusts no tienen secretos entre sí. El secreto comercial de la época actual es un constante complot del capital monopolizador contra la sociedad. Los proyectos de limitación del absolutismo de los "patrones de derecho divino" seguirán siendo lamentables farsas mientras los propietarios privados de los medios sociales de producción puedan ocultar a los productores y, a los consumidores la mecánica de la explotación, del pillaje y del engaño. La abolición del "secreto comercial" es el primer paso hacia un verdadero control de la industria.

Los obreros no tienen menos derechos que los capitalistas a conocer los "secretos" de la empresa, de los trusts, de las ramas de las industrias, de toda

la economía nacional en su conjunto. Los bancos, la industria pesada y los transportes centralizados deben ser los primeros sometidos a observación.

Los primeros objetivos del control obrero consisten en aclarar cuales son las ganancias y gastos de la sociedad, empezando por la empresa aislada, determinar la verdadera parte del capitalismo aislado y de los capitalistas en conjunto en la renta nacional, desenmascarar las combinaciones de pasillo y las estafas de los bancos y de los trusts; revelar, en fin, ante la sociedad el derroche espantoso de trabajo humano que resulta de la anarquía del capitalismo y de la exclusiva persecución de la ganancia.

Ningún funcionario del estado burgués puede llevar a cabo esa tarea, cualesquiera que sean los poderes de que fuera investido. El mundo entero ha observado la impotencia del presidente Roosevelt y del presidente del consejo León Blum frente al complot de las “60” o de las “200” familias de sus respectivos países. Para quebrar la resistencia de los explotadores se requiere la presión del proletariado. Los comités de fábrica y solamente ellos pueden asegurar un verdadero control sobre la producción llamando en su ayuda como consejeros y no como tecnócratas a los especialistas honestos y afectos al pueblo: contadores, estadísticos, ingenieros, sabios, etc...

En particular la lucha contra la desocupación es inconcebible sin una amplia y atrevida organización de “grandes obras públicas”. Pero las grandes obras no pueden tener una importancia durable y progresiva, tanto para la sociedad como para los desocupados, si no forman parte de un plan general, trazado para un período de varios años. En el cuadro de un plan semejante los obreros reivindicarán la vuelta al trabajo, por cuenta de la sociedad, en las empresas privadas cerradas a causa de la crisis. El control obrero en tales casos sería sustituido por una administración directa por parte de los obreros.

La elaboración de un plan económico, así sea el más elemental, desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores y no de los explotadores, es inconcebible sin control obrero, sin que la mirada de los obreros penetre a través de los resortes aparentes y ocultos de la economía capitalista. Los comités de las diversas empresas deben elegir, en reuniones oportunas, comités de trusts, de ramas de la industria, de regiones económicas, en fin, de toda la industria nacional, en conjunto. En esa forma, el control obrero pasará a ser la escuela de la economía planificada. Por la experiencia del control, el proletariado se preparará para dirigir directamente la industria nacionalizada cuando la hora haya sonado.

A los capitalistas, especialmente aquellos de pequeña y mediana importancia que, a veces, proponen ellos mismos abrir sus libros de cuentas ante los obreros - sobre todo para demostrarles la necesidad de reducir los

salarios - los obreros deberán responderles que lo que a ellos les interesa no es la contabilidad de los quebrados o de los semi-quebrados aislados, sino la contabilidad de todos los explotadores. Los obreros no pueden ni quieren adaptar su nivel de vida a los intereses de los capitalistas aislados convertidos en víctimas de su propio régimen. La tarea consiste en reconstruir todo el sistema de producción y de distribución sobre principios más racionales y más dignos. Si la abolición del secreto comercial es la condición necesaria de control obrero, ese control representa el primer paso en el camino de la dirección socialista de la economía.

LA EXPROPIACIÓN DE CIERTOS GRUPOS DE CAPITALISTAS

El programa socialista de la expropiación, vale decir, de la destrucción política de la burguesía y de la liquidación de su dominación económica, no puede, en ningún caso, constituir un obstáculo en el presente período de transición, bajo diversos pretextos, a la reivindicación de la expropiación de ciertas ramas de la industria, vitalísima para la existencia nacional de los grupos más parasitarios de la burguesía.

Así, a las prédicas quejumbrosas de los señores demócratas sobre la dictadura de las “60” familias de los Estados Unidos o de las “200” familias de Francia nosotros oponemos la reivindicación de la expropiación de esos 60 o 200 señores feudales del capitalismo.

De igual modo reivindicamos la expropiación de las compañías monopolizadoras de la industria de guerra, de los ferrocarriles, de las más importantes fuentes de materias primas, etc...

La diferencia entre estas reivindicaciones y la consigna reformista demasiado vieja de “nacionalización” consiste en que: 1) Nosotros rechazamos la indemnización; 2) Prevenimos a las masas contra los charlatanes del Frente Popular que, mientras proponen la nacionalización en palabras, siguen siendo, en los hechos, los agentes del capital; 3) Aconsejamos a las masas a contar solamente con su fuerza revolucionaria; 4) ligamos el problema de la expropiación a la cuestión del poder obrero y campesino.

La necesidad de lanzar la consigna de la expropiación en la agitación cotidiana, por consecuencia, de una manera fraccionada, y no solamente desde un punto de vista de propaganda, bajo su forma general, es provocada porque las diversas ramas de la industria se encuentran en un distinto nivel de desarrollo, ocupan lugares diferentes en la vida de la sociedad y pasan por diferentes etapas de la lucha de clases. Sólo el ascenso revolucionario general del proletariado puede poner la expropiación general de la burguesía en el

orden del día. El objeto de las reivindicaciones transitorias es el de preparar al proletariado a la resolución de esta tarea.

LA EXPROPIACIÓN DE LOS BANCOS PRIVADOS Y LA ESTATIZACIÓN DEL SISTEMA DE CRÉDITOS

El imperialismo significa la dominación del capital financiero. Al lado de los consorcios y de los trusts y frecuentemente arriba de ellos, los bancos concentran en sus manos la dirección de la economía. En su estructura, 105 bancos reflejan bajo una forma concentrada, toda la estructura del capitalismo contemporáneo: combinan la tendencia al monopolio con la tendencia a la anarquía. Organizan milagros de técnica, empresas gigantescas, trusts potentes y organizan también la vida cara, las crisis y la desocupación. Imposible dar ningún paso serio hacia adelante en la lucha contra la arbitrariedad monopolista y la anarquía capitalista si se dejan las palancas de comando de los bancos en manos de los bandidos capitalistas. Para crear un sistema único de inversión y de crédito, según un plan racional que corresponda a los intereses de toda la nación es necesario unificar todos los bancos en una institución nacional única. Sólo la expropiación de los bancos privados y la concentración de todo el sistema de crédito en manos del Estado pondrá en las manos de éste los medios necesarios, reales, es decir materiales, y no solamente ficticios y burocráticos, para la planificación económica.

La expropiación de los bancos no significa en ningún caso la expropiación de los pequeños depósitos bancarios. Por el contrario para los pequeños depositantes la banca del Estado única podrá crear condiciones más favorables que los bancos privados. De la misma manera sólo la banca del Estado podrá establecer para los campesinos, los artesanos y pequeños comerciantes condiciones de crédito privilegiado, es decir, barato. Sin embargo, lo más importante es que, toda la economía, en primer término la industria pesada y los transportes, dirigida por un Estado mayor financiero único, sirva a los intereses vitales de los obreros y de todos los otros trabajadores.

No obstante, la estatización de los bancos sólo dará resultados favorables si el poder estatal mismo pasa de manos de los explotadores a manos de los trabajadores.

PIQUETES DE HUELGA, DESTACAMENTO DE COMBATE, MILICIA OBRERA, EL ARMAMENTO DEL PROLETARIADO

Las huelgas con ocupación de fábricas son una muy seria advertencia dirigida por las masas no sólo a la burguesía sino también a las

organizaciones obreras, comprendida la cuarta Internacional. En 1919-1920, los obreros italianos ocuparon, por su propia iniciativa las fábricas señalando así a sus propios “jefes” la llegada de la revolución social. Los “jefes” no tomaron en cuenta la advertencia. Los resultados fueron la victoria del fascismo.

Las huelgas con ocupación no son todavía la toma de la fábrica a la manera italiana: pero son un paso decisivo en este camino. La crisis actual puede exacerbar extremadamente la marcha de la lucha de clases y precipitar el desenlace. No hay que creer sin embargo que una situación revolucionaria surge repentinamente. En realidad su aproximación será señalada por toda una serie de convulsiones. La ola de huelgas con ocupación de fábricas es precisamente una de ellas. La tarea de las secciones de la Cuarta Internacional es de ayudar a la vanguardia proletaria a comprender el carácter general y los ritmos de nuestra época y fecundar a tiempo la lucha de masas con consignas cada vez más resueltas y con medidas de organización para el combate.

La exacerbación de la lucha del proletariado significa la exacerbación de los métodos de resistencia por parte del capital. Las nuevas olas de huelgas con ocupación de fábricas pueden provocar y provocarán infaliblemente enérgicas medidas de reacción por parte de la burguesía. El trabajo preparatorio se conduce desde ahora en los estados mayores de los trusts. ¡Desgraciadas las organizaciones revolucionarias, desgraciado el proletariado si se deja tomar nuevamente de improviso!

La burguesía no se limita en ninguna parte a utilizar solamente la policía y el ejército oficiales. En los Estados Unidos, incluso en los períodos de “calma”, mantiene destacamentos amarillos y bandas armadas de carácter privado en las fábricas. Es preciso agregar ahora las bandas de nazis norteamericanas. La burguesía francesa en cuanto sintió la proximidad del peligro movilizó los destacamentos fascistas semilegales e ilegales, hasta en el interior del ejército oficial. Bastará que los obreros ingleses aumenten de nuevo su empuje para que de inmediato las bandas de Lord Mosley se dupliquen, tripliquen, decupliquen en número e inicien una cruzada sangrienta contra los obreros. La burguesía advierte claramente que en la época actual la lucha de clases infaliblemente tiende a transformarse en guerra civil. Los magnates y los lacayos del capital han aprendido en los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y otros países, mucho más que los jefes oficiales del proletariado

Los políticos de la Segunda y la Tercera Internacional, al igual que los burócratas de los sindicatos conscientemente cierran los ojos ante el ejército privado de la burguesía, pues de lo contrario no podrían mantener ni

durante 24 horas su alianza con ella. Los reformistas inculcan sistemáticamente a los obreros la idea de que la sacrosanta democracia está más segura allí donde la burguesía se halla armada hasta los dientes y los obreros desarmados.

La Cuarta Internacional tiene el deber de acabar de una vez por todas con esta política servil. Los demócratas pequeño-burgueses incluso los socialdemócratas, los socialistas y los anarquistas gritan más estentóreamente acerca de la lucha con el fascismo cuanto más cobardemente capitulan ante el mismo. Las bandas fascistas sólo pueden ser contrarrestadas victoriosamente por los destacamentos de obreros armados que sienten tras de sí el apoyo de millones de trabajadores. La lucha contra el fascismo no se inicia en la redacción de una hoja liberal, sino en la fábrica y termina en la calle. Los elementos amarillos y los gendarmes privados en las fábricas son las células fundamentales del ejército del fascismo. Los piquetes de huelgas son las células fundamentales del ejército del proletariado. Por allí es necesario empezar. Es preciso inscribir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos. En todas partes donde sea posible, empezando por las organizaciones juveniles, es preciso constituir prácticamente milicias de autodefensa, adiestrándolas en el manejo de las armas.

La nueva ola del movimiento de masas no sólo debe servir para aumentar el número de esas milicias, sino también para unificarlas por barrios, ciudades y regiones. Es preciso dar una expresión organizada al legítimo odio de los obreros en contra de los elementos rompehuelgas, las bandas de pistoleros y de fascistas. Es preciso lanzar la consigna de la milicia obrera como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, las reuniones y la prensa obrera.

Sólo gracias a un trabajo sistemático, constante, incansable valiente en la agitación y en la propaganda, siempre en relación con la experiencia de la masa misma, pueden extirparse de su conciencia las tradiciones de docilidad y pasividad: educar destacamentos de heroicos combatientes, capaces de dar el ejemplo a todos los trabajadores, infligir una serie de derrotas tácticas a las bandas de la contrarrevolución, aumentar la confianza en sí mismos de los explotados, desacreditar el fascismo a los ojos de la pequeña burguesía y despejar el camino para la conquista del poder para el proletariado.

Engels definía el Estado “destacamentos de elementos armados”. El armamento del proletariado es un factor integrante indispensable de su lucha emancipadora. Cuando el proletariado lo quiera, hallará los caminos y los medios para armarse. También en este dominio la dirección incumbe naturalmente a las secciones de la Cuarta Internacional.

LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y DE LOS CAMPESINOS

El obrero agrícola es, en la aldea, el hermano y el compañero del obrero de la industria. Son dos partes de una sola y misma clase. Sus intereses son inseparables. El programa de las reivindicaciones transitorias de los obreros industriales es también, con tales o cuales cambios, el programa del proletariado agrícola.

Los campesinos (chacareros) representan otra clase: es la pequeña burguesía de la aldea. La pequeña burguesía se compone de diferentes capas, desde los semi-propietarios hasta los explotadores.

De acuerdo con esto, la tarea política del proletariado de la industria consiste en llevar la lucha de clases a la aldea: solamente así podrá separar sus aliados de sus enemigos.

Las peculiaridades del desarrollo nacional de cada país hallan su más viva expresión en la situación de los campesinos y parcialmente de la pequeña burguesía de la ciudad (artesanos y comerciantes) porque estas clases, por numerosas que sean, representan en el fondo sobrevivencias de formas precapitalistas de la producción. Las secciones de la Cuarta Internacional deben, de la forma más concreta posible, elaborar programas de reivindicaciones transitorias para los campesinos (chacareros) y la pequeña burguesía de la ciudad correspondiente a las condiciones de cada país. Los obreros avanzados deben aprender a dar respuestas claras y concretas a los problemas de sus futuros aliados.

En tanto siga siendo el campesino un pequeño productor “independiente”, tiene necesidad de crédito barato, de precios accesibles para las máquinas agrícolas y los abonos, de condiciones favorables de transportes, de una organización honesta para las negociaciones de los productos agrícolas. Sin embargo los bancos, los trusts, los comerciantes extorsionan al campesinado por todas partes. Sólo los campesinos pueden reprimir este pillaje, con la ayuda de los obreros. Es necesario que entren a actuar comités de chacareros pobres que, en común con los comités obreros y los comités de empleados de banco, toman en sus manos el control de las operaciones de transporte, de crédito y de comercio que interesan a la agricultura.

Invocando de manera mentirosa las “excesivas” exigencias de los obreros, la gran burguesía convierte artificialmente el problema del precio de las mercaderías en una cuña que introduce luego entre los obreros y los campesinos, entre los obreros y la pequeña burguesía de las ciudades. Los campesinos, el artesano y el pequeño comerciante, a diferencia del obrero, del empleado y del pequeño funcionario no pueden reclamar un aumento

del salario paralelo al aumento de los precios. La lucha burocrática oficial contra la carestía de la vida no sirve más que para engañar a las masas. Los campesinos, los artesanos y los comerciantes, sin embargo, en su condición de consumidores, deben tomar una participación activa, junto con los obreros, en la política de los precios. A las prédicas de los capitalistas relativas a los gastos de producción, de transporte y de comercio, los consumidores deben responder: “muestren vuestros libros, exigimos el control sobre la política de los precios”. Los órganos de este control deben ser los comités de vigilancia de los precios, formados por delegados de las fábricas, los sindicatos, las cooperativas, las organizaciones de campesinos, los elementos de la pequeña burguesía pobre de las ciudades, de los trabajadores del servicio doméstico, etc... De este modo los obreros demostrarán a los campesinos que la razón de la elevación de los precios no consiste en los salarios altos sino en las ganancias excesivas de los capitalistas y en el derroche de la anarquía capitalista.

El programa de la nacionalización de la tierra y de la colectivización de la agricultura debe formularse de tal manera que excluya radicalmente la idea de la expropiación de los campesinos pobres o de la colectivización forzosa. El campesino continuará siendo el campesino de su lote de tierra mientras él mismo lo considere necesario y posible. Para rehabilitar el programa socialista a los ojos de los campesinos es preciso desenmascarar implacablemente los métodos stalinistas de colectivización, dictados por intereses de la burocracia y no los intereses de los campesinos y de los obreros.

La expropiación de los expropiadores tampoco significa el despojo forzoso de los artesanos pobres y de los pequeños comerciantes. Por el contrario, el control de los obreros sobre los bancos y los trusts, y con mayor razón la nacionalización de estas empresas, puede crear para la pequeña burguesía de la ciudad condiciones incomparablemente más favorables de crédito, de compra y venta, que bajo la dominación ilimitada de los monopolios la dependencia de esas empresas respecto del capital privado será sustituida por la dependencia respecto al Estado, cuya atención a las necesidades de sus pequeños copartícipes y agentes será tanto mayor cuanto más riguroso sea el control de los obreros sobre el mismo.

La participación práctica de los campesinos explotados en el control de las distintas ramas de la economía permitirá a los campesinos decidir por sí mismo el problema de saber si les conviene o no sumarse al trabajo colectivo de la tierra, en qué plazos y en qué escala. Los obreros de la industria se comprometen a aportar en este camino toda su colaboración a los campesinos por intermedio de los sindicatos, de los comités de fábrica y,

sobre todo, del gobierno obrero y campesino. La alianza que el proletariado propone no a las clases medias en general, sino a las capas explotadas de la ciudad y el campo, contra todos los explotadores, e incluso los explotadores “medios”, no puede fundarse en la coacción, sino solamente en un libre acuerdo que debe consolidarse en un “pacto” especial. Este “pacto” es precisamente el programa de reivindicaciones transitorias, libremente aceptado por las dos partes.

LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO Y CONTRA LA GUERRA

Toda la situación mundial, y por consecuencia también la vida política interior de los diversos países, se hallan bajo la amenaza de la guerra mundial. La catástrofe que se aproxima penetra de angustia, desde ya a las masas más profundas de la humanidad.

La II Internacional repite su política de traición de 1914 con tanta mayor convicción en cuanto la Internacional comunista desempeña ahora el papel del primer violín del patriotismo. Desde que el peligro de guerra ha tomado un aspecto concreto, los stalinistas, superando con mucho a los pacifistas burgueses y pequeño burgueses, se han convertido en los campeones de la pretendida “defensa nacional”. La lucha revolucionaria contra la guerra recae así enteramente sobre los hombros de la IV Internacional.

La política de los Bolcheviques Leninistas en esta cuestión ha sido formulada en las tesis programáticas del Secretariado Internacional, que todavía ahora conservan todo su valor (La IV Internacional y la Guerra, mayo de 1934). El éxito del partido revolucionario en el próximo período dependerá ante todo de su política en la cuestión de la guerra y el arte de apoyarse en la experiencia propia de las masas.

En el problema de la guerra más que en todo otro problema, la burguesía y sus agentes engañan al pueblo con abstracciones, fórmulas generales y frases patéticas: “neutralidad”, “seguridad colectiva”, “armamentos para la defensa de la paz”, “defensa nacional”, “lucha contra el fascismo”, etc... Todas estas fórmulas se reducen, en resumidas cuentas, a que la cuestión de la guerra, vale decir, la suerte de los pueblos, debe quedar en manos de los imperialistas, de sus gobiernos, de su diplomacia, de sus Estados Mayores con todas sus intrigas y complots contra los pueblos.

La IV Internacional rechaza con indignación todas estas abstracciones que juegan entre los demócratas el mismo rol que entre los fascistas: “honor”, “sangre”, “raza”. Pero la indignación no es suficiente. Es preciso ayudar a las masas con criterios, consignas y reivindicaciones transitorias apropiadas

para descubrir la realidad para distinguir lo que hay de concreto en el fondo de las abstracciones fraudulentas.

¿"Desarme"? Pero toda la cuestión del desarme consiste en saber quien desarmará y quien será desarmado. El único desarme que puede prevenir o detener la guerra es el desarme de la burguesía por los obreros. Pero para desarmar a la burguesía, es necesario que los obreros, ellos mismos, se armen.

¿"Neutralidad"? Pero el proletariado no es absolutamente neutral en la guerra entre Japón y China, o entre Alemania y la U.R.S.S. ¿Significa esto la defensa de la China y de la U.R.S.S.? Evidentemente, pero no por intermedio de los imperialistas que estrangularon a la China y a la U.R.S.S.

¿Defensa de la patria? Pero bajo esta abstracción la burguesía entiende la defensa de sus ganancias y de su pillaje. Estamos dispuestos a defender la patria de los ataques de los capitalistas extranjeros, una vez que hayamos atado de pies y manos e impedido a nuestros propios capitalistas atacar las patrias de los demás, una vez que los obreros y los campesinos sean los verdaderos amos de nuestro país; una vez que las riquezas del país pasen de manos de una ínfima minoría a las manos del pueblo; una vez que el ejército, de un instrumento de los explotadores se convierta en un instrumento de los explotados.

Es necesario saber traducir estas ideas fundamentales en ideas más particulares y más concretas, según la marcha de los acontecimientos y la orientación y estado de espíritu de las masas. Es necesario por otra parte, distinguir estrictamente del pacifismo del diplomático, del profesor, del periodista, del pacifismo del carpintero, del obrero agrícola, de la lavandera. En el primer caso, el pacifismo es la máscara del imperialismo. En el segundo es la expresión confusa de la desconfianza hacia el imperialismo.

Cuando el pequeño campesino o el obrero hablan de la defensa de la patria, se representan la defensa de su casa, de su familia y de las otras familias contra la invasión del enemigo, contra las bombas y contra los gases. El capitalismo y su periodista entienden por defensa de la patria la conquista de colonias y de mercados y la extensión, por el pillaje, de la parte "nacional" en los beneficios mundiales. El patriotismo y el pacifismo burgués son completas mentiras. En el pacifismo, lo mismo que en el patriotismo de los oprimidos, hay elementos que reflejan, de una parte el odio contra la guerra destructora y de otra parte su apego a lo que ellos creen que es su interés. Es necesario utilizar estos elementos para extraer las conclusiones revolucionarias necesarias. Es necesario saber oponer honestamente estas dos formas de pacifismo y de patriotismo.

Partiendo de estas consideraciones, la IV Internacional apoya toda reivindicación, aún insuficiente, si es capaz de llevar a las masas, aunque sea en un débil grado, a una política más activa a despertar su crítica y a reforzar su control sobre las maquinaciones de la burguesía.

Es desde este punto de vista que nuestra sección americana, sostiene, criticándola, la proposición de la institución de un referéndum sobre la cuestión de la declaración de guerra. Ninguna reforma democrática puede impedir, por ella misma, a los dirigentes provocar la guerra cuando ellos lo quieran. Es necesario hacer abiertamente esta advertencia. Pero cualesquiera que sean las ilusiones de las masas respecto al referéndum, esta reivindicación refleja la desconfianza de los obreros y los campesinos por el gobierno y el parlamento de la burguesía. Sin sostener ni desarrollar las ilusiones de las masas, es necesario apoyar con todas las fuerzas la desconfianza progresiva de los oprimidos hacia los opresores. Mientras más crezca el movimiento por el referéndum, más pronto los pacifistas burgueses se aislarán, más se desacreditarán los traidores de la Internacional Comunista y más viva se hará la desconfianza de los trabajadores hacia los imperialistas.

Es desde este punto de vista que debe ser sostenida, en adelante, la reivindicación del derecho de voto a los dieciocho años para los hombres y mujeres. Aquel que mañana será llamado a morir por la “patria” debe tener el derecho de hacer oír su voz ahora. La lucha contra la guerra debe consistir, ante todo, en la movilización revolucionaria de la juventud.

Es necesario hacer plena luz sobre el problema de la guerra en todos sus aspectos, principalmente sobre aquel bajo el cual se presenta a las masas en un momento dado.

La guerra es una gigantesca empresa comercial, sobre todo para la industria de guerra. Es por eso que las “doscientas familias” son los primeros patriotas y los principales provocadores de la guerra. El control obrero sobre la industria de guerra es el primer paso sobre “los fabricantes” de la guerra.

A la consigna de los reformistas: impuesto sobre los beneficios de la industria de guerra, nosotros oponemos la consigna de: confiscación de las ganancias y expropiación de las empresas que trabajan para la guerra. Donde la industria de la guerra está “nacionalizada”, como en Francia, la consigna del control obrero conserva todo su valor; el proletariado tiene hacia el estado burgués la misma desconfianza que hacia el burgués individual.

¡Ni un hombre, ni un centavo para el gobierno burgués!

¡Nada de programas de armamento sino un programa de trabajos de utilidad pública!

¡Completa independencia de las organizaciones obreras del control militar-policíaco!

Es necesario arrancar de una vez por todas el destino de los pueblos de las manos de las camarillas imperialistas ávidas y despiadadas que conspiran a sus espaldas. De acuerdo con esto reivindicamos: abolición completa de la diplomacia secreta; todos los tratados y acuerdos deben ser accesibles a cada obrero y campesino. Creación de escuelas militares para la formación de oficiales salidos de las filas de los trabajadores y escogidos por las organizaciones obreras, instrucción militar de los obreros y campesinos bajo el control inmediato de comités obreros y campesinos.

Sustitución del ejército permanente, es decir del cuartel, por una milicia popular en ligazón indisoluble con las fábricas, las minas y los campos.

La guerra imperialista es la continuación y la exacerbación de la política de pillaje de la burguesía. La lucha del proletariado contra la guerra imperialista es la continuación y la exacerbación de la lucha de clase. El comienzo de la guerra cambia la situación y parcialmente los procedimientos de la lucha de clases, pero no cambia ni los objetivos ni la dirección fundamental de la misma.

La burguesía imperialista domina el mundo, es por eso que la próxima guerra, en su carácter fundamental, será una guerra imperialista. El contenido fundamental de la política del proletariado será, en consecuencia, la lucha contra el imperialismo y su guerra. El principio fundamental de esta lucha será: “El enemigo principal está en el país” o “La derrota de nuestro propio gobierno (imperialista) es el menor mal”.

Pero todos los países del mundo no son países imperialistas. Al contrario la mayoría de los países son víctimas del imperialismo. Algunos países coloniales o semi-coloniales intentarán, sin duda, utilizar la guerra para sacudir el yugo de la esclavitud. De su parte la guerra no será imperialista sino emancipadora. El deber del proletariado internacional será el de ayudar a los países oprimidos en guerra contra los opresores, este mismo deber se extiende también a la U.R.S.S y a todo el estado obrero que pueda surgir antes de la guerra. La derrota de todo gobierno imperialista en la lucha contra un estado obrero o un país colonial es el menor mal.

Los obreros de un país imperialista no pueden ayudar a un país anti-imperialista por medio de su gobierno, cualesquiera que sean, en un momento dado, las relaciones diplomáticas entre los dos países. Si los gobiernos se encuentran en alianza temporaria que por la propia naturaleza debe ser incierta, el proletariado del país imperialista debe permanecer en su posición de clase frente a su gobierno y aportar el apoyo a su aliado no imperialista por sus métodos, es decir, por los métodos de la lucha de clases

internacional (agitación en favor del estado obrero y del país colonial, no solamente contra sus enemigos, sino también contra sus aliados pérfidos; boicot y huelga en ciertos casos, renuncia al boicot y la huelga en otros, etc...).

Sin dejar de sostener al país colonial y a la U.R.S.S. en la guerra, el proletariado no se solidariza, en ninguna forma, con el gobierno burgués del país colonial ni con la burocracia termidoriana de la U.R.S.S. Al contrario, mantiene su propia independencia política tanto frente a uno como frente a la otra. Ayudando a una guerra justa y progresiva el proletariado revolucionario conquista las simpatías de los trabajadores de las colonias y de la U.R.S.S. Afirma así la autoridad de la IV internacional y puede ayudar por lo tanto, mejor, a la caída del gobierno burgués en el país colonial y de la burocracia reaccionaria de la U.R.S.S.

Al principio de la guerra las secciones de la IV internacional se sentirán inevitablemente aisladas: cada guerra toma de improviso a las masas populares y las empuja del lado del aparato gubernamental. Los internacionalistas deberán marchar contra la corriente. No obstante, las devastaciones y los males de la nueva guerra, que desde los primeros meses dejarán muy atrás los sangrientos horrores de 1914-18 desilusionarán pronto a las masas. Su descontento y su rebelión crecerán por saltos. Las secciones de la IV internacional se encontrarán a la cabeza del flujo revolucionario. El programa de reivindicaciones transitorias adquirirá una ardiente actualidad. El problema de la conquista del poder por el proletariado se planteará con toda su amplitud.

Antes de agotar, o ahogar en sangre a la humanidad, el capitalismo envenena la atmósfera mundial con los vapores deletéreos del odio nacional y racial. El antisemitismo es ahora una de las convulsiones más malignas de la agonía capitalista.

La divulgación tenaz en contra de todos los prejuicios de raza y de todas las formas y matices de la arrogancia nacional del chauvinismo, en particular del antisemitismo, debe entrar en el trabajo cotidiano de todas las secciones de la IV Internacional, como el principal trabajo de educación en la lucha contra el imperialismo y la guerra. Nuestra consigna fundamental sigue siendo:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO

La fórmula de “gobierno obrero y campesino” aparecida por primera vez en 1917 en la agitación de los bolcheviques fue definitivamente admitida después de la insurrección de Octubre. No representaba en este caso más que

una denominación popular de la dictadura del proletariado, ya establecida. La importancia de esta denominación consiste sobre todo en que ponía en primer plano la idea de la alianza del proletariado y de la clase campesina colocada en la base del poder soviético.

Cuando la Internacional Comunista de los epígonos trató de hacer revivir la fórmula de “dictadura democrática de los obreros y campesinos”, enterrada por la historia, dio a la fórmula de “gobierno obrero y campesino” un contenido completamente diferente, puramente “democrático”, vale decir, burgués, oponiéndola a la dictadura del proletariado. Los bolcheviques leninistas rechazaron resueltamente la consigna de “gobierno obrero y campesino” en su interpretación democrático burguesa. Afirmaban entonces y afirman ahora que cuando el partido del proletariado renuncia a salir de los cuadros de la democracia burguesa, su alianza con la clase media no es otra cosa que un apoyo al capital, como ocurrió con los menchevique y los socialistas revolucionarios en 1917, como ocurrió con el partido comunista chino en 1925-1927 y como pasa ahora con los “frentes populares” de España, de Francia y de otros países.

En Abril-Septiembre de 1917, los bolcheviques exigían que los socialistas revolucionarios y los mencheviques rompieran su ligazón con la burguesía liberal y tomaran el poder en sus propias manos. Con esta condición los bolcheviques prometían a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios representantes pequeño burgueses de obreros y campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía renunciando, no obstante categóricamente a entrar en el gobierno y a tomar ninguna responsabilidad política por ellos. Si los mencheviques y socialistas revolucionarios habían realmente roto con los cadetes liberales y con el imperialismo extranjero, “el gobierno obrero y campesino” creado por ellos, no hubiera hecho más que acelerar y facilitar la instauración de la dictadura del proletariado. Pero es precisamente por esto que la dirección de la democracia pequeño burguesa se opuso con todas sus fuerzas a la instauración de su propio poder. La experiencia de Rusia demuestra, la experiencia de España y de Francia confirma de nuevo, que aún en las condiciones más favorables los partidos de la democracia pequeño burguesa (socialistas revolucionarios, social demócratas, stalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, vale decir un gobierno independiente de la burguesía.

No obstante la reivindicación de los bolcheviques dirigidas a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios: “¡Romped con la burguesía, tomad en vuestras manos el poder!” tiene para las masas un enorme valor educativo. La negación obstinada de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios a tomar el poder, que apareció tan trágicamente en las

jornadas de julio, los perdió definitivamente en el espíritu del pueblo y preparó la victoria de los bolcheviques.

La tarea central de la Cuarta Internacional consiste en liberar al proletariado de la vieja dirección, cuyo espíritu conservador está en completa contradicción con la situación catastrófica del capitalismo en su decadencia y es el principal freno del progreso histórico. La acusación capital que la IV Internacional lanza contra las organizaciones tradicionales del proletariado es la de que ellas no quieren separarse del semi-cadáver de la burguesía.

En estas condiciones la reivindicación dirigida sistemáticamente a la vieja dirección: "¡Romped con la burguesía, tomad el poder!" es un instrumento extremadamente importante para descubrir el carácter traidor de los partidos y organizaciones de las II y III Internacional es así como también de la Internacional de Amsterdam.

La consigna de "gobierno obrero y campesino" es empleada por nosotros, únicamente, en el sentido que tenía en 1917 en boca de los bolcheviques, es decir, como una consigna anti-burguesa y anti-capitalista, pero en ningún caso en el sentido "democrático" que posteriormente le han dado los epígonos haciendo, de ella, que era un puente a la revolución, la principal barrera en su camino.

Nosotros exigimos de todos los partidos y organizaciones que se apoyan en los obreros y campesinos, que rompan políticamente con la burguesía y tomen el carro campesino. En este camino de la lucha por el poder obrero prometemos un completo apoyo contra la reacción capitalista. Al mismo tiempo desarrollamos una agitación incansable alrededor de las reivindicaciones que deben constituir, en nuestra opinión, el programa del "gobierno obrero y campesino".

¿Es posible la creación del gobierno obrero y campesino por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como ya lo hemos dicho, que esto es por lo menos, poco probable. No obstante no es posible negar categóricamente a priori la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc...) Los partidos pequeño burgueses sin excepción a los stalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En cualquier caso una cosa está fuera de dudas: aún en el caso de que esa variante poco probable llegara a realizarse en alguna parte y un "gobierno obrero y campesino" - en el sentido indicado más arriba- llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.

Pero es inútil perderse en conjeturas. La agitación bajo la consigna de gobierno obrero y campesino tiene en todos los casos un enorme valor educativo. Y no es por azar: esta consigna, completamente general sigue la línea del desarrollo político de nuestra época (bancarrota, disgregación de los viejos partidos burgueses, quiebre de la democracia, auge del fascismo, aspiración creciente de los trabajadores a una política más activa y más ofensiva). Es por eso que cada una de nuestras reivindicaciones transitorias debe conducir a una sola y misma conclusión política: los obreros deben romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para establecer en común con los campesinos su propio poder.

Es imposible prever cuáles serán las etapas concretas de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la IV Internacional deben orientarse en forma crítica a cada nueva etapa y lanzar las consignas que apoyen las tendencias de los obreros a una política independiente, profundicen el carácter de clase de esta política, destruyan las ilusiones pacifistas y reformistas, refuercen la ligazón de la envergadura con las masas y preparen la toma revolucionaria del poder.

LOS SÓVIETS

Los comités de fábrica son como se ha dicho un elemento de la dualidad del poder en la fábrica. Es por eso que su existencia sólo es posible bajo las condiciones de una creciente presión de las masas. Esto también es cierto para las agrupaciones de masa para la lucha contra la guerra; para los comités de control de precios y para los otros centros de movimiento cuya acción testifica, por sí misma que la lucha de clases ha rebasado el cuadro de las organizaciones tradicionales del proletariado.

No obstante estos nuevos organismos y centros sentirán su falta de cohesión y su insuficiencia. Ninguna de las reivindicaciones transitorias puede ser completamente realizada con el mantenimiento del régimen burgués. Además de la agudización de la crisis social aumentará no sólo el sufrimiento de las masas sino que también su impaciencia, su firmeza y su espíritu de ofensiva. Capas siempre nuevas de oprimidos levantarán la cabeza y lanzarán sus reivindicaciones millones de necesitados, en que los jefes reformistas nunca pensaron, comenzarán a golpear a las puertas de las organizaciones obreras. Los desocupados entrarán en el movimiento. Los obreros agrícolas, los campesinos arruinados o semi-arruinados, las capas proletarizadas de la intelectualidad, todos buscarán un reagrupamiento y una dirección. ¿Cómo armonizar las diversas reivindicaciones y formas de lucha aunque sólo sea en los límites de una ciudad? La historia ya ha respondido a este problema: por medio de los soviets (Consejos) que reúnen

los representantes de todos los grupos de lucha. Nadie ha propuesto hasta ahora ninguna forma de organización y es dudoso que se pueda inventar otra. Los soviets no están ligados a ningún programa a priori. Abren sus puertas a todos los explotados. Por esta puerta pasan los representantes de las capas que son arrastradas por el torrente general de la lucha. La organización se extiende con el movimiento y se renueva constantemente y profundamente. Todas las tendencias políticas del proletariado pueden luchar por la democracia del soviets sobre la base de la más amplia democracia. Es por eso que la consigna de los soviets es el coronamiento del programa de reivindicaciones transitorias.

Los soviets no pueden nacer sino donde el movimiento de las masas entra en una etapa abiertamente revolucionaria. En tanto que eje alrededor del cual se unifican decenas de millones de trabajadores, los soviets desde el momento de su aparición se constituyen en rivales adversarios de las autoridades locales y, en seguida, del mismo gobierno central. Si el comité de fábrica crea los elementos de la dualidad del poder en la fábrica, los soviets abren un período de dualidad del poder en el país.

La dualidad del poder es a su vez el punto culminante del período de transición. Dos regímenes, el burgués y el proletario, se oponen, hostilmente uno al otro. El choque entre ambos es inevitable. De la salida de éste depende la suerte de la sociedad. En caso de derrota de la revolución, la dictadura fascista de la burguesía. En caso de victoria, el poder de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad.

LOS PAISES ATRASADOS Y EL PROGRAMA DE REIVINDICACIONES TRANSITORIAS

Los países coloniales y semi-coloniales son por su misma naturaleza países atrasados. Pero estos países atrasados viven en las condiciones de la dominación mundial del imperialismo. Es por eso que su desarrollo tiene un carácter combinado: reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la civilización capitalista. Esto es lo que determina la política del proletariado de los países atrasados: está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y la democracia burguesa con la lucha socialista contra el imperialismo mundial. Las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista no están separadas en la lucha por etapas históricas sino que surgen inmediatamente las unas de las otras. Habiendo apenas comenzado a edificar sindicatos el proletariado chino se vio ya obligado a pensar en los soviets. En este sentido, el presente programa es plenamente aplicable a los países coloniales y semi-

coloniales, al menos en aquellos que el proletariado es ya capaz de tener una política independiente.

Los problemas centrales de los países coloniales y semi-coloniales son: la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional, es decir, el sacudimiento del yugo imperialista. Estas dos tareas están estrechamente ligadas la una a la otra.

Es imposible rechazar pura y simplemente el programa democrático; es necesario que las masas por sí mismo sobrepasen este programa en la lucha. La consigna de la Asamblea Nacional (o Constituyente) conserva todo su valor en países como la China o la India. Es necesario ante todo armar a los obreros de este programa democrático. Sólo ellos pueden levantar y unir a los campesinos. Sobre la base del programa democrático revolucionario es necesario oponer los obreros a la burguesía "nacional". A una cierta etapa de la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, los soviets pueden y deben surgir. Su rol histórico en cada período dado, en particular su relación con la Asamblea Nacional, está determinado por el nivel político del proletariado, por la ligazón entre éste y la clase campesina, por el carácter de la política del proletariado. Tarde o temprano los soviets deben derribar a la democracia burguesa. Sólo ellos son capaces de llevar hasta el final la revolución democrática y abrir así la etapa de la revolución socialista.

El peso específico de las diversas reivindicaciones democráticas y transitorias en la lucha del proletariado, su ligazón recíproca, su orden de sucesión, está determinado por las particularidades y condiciones propias de cada país atrasado, en una parte considerable, por su grado de atraso. No obstante la dirección general del desarrollo revolucionario puede ser determinada por la fórmula de la revolución permanente en el sentido que definitivamente han dado a esta fórmula las tres revoluciones de Rusia (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917).

La Internacional "Comunista" ha dado a los países atrasados el ejemplo clásico de la manera cómo se puede causar la ruina de una revolución llena de fuerza y de promesas cuando en la impetuosa alza del movimiento de masas en China en 1925-1927. la I.C. no lanzó la consigna de la Asamblea nacional y al mismo tiempo prohibió la formación de los soviets. El partido burgués del Kuo-Mín-Tang debía según el plan de Stalin "reemplazar" a la vez a la Asamblea Nacional y a los Soviets. Después del hundimiento inevitable de la insurrección de Cantón. la I.C. tomó el camino de la guerra de guerrillas y de los soviets campesinos con una completa pasividad del proletariado industrial. Conducida por este camino a una impasse la I.C. aprovechó la guerra Chino-Japonesa para liquidar de un plumazo la "China

Soviética" subordinando no solamente el "Ejercito Rojo" campesino sino también el llamado partido Comunista al Kuo-Min-Tang mismo, es decir de la burguesía.

Después de haber traicionado a la revolución proletaria internacional en nombre de la amistad con los esclavistas democráticos, el KOMINTERN no podía dejar de traicionar igualmente la lucha emancipadora de los pueblos coloniales con un cinismo mucho mayor que con el que lo hiciera antes la II Internacional. La política de los "Frentes Populares" y de la "Defensa Nacional " tiene como uno de sus objetivos hacer con las centenas de millones de hombres de la población colonial, carne de cañón para el imperialismo democrático. La bandera de la lucha de la emancipación de los pueblos coloniales, es decir, de más de la mitad de la humanidad, pasa definitivamente a manos de la IV Internacional

EL PROGRAMA DE REIVINDICACIONES TRANSITORIAS EN LOS PAÍSES FASCISTAS

Ha pasado bastante tiempo desde que los estrategas de la I.C. proclamaron que la victoria de Hitler no era más que un paso hacia la victoria de Thaelman. Más de 5 años lleva pasados Thaelman en las prisiones de Hitler. Mussohni mantiene a Italia bajo el fascismo desde hace más de 16 años. Mientras tanto, todos los partidos de la Segunda y Tercera Internacionales se han mostrado impotentes no solamente para provocar un movimiento de masas sino también para crear una organización ilegal seria que pueda compararse, aunque sólo sea en cierta medida a los partidos revolucionarios rusos de la época del zarismo.

No hay ninguna razón para ver la causa de estos fracasos en la potencia de la ideología fascista. Mussolini no tuvo jamás ideología alguna y la ideología de Hitler nunca ha sido tomada en serio por los obreros. Las capas de la población a las que el fascismo, en un momento dado, había seducido, es decir, las clases medias, sobre todo, han tenido tiempo de desilucionarse. El hecho de que la pequeña oposición existente se limite a los medios clericales protestantes y católicos, no se explica por la potencia de las teorías semi-delirantes, semi-charlatanescas de la "raza", y de la "sangre" sino ideologías de la democracia y del KOMINTERN.

Después del hundimiento de la Comuna de Paris, una reacción aplastante se prolongó cerca de 8 años. Después de la derrota de la revolución rusa en 1905 las masas obreras quedaron abatidas por casi el mismo tiempo. No obstante en los dos casos no se trató más que de derrotas físicas determinadas por la correlación de fuerzas. En Rusia se trataba, por otra parte, de un proletariado casi virgen. La fracción de los Bolcheviques no

contaba entonces más de tres años. La situación era completamente diferente en Alemania donde la dirección pertenecía a potentes partidos los cuales uno tenía 70 años de existencia y el otro cerca de 15. Estos dos partidos que tenían millones de electores se encontraron moralmente paralizados ante la lucha y se rindieron sin combate. No ha habido jamás catástrofe parecida en la historia el proletariado alemán no ha sido batido por el enemigo en un combate; ha sido destruido por la cobardía, la abyección, la traición de sus propios partidos. Nada de extraño tiene que haya perdido la fe en todo lo que estaba habituado a creer desde hace casi tres generaciones. La victoria de Hitler a su vez ha reforzado a Mussolini.

La falta de éxito real del trabajo revolucionario en Italia y en Alemania no tiene otra razón que la política criminal de la social democracia y del Comintern. Para realizar un trabajo ilegal es necesario no solamente la simpatía de las masas, sino también el entusiasmo consciente de sus capas más avanzadas. ¿Pero puede esperarse el entusiasmo en organizaciones que históricamente están en quiebra? Los jefes emigrados son sobre todo agentes del Kremlin o de la G.P.U., desmoralizados hasta la médula de los huesos, o antiguos ministros social-demócratas de la burguesía, que esperan que el milagro los obreros le devolverán sus puestos perdidos. ¿Es posible imaginar, aunque sólo sea por un momento a estos señores en el papel de futuros líderes de la revolución antifascista?

Los acontecimientos sobre la arena mundial tampoco han favorecido una conmoción revolucionaria en Italia y Alemania: aplastamiento de los obreros austriacos, derrota de la revolución española, degeneración del Estado Soviético. En la medida en que los obreros italianos y alemanes dependen de la radio para su información política, se puede decir con seguridad que las emisiones de Moscú, que combinan la mentira terrorista a la estupidez y la impotencia, constituyen un potente factor de desmoralización para los obreros de los países totalitarios. En este aspecto como en otros Stalin no es más que un auxiliar de Goebbels.

No obstante, los antagonismos de clase que han conducido a la victoria del fascismo, continúan su trabajo aún bajo su dominación y lo roen poco a poco. El descontento de las masas crece. Centenares de miles de obreros abnegados continúan, a pesar de todo, un trabajo prudente de topos revolucionarios. Jóvenes generaciones que no han sufrido directamente el hundimiento de las grandes tradiciones y de las grandes esperanzas, se levantan. La preparación molecular de la revolución está en marcha bajo la pesada loza del régimen totalitario. Pero para que la energía escondida se transforme en movimiento, es necesario que la vanguardia del proletariado

haya encontrado una nueva perspectiva, un nuevo régimen, un nuevo programa, una nueva bandera sin tacha.

Es esta la principal dificultad. Es extremadamente difícil para los obreros de los países fascistas orientarse en los nuevos programas. La verificación de un programa se hace por la experiencia. Es precisamente la experiencia del movimiento de masas lo que falta en los países de despotismo totalitario. Es muy probable que sea necesario un gran éxito del proletariado en uno de los países "democráticos" para dar un impulso al movimiento revolucionario en los países dominados por el fascismo.

Una catástrofe financiera o militar puede tener el mismo efecto. Es necesario realizar actualmente un trabajo preparatorio, sobre todo de propaganda, que no dará frutos abundantes sino en el porvenir.

Desde ya se puede afirmar con plena certeza: una vez que haya alumbrado el gran día, el movimiento revolucionario en los países fascistas tomará de golpe una extensión grandiosa y no se detendrá para resucitar cadáveres como el de Weimar.

Es sobre este punto que comienza la divergencia irreductible entre la IV Internacional y los viejos partidos que sobreviven físicamente a su bancarrota. El "Frente Popular" en la emigración es una de las variedades más nefastas y más traidoras de todos los frentes populares posibles. Significa en el fondo la nostalgia impotente de una coalición con una burguesía liberal inexistente. Si tuviera algún éxito, no habría más que preparar una serie de nuevas derrotas del proletariado a la manera española. Es por eso que la propaganda despiadada contra la teoría y la práctica del Frente Popular es la primera condición de la lucha revolucionaria contra el fascismo.

Esto no significa que la IV Internacional rechace las consignas democráticas. Al contrario, y en todas partes bajo su propia bandera. Propone abiertamente su programa al proletariado de los países fascistas. Desde ahora los obreros avanzados del mundo entero están firmemente convencidos que el derrumbamiento de Mussolini y de Hitler y de sus agentes e imitadores, se producirá bajo la dirección de la IV Internacional.

LA SITUACION DE LA U.R.S.S. Y LAS TAREAS DE LA ÉPOCA DE TRANSICIÓN

La Unión Soviética ha salido de la revolución de Octubre como un Estado obrero. La propiedad estatal de los medios de producción, condición necesaria del desarrollo socialista, ha abierto la posibilidad de un crecimiento rápido de las fuerzas productivas. El aparato del Estado obrero, aislado, sufrió mientras tanto una completa degeneración, transformándose

de instrumento de la clase obrera, en instrumento de violencia burocrática contra la clase obrera y en forma creciente, en instrumento de sabotaje de la economía. La burocratización de un Estado obrero, atrasado y aislado, y la transformación de la burocracia en casta privilegiada omnipotente, es la refutación más convincente -no solamente teórica sino práctica- de la teoría del socialismo en un solo país.

Así, el régimen de la URSS encierra contradicciones amenazantes. Pero continúa siendo un régimen de Estado Obrero degenerado. Tal es el diagnóstico social.

El pronóstico político tiene un carecer alternativo: o la burocracia se transforma cada vez más en órgano de la burguesía mundial dentro del Estado Obrero, derriba las nuevas formas de propiedad y vuelve el país al capitalismo; o la clase obrera aplasta a la burocracia y abre el camino hacia el socialismo.

Para las secciones de la IV Internacional los procesos de Moscú no son una sorpresa, ni el resultado de la demencia personal del dictador del Kremlin, sino los productos legítimos del Termidor. Han nacido de fricciones intolerables que existen en el interior de la burocracia soviética, fricciones que a su vez reflejan las contradicciones entre la burocracia y el pueblo y también los antagonismos que se profundizan en el seno del mismo "pueblo". La naturaleza sangrienta y fantástica de los juicios dan el grado de intensidad de esas contradicciones y predicen la proximidad del desenlace.

Las declaraciones públicas de ex agentes del Kremlin en el extranjero que se han negado a regresar a Moscú, han confirmado irrefutablemente, de su parte, que en el seno de la burocracia existen todos los matices del pensamiento político: desde el verdadero bolchevismo (I. Reiss) hasta el fascismo acabado (Th. Butenko). Los elementos revolucionarios de la burocracia, que constituyen una ínfima minoría, reflejan, pasivamente, es cierto, los intereses socialistas del proletariado. Los elementos fascistas contrarrevolucionarios, cuyo número aumenta sin cesar, expresan en forma cada vez más consecuente los intereses del imperialismo mundial. Estos candidatos al rol de "compradores" piensan, no sin razón, que la nueva capa dirigente no puede asegurar su posición privilegiada sin renunciar a la nacionalización, a la colectivización y al monopolio del comercio exterior en nombre de la asimilación de la "civilización occidental", vale decir, del capitalismo. Entre estos dos polos se reparten las tendencias intermedias, más o menos vagas, de carácter menchevique, socialista-revolucionario o liberal, que gravitan hacia la democracia burguesa.

En la llamada sociedad "sin clases" existen, sin ninguna duda, los mismos agrupamientos que en la burocracia, pero con una expresión menos clara y

expresados en proporción inversa: son las tendencias capitalistas concientes, predominantes sobre todo, en las capas más prósperas de los kolkoses, pero que representan una pequeña minoría de la población. Pero encuentran una amplia base en las tendencias pequeño burguesas a la acumulación que nacen de la miseria general y que la burocracia alienta concientemente.

Sobre este sistema de antagonismo crecientes que destruyen, cada vez más, el equilibrio social, se mantiene, por métodos de terror, una oligarquía termidoriana, que por ahora se reduce sobre todo a la camarilla bonapartista de Stalin.

Los últimos procesos han sido un golpe contra la izquierda. Esto es cierto también respecto a la represión contra los jefes de la oposición de derecha, porque desde el punto de vista de los intereses y de las tendencias de la burocracia, el grupo de derecha del viejo partido bolchevique, representa un peligro de izquierda. El hecho de que la camarilla bonapartista, temerosa también de sus aliados de derecha, del género de Butenko, se haya visto obligada, para asegurar su mantenimiento, a recurrir a la exterminación, casi general de la vieja generación de bolcheviques es la prueba indiscutible de la vitalidad de las tradiciones revolucionarias en las masas y del descontento creciente de las mismas.

Los demócratas pequeño-burgueses de Occidente, que aceptaban todavía ayer los procesos de Moscú como moneda corriente, repiten ahora con insistencia que “en la U.R.S.S. no hay trotskismo ni trotskistas”. Pero no explican por qué, toda la depuración se hace bajo el signo de la lucha contra este peligro. Si se toma el “trotskismo” como un programa acabado y con más razón como una organización, “el trotskismo” es sin duda, en la U.R.S.S., extremadamente débil. No obstante, su fuerza invencible reside en ser la representación, no solamente de la tradición revolucionaria, sino también de la oposición actual de la clase obrera. El odio social de los obreros por la burocracia, es precisamente lo que a los ojos de la camarilla staliniana es el trotskismo. Teme mortalmente, y con mucha razón, la vinculación de la sorda indignación de los trabajadores con la organización de la IV Internacional.

La exterminación de la vieja generación de bolcheviques y de representantes revolucionarios de la generación media y joven ha destruido todavía más el equilibrio político en favor a la derecha, burguesa, de la burocracia, en todo el país. Es de ahí, es decir, de la derecha, que se puede esperar en el próximo periodo, tentativas cada vez más resueltas de reconstruir el régimen social de la U.R.S.S. aproximándolo a la “civilización occidental”, ante todo en su forma fascista.

Esta perspectiva da un carácter muy concreto a la cuestión de la "defensa de la U.R.S.S.". Si mañana el grupo burgués-fascista o, por así decir, la "fracción Butenko" entra en la lucha por la conquista del poder, la "fracción Reiss" tomará inevitablemente su lugar del otro lado de la barricada. Siendo momentáneamente el aliado de Stalin, esta última defendería, no a la camarilla bonapartista de éste, sino la base social de la U.R.S.S., es decir, la propiedad arrancada a los capitalistas y transformada en propiedad del Estado. Si la "fracción Butenko" se encuentra en alianza militar con Hitler, la "fracción Reiss" defenderá a la U.R.S.S. contra la intervención militar, en el interior de la U.R.S.S. como sobre la arena mundial. Cualquier otra conducta sería una traición.

No es posible negar por adelantado la posibilidad, en casos estrictamente determinados, de un "frente único" con la parte termidoriana de la burocracia contra la ofensiva abierta de la contra revolución capitalista, pero la tarea política principal en la U.R.S.S. sigue siendo, a pesar de todo, el derrocamiento de la burocracia termidoriana. Cada día añadido a su dominación contribuye a socavar los cimientos de los elementos socialistas de la economía y aumentar las posibilidades de la restauración capitalista. En el mismo sentido gravita la Internacional "Comunista" agente y cómplice de camarilla stalinista en el sofocamiento de la revolución española y la desmoralización del proletariado internacional.

Al igual que en los países fascistas, la principal fuerza de la burocracia no está en ella misma, sino en el desaliento de las masas, en la falta de una perspectiva nueva. Al igual que en los países fascistas, de los cuales el aparato político de Stalin difiere sólo en ser de una crudeza más desenfadada, sólo un trabajo preparatorio de propaganda es actualmente posible en la U.R.S.S. Al igual que en los países fascistas, la impulsión para el movimiento revolucionario de los obreros soviéticos será dada, muy probablemente, por acontecimientos exteriores. La lucha contra el KOMINTERN sobre la arena mundial es actualmente la parte más importante de la lucha contra la dictadura stalinista. Muchos indicios permiten creer que la disgregación del KOMINTERN, que no tiene apoyo directo en la G.P.U., precederá la caída de la camarilla bonapartista y de toda la burocracia termidoriana en general.

El nuevo auge de la revolución en la U.R.S.S. comenzará sin ninguna duda, bajo la bandera de la lucha contra la desigualdad social y la opresión política.

¡ Abajo los privilegios de la burocracia!

¡ Abajo el stajanovismo!

¡ Abajo la aristocracia soviética con sus grados y decoraciones!

¡Más igualdad en el salario de todas las formas de trabajo!

La lucha por la libertad de los sindicatos y los comités de fábrica, por la libertad de reunión y de prensa, se desarrollará en lucha por el renacimiento y regeneración de la democracia soviética.

La burocracia ha reemplazado a los soviets, en sus funciones de órgano de clase, por la ficción del sufragio universal, al estilo de Hitler-Goebbels. Es necesario devolver a los soviets no solamente su libre forma, democrática, sino también su contenido de clase. De la misma manera que antes la burguesía y los Kulaks no eran admitidos en los soviets, ahora la burocracia y la nueva aristocracia deben ser arrojada de los soviets. En los soviets no hay lugar más que para los obreros, para los miembros de base de los Koljoses, los campesinos y los soldados rojos.

La democratización de los soviets es inconcebible sin la legalización de los partidos soviéticos. Los obreros y los campesinos, por sí mismos y por su libre sufragio decidirán qué partidos serán considerados como partidos soviéticos.

¡Revisión completa de la economía planificada en interés de los productores y consumidores! Se debe devolver el derecho de control de la producción a los Comités de fábrica. La cooperativa de consumos, democráticamente organizada, debe controlar la calidad de los productos y sus precios.

¡Reorganización de los Koljoses de acuerdo con la voluntad e interés de los trabajadores que los integran!

La política internacional conservadora de la burocracia debe ser reemplazada por la política del internacionalismo proletario. Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe ser publicada. ¡Abajo la diplomacia secreta!

Todos los procesos políticos montados por la burocracia termidoriana deben ser revisados, bajo una publicidad completa y un libre examen. Los organizadores de las falsificaciones deben sufrir el merecido castigo.

Es imposible realizar este programa sin el derrocamiento de la burocracia que se mantiene por la violencia y la falsificación. Sólo el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas puede regenerar el régimen soviético y asegurar la marcha adelante hacia el socialismo. Sólo el partido de la IV Internacional es capaz de dirigir a las masas soviéticas a la insurrección.

¡Abajo la camarilla bonapartista del Caín-Stalin!

¡Viva la democracia soviética!

¡Viva la revolución socialista internacional!

CONTRA EL OPORTUNISMO Y EL REVISIONISMO SIN PRINCIPIOS

La política del partido de León Blum en Francia demuestra nuevamente que los reformistas son incapaces de aprender nada de las lecciones de la historia. La social democracia francesa copia servilmente la política de la social democracia alemana y marcha hacia la misma catástrofe. En las últimas décadas, la Segunda Internacional ha ligado estrechamente su destino al régimen democrático burgués y está pudriéndose a la par de él.

La Tercera Internacional ha entrado en el camino del reformismo precisamente ahora que la crisis del capitalismo ha puesto definitivamente en el orden del día a la revolución proletaria. La política actual de la II Internacional en España y en China, que consiste en arrastrarse ante la burguesía "nacional" y "democrática", revela que ésta tampoco es capaz de cambiar ni de aprender nada. La burocracia, que en la U.R.S.S. se ha convertido en una fuerza reaccionaria, no puede desempeñar un papel revolucionario en el orden internacional.

En su conjunto, el anarcosindicalismo ha experimentado una evolución del mismo género. En Francia, la burocracia sindical de León Jouhaux desde hace mucho tiempo se ha convertido en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España, el anarcosindicalismo se desprendió de su revolucionarismo de fachada, desde que apareció la revolución, y se convirtió en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa.

Las organizaciones intermedias centristas, que se agrupan en torno al Bureau de Londres, no son más que apéndices "izquierdistas", poniendo en evidencia su absoluta incapacidad para orientarse en una situación histórica y deducir conclusiones revolucionarias. Su punto culminante fue alcanzado por el P.O.U.M. español que frente a una situación revolucionaria resultó ser completamente incapaz de tener una política revolucionaria. Las trágicas derrotas que el proletariado mundial viene sufriendo desde hace una larga serie de años han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo todavía más acentuado y, al mismo tiempo, a los "revolucionarios" pequeño-burgueses decepcionados, a buscar "nuevos" caminos. Como siempre en las épocas de reacción y decadencia, por todas partes aparecen magos y charlatanes que quieren revisar todo el desenvolvimiento del pensamiento revolucionario. En lugar de aprender del pasado, lo "corrigen". Unos descubren la inconsistencia del marxismo, otros proclaman la quiebra del bolchevismo. Unos adjudican a la doctrina revolucionaria la responsabilidad de los crímenes y errores de quienes lo traicionan. Otros maldicen a la medicina porque no asegura una curación inmediata y milagrosa. Los más audaces prometen descubrir una panacea y mientras tanto recomiendan que se detenga la lucha de clases. Numerosos

profetas de la nueva moral se disponen a regenerar al movimiento obrero con ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de estos apóstoles se han convertido en inválidos morales sin batalla. Así, con el ropaje de revelaciones deslumbradoras no se ofrecen al proletariado más que viejas recetas enterradas desde hace mucho tiempo en los archivos del socialismo anterior a Marx.

La IV Internacional declara una guerra implacable a las burocracias de la II y de la III Internacionales, de la Internacional de Amsterdam y de la Internacional anarcosindicalista, lo mismo que a sus satélites centristas; al reformismo sin reformas, al democratismo aliado a la G.P.U., al pacifismo sin paz, al anarquismo al servicio de la burguesía, a los "revolucionarios" que temen mortalmente a la revolución. Todas estas organizaciones no son promesas del porvenir sino supervivencias podridas del pasado. La época de las guerras y de las revoluciones no dejará ni rastros de ellas.

La IV Internacional no busca ni inventa ninguna panacea. Se mantiene enteramente en el terreno del marxismo, única doctrina revolucionaria que permite comprender la realidad, descubrir las causas de las derrotas y preparar conscientemente la victoria. La IV Internacional continúa la tradición del bolchevismo que por primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder. La Cuarta Internacional desecha a los magos, charlatanes y profesores de moral. En una sociedad basada en la explotación, la moral suprema es la de la revolución socialista. Buenos son los métodos que elevan la conciencia de clase de los obreros, la confianza en sus fuerzas y su espíritu de sacrificio en la lucha. Inadmisibles son los métodos que inspiran el miedo y la docilidad de los oprimidos contra los opresores, que ahogan el espíritu de rebeldía y de protesta, o que reemplazan la voluntad de las masas por la de los jefes, la persuasión por la coacción y el análisis de la realidad por la demagogia y la falsificación. He aquí por qué la social democracia, que ha prostituido el marxismo tanto como el stalinismo, antítesis del bolchevismo, son los enemigos mortales de la revolución proletaria y de la moral de la misma.

Mirar la realidad cara a cara, no buscar la línea de la menor resistencia, llamar a las cosas por su nombre, decir la verdad a las masas por amarga que ella sea, no temer los obstáculos, ser fiel en las pequeñas y en las grandes cosas, ser audaz cuando llegue la hora de la acción, tales son las reglas de la IV Internacional. Ella ha mostrado que sabe marchar contra la corriente. La próxima ola histórica la pondrá sobre su cresta.

CONTRA EL SECTARISMO

Bajo la influencia de la traición y de la degeneración de las organizaciones históricas del proletariado, en la periferia de la IV Internacional han nacido o han degenerado grupos y formaciones sectarias de diferentes géneros. En su base estos núcleos se niegan a luchar por los intereses y las necesidades elementales de las masas, tal como ellas son. La preparación de la revolución significa para los sectarios convencerse a sí mismos de las ventajas del socialismo. Proponen volver la espalda a los viejos sindicatos, esto es, a decenas de millones de obreros. ¡Como si las masas pudieran vivir fuera de las condiciones reales de la lucha de clases! Permanecen indiferentes ante la lucha interna de las organizaciones reformistas. ¡Como si se pudiera conquistar a las masas sin intervenir en esa lucha! Se rehúsan a hacer en la práctica una diferencia entre la democracia burguesa y el fascismo. ¡Cómo si las masas no sintieran esa diferencia a cada paso!

Los sectarios sólo son capaces de distinguir dos colores: el blanco, y el negro. Para no exponerse a la tentación, simplifican la realidad. Rehúsan establecer diferencias entre los campos en lucha en España por la razón de que los dos campos tienen un carácter burgués. Y piensan, por la misma razón, que es necesario permanecer neutral en la guerra de Japón contra China. Niegan la diferencia de principios entre U.R.S.S. y los países burgueses y se rehúsan, vista la política reaccionaria de la burocracia soviética, a defender contra el imperialismo las formas de propiedad creadas por la revolución de Octubre.

Incapaces de encontrar acceso a las masas las acusan de incapacidad para elevarse hasta las ideas revolucionarias. Estos profetas estériles no ven la necesidad de tender el puente de las reivindicaciones transitorias, porque tampoco tienen el propósito de llegar a la otra orilla. Como mula de noria, repiten, constantemente las mismas abstracciones vacías. Los acontecimientos políticos no son para ello la ocasión de lanzarse a la acción, sino de hacer comentarios. Los sectarios del mismo modo que los conlusionistas y los magos, al ser constantemente desmentidos por la realidad, viven en un estado de continua irritación, se lamentan incesantemente del "régimen" y de los "métodos" y se dedican a mezquinas intrigas. Dentro de su propio círculo, estos señores comúnmente ejercen un régimen despótico. La postración política del sectarismo no hace más que seguir como una sombra a la postración del oportunismo, sin abrir perspectivas revolucionarias. En la política práctica los sectarios se unen a cada paso a los oportunistas, sobre todo a los centristas, para luchar contra el marxismo.

La mayoría de los grupos y camarillas sectarias de esta índole, que se nutren de las migajas caídas de la mesa de la IV Internacional, llevan una existencia organizativa "Independiente" con grandes pretensiones, pero sin la menor posibilidad de éxito. Sin perder su tiempo, los bolcheviques leninistas pueden abandonarlos tranquilamente a su propia suerte.

No obstante, también en nuestras propias filas se encuentran tendencias que ejercen una influencia funesta sobre el trabajo de algunas secciones. Es algo que no debe tolerarse un solo día más. La condición fundamental para pertenecer a la IV Internacional es una política justa respecto de los sindicatos. El que no busca ni encuentra el camino del movimiento de masas no es combatiente sino un peso muerto para el partido. Un programa no se crea para las redacciones, las salas de lectura o los centros de discusión, sino para la acción revolucionaria de millones de hombres. La premisa necesaria de los éxitos revolucionarios es la depuración de la IV Internacional del sectarismo y de los sectarios incorregibles.

¡PASO A LA JUVENTUD! ¡PASO A LAS MUJERES TRABAJADORAS!

La derrota de la revolución española, provocada por sus "jefes", la bancarrota vergonzosa del frente popular en Francia y la divulgación de los actos de bandidaje judicial de Moscú, son hechos que en su conjunto asestan a la III Internacional un golpe irreparable y, de paso, causan graves heridas a sus aliados, los socialdemócratas y los anarcosindicalistas. Desde luego, esto no significa que los integrantes de esas organizaciones se orientarán bruscamente hacia la IV Internacional. La generación más vieja, que ha sufrido un terrible descalabro, en su mayor parte abandonará el frente de batalla. De otra parte, la IV Internacional, de ningún modo aspira a transformarse en un refugio de inválidos revolucionarios, burócratas y arribistas decepcionados. Por el contrario, contra la afluencia a nuestras filas de los elementos pequeño-burgueses que dominan en los aparatos dirigentes de las viejas organizaciones, es preciso adoptar las más estrictas medidas preventivas; un largo periodo de prueba para los candidatos que no son obreros, sobre todo, si se trata de ex-burócratas; prohibición de que ocupen puestos responsables en el partido durante los tres primeros años, etc... En la IV Internacional no hay lugar para el arribismo, cáncer de las viejas internacionales. Sólo encontrarán cabida en nuestras filas aquellos que quieran vivir para el movimiento y no a expensas del mismo.

Las puertas de la organización están completamente abiertas para los obreros revolucionarios, que son quienes deben sentirse dueños de la misma. Claro está que aún entre los obreros que en un tiempo ocuparon las primeras filas, actualmente hay no pocos fatigados y decepcionados. Por lo menos en

su próximo periodo se mantendrán apartados. Con el desgaste del programa y de la organización manteniendo sobre sus hombros. El movimiento se renueva con la juventud, libre de toda responsabilidad del pasado.

La IV Internacional presta una atención y un interés particularísimo a la joven generación del proletariado. Toda su política se esfuerza por inspirar a la juventud confianza en sus propias fuerzas y en su porvenir. Sólo el entusiasmo fresco y el espíritu beligerante de la juventud pueden asegurar los primeros triunfos de la lucha y sólo éstos devolverán al camino revolucionario a los mejores elementos de la vieja generación. Siempre fue así y siempre será así.

La marcha de las cosas lleva a todas las organizaciones oportunistas a concentrar su interés en las capas superiores de la clase obrera, y, en consecuencia, ignoran tanto a la juventud como a las mujeres trabajadoras. Ahora bien, la época de la declinación del capitalismo asesta a la mujer sus más duros golpes tanto en su condición de trabajadora como de ama de casa. Las secciones de la IV Internacional deben buscar apoyo en los sectores más oprimidos de la clase trabajadora, y por tanto, entre las mujeres que trabajan. En ellas encontrarán fuentes inagotables de devoción, abnegación y espíritu de sacrificio.

¡Abajo el burocratismo y el arribismo!

¡Paso a la juventud!

¡Paso a la mujer trabajadora!

Tales son las consignas inscritas en la bandera de la Cuarta Internacional.

BAJO LA BANDERA DE LA CUARTA INTERNACIONAL

Los escépticos preguntan: ¿Pero ha llegado el momento de crear una nueva Internacional? Es imposible, dicen, crear "artificialmente" una Internacional. Sólo pueden hacerla surgir los grandes acontecimientos, etc. Lo único que demuestran todas estas expresiones es que los escépticos no sirven para crear una nueva Internacional. Por lo general, los escépticos no sirven para nada.

La Cuarta Internacional ya ha surgido de grandes acontecimientos; de las más grandes derrotas que el proletariado registra en la historia. La causa de estas derrotas es la degeneración y la traición de la vieja dirección. La lucha de clases no tolera interrupciones. La Tercera Internacional, después de la Segunda, ha muerto para la revolución.

¡Viva la Cuarta Internacional!

Pero los escépticos no se callan ¿Pero ha llegado ya el momento de proclamarla? La Cuarta Internacional- respondemos- no necesita ser "proclamada". Existe y lucha. ¿Es débil? Sí, sus filas son todavía poco numerosas porque todavía es joven. Hasta ahora se compone sobre todo de

cuadros dirigentes. Pero estos cuadros son la única esperanza del porvenir revolucionario, son los únicos realmente dignos de este nombre. Si nuestra Internacional es todavía numéricamente débil, es fuerte por su doctrina, por su tradición, y el temple incomparable de sus cuadros dirigentes. Que esto no se vea hoy, no tiene mayor importancia. Mañana será más evidente.

La Cuarta Internacional goza ya desde ahora del justo odio de los stalinistas, de los social-demócratas, de las liberales burgueses y de los fascistas. No tiene ni puede tener lugar alguno en ningún frente popular. Combate irreductiblemente a todos los grupos políticos ligados a la burguesía. Su misión consiste en aniquilar la dominación del capital, su objetivo es el socialismo. Su método, la revolución proletaria. Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina no hay acción revolucionaria. El régimen interior de la Cuarta Internacional se rige conforme a los principios del centralismo democrático: completa libertad en la discusión, absoluta unidad en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los obreros revolucionarios agrupados en torno a la Cuarta Internacional señalan a su clase el camino para salir de la crisis. Le proponen un programa basado en la experiencia internacional del proletariado y de todos los oprimidos en general, le proponen una bandera sin mácula.

Obreros y Obreras de todos los países, agrupados bajo la bandera de la Cuarta Internacional.

¡Es la bandera de vuestra próxima victoria!

TERCERA PARTE
DEBATES PROGRAMÁTICOS
CONTEMPORÁNEOS

Revolución permanente y serie de programas de transición. Mike Macnair (2007)

WW #684 Jueves, 2 de agosto de 2007 – ¿«De transición» hacia qué?

Como introducción a una serie de artículos sobre la «revolución permanente», Mike Macnair sostiene que la dictadura del proletariado debe adoptar la forma específica de una república democrática.

Esta serie es una respuesta a las polémicas de los camaradas trotskistas contra el CPGB sobre la cuestión de la «revolución permanente». Me animaron a empezar a trabajar en ella concretamente el artículo de Gerry Downing de enero, «Las tesis de abril y la revolución permanente», y el artículo de Barry Biddulph de marzo, «El PCGB y la revolución permanente», publicados en *Marxist Voice*. Pero los argumentos están mucho más extendidos; han aparecido en la página de cartas del *Weekly Worker* en diversas formas y forman parte de los dogmas generales promovidos por los grupos trotskistas.

Mi reacción inicial a estos argumentos fue señalar que los comunistas de hoy en día tienen que leer a Lenin y Trotsky en el marco de la comprensión de que, al fin y al cabo, la Revolución Rusa fracasó, por lo que ni los argumentos de Lenin ni los de Trotsky pueden utilizarse como dogma.

Un segundo nivel de respuesta es que la cuestión es simplemente irrelevante para las preocupaciones actuales. Los artículos de los camaradas Downing y Biddulph abordan la cuestión de si los activistas de un partido marxista en la Gran Bretaña actual deberían hacer campaña a favor de un partido específicamente trotskista. Del mismo modo, ¿debería cualquier programa marxista para la actualidad ser mínimo-máximo o «transicional» (o similar)? El argumento a favor de la «revolución permanente» se plantea entonces como parte de este caso: es decir, el argumento es que Lenin, en abril de 1917, aceptó la esencia de los argumentos de Trotsky.

Pero la mayoría de los argumentos en torno a la fórmula de Lenin, «dictadura democrática del proletariado y el campesinado», y la «revolución permanente» de Trotsky se referían a las tareas de un partido obrero en la Rusia de principios del siglo XX. Se trataba de un país que (a) estaba poblado en su gran mayoría por pequeños propietarios campesinos y (b) estaba gobernado por un Estado precapitalista (el zarismo) que se basaba socialmente en las élites sociales precapitalistas (terratenientes y clero). El

régimen zarista era percibido universalmente como atrasado en comparación con sus vecinos, y en 1904 sufrió una grave derrota militar a manos de Japón, un país que se había «modernizado» muy recientemente, es decir, que había adoptado el capitalismo; pero Rusia (c) también contaba con un proletariado urbano pequeño, pero muy concentrado y militante.

Estas circunstancias son hoy en día bastante irrelevantes, no solo en Gran Bretaña (donde nunca han sido relevantes), sino en casi todas partes. En casi todas partes, los Estados son de carácter capitalista; la urbanización ha sido masiva e incluso allí donde las élites precapitalistas han podido tomar el poder político (por ejemplo, el clero iraní tras la revolución de 1979-80), se han convertido rápidamente en capitalistas (estatales).

Afirmaciones

No obstante, los camaradas trotskistas sin duda piensan que la cuestión es relevante. ¿Por qué? La respuesta queda muy oscurecida por la tendencia de los camaradas a tratar la Revolución Rusa como un modelo para el futuro y a considerar como textos sagrados aquellos escritos de Lenin o Trotsky con los que están de acuerdo. Pero creo que es posible extraer algunas afirmaciones básicas que se están haciendo.

En primer lugar, Trotsky pensaba sin duda que la «revolución permanente» implicaba superar la diferencia entre los programas mínimo y máximo. Así lo afirmó en Resultados y perspectivas (capítulo 7). Esta idea es una de las raíces del concepto de «programa de transición».

En segundo lugar, en la Segunda Internacional se creía ampliamente que las reivindicaciones políticas del programa mínimo (república democrática, etc.) eran «tareas incompletas de la revolución burguesa». Aunque no aparece en La lucha de clases (1892) de Kautsky, la idea está presente en su obra El día después de la revolución social (1902) y sin duda está presente en Trotsky. Los compañeros trotskistas insisten en que esto es cierto: es decir, que el programa mínimo es, en cierto sentido, un programa para un capitalismo mejor.

En tercer lugar, en las revoluciones al final de la Primera Guerra Mundial, el ala izquierda de los socialdemócratas alemanes y austriacos, los «centristas» como Kautsky, utilizaron la idea del programa mínimo —y especialmente la idea de la república democrática— para justificar la decisión de los socialdemócratas de derecha de establecer lo que en esencia eran simplemente Estados capitalistas. En el caso alemán, esto supuso que los socialdemócratas de derecha se aliaran con la milicia de extrema derecha Freikorps para reprimir a la extrema izquierda y al movimiento obrero, y que

se aliaran militarmente con los Estados imperialistas de la Entente para mantener las tropas alemanas en Letonia, Lituania y Estonia con el fin de contener la Revolución Rusa.

Hubo un breve período entre 1918 y 1921 en el que la Revolución Rusa podría haberse extendido a toda Europa, con la toma del poder por parte de la clase obrera. En este contexto, las ideas del programa mínimo y la república democrática —tal y como las interpretaban los socialdemócratas— desempeñaron un papel contrarrevolucionario directo al movilizar el apoyo de la clase obrera al régimen capitalista.

En cuarto lugar, la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» se utilizó en la década de 1920 como cobertura ideológica para una (desastrosa) política de colaboración de clases en apoyo del Kuomintang en China. Tras el giro del «frente popular» en la década de 1930, los argumentos contra la «revolución permanente» desarrollados en la década de 1920 pasaron a formar parte del aparato teórico habitual utilizado por el movimiento «comunista oficial» para justificar esta política colaboracionista de clases. En este papel ideológico, estos argumentos se asociaron tanto con la restauración del orden capitalista después de la Segunda Guerra Mundial a través de la participación del PC en gobiernos de coalición como con una serie de desastres para el movimiento obrero en el tercer mundo.

Se trata principalmente de juicios negativos. Y podrían abordarse de otra manera. Así, Trotsky argumentó que la mayoría de la Comintern no solo defendía una posición que Lenin había abandonado en 1917, sino que también tergiversaba arbitrariamente la posición de Lenin, que se había opuesto a la línea colaboracionista de los mencheviques, convirtiéndola en una versión del colaboracionismo de los mencheviques.

Es perfectamente posible argumentar que Kautsky y otros autores socialdemócratas de izquierda y «centristas» similares estaban tergiversando igualmente de forma arbitraria la idea del programa mínimo, pasando de un programa para las tareas inmediatas del poder obrero a un programa que excluía la posibilidad del poder obrero; y tergiversando la idea de la república democrática en un constitucionalismo legalista antidemocrático. Sin embargo, hay argumentos positivos adicionales a favor de la posición trotskista, formulados originalmente por Trotsky, que son distintos, pero están entrelazados entre sí.

El primero es que la Revolución Rusa muestra que la forma natural de la dictadura del proletariado (el poder obrero) es la forma de los consejos obreros (soviets) que surgen de las luchas de huelga generalizadas.

El segundo es que un gobierno obrero se verá obligado, por la resistencia capitalista y las continuas luchas obreras masivas, a confiscar o expropiar a gran escala las propiedades de los capitalistas y, por lo tanto, a planificar la producción; y que esto equivale a pasar a la aplicación del programa máximo (socialismo/comunismo).

El tercer punto es menos obvio. Se trata de que estas dinámicas objetivas de la lucha de clases en condiciones revolucionarias —tanto los soviets como la dinámica hacia las expropiaciones (etc.)— surgen de la naturaleza del movimiento de la conciencia de las masas no organizadas. Esta naturaleza de la dinámica de la conciencia de las masas no organizadas implica, a su vez, tareas políticas bajo el dominio capitalista que se centran en «convertir la lucha económica en lucha política», en lugar de intentar construir un partido que ponga un énfasis importante en las cuestiones democráticas y los debates directamente políticos.

Alternativas

En esta serie argumentaré que la forma de la dictadura del proletariado (el poder obrero) es la república democrática, en contraposición al constitucionalismo burgués del Estado de derecho. Los consejos obreros sin principios democráticos republicanos no son una forma a través de la cual la clase obrera como clase pueda gobernar, es decir, controlar el Estado. Tampoco es posible que la clase obrera tenga poder «social» sin poder político (a diferencia de la clase capitalista).

En segundo lugar, el concepto del «programa mínimo» como programa de la revolución «democrática burguesa» o de una alianza entre trabajadores y burgueses, y el «programa máximo» como la toma del poder por parte del proletariado, es erróneo. Se basa en un malentendido radical de la revolución burguesa y de la naturaleza de los Estados capitalistas. Tiende a producir visiones estrechas y empobrecidas tanto del programa mínimo como del máximo. El resultado es que el «programa de transición» es o bien utópico-socialista, o bien una tapadera vacía para el oportunismo.

En tercer lugar, el argumento del movimiento de la conciencia de masas es falso y conduce a una elección entre aventuras izquierdistas o sectarismo y seguidismo político.

Mínimo-máximo y transitorio

En un programa mínimo-máximo, la parte máxima esbozaría la idea general del comunismo como una sociedad sin clases, sin Estado ni familia

como institución económica, en la que la producción se gestiona colectivamente para el bien humano, y explicaría brevemente por qué este tipo de sociedad es posible, pero solo puede alcanzarse si la clase obrera, como clase global, asume el control de la sociedad.

La parte mínima esbozaría los compromisos mínimos para transferir el poder político de la clase capitalista a la clase obrera, sin los cuales un partido obrero no participaría en un gobierno (ya sea formado sobre la base de una mayoría electoral o como un gobierno provisional surgido de un movimiento insurreccional). También añadiría algunas reivindicaciones económicas «inmediatas» de carácter, en términos generales, agitador en la actualidad.

Este es, como ha señalado Jack Conrad, el carácter del Manifiesto Comunista, el Programme del Parti Ouvrier y el programa de Erfurt. Es también el carácter estructural del programa del PC(B) ruso de 1919.

La alternativa a este punto de vista es que el programa debería ser un programa de transición. Esta expresión es algo ambigua. En el «Programa de transición» de 1938, La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional, Trotsky la utilizó en dos sentidos diferentes y separables.

El primero es que: «Es necesario ayudar a las masas en el proceso de la lucha diaria a encontrar el puente entre las demandas actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente debe incluir un sistema de demandas transitorias, derivadas de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera, y que conduzcan de manera inalterable a una conclusión final: la conquista del poder por parte del proletariado».

La fuente inmediata de esta idea es la resolución «Sobre la táctica» del III Congreso de la Comintern de 1921: «En lugar del programa mínimo de los centristas y reformistas, la Internacional Comunista ofrece una lucha por las demandas concretas del proletariado, que, en su totalidad, desafían el poder de la burguesía, organizan al proletariado y marcan las diferentes etapas de la lucha por su dictadura. Incluso antes de que las amplias masas comprendan conscientemente la necesidad de la dictadura del proletariado, pueden responder a cada una de las demandas individuales. A medida que más y más personas se suman a la lucha en torno a estas reivindicaciones y que las necesidades de las masas entran en conflicto con las necesidades de la sociedad capitalista, la clase obrera se dará cuenta de que, si quiere vivir, el capitalismo tendrá que morir».

En este sentido, el programa es «transitorio» entre las luchas de clase parciales actuales y la lucha por el poder político de los trabajadores. Dado

que el programa mínimo es un programa para las tareas inmediatas del poder político de los trabajadores, el programa de transición sería entonces transitorio desde las luchas parciales y las demandas parciales hasta la implementación del programa mínimo (en el sentido utilizado anteriormente).

La «conciencia actual» a la que se refiere el «puente» de Trotsky de 1938 es principalmente la conciencia sindical. El contenido sustantivo de las reivindicaciones (hasta el punto en que pasamos a los «países atrasados», la URSS y los regímenes fascistas) se refiere abrumadoramente a la lucha de clases económica directa, no a la lucha de clases en lo que Marx llamó la forma política de la lucha por las leyes generales. Hay una línea estratégica central en el texto de 1938, y esta línea consiste en pasar de la lucha sindical a la lucha por el control obrero, los comités de fábrica, las milicias obreras y los soviets; y de ahí a la lucha por el poder en forma de «Todo el poder a los soviets».

La segunda interpretación es que se superó la división entre el programa mínimo (las tareas inmediatas del poder político de los trabajadores) y el programa máximo (la superación de las clases, el Estado y la familia en la «etapa superior» del comunismo): «La socialdemocracia clásica, que funcionaba en una época de capitalismo progresista, dividía su programa en dos partes independientes entre sí: el programa mínimo, que se limitaba a reformas dentro del marco de la sociedad burguesa, y el programa máximo, que prometía la sustitución del capitalismo por el socialismo en un futuro indefinido. Entre el programa mínimo y el máximo no existía ningún puente. Y, de hecho, la socialdemocracia no necesita tal puente, ya que la palabra socialismo solo se utiliza para brindis navideños».

El origen de esta idea, y el vínculo entre «programa de transición» y «revolución permanente», se encuentra en el capítulo 7 de Resultados y perspectivas, donde Trotsky argumenta: «La división de nuestro programa en programas máximo y mínimo tiene un significado profundo y tremendo durante el período en que el poder está en manos de la burguesía. El mero hecho de que la burguesía esté en el poder elimina de nuestro programa mínimo todas las reivindicaciones que son incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción. Tales reivindicaciones forman el contenido de una revolución socialista y presuponen una dictadura proletaria.

«Sin embargo, tan pronto como ese poder se transfiere a manos de un gobierno revolucionario con una mayoría socialista, la división de nuestro programa en máximo y mínimo pierde todo su significado, tanto en principio como en la práctica inmediata».

Para resumir el argumento a favor de esta opinión, Trotsky sostiene que si (por ejemplo) un gobierno obrero introduce la jornada de ocho horas «durante un período de revolución, en un período de intensas pasiones de clase», la clase capitalista responderá con cierres patronales y fuga de capitales. Un gobierno decidido a imponer la jornada de ocho horas se verá obligado a responder con «la expropiación de las fábricas cerradas y la organización de la producción en ellas sobre una base socializada». Por lo tanto, «el mero hecho de que los representantes del proletariado entren en el gobierno, no como rehenes impotentes, sino como fuerza dirigente, destruye la frontera entre el programa máximo y el mínimo: es decir, pone el colectivismo en el orden del día».

La cuestión de la forma política de la dictadura del proletariado es, por lo tanto, lógicamente anterior a la cuestión de si el programa del partido debe ser «transitorio», porque «transitorio» plantea inherentemente la cuestión de qué se entiende por dictadura del proletariado. Esto es cierto tanto si «transitorio» significa transición de las luchas actuales a la dictadura del proletariado, como si significa transición de la dictadura del proletariado al socialismo, o ambas cosas. Por lo tanto, discutiré esta cuestión en el resto de este artículo y en el siguiente.

República democrática, «estado comunal» y soviets

Antes de la Revolución Rusa, la tradición del ala marxista del movimiento obrero internacional era presentar el régimen político del poder obrero (dictadura del proletariado) como la república democrática. El ala anarquista y cuasi anarquista planteaba la alternativa como «abolición del estado». Engels comentó en 1891: «Si hay algo seguro es que nuestro partido y la clase obrera solo pueden llegar al poder bajo la forma de una república democrática. Esta es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como ya ha demostrado la Gran Revolución Francesa [la Comuna de París]». Luxemburg utilizó este pasaje en 1910 para argumentar, en contra de Kautsky, a favor del uso agitador del lema de la república.

La cita de Engels es significativa. Muestra que lo que Engels entendía por «república democrática» era un Estado del tipo de la Comuna de París y, a la inversa, que identificaba la Comuna de París como una «república democrática». Por el contrario, en la misma carta, Engels identificaba la Tercera República Francesa como «el imperio establecido en 1799 sin emperador».

Después de la Revolución Rusa, las cosas cambiaron, pero lo hicieron de una manera compleja: no es en absoluto sencillo afirmar que el argumento de Trotsky en el Programa de transición de 1938 a favor de los soviets como

forma política de la dictadura del proletariado fuera la ortodoxia inicial de la Comintern.

La primera fase son los argumentos de Lenin en la primavera de 1917, posteriormente desarrollados en *El Estado y la revolución*, a favor de «todo el poder para los soviets» como expresión, en las circunstancias concretas de Rusia, de los principios defendidos por Marx en sus discusiones sobre la Comuna de París.

Es importante dejar claro que estos argumentos no están relacionados en sí mismos con el debate entre la «revolución permanente» y la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado», y que Lenin no sigue a Trotsky.

Trotsky había escrito en su libro 1905 que el soviets de Petrogrado tendía a asumir el carácter de un gobierno obrero revolucionario. En 1907 lo explicó con más detalle en «El soviets y la revolución (Cincuenta días)»: «La esencia del soviets era su esfuerzo por convertirse en un órgano de autoridad pública. El proletariado, por un lado, y la prensa reaccionaria, por otro, han calificado al soviets de «gobierno obrero», lo que solo refleja el hecho de que el soviets era, en realidad, un embrión de gobierno revolucionario. En la medida en que el soviets poseía realmente el poder autoritario, lo utilizaba; en la medida en que el poder estaba en manos de la monarquía militar y burocrática, el soviets luchaba por obtenerlo».

Y: «Al mismo tiempo, el soviets era una expresión organizada de la voluntad del proletariado como clase. ... Esta combinación no era en absoluto un intento táctico artificial: era una consecuencia natural de la situación de una clase que, desarrollando y ampliando conscientemente su lucha por sus intereses inmediatos, se había visto obligada por la lógica de los acontecimientos a asumir una posición de liderazgo en la lucha revolucionaria por el poder.

El arma principal del soviets era una huelga política de las masas... La clase que pone en marcha, día tras día, el aparato industrial y el aparato gubernamental; la clase que es capaz, mediante un paro repentino del trabajo, de paralizar tanto la industria como el gobierno, debe estar lo suficientemente organizada como para no ser la primera víctima de la misma «anarquía» que ha creado. Cuanto más eficaz es la desorganización del gobierno causada por una huelga, más se ve obligada la organización huelguística a asumir funciones gubernamentales».

Pero: «La lucha por el poder, por la autoridad pública, es el objetivo central de la revolución... Para una tarea nacional, el proletariado necesitaba una organización a escala nacional. El soviets de Petersburgo era una organización local, pero la necesidad de una organización central era tan grande

que tuvo que asumir el liderazgo a escala nacional. Hizo lo que pudo, pero siguió siendo principalmente el Consejo de Diputados Obreros de Petersburgo».

Sin embargo, hay pocos indicios de que Lenin hubiera leído realmente los escritos de Trotsky de este periodo. Además, en 1915, Trotsky insistió en que «la revolución es ante todo un problema de poder, no de la forma política (asamblea constituyente, república, federación europea), sino del contenido social del poder».

La idea de la «forma comunal del Estado» es, más bien, el producto de las investigaciones de Lenin sobre Marx y Engels acerca del Estado, que dieron lugar a *El Estado y la revolución*. Estas investigaciones no fueron el resultado de ninguna confrontación con las ideas de la «revolución permanente» de Trotsky, sino de la respuesta de Lenin al «antiestatismo» de Bujarin y otros en otoño de 1916. En las Cartas sobre táctica de abril de 1917, por ejemplo, Lenin no adopta en absoluto la idea de Trotsky de que solo el proletariado puede derrocar al zarismo. Más bien, sostiene que los capitalistas han derrocado el zarismo y tomado el poder político. Además, para Lenin, la revolución socialista es una prioridad inmediata en 1917, no (como había pensado Trotsky desde 1905) debido a la dinámica interna de Rusia en su contexto global, sino más bien porque la situación internacional inmediata —es decir, la guerra— planteaba de inmediato la cuestión de la revolución socialista proletaria a nivel internacional.

Dentro de Rusia, Lenin, tras los «días de julio», se alejó de la consigna «Todo el poder a los soviets» y abogó por que el partido tomara el poder. Solo después de la derrota del intento de golpe de Kornilov y del (relacionado) aumento de la influencia bolchevique en los soviets, volvió «Todo el poder para los soviets» y los bolcheviques organizaron la insurrección de octubre en coalición con los socialrevolucionarios de izquierda a través del comité militar-revolucionario del soviet de Petrogrado, y la lanzaron en nombre de los soviets.

Mientras tanto, la idea de los soviets o consejos obreros fue recogida por los militantes obreros de toda Europa, por lo que se sabe, como resultado de la cobertura mediática de la Revolución Rusa. Pero este consejismo era algo bastante diferente. Se parecía mucho más al sindicalismo inglés: es decir, una forma de eludir el dominio de las organizaciones obreras por parte de la burocracia colaboracionista sin enfrentarse directamente a los colaboracionistas y deshacerse de ellos. En este sentido, fracasó: los consejos no pudieron ofrecer una dirección alternativa a la de los partidos de masas y los sindicatos, que así pudieron recuperar el control.

El primer congreso de la Comintern, celebrado en 1919, aprobó las «Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado» de Lenin, que combinan la defensa del «sistema soviético» con una polémica contra Kautsky sobre la «democracia pura». En esta etapa, se podía decir con justicia que los comunistas se distinguían por defender el sistema soviético de gobierno como alternativa al parlamentarismo burgués.

Sin embargo, existía una contradicción interna. De hecho, los comunistas rusos no solo habían suprimido la asamblea constituyente, sino que en la primavera de 1918 también habían comenzado a suprimir las elecciones a los soviets, ya que la desertión de los socialistas revolucionarios de izquierda tras el tratado de Brest-Litovsk con Alemania les había privado de su apoyo mayoritario y había comenzado un resurgimiento del apoyo de la clase obrera a los mencheviques. Por otra parte, a medida que los movimientos revolucionarios en Occidente eran derrotados, quedó claro que los consejos sin un partido fuerte no podían ofrecer una dirección alternativa a los líderes tradicionales procapitalistas de los sindicatos y los partidos socialistas y, por lo tanto, no podían, de hecho, derrocar al régimen capitalista.

La contradicción se resolvió parcialmente en el segundo congreso de la Comintern en 1920. Las «Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria», aprobadas entonces, afirmaban que la dictadura del proletariado implicaba necesariamente el papel dirigente del Partido Comunista. En su forma «estalinizada», esta idea ha sido desde entonces el concepto central de la dictadura del proletariado de los «comunistas oficiales» (y de los maoístas ortodoxos).

Una vez que los comunistas llegaron a la idea del «papel dirigente del Partido Comunista» como forma política de la dictadura del proletariado, se planteó de diferentes maneras cómo llegar a ella. Podría ser, por ejemplo, a través de un gobierno obrero, o obrero y campesino (coalición del Partido Comunista con socialistas de izquierda y/o partidos campesinos de izquierda) en el que el Partido Comunista fuera el elemento dirigente, creado mediante elecciones a un parlamento. Este fue el enfoque propuesto por el IV Congreso de la Comintern en 1922. O podría ser, como han argumentado episódicamente los maoístas (y, tras ellos, los guevaristas), a través de una «guerra popular prolongada»: el partido crea un ejército a su alrededor y va arrebatando territorio al Estado existente.

Los comunistas «de izquierda» y «consejeros» contrapusieron los soviets al papel dirigente del partido. Se separaron de la Comintern en el III

Congreso de 1921. Desde el declive en la década de 1920 de su principal partido, el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD), han llevado una vida en la sombra, con movimientos en gran parte efímeros y pequeñas sectas más duraderas.

Trotsky

Trotsky no abandonó la idea de la Comintern sobre el papel dirigente del partido. El movimiento organizado que él dirigía se basaba en los cuatro primeros congresos de la Comintern y, por lo tanto, en las tesis del segundo y del primer congreso. En Lecciones de octubre (1924), Trotsky dedicó un capítulo a polemizar contra el fetichismo de los soviets frente al partido.

Mucho más tarde, en 1937, escribió: «El proletariado solo puede tomar el poder a través de su vanguardia. En sí misma, la necesidad del poder estatal surge del insuficiente nivel cultural de las masas y de su heterogeneidad. En la vanguardia revolucionaria, organizada en un partido, se cristaliza la aspiración de las masas a obtener su libertad. Sin la confianza de la clase en la vanguardia, sin el apoyo de la clase a la vanguardia, no se puede hablar de conquista del poder.

» En este sentido, la revolución proletaria y la dictadura son obra de toda la clase, pero solo bajo la dirección de la vanguardia. Los soviets son solo la forma organizada del vínculo entre la vanguardia y la clase. Solo el partido puede dotar a esta forma de contenido revolucionario. Así lo demuestran la experiencia positiva de la revolución de octubre y la experiencia negativa de otros países (Alemania, Austria y, finalmente, España) ...»

. Sin embargo, en su juicio político sustantivo, el Programa de Transición de 1938 retrocede hacia un enfoque «del primer congreso» o «consejista» de la Comintern: el poder soviético proporcionará la autoridad alternativa. Esto se puede ver tanto en las secciones sobre los comités de fábrica y los soviets como en la dedicada a la URSS.

El problema de este enfoque dual es sencillo. Si se entra en una situación revolucionaria (en la que el régimen estatal ha caído en una crisis aguda y las amplias masas han entrado en la escena política) sin un partido obrero que busque tomar el poder político y que ya tenga raíces profundas en la clase, la crisis terminará en la derrota de la clase obrera: esta es (parte de) la lección que la Comintern extrajo del contraste entre 1917 en Rusia y 1918-21 en otros lugares, y que se ha confirmado repetidamente desde entonces. Pero construir un partido con raíces sustanciales en la clase obrera, fuera de las condiciones de crisis revolucionaria inmediata, plantea tareas diferentes

a las que plantea la lucha por la forma de organización de los consejos obreros.

Trotskistas y nueva izquierda

El resultado es que los trotskistas oscilan entre perspectivas consejistas (el «rank and filism» de los International Socialists/SWP de la década de 1970, los «órganos de doble poder» de los mandelistas del mismo período, etc.) y variantes de la perspectiva del «papel dirigente del partido», que tienden a reducirse a apoyar a algún otro partido («El Partido Laborista al poder con un programa socialista» y fórmulas similares) o al simple sectarismo de «construir nuestro partido».

El consejismo estaba en auge a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Esto se debió en parte al aumento de las huelgas espontáneas no oficiales en toda Europa y Estados Unidos en los años sesenta, a las poderosas oleadas de huelgas de la crisis de 1968 en Francia, al «mayo autónomo» en Italia y al movimiento equivalente en Gran Bretaña. También se debió en parte a que la «nueva izquierda» buscaba una alternativa al comunismo «oficial» y la encontró en El Estado y la revolución, junto con los escritos de Luxemburg —especialmente La huelga de masas— y de los «izquierdistas» de la Comintern: Pannekoek y Gorter, Korsch, el Lukács temprano y Gramsci.

Como resultado de este ascendiente, se produjo una gran cantidad de teoría sobre la superioridad de la democracia «directa» o «participativa» sobre la «democracia parlamentaria». Para los anarquistas y los «comunistas libertarios», esto fue un motivo para volver a Bakunin y otros escritores anarquistas. Para los maoístas y los guevaristas, la democracia «participativa» no tenía por qué ser democrática en el sentido de permitir la libertad política o la destitución de los funcionarios: siempre que se te permitiera «gestionar» tu propia sección de la fábrica o tu propio bloque de apartamentos, el hecho de que el Estado estuviera dirigido por una camarilla burocrática inamovible no importaba. Los mandelistas (tendencia mayoritaria internacional del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional) fueron los que más se acercaron, entre los trotskistas, a la adopción de los argumentos sistemáticos a favor de la democracia «participativa».

Como he indicado al referirme a su uso por parte de maoístas y guevaristas, los argumentos de la «democracia participativa» dejan de lado el problema de la toma de decisiones a una escala mayor que la micro-localidad. También son problemáticos desde el punto de vista de los intereses del proletariado como clase. Estas cuestiones se abordarán en el próximo artículo.

WW #685 Jueves, 9 de agosto de 2007 – ¿Qué es el poder obrero?

¿Cuál es la forma política del poder obrero o la dictadura del proletariado? Esto plantea tanto una cuestión teórica (por ejemplo, qué se entiende por «proletariado») como cuestiones prácticas concretas sobre la representación y la toma de decisiones. Otra cuestión, planteada por el trotskismo ortodoxo, es si se puede decir que la clase obrera tiene poder *social* o *económico* sin tener poder *político*.

La clase obrera y el poder obrero

En la constitución de 1918 de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), los soviets locales eran autoridades locales ordinarias elegidas en ciudades y pueblos, por sufragio geográfico, sobre la base (en las ciudades) de un diputado por cada 1000 habitantes. El derecho al voto estaba restringido a «(a) aquellos que se ganan la vida con un trabajo productivo y socialmente útil (así como las personas que se dedican a las tareas domésticas, lo que permite a los primeros trabajar de forma productiva), es decir, los trabajadores asalariados de todos los grupos y categorías que se dedican a la industria, el comercio, la agricultura, etc., y los campesinos y agricultores cosacos que no emplean mano de obra contratada con fines lucrativos; (b) los soldados del ejército y la marina soviéticos; y (c) los ciudadanos pertenecientes a las categorías enumeradas en los apartados (a) y (b) del presente artículo que hayan quedado incapacitados en cualquier grado».

Se trata de una estructura radicalmente diferente de la imagen común de la extrema izquierda de los soviets/consejos obreros como delegados de los comités de fábrica. También es diferente de los soviets de 1917, delegados de los comités de fábrica, los comités de soldados, los sindicatos, los partidos políticos obreros, etc.

¿Por qué? La fecha descarta prácticamente la posibilidad de que esto formara parte de un giro hacia la derecha por parte de los bolcheviques. La clave está en dos aspectos de las disposiciones sobre el derecho de voto. El primero es «así como las personas dedicadas a las tareas domésticas, lo que permite a las primeras trabajar de forma productiva»; el segundo, «los ciudadanos [...] que hayan sufrido algún grado de incapacidad».

La cuestión es que la «imagen clásica» de la forma soviética/consejo obrero, aplicada a un *Estado* en contraposición a un órgano de lucha, privaría del derecho al voto a una gran parte del proletariado como clase. Volvamos a un punto que he señalado varias veces anteriormente. El proletariado como clase se define en la teoría marxista por su *separación de* los medios de producción: no por estar empleado en un momento determinado, ni por estar empleado en la industria. Los no asalariados, incluidas las «amas de casa» y los pensionistas, forman parte del proletariado.

El resultado es que no tenemos motivos *en teoría* para suponer que el soviét, en su sentido común de extrema izquierda —el comité de delegados de los comités de fábrica, etc.—, sea la forma política natural de la dictadura social del proletariado como clase. Tenemos motivos teóricos para suponer que la «democracia extrema» o el «republicanismo democrático», *en contraposición al* constitucionalismo del Estado de derecho, es la forma natural de la dictadura del proletariado. Para Engels, la república democrática *significa* el «Estado comunal», pero esto no es en absoluto lo mismo que la forma de consejo obrero.

Por lo tanto, la lógica teórica debería llevarnos a luchar por *los principios* y sus consecuencias organizativas —responsabilidad, revocabilidad, etc.— más que por la forma de consejo obrero. Y estos principios se expresan *mejor* con la idea del republicanismo democrático que con la forma de consejo obrero/soviético.

Toma de decisiones democrática

La cuestión de la forma política de la dictadura del proletariado también plantea problemas prácticos extremadamente concretos: los problemas de la toma de decisiones colectiva a escala nacional, continental y mundial. Podemos plantear estos problemas con mayor claridad imaginando cómo un régimen de poder obrero (dictadura del proletariado) tomaría decisiones *en Gran Bretaña*. Pero este es solo un ejemplo relativamente transparente. Los mismos problemas se plantean de forma más aguda si se amplía la escala a la toma de decisiones *en Europa o a nivel mundial*. Tampoco se trata simplemente de problemas de un futuro régimen de poder obrero, sino de problemas actuales de la clase obrera que controla sus organizaciones existentes (sindicatos, etc.) y cualquier partido o internacional que creemos.

Los soviets rusos eran consejos de diputados obreros, soldados y campesinos. Incluían la representación directa de los partidos obreros y campesinos (mencheviques, bolcheviques, socialrevolucionarios, etc.). Algunos incluían la representación de organizaciones de desempleados. Un

«consejo obrero» en el sentido occidental era algo más restringido: un consejo de delegados de comités de empresa.

Un soviét al estilo ruso, o un consejo sindical y *laboral* (en contraposición a un consejo sindical puro), es perfectamente capaz de tomar decisiones *locales* de una manera muy responsable y sensible. El problema surge cuando hay que tomar decisiones *nacionales* (por no hablar de las internacionales). Es evidente que algunas decisiones deben tomarse a nivel nacional o internacional. Por ejemplo, qué hacer con el cambio climático inducido por el ser humano requiere claramente decisiones *a nivel mundial*. Dentro de un solo país, por ejemplo, las redes ferroviarias y de carreteras, el suministro de energía (gas, electricidad) y las redes de telecomunicaciones y de tecnología de la información requieren, como mínimo, decisiones a nivel nacional. Hay otros aspectos en los que probablemente querremos tomar decisiones a nivel nacional. Por ejemplo, algunas partes de Gran Bretaña son relativamente pobres en recursos locales y actualmente reciben subvenciones de otras regiones: ¿qué transferencias de recursos proponemos? ¿Deberíamos tener normas nacionales sobre el salario mínimo y el máximo de horas de trabajo (elementos tradicionales de la política de la clase trabajadora)?

Cuando llegamos a tomar decisiones a nivel nacional, el proceso práctico de toma de decisiones se vuelve problemático. *Tenemos* que proceder mediante alguna forma de delegación a delegados/representantes, o a tomadores de decisiones similares a un jurado (seleccionados al azar). Esto ya está presente en la forma de los consejos de trabajadores. Pero cuando esto se «amplía» simplemente a nivel nacional, el nivel de responsabilidad *ante las masas de base* se reduce de forma inherente. Es inevitable alguna forma de nivel regional, dejando de lado la cuestión de (como proponemos) un régimen federal de Inglaterra, Escocia y Gales. Por ejemplo, el sureste tiene problemas de gestión del agua que son comunes en toda la región, pero que no se dan en el noroeste.

Pero en una jerarquía de consejos, ahora hemos llegado a que los trabajadores elijan el comité de fábrica, que elige a los delegados del consejo local, que elige a los delegados del consejo regional, que elige a los delegados del consejo nacional... Nick Rogers ha argumentado con fuerza en estas páginas que preservar la responsabilidad de las decisiones a nivel nacional requerirá alguna forma de elección directa de un consejo nacional (o parlamento...).

Personalmente, no estoy convencido de ello; me parece que la responsabilidad *colectiva* y la posibilidad de destitución son cuestiones fundamentales, y que la elección directa de personas para un consejo nacional/parlamento va en contra de ello y favorece el culto a la personalidad. En

cuanto a la burocratización, el propio Nick se refiere a la cuestión de la milicia, y yo me he referido anteriormente a la libertad de información y comunicación, y a la libertad de organizar partidos y facciones, como medidas parciales contra la burocratización. Añadiría, como también he argumentado en otros lugares, la rotación de los funcionarios o los *límites de mandato*: es decir, la abolición de la *carrera* política individual, exigiendo que el delegado/representante individual vuelva después de su mandato a un trabajo «de base».

Sin embargo, la cuestión es que, tanto en el análisis de Nick como en el mío, o en casi cualquier otro, el mero hecho de que el soviet/consejo de trabajadores sea un comité de delegados y que dichos órganos surjan de la lucha de clases *no resuelve los problemas de la rendición de cuentas y la toma de decisiones democráticas más allá de la escala local*.

Para abordar estos problemas, tenemos que ir *más allá* de la forma del comité de delegados y centrarnos en los principios subyacentes. Pero, una vez que llegamos a los principios subyacentes, queda claro que la forma en que se crea originalmente la nueva forma de autoridad es bastante irrelevante. Puede ser *en origen* una coalición de comités de huelga o consejos sindicales, como lo fue el soviet de Petrogrado de 1905; o un comité de gestión general del Partido Laborista británico (algunos GMC se convirtieron en cuasi-soviets durante la huelga general de 1926); o un órgano del gobierno local del Estado existente, como fue la Comuna de París; o puede ser creado por un partido nacional, como de hecho ocurrió en gran parte de Rusia en 1917 y, como sostiene Trotsky en *Lecciones de octubre*, puede que vuelva a ocurrir. Repito, entonces, que lo que tenemos que luchar es por los *principios políticos* —elección y revocabilidad, abolición de la revisión judicial, rendición de cuentas, libertad de información, etc.— y no por la mera forma *organizativa* del consejo obrero.

La alternativa de Trotsky

En el primer artículo de esta serie cité a Trotsky, en 1915, argumentando que «la revolución es ante todo un problema de poder, no de la forma política... sino del contenido social del poder». Vale la pena analizar un poco lo que esto significa, por dos razones. La primera es que está relacionada con la idea ortodoxa trotskista de que la naturaleza de clase de los Estados puede identificarse por referencia a las «relaciones de propiedad» que defienden, o que predominan en ellos, independientemente de sus formas políticas y de la relación de estas *formas* con las clases. La segunda es que está relacionada tanto con los argumentos de la segunda parte de *Nuestras tareas políticas*

(1904) como con la idea muy similar de que puede existir un puente inmediato entre la conciencia sindicalista pura y la lucha por el poder, y el consiguiente enfoque en las demandas económicas, que se encuentra en el *Programa de transición* de 1938.

El argumento de que las relaciones de propiedad que defiende definen el carácter de clase del Estado fue la línea argumental principal de Trotsky para afirmar que la URSS era un «Estado obrero degenerado». No fue su única línea argumental para defender esta posición: en varios momentos argumentó, alternativamente, que la URSS podía compararse con un sindicato controlado por gánsteres. Pero el argumento de las nuevas «formas de propiedad» (es decir, la estatización general de los principales medios de producción), el monopolio estatal del comercio exterior y el plan, para el carácter de clase del Estado fue fundamental para su caracterización de la URSS en *La revolución traicionada* (capítulo 9) y para sus argumentos a favor del papel «progresista» de las tropas soviéticas en Polonia, etc., en *En defensa del marxismo*.

Este argumento tiene fundamentos teóricos «marxistas ortodoxos» impecables, en el tratamiento que Engels hace de las relaciones entre el Estado y las clases dominantes en Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado y en Sobre la cuestión de la vivienda, y en el esbozo del «materialismo histórico» —especialmente la sucesión de diferentes formas de propiedad— en *La ideología alemana*. Sin embargo, tiene dos problemas fundamentales. El primero es que carece de poder predictivo en dos sentidos. A pesar de la base histórica de la construcción de Engels, no logra predecir lo que se encontrará en los archivos (etc.) al estudiar el Estado en las transiciones de la antigüedad al feudalismo o del feudalismo al capitalismo. En segundo lugar, la versión de Trotsky del argumento de Engels ha demostrado desde 1945 ser totalmente inútil y engañosa a la hora de orientar a los trotskistas, ya sea en relación con los regímenes nacionalistas del tercer mundo o en relación con los movimientos políticos dentro de los regímenes burocráticos entre los años 50 y 1991.

El segundo problema fundamental es que, incluso si el argumento de Engels fuera parcialmente cierto —la clase capitalista puede utilizar su poder económico para coaccionar a los Estados que tienen diversas formas políticas—, la aplicación que Trotsky hace de él no es válida. La industria nacionalizada (etc.) sin democracia política *no* significa que el Estado actuará en interés de la clase trabajadora en el mismo sentido en que la propiedad capitalista asegura un Estado capitalista. Estos puntos necesitan una mayor elaboración.

La esencia del argumento de Engels en *El origen de la familia y Sobre la cuestión de la vivienda* es que el Estado surge originalmente porque la sociedad se ha dividido en clases de poseedores y no poseedores, lo que da lugar a agudos conflictos de clase que amenazan con perturbar la producción básica. El Estado surge como un poder público elevado por encima de estos conflictos con el fin de «estar por encima» de la sociedad y regularlos. Pero el control de la clase poseedora sobre el excedente social y, por lo tanto, sobre su riqueza y su ocio, la lleva a «apoderarse» del Estado: así, el Estado regula el conflicto de clases, pero acaba haciéndolo en interés colectivo de la clase poseedora.

De este argumento se deduce lógicamente que, en una revolución *social*, la *forma del Estado* es relativamente poco importante. Lo importante es la *forma de propiedad* en la que la clase poseedora basa su dominio de la riqueza y el ocio: así, la propiedad de esclavos y el *dominium* (propiedad absoluta) en la antigüedad clásica, los derechos feudales en la Edad Media y la propiedad burguesa «absoluta» en la sociedad capitalista. Esta no es una conclusión a la que llegaron Marx o Engels en relación con la revolución *obrera* o *socialista*, y de hecho no puede *ser* legítimamente extraída en relación con esa revolución, como veremos más adelante; pero podría extraerse en relación con las transiciones de la antigüedad al feudalismo y del feudalismo al capitalismo.

Sin embargo, en realidad es profundamente inútil en relación con estas transiciones. En primer lugar, como reconocieron Marx y Engels en relación con la transición del feudalismo al capitalismo, la forma del Estado *sí* cambia: la monarquía patrimonial absoluta es sustituida por lo que más convenientemente puede denominarse «constitucionalismo» (es decir, monarquías constitucionales, dictaduras que ostensiblemente afirman basarse en la ley y repúblicas constitucionales), y el papel de las organizaciones religiosas y el clero en el Estado se ve radicalmente alterado. En realidad, aunque el proceso es mucho más oscuro, la forma de Estado también cambia en la transición de la Antigüedad al feudalismo. El antiguo Estado tiene que ser derrocado para permitir el pleno florecimiento de las nuevas relaciones sociales: y esto es tan cierto para el Estado bizantino (donde nunca ocurrió y el Estado de la Antigüedad tardía fue simplemente conquistado tras un largo declive) como para las monarquías de los Estuardo o los Borbones.

En segundo lugar, las transiciones *sociales* entre modos de producción son procesos largos en los que los modos de producción se interpenetran. Como resultado, los estados feudales de la Baja Edad Media y la Edad Moderna, a través de su actividad legal y represiva habitual, defendían tanto los

derechos de propiedad de los esclavistas en declive como los de los capitalistas en ascenso; y los estados capitalistas pueden seguir defendiendo hasta hoy en día algunos reductos de derechos de propiedad feudales. Así, por ejemplo, los escoceses abolieron las superioridades feudales en 2000; los derechos señoriales siguen existiendo como derechos de propiedad en la legislación inglesa hasta el día de hoy (aunque desde 2001 el señor feudal está obligado a registrarlos). Marx afirmó en la *Crítica del programa de Gotha* que la primera etapa del socialismo seguiría estando gobernada por el «derecho burgués» (es decir, la ley y las formas de propiedad).

De ello se deduce lógicamente que, si el carácter de clase del Estado se identificara por las formas de propiedad que defiende, tendría que identificarse por las formas de propiedad *preponderantes* dentro de su territorio. De hecho, Trotsky hace precisamente ese análisis de la URSS en La revolución traicionada: señala que la propiedad privada sigue existiendo en ámbitos bastante importantes —los elementos más productivos de la agricultura eran las parcelas privadas de los campesinos, no las granjas estatales o colectivas—. Pero, en general, argumenta, la propiedad estatal y la planificación *preponderan* (capítulo 9).

Pero esto, a su vez, implica lógicamente que la idea de que es necesario derrocar revolucionariamente al Estado es bastante errónea. Si las relaciones de propiedad capitalistas llegan a predominar, los capitalistas se apoderarán automáticamente del Estado existente («feudal») en virtud de su control del excedente; y, de manera similar, si predominan la propiedad estatal y la planificación, el resultado será que la clase obrera se apoderará del Estado existente («capitalista»). Esta no es una conclusión a la que Trotsky llegara nunca, aunque los grantistas (*Militant*) estuvieron cerca de hacerlo, al igual que la teoría de Ernest Mandel de la posguerra sobre la «asimilación estructural» de los países de Europa del Este en la URSS.

La conclusión de que no es necesario el derrocamiento revolucionario del Estado se deriva lógicamente de la teoría, pero es incompatible con las pruebas históricas, tanto de la transición del feudalismo al capitalismo como del siglo XX. Estas pruebas sugieren que, contrariamente a las inferencias que se pueden extraer del argumento de Engels, *la forma del Estado es importante para el carácter de clase de los Estados*

El «criterio de la propiedad» y el mundo de la posguerra

Los trotskistas caracterizaron a la URSS como un «Estado obrero degenerado» basándose en parte en sus orígenes históricos, pero también —al menos en parte— en las «relaciones de propiedad» que defendía. Sobre esta

base, adoptaron una posición de defensa incondicional de la URSS en las guerras con los Estados capitalistas. Después de 1945, esta línea de argumentación se volvió teórica y políticamente problemática, por tres razones.

El primer problema fue la expansión de los regímenes de tipo soviético, a través de la conquista por parte del Ejército Rojo de gran parte de Europa del Este y Corea del Norte, y a través de movimientos revolucionarios internos liderados por el PC en Yugoslavia, Albania, China y Vietnam del Norte. Más tarde, la intersección de la lucha de clases con la geopolítica de la guerra fría daría lugar a la creación de nuevos regímenes de tipo soviético en Cuba y Yemen del Sur, a la extensión del régimen de Vietnam del Norte a Vietnam del Sur y, con ello, a la creación de regímenes de tipo soviético en Laos y Camboya.

En estos acontecimientos, el «criterio de la propiedad» planteó un verdadero problema de análisis: es decir, *cuándo* debía comenzar el «defensismo del Estado obrero» en relación con estos regímenes. Lutte Ouvrière evitó el problema negándose simplemente a caracterizar a ninguno de estos Estados, salvo la URSS, como «Estados obreros». Pero los trotskistas ortodoxos no tuvieron esa salida. Los acontecimientos implicaron la destrucción del Estado preexistente y la creación de un poder político exclusivo en el Partido Comunista local (sujeto al papel internacional del PCUS). Pero, en general, hubo un retraso significativo antes de la estatización generalizada de los principales medios de producción y la «planificación». En el período intermedio, ¿cuál era el carácter de clase del *nuevo* Estado y era necesario el defensismo?

El SWP estadounidense, en su proceso de abandono del trotskismo en la década de 1980, revivió la idea de la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» en forma de «gobierno obrero y campesino» para llenar el vacío entre el derrocamiento del antiguo Estado y la plena «sovietización».

El segundo problema era que los países *capitalistas* (con la excepción parcial de los Estados Unidos) se caracterizaron después de la Segunda Guerra Mundial por una importante extensión de la propiedad pública y la intervención y planificación estatales, y por el comercio «regulado» bajo el régimen de Bretton Woods/Gatt I. En algunos de los países semicoloniales (es decir, aquellos que eran formalmente independientes desde el punto de vista político, pero que en la práctica estaban subordinados a los capitales imperialistas) y en algunos regímenes poscoloniales recién independizados, esta ampliación del sector estatal fue mucho más allá de lo que se produjo en los países imperialistas. ¿Significaba esto que estos países se habían convertido en «Estados obreros»? Los mandelistas se interesaron por la idea en

relación con el Egipto de Nasser y la Argelia posindependiente, y los grantistas en relación con el Perú de Velasco Alvarado.

En relación con esta cuestión y con la primera, Salah Jaber escribió en la década de 1980 una polémica feroz contra el «criterio de la propiedad» en la revista teórica de los mandelistas *Quatrième Internationale*. La teoría alternativa de Jaber tenía sus propios problemas, pero al menos captaba la centralidad del carácter de cualquier Estado como organización *armada* y la distinción crítica entre el *derrocamiento* de dicho Estado y las «transiciones frías» y las descolonizaciones.

El tercer problema está relacionado con los grupos y movimientos de oposición en los países gobernados por regímenes «socialistas» burocráticos. Este problema fue reconocido por la facción minoritaria del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos, liderada por Sam Marcy y Vince Copeland, en relación con la evolución de la crisis húngara de 1956, pero sus implicaciones completas solo se hicieron evidentes en la década de 1980. Si la esencia del carácter proletario (deformado) del Estado son las relaciones de propiedad (nacionalizaciones y monopolio estatal del comercio exterior), entonces las tendencias políticas que no proponen derrocar estas no pueden caracterizarse como tendientes a la restauración del capitalismo. Dado que, por lo tanto, no están a la *derecha* de los estalinistas, deben estar a su *izquierda*. Los trotskistas han caracterizado así como «a la izquierda» de los estalinistas a movimientos que pidieron la ayuda de la OTAN e incorporaron a la Iglesia católica al gobierno (Hungría, 1956), que reclamaron privilegios especiales para la Iglesia (Polonia, 1980), etc.

Más recientemente, los mandelistas caracterizaron tanto a Gorbachov como a Yeltsin a mediados y finales de la década de 1980 como «izquierdistas»: no proponían derrocar las relaciones de propiedad nacionalizadas, por lo que debían ser «izquierdistas» en la burocracia en virtud de su retórica democrática. El curso de los acontecimientos a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 reveló la radical falsedad de esta valoración. Sin embargo, el obituario de Yeltsin escrito por Rick Simon en la edición de mayo de 2007 de *Socialist Resistance* sigue, absurdamente, retorciéndose en este gancho en lugar de admitir abiertamente que el juicio fue erróneo. El camarada Simon se retuerce porque reconocer el verdadero carácter político de Yeltsin causa muchos problemas a la teoría y los juicios políticos de los mandelistas entre finales de la década de 1980 y la década de 1990.

¿Dominio económico de la clase obrera?

La teoría del Estado de Engels en *Sobre la cuestión de la vivienda* y *Orígenes* considera secundaria la forma del Estado, ya que la clase dominante gobierna a través de su control económico de las relaciones de propiedad y, por lo tanto, del excedente, lo que a su vez le permite controlar el Estado de forma indirecta. En mi opinión, este argumento es falso, o al menos incompleto: las nuevas clases dominantes (feudales, capitalistas) tienen que derrocar las antiguas *formas de Estado* y crear otras nuevas. Sin embargo, aunque fuera cierto, no podría aplicarse al caso de la clase obrera, contrariamente a los argumentos de Kautsky en *La revolución social* y *El camino al poder*, y a los argumentos de Trotsky en 1915 y en *La revolución traicionada*.

El problema es: ¿qué significa para el proletariado como clase «poseer» los medios de producción? En relación con las clases esclavista, feudal y capitalista, la respuesta es perfectamente clara. Las relaciones sociales de producción otorgan a *los miembros individuales* de estas clases, o grupos familiares, poderes de decisión *privados* sobre determinados activos privados (tierras, ganado, esclavos, dinero, etc.) y sobre los excedentes que se derivan de la explotación de estos activos. Son estos poderes de decisión *privados* los que se clasifican en la ley como «posesión» y «propiedad». Su existencia significa que se puede argumentar (como hace Engels) que una clase dominante y explotadora puede controlar un Estado de cualquier forma *sobornando directa o indirectamente a los funcionarios estatales*.

Pero entonces es evidente que el proletariado como clase *no puede* «poseer los medios de producción» para poder controlar a los funcionarios estatales mediante el soborno. Lo más parecido sería un «socialismo de mercado» proudhonista, en el que las cooperativas de trabajadores estuvieran vinculadas por un mercado. Pero, como demostró Marx en *El capital* (y se ha comprobado desde entonces con los experimentos yugoslavos), ese régimen tiende a colapsar en el capitalismo por la competencia entre las cooperativas en condiciones de mercado. La emancipación del proletariado requiere tomar el control colectivo de los medios de producción *en su conjunto*, no solo de determinadas fábricas y demás.

La «autogestión» al estilo yugoslavo y las cooperativas bajo el capitalismo nos enseñan otra lección. La propiedad nominal de los trabajadores no es más que una forma jurídica vacía mientras los directivos no estén subordinados a los trabajadores por medio de *formas políticas* democráticas y republicanas (libertad de información, elección y destitución, límites de mandato, límites de ingresos de los funcionarios públicos, etc.). Sin estas

formas, el poder de decisión y, por lo tanto, la verdadera posesión de la fábrica y el excedente (si lo hay) que produce, está en manos de los gerentes. En otras palabras, *el proletariado como clase no puede ser económicamente dominante excepto a través de formas políticas democráticas y republicanas.*

Pero podemos darle la vuelta al argumento. Imaginemos que *sí* creamos formas políticas democráticas y republicanas en el Estado, pero que solo estatizamos aquellas partes de la economía que son instituciones de «renta pura» (el sector financiero y el derecho de los terratenientes a la renta de la tierra), que son monopolios naturales (infraestructuras de transporte, servicios públicos e industrias extractivas), que se han convertido en monopolísticas u oligopolísticas a través de la concentración capitalista (por ejemplo, la producción de automóviles, las grandes farmacéuticas, los «electrodomésticos», etc.) o que son claramente necesarias para la sociedad, pero no pueden funcionar sin subvenciones (agricultura a gran escala, educación, salud). Esto sigue dejando un sector sustancial de «pequeñas y medianas empresas» en el que el capital aún no ha socializado las fuerzas de producción.

Las formas políticas democráticas republicanas luchan contra el soborno eficiente y dan prioridad a las decisiones mayoritarias sobre los derechos de propiedad privada. Por eso la clase capitalista prefiere violentamente el constitucionalismo del «imperio de la ley» y la «separación de poderes» incluso al republicanismo democrático más débil: como se demostró en la década de 1650 en Inglaterra, en las décadas de 1780-1800 en Estados Unidos y en las décadas de 1790-1800 en Francia.

El resultado, por lo tanto, es que, a través de las formas políticas republicanas democráticas, la clase obrera como clase puede gestionar directamente aquellas partes de la economía que el capital ya ha socializado directamente, y también puede proteger los intereses de los trabajadores en el «sector privado» restante mediante leyes generales (jornada máxima, salario mínimo, libertad de asociación en sindicatos, abolición del secreto comercial, etc.). En otras palabras, la clase obrera como clase *puede* dominar el Estado y «liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja y decadente sociedad burguesa lleva en su seno» mediante la conquista de la república democrática, sin nacionalizar todo lo que se vea para crear un supuesto dominio «económico» de la clase obrera, que de todos modos es ilusorio sin el republicanismo democrático.

Volvemos, por tanto, al punto de partida. La forma de la dictadura del proletariado es la *forma política* de la república democrática: no los «consejos de acción» locales como tales, ni la supuesta «forma social» de las

nacionalizaciones. Es en este marco donde debemos juzgar el «programa de transición» y el «método de transición».

WW #686 Jueves, 30 de agosto de 2007 – ¡Por un programa mínimo!

Trotsky sostiene que el programa comunista debe ser «transitorio» en el sentido de que la distinción entre programas mínimos y máximos queda superada. Pero, teniendo en cuenta las supuestas pruebas rusas de esta superación, ¿es esto correcto como teoría? Del mismo modo, ¿es correcto suponer que puede haber un programa que sea «transitorio» en el sentido de establecer un vínculo directo entre la lucha de clases económica inmediata y la toma del poder por parte del proletariado? Como dije en el primer artículo de esta serie, se trata de dos cuestiones distintas.

Mínimo-máximo y transicional

En el primer artículo, dije:

«En un programa máximo-mínimo, la parte máxima esbozaría la idea general del comunismo como una sociedad sin clases, sin Estado ni familia como institución económica, en la que la producción se gestiona colectivamente para el bien humano, y explicaría brevemente por qué este tipo de sociedad *se está haciendo* posible, pero solo puede empezar a alcanzarse a través de la clase obrera, como clase global, que se hace cargo del funcionamiento de la sociedad.

La parte mínima esbozaría los compromisos mínimos para transferir el poder político de la clase capitalista a la clase obrera, sin los cuales un partido obrero no participaría en un gobierno (ya sea formado sobre la base de una mayoría electoral o como un gobierno provisional surgido de un movimiento insurreccional). También añadiría algunas demandas económicas «inmediatas» de carácter, en términos generales, actualmente agitador».

En otras palabras, el programa *mínimo* es el programa «desde aquí hasta la dictadura del proletariado». El programa *máximo* es el objetivo general del comunismo (cuidadosamente *no* digo: un plan para alcanzar el comunismo pleno y su naturaleza; las razones aparecerán más adelante).

Esta interpretación del programa mínimo-máximo es sin duda controvertida: los críticos trotskistas del PCGB insisten, por el contrario, en que el programa mínimo es un programa para la revolución «democrática burguesa».

He realizado una investigación limitada sobre la justificación original de la división entre mínimo y máximo. Es sorprendente lo poco que hay en inglés sobre este tema: su base teórica es discutida casi en su totalidad por los oponentes a la idea. Es de suponer que hay material en alemán en las publicaciones periódicas del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) de antes de la guerra, pero no parece ser citado ni por quienes debatieron la cuestión en los años 1900-1920 ni en las obras históricas que he leído.

Marx

La expresión «programa mínimo» parece ser de Marx, si es que no se utilizaba ya anteriormente. Aparece en una carta de 1880 dirigida a Sorge en la que se analiza el programa del Parti Ouvrier (de principios de ese mismo año) y su impacto en Francia. Marx dice: «Con la excepción de algunas trivialidades... la sección económica del brevísimo documento consiste únicamente en reivindicaciones que han surgido espontáneamente del propio movimiento obrero, salvo los pasajes introductorios, donde se define en pocas palabras el objetivo comunista».

A continuación, analiza el impacto del programa, en primer lugar en el movimiento obrero, pero también de forma más amplia: «Mientras tanto, también hemos tenido y tenemos nuestros defensores en el propio bando enemigo, es decir, en el bando radical... Clemenceau, que en abril pasado se pronunció públicamente en contra del socialismo y como defensor de las ideas democráticas y republicanas estadounidenses, se ha pasado a nuestro bando en su último discurso en Marsella contra Gambetta, tanto en su tendencia general como en sus puntos principales, tal y como figuran en el *programa mínimo*».

Barry Biddulph afirma, basándose en 1848-50, que «el programa mínimo era un programa común o un bloque con los demócratas para derrocar el feudalismo y el absolutismo». ¿Dónde están el «feudalismo y el absolutismo» en la Francia de 1880?

«Mínimo» y «máximo» son, en cierto sentido, ligeramente engañosos. El programa del Parti Ouvrier tiene, de hecho, *tres* secciones. La primera (lo que se denominó «programa máximo») es lo que Marx llama en esta carta «los pasajes introductorios en los que se define en pocas palabras el objetivo comunista». La segunda es la *sección política*. En el *Programa del Parti Ouvrier*, esta contiene lo siguiente:

(1) Abolición de todas las leyes sobre la prensa, las reuniones y las asociaciones y, sobre todo, de la ley contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Eliminación del *livret*, ese control administrativo sobre la

clase obrera, y de todos los artículos del código que establecen la inferioridad del trabajador en relación con el patrón, y de la mujer en relación con el hombre.

(2) Supresión del presupuesto de las órdenes religiosas y devolución a la nación de los «bienes considerados *mortmain*, muebles e inmuebles» (decreto de la Comuna del 2 de abril de 1871), incluidos todos los anexos industriales y comerciales de estas corporaciones.

(3) Supresión de la deuda pública.

(4) Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.

(5) La Comuna será dueña de su administración y de su policía.

Se pueden encontrar conjuntos de reivindicaciones políticas muy similares agrupados en los programas alemán de Eisenach (1869), Gotha (1875) y Erfurt (1891).⁹ Las marcadas características comunes de estos programas «políticos» indican que todos ellos son versiones de la posición común del «partido de Marx» en este periodo: es decir, que la clase obrera tiene que luchar por la república democrática como la forma en la que la clase obrera puede tomar el poder. Así, a diferencia de la tercera sección «económica» del programa del Parti Ouvrier (PO), *las* reivindicaciones políticas no son (como dice Marx) «reivindicaciones que han surgido espontáneamente del propio movimiento obrero». Cabe destacar la inclusión en la sección política de la «supresión de la deuda pública», lo que implica necesariamente la expropiación de los bancos y las instituciones financieras.

¿Por qué Marx insistió tan enérgicamente en su carta a Sorge en la «sección económica» que consistía en «demandas que han surgido espontáneamente del propio movimiento obrero»? La respuesta es que este enfoque se contraponía a los planes utópicos *sobre la naturaleza de la organización de la futura sociedad comunista y sobre la transición* que estaban vigentes en Francia (y en otros lugares).

La esencia de la política «marxista» era que la clase obrera debía tomar el poder político y, para ello, luchar por la república democrática. Dado que la propuesta era que la clase obrera se hiciera cargo del funcionamiento de la sociedad, era *la propia clase obrera* la que debía decidir las prioridades económicas y otras políticas. Este era el enfoque de la Primera Internacional: se basaba en un conjunto mínimo de reivindicaciones sobre la necesidad de que la clase obrera se organizara, y la propia organización discutía entonces cuál debía ser la política concreta de la clase obrera en relación con varios ámbitos.

En el programa del PO, se considera que la clase obrera francesa aún no está organizada, por lo que no está en condiciones de decidir sus políticas y

prioridades. Las «reivindicaciones que han surgido espontáneamente del propio movimiento obrero» de la «sección económica» sustituyen entonces a este proceso de toma de decisiones con el fin de iniciar el proceso de auto-organización de la clase obrera.

Como nota al margen, hay que decir antes de continuar que este no es un enfoque que los marxistas de hoy en día puedan utilizar en la práctica para formular un programa. La razón es que (como Bakunin, de forma confusa, previó en su momento) la clase capitalista actual gobierna *gracias al apoyo de la burocracia obrera que controla las organizaciones de los trabajadores*. En esta situación, «las demandas que han surgido espontáneamente del propio movimiento obrero» expresan la unidad contradictoria de los intereses de la burocracia obrera y del capital y el Estado-nación capitalista. No expresan de manera directa las decisiones de la clase obrera como clase en cuanto a sus propios intereses, excepto en la medida en que surgen de movimientos de masas que han escapado momentáneamente al control de la burocracia (comités de huelga, comités de delegados sindicales, movimientos de inquilinos, etc.).

En la carta de Marx en la que describe el programa del PO, hay un «programa mínimo» que consiste en la república democrática (= la dictadura del proletariado) más las demandas inmediatas del movimiento de clase. No hay un «programa máximo»: solo «pasajes introductorios en los que se define el objetivo comunista en pocas palabras».

Kautsky

En *La lucha de clases*, la exposición de Kautsky de 1892 sobre la «parte máxima» del programa de Erfurt, esta sigue siendo la característica de la división. Kautsky escribe:

«El programa adoptado por la socialdemocracia alemana en Erfurt en 1891 se divide en dos partes. En primer lugar, esboza los principios fundamentales en los que se basa el socialismo y, en segundo lugar, enumera las reivindicaciones que la socialdemocracia plantea a la sociedad actual. La primera parte expone lo que creen los socialistas; la segunda, cómo proponen hacer efectiva su creencia».

Sin embargo, en su obra de 1902 *La revolución social*, Kautsky explica la parte política del programa mínimo como (utilizando lo que más tarde se convirtió en lenguaje «ortodoxo») «tareas incompletas de la revolución burguesa»:

«Imaginemos entonces que ya ha llegado ese hermoso día en el que, de un solo golpe, todo el poder recae en manos del proletariado. ¿Cómo comenzaría? ...

«En primer lugar, es evidente que recuperaría lo que la burguesía ha perdido. Barrería todos los restos del feudalismo y haría realidad ese programa democrático que la burguesía defendió en su día. Al ser la más baja de todas las clases, es también la más democrática. Extendería el sufragio universal a todos los individuos y establecería la libertad total de prensa y de reunión. Haría al Estado completamente independiente de la Iglesia y aboliría todos los derechos de sucesión. Establecería la autonomía completa en todas las comunidades individuales y aboliría el militarismo...»

Aquí Kautsky ha perdido claramente de vista la idea de que la lucha por la república democrática está relacionada con la lucha del proletariado por el poder político: el proletariado conquista el poder por otros medios.

Siguiendo a Kautsky, esta es sin duda la forma en que Lenin utilizó la idea del programa mínimo: el programa mínimo (es decir, la «sección política» del programa) es el programa de la lógica de la revolución democrática burguesa; el programa máximo, el de la revolución socialista proletaria.

Bakunin, Marx y Engels

¿Por qué Kautsky comenzó a identificar la lucha por la república democrática con la revolución burguesa (quizás inconclusa)?

En 1870, Bakunin criticó duramente el programa de Eisenach y atribuyó sus defectos a la política de Marx. En particular, argumentó que *«Todos los socialistas alemanes creen que la revolución política debe preceder a la revolución social. Esto es un error fatal. Cualquier revolución que se haga antes de una revolución social será necesariamente una revolución burguesa, que solo puede conducir al socialismo burgués, una nueva forma, más eficiente y más hábilmente oculta, de explotación del proletariado por parte de la burguesía»*.

Criticando aspectos concretos (insuficiente internacionalismo, falta de propuesta de abolición del Estado, cooperativas patrocinadas por el Estado al estilo de Lassalle), Bakunin concretó su argumento en relación con las demandas democráticas del programa de Eisenach:

«Estas demandas no son más que una repetición del conocido programa de los demócratas burgueses: sufragio universal con legislación directa por parte del pueblo; abolición de todos los privilegios políticos; sustitución del ejército permanente por milicias de voluntarios y ciudadanos...».

La crítica evidentemente dolió. Varios de los puntos de Marx en la *Crítica al programa de Gotha* de 1875 tienen como objetivo distanciar a Marx y Engels de las características «lassalleanas» —es decir, nacionalistas y estatales-socialistas— que están casi tan presentes en el programa de Eisenach como en el de Gotha; y varios de ellos siguen los argumentos de Bakunin de 1870 contra el programa de Eisenach.

Entre ellos, Marx comentó sobre las reivindicaciones democráticas: «Sus reivindicaciones políticas no contienen nada más que la vieja letanía democrática conocida por todos: sufragio universal, legislación directa, derechos populares, milicia popular, etc. Son un mero eco del Partido Popular burgués, de la Liga de la Paz y la Libertad». Engels, de manera similar, escribió: «¿Cómo se puede explicar la adopción en este mismo programa de nada menos que siete reivindicaciones que coinciden exactamente y palabra por palabra con el programa del Partido Popular y de la democracia pequeño-burguesa? Me refiero a las siete reivindicaciones políticas, 1 a 5 y 1 a 2, de las cuales no hay ninguna que no sea democrática burguesa».

Sin embargo, cinco años más tarde (y nueve años después de la Comuna de París), Marx respaldaría un conjunto muy similar (aunque no idéntico) de reivindicaciones políticas democráticas en el programa del PO, y en 1891 Engels se quejaría de la ausencia de la reivindicación de una república en el borrador del programa de Erfurt, pero solo propondría enmiendas menores a las reivindicaciones políticas democráticas concretas. ¿Cómo resolver esta contradicción?

El enfoque de Kautsky al problema en *La revolución social* es decir: en el pasado, la burguesía luchó por la república democrática, pero hoy en día no lo hace. Por lo tanto, el proletariado debe ahora prometer «realizar ese programa democrático que la burguesía defendió en su día».

Esta puede haber sido también la opinión de Engels: esta idea se hace más plausible por el hecho de que en su *Crítica al programa de Erfurt* caracterizó a Francia y a los Estados Unidos como «repúblicas democráticas» y dijo que en estos países (y en Gran Bretaña) «la vieja sociedad puede evolucionar pacíficamente hacia la nueva», ya que «los representantes del pueblo concentran todo el poder en sus manos, donde, si se cuenta con el apoyo de la mayoría del pueblo, se puede hacer lo que se considere oportuno de forma constitucional».

Los capitalistas no son democráticos

Sin embargo, existe una alternativa. Se trata de reconocer que, contrariamente a lo que sostienen Bakunin y, en este caso, Marx y Engels al apropiarse

de los argumentos de Bakunin contra el programa de Eisenach, la república democrática *no es ni nunca ha sido* el programa político de la clase capitalista.

Más bien, la clase capitalista lucha por el *constitucionalismo del Estado de derecho* y los «derechos naturales», en *oposición al* republicanismo democrático. La república democrática era el programa de los artesanos urbanos en proceso de proletarización y del proletariado en proceso de formación: desde los niveladores en la Inglaterra de los años 1640-1650, pasando por los republicanos democráticos en los Estados Unidos de los años 1780-1800 y la «Montaña» en la Francia de los años 1790, hasta los cartistas en la Gran Bretaña de los años 1830-1840. Para utilizar el lenguaje de las analogías con la antigüedad clásica que era habitual en la época, las clases trabajadoras urbanas (= el proletariado y los pequeños propietarios urbanos) luchaban por una democracia «ateniense»; los capitalistas, por un constitucionalismo oligárquico «romano».

Mientras exista una gran clase artesana urbana y no haya un partido independiente del proletariado, los políticos capitalistas están dispuestos a jugar con ideas democráticas radicales para ganarse el apoyo de las clases bajas contra el Estado precapitalista. Aun así, una vez que los capitalistas alcanzan el poder político, las ideas se abandonan rápidamente: el cromwellismo y la restauración en la Inglaterra de la década de 1650; el federalismo en los Estados Unidos de las décadas de 1780 y 1800; el directorio y el bonapartismo en la Francia de las décadas de 1790 y 1800.

Una vez que *existe* un movimiento obrero independiente, las ideas democráticas radicales se vuelven demasiado peligrosas incluso para los capitalistas que aún no están en el poder, y se descartan (1848-50 es uno de los momentos clásicos). A medida que se desarrolla el capitalismo, la clase artesana urbana queda marginada. La clase media gerencial que la sustituye es profundamente antagónica a la democracia política, que tiende a socavar su propia autoridad gerencial. El programa democrático-republicano radical se convierte ahora, en la práctica, *únicamente* en propiedad del movimiento obrero.

De ello se deduce que Marx y Engels se equivocaron en sus críticas al programa de Gotha al hacer comentarios casuales que, en efecto, aceptaban las críticas de Bakunin a las demandas democráticas del programa de Eisenach. Engels se equivocó en 1891 al caracterizar a los Estados Unidos (o a Francia) como una república democrática. Y Kautsky se equivocó al considerar la lucha por la república democrática como una tarea de la revolución burguesa. Llegamos al análisis que hice anteriormente del programa del PO: el programa mínimo es la república democrática (= la dictadura del proletariado) más algunas demandas «económicas» inmediatas en interés de la clase

obrero. El «programa máximo» es simplemente el objetivo final del comunismo.

Trotsky

Esto debería permitirnos volver al argumento de Trotsky de que la distinción entre el programa mínimo y el programa máximo ha quedado obsoleta (a) porque la «socialdemocracia clásica funcionó en una época de capitalismo progresista» y, por lo tanto, «el programa mínimo ... se limitó a reformas dentro del marco de la sociedad burguesa» (*Programa de transición*), o (b) cuando se forma un gobierno obrero en condiciones revolucionarias (*Resultados y perspectivas*).

La primera de estas afirmaciones es claramente falsa. El objetivo de tener un programa mínimo no era abandonar el derrocamiento revolucionario del Estado capitalista. Era deshacerse del apego a las especulaciones utópicas sobre la naturaleza detallada de la sociedad comunista como base de las diversas sectas proudhonistas, lassalleanas, bakuninistas, etc., e insistir simplemente en la dictadura del proletariado.

El programa máximo es el objetivo general del comunismo. Es cierto que Marx especula sobre la naturaleza de la sociedad comunista en la *Crítica del programa de Gotha*, pero lo hace para argumentar que las panaceas lassalleanas deben *eliminarse del programa*. La crítica de Engels al borrador del programa de Erfurt pide igualmente que la «parte máxima» se *acorte y simplifique*.

La razón es que entre la toma del poder político por parte de la clase obrera y la desaparición de las clases, la superación del Estado, la nación, la familia, etc., hay un período de transición *sustancial*. La transición y el resultado comunista estarán determinados por las *decisiones que tome la clase obrera* cuando haya alcanzado el poder político. «Fusionar» los programas máximo y mínimo en este sentido es precisamente volver al mundo de las sectas proudhonistas, lassalleanas, bakuninistas, etc., definido por la especulación utópica.

También tiene una consecuencia sorprendente, a la que me he referido anteriormente en una polémica con los compañeros de Campaign for a Marxist Party. Se trata de que las «reivindicaciones transicionales» fundamentales del *Programa de transición* de Trotsky de 1938 —escala móvil de salarios y escala móvil de horas—, si se aplicaran plenamente, equivaldrían a la abolición inmediata del dinero. Sustituir el programa mínimo por

uno «de transición» al programa máximo significa entonces «... de transición al régimen de «comunismo de guerra» de la guerra civil rusa, o a una «revolución cultural» maoísta o al «año cero» camboyano.

Además, el argumento del *Programa de Transición* se basa en la tesis —mantida explícitamente en ese texto— de que el capitalismo se encuentra en su agonía y ya no es capaz de conceder reformas. Como afirmación sobre la situación política inmediata en 1938, esto era casi sostenible: la agonía del régimen mundial británico estaba a punto de desembocar en una guerra mundial. Aun así, había problemas graves: por ejemplo, América Latina evitó la participación directa en la guerra y fue relativamente próspera durante la década de 1940. Como afirmación *epocal*, era claramente falsa.

El gobierno obrero

¿Qué hay de la afirmación más limitada de Trotsky en *Resultados y perspectivas*? Esta era que un gobierno obrero en condiciones revolucionarias se verá obligado a adoptar medidas colectivistas —incompatibles con el orden de mercado y los derechos de propiedad privada— para coaccionar a los capitalistas. Esto, dice Trotsky, equivale a la desaparición de la diferencia entre el programa mínimo y el programa máximo.

Hay que señalar dos cosas. La primera es que la afirmación de que un gobierno obrero revolucionario se verá obligado a tomar medidas despóticas contra los derechos de propiedad privada y el mercado para coaccionar a los capitalistas es evidentemente cierta. La segunda es que el uso de tales métodos *no equivale a la desaparición de la distinción entre programa mínimo y programa máximo*.

El primer punto es muy importante. Es absolutamente habitual que los capitalistas amenacen con retirar su capital para coaccionar a los gobiernos a abandonar las propuestas que no les gustan, y que lo hagan realmente en respuesta incluso a propuestas bastante limitadas, como las del primer gobierno de Mitterrand en Francia en 1981. No hay ninguna sanción que sea eficaz para disuadir esta conducta, salvo formas de confiscación de la propiedad sin compensación, lo que requiere que las empresas en cuestión sigan funcionando, al menos temporalmente, bajo gestión pública.

Es igualmente importante dejar claro que no se trata de una diferencia entre los trotskistas y el PCGB. Nuestro borrador de programa dice:

«Sin embargo, en determinadas circunstancias, la nacionalización sirve a los intereses de los trabajadores. Ante los planes de cierre o despidos masivos, los comunistas exigen que sea el Estado —el comité ejecutivo de la

burguesía— y no los trabajadores, quien asuma las consecuencias del fracaso.

Contra los cierres y los despidos masivos, los comunistas exigen:

Que no haya despidos. Que se nacionalicen los lugares de trabajo o las industrias amenazados bajo el control de los trabajadores.

Que solo se pague una indemnización a los antiguos propietarios en casos de necesidad demostrada...».

En este pasaje, la nacionalización se formula como una exigencia defensiva para proteger el interés inmediato de la clase obrera en la disponibilidad de empleo (y del grupo concreto de trabajadores en sus puestos de trabajo). Pero la mayoría de los casos en los que los capitalistas utilizan la retirada de capital para coaccionar a un gobierno obrero entrarían de todos modos en esta categoría. Los trotskistas no deben temer que un hipotético gobierno con las ideas políticas del PCGB dude en utilizar la confiscación coercitiva de la propiedad de los capitalistas que intentan retirar su capital para coaccionar al gobierno.

Sin embargo, el segundo punto es que el uso coercitivo de la confiscación de la propiedad no equivale al programa máximo. En primer lugar, los gobiernos capitalistas utilizan habitualmente estas medidas en tiempos de guerra contra la propiedad de los nacionales enemigos. En segundo lugar, las revoluciones *capitalistas* también han implicado normalmente no solo la abolición de las formas de propiedad feudal, sino también la incautación coercitiva de la propiedad («capitalista») de los opositores a la revolución. El régimen parlamentario de los años 1640-1650 confiscó las propiedades de los «malignantes» realistas, y el régimen revolucionario de los años 1770-1780 en Estados Unidos confiscó las propiedades de los «tories» probritánicos. El Estado británico mantuvo durante todo el siglo XVIII un régimen legal en el que los familiares protestantes podían expropiar las propiedades inmobiliarias de los católicos. Obviamente, nada de esto equivale al socialismo.

La *socialización o apropiación colectiva* de los medios de producción —el programa máximo— implica la propiedad común de los medios de producción *en su conjunto*. Para lograr este resultado, es necesario socializar una gran parte de las actividades productivas que ahora llevan a cabo pequeños propietarios (pequeños agricultores, comerciantes autónomos, etc.) y pequeñas empresas capitalistas. Ningún marxista anterior a la «colectivización forzosa» estalinista sugirió jamás que la forma de abordar este problema fuera coaccionar por la fuerza a los pequeños propietarios y a los pequeños capitalistas para que renunciaran a sus propiedades, ni que la superación de la pequeña propiedad superviviente pudiera lograrse en un

solo «salto revolucionario». Tras los resultados de las colectivizaciones forzadas rusas, el «gran salto adelante» chino, etc., ningún marxista *debería* sugerirlo.

Esta es, de hecho, una razón fundamental *para* un programa mínimo. También es la razón por la que las demandas del programa mínimo deben ser *en cierto sentido* coherentes con la existencia continuada del dinero y el intercambio de mercancías. Si los trabajadores no van a expropiar por la fuerza a los pequeños propietarios, será necesario comerciar con ellos y gravarles con impuestos, al tiempo que se establecen las condiciones comerciales y fiscales de tal manera que *favorezcan* la socialización de sus actividades productivas, ya sea mediante la promoción de cooperativas o mediante la competencia que los expulse del negocio (los capitalistas, por supuesto, ya establecen las condiciones fiscales y comerciales de manera que favorecen a las grandes empresas). Esto implica que, al menos en la primera fase del gobierno de los trabajadores, el dinero y los mercados seguirán existiendo. Por lo tanto, las reivindicaciones del programa mínimo deben ser coherentes, en la medida de lo posible, con esta continuidad.

Esto conlleva, como resultado secundario, otra característica. Cada una de las demandas individuales del programa mínimo podría, *por sí sola*, ser concedida por el capital sin que el Estado capitalista se viera afectado. Pero si se aplican *todas* las demandas *de la parte política* del programa mínimo — es decir, si la república democrática sustituye al Estado de derecho y se suprime la deuda pública (lo que requiere la nacionalización del sector financiero bajo control democrático)—, el poder político habrá pasado de la clase capitalista a la clase trabajadora.

Lucha de clases inmediata y poder obrero

¿Qué hay del argumento a favor de «un sistema de *reivindicaciones transicionales*, derivadas de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera, que conducen de manera inalterable a una conclusión final: la conquista del poder por el proletariado» (1938, *Programa de transición*); o a favor de «una lucha por las reivindicaciones concretas del proletariado que, en su totalidad, desafían el poder de la burguesía, organizan al proletariado y marcan las diferentes etapas de la lucha por su dictadura» (1921, Tercer Congreso de la Comintern, *Sobre la táctica*)?

Esta idea es o bien cierta y totalmente trivial, o bien encarna una estrategia radicalmente falsa.

El lado cierto y trivial es el siguiente. Cualquier partido que busque ganar inmediatamente a las masas para su causa tiene que vincular su programa,

en la agitación, a las preocupaciones inmediatas de las masas y a su bienestar material inmediato. Pero esto es tan cierto para los conservadores y los laboristas en sus campañas electorales como para un partido comunista o «revolucionario». Además, las preocupaciones inmediatas y el bienestar de las masas se ven afectados por características absolutamente coyunturales y locales de la situación política. Por lo tanto, la forma de agitación tiene que variar en una medida que es radicalmente incompatible con la construcción de un partido sobre la base de un programa acordado.

Por ejemplo, los trotskistas suelen utilizar el «programa» bolchevique — «Tierra, paz y pan: todo el poder a los soviets» — como ejemplo de programa «de transición». En realidad, se trataba simplemente de un *conjunto de consignas agitadoras*, basadas en el programa del partido bolchevique. Además, este «programa» era totalmente local, propio de una Rusia en la que predominaba el campesinado, y coyuntural, debido a las condiciones de la guerra y la crisis de la revolución.

Por lo tanto, tener un «programa de transición» en este sentido es, como ha entendido mejor el Partido Socialista de los Trabajadores británico que los trotskistas ortodoxos, no tener ningún programa formal del partido, sino simplemente aprovechar cualquier cosa que parezca agitación en ese momento: «¡Fuera las tropas de Irak!», «¡Salvad el NHS!», «¡Votad a Respect!».

La estrategia radicalmente falsa es la de la huelga general, el intento de pasar directamente de la lucha económica por la huelga a la «revolución social» en el sentido de un control generalizado de los trabajadores, sin abordar directamente la cuestión del Estado ni pasar por la lucha política bajo el capitalismo. Este argumento se basa en una teoría del movimiento de la conciencia de masas y su relación con la organización, que se abordará en el próximo artículo.

WW #687 Jueves, 6 de septiembre de 2007 – Espontaneidad y teoría marxista

Había una diferencia política genuina entre la evaluación de Lenin de la crisis revolucionaria de 1905 en Rusia en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* y la evaluación de Trotsky en *Resultados y perspectivas*, no (y aquí discrepo con el camarada Jack Conrad) una diferencia meramente de «formulaciones algebraicas».

La línea de Lenin en *Dos tácticas* era formar una alianza de la clase obrera con el campesinado en su conjunto, sobre la base de la consigna de confiscación y redistribución de las tierras de los terratenientes; y argumentó que esta alianza podría constituir una base estable para un gobierno de coalición revolucionario del partido obrero con uno o varios partidos campesinos en Rusia (la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado»), incluso si la Revolución Rusa no desencadenaba inmediatamente la revolución socialista en toda Europa.

La línea de Trotsky en *Resultados y perspectivas* era que el proletariado podía derrocar al zarismo en alianza con los campesinos pobres semiproletarizados, y que cualquier coalición gubernamental con el campesinado en su conjunto se desintegraría instantáneamente debido a la contradicción entre los intereses del proletariado en confiscar la propiedad para coaccionar a los capitalistas y los intereses de los campesinos como propietarios privados. Por esta razón, no apoyó la adopción de la consigna de confiscación y redistribución de las tierras de los terratenientes: «Resultados y perspectivas» es bastante claro en este punto. Por lo tanto, también se deducía que el proletariado solo podría mantener el poder si la Revolución Rusa desencadenaba inmediatamente la revolución socialista en toda Europa.

Las masas y los teóricos

La objeción original de Trotsky a la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» quedó claramente expresada en el artículo de 1909 «Nuestras diferencias»:

«... el proletariado, a pesar de las mejores intenciones de sus teóricos, debe ignorar en la práctica la línea divisoria lógica que debería confinarlo a una dictadura democrática. Lenin propone ahora que la autolimitación política del proletariado se complementa con una «salvaguarda» antisocialista objetiva en forma de *muzhik* como colaborador o codictador. Si esto significa que el partido campesino, que comparte el poder con los socialdemócratas, no permitirá que los desempleados y los huelguistas sean mantenidos a costa del Estado y se opondrá a la apertura por parte del Estado de fábricas y plantas cerradas por los capitalistas, entonces también significa que, desde el primer día de la coalición —es decir, mucho antes de que se cumplan sus tareas—, el proletariado entrará en conflicto con el gobierno revolucionario. Este conflicto puede terminar en la represión de los trabajadores por parte del partido campesino o en la destitución de ese partido del poder».

Hay una suposición subyacente en este argumento que es extremadamente importante. Se trata de que, en condiciones revolucionarias, el partido obrero no puede frenar la tendencia objetiva de las clases a luchar por sus intereses inmediatos. O, tal vez, que si el partido obrero decide frenar la tendencia de las masas de la clase obrera a luchar por sus intereses inmediatos, estará sirviendo a los intereses del antiguo régimen.

Debe quedar claro que el partido obrero no puede esperar frenar la tendencia de la clase capitalista a luchar por sus intereses por ningún medio que no sea la creación por parte de los trabajadores de su propio Estado para reprimir a los capitalistas.

Además, la evidencia de la Revolución Rusa desde 1917 hasta el final de la nueva política económica, y tanto del estalinismo como de las revoluciones posteriores del siglo XX, me parece que establece que (a) el campesinado tiene intereses de clase antagónicos a los del proletariado, y (b) el partido obrero no puede esperar frenar la tendencia del campesinado a luchar por sus intereses de clase (excepto creando un Estado obrero) más de lo que puede esperar frenar la tendencia similar de la burguesía.

Es en este punto específico (el antagonismo entre los intereses de los trabajadores y los campesinos) donde se encuentra el argumento más sólido de que Lenin se sumó a las opiniones de Trotsky, como Joffe afirmó más tarde.² Por ejemplo, en 1919 Lenin escribió: «... en octubre de 1917 marchamos con los campesinos, con todos los campesinos. En ese sentido, nuestra revolución en aquel momento fue una revolución burguesa [...] En lo que respecta al campo, nuestra revolución siguió siendo una revolución burguesa, y solo más tarde, tras un lapso de seis meses, nos vimos obligados, en el marco de la organización estatal, a iniciar la lucha de clases en el campo, a establecer comités de campesinos pobres, de semiproletarios [...]».

Frenar las luchas obreras

Sin embargo, esto no afecta a la cuestión de si el partido obrero puede —o debe— frenar la lucha de clases *de los trabajadores* para lograr avances parciales (como el derrocamiento del zarismo), cuando la toma efectiva del poder por parte de la clase obrera no es, en opinión del partido, inmediatamente factible.

En «Nuestras diferencias», Trotsky expone claramente la base de su argumento con una cita de una carta de 1859 de Lassalle a Marx:

«El instinto de las masas en la revolución es generalmente mucho más seguro que el buen sentido de los intelectuales... Es precisamente la falta de educación de las masas lo que las protege de los arrecifes submarinos del

comportamiento «sensato». En última instancia, la revolución solo puede hacerse con la ayuda de las masas y su apasionado sacrificio. Pero las masas, precisamente por ser «grises», precisamente por carecer de educación, son incapaces de comprender el posibilismo y, dado que una mente poco desarrollada solo reconoce los extremos, solo conoce el sí y el no sin nada entre ambos, por eso solo les interesan los extremos, lo inmediato y lo completo. Al final, esto significa inevitablemente que los contables (sensatos e inteligentes) de la revolución, en lugar de tener a sus enemigos burlados delante de ellos y a sus amigos detrás, se enfrentan, por el contrario, solo a enemigos y no tienen a nadie detrás. Así, lo que parecía ser la razón superior resulta ser, en la práctica, el colmo de la estupidez».

Este argumento es, por supuesto, el mismo que el expuesto por Luxemburg en *Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa* (1904):

«Lo inconsciente precede a lo consciente. La lógica del proceso histórico precede a la lógica subjetiva de los seres humanos que participan en él. La tendencia es que los órganos directivos del partido socialista desempeñen un papel conservador». Y que: «El ágil acróbata no percibe que el único «sujeto» que merece hoy el papel de director es el «ego» colectivo de la clase obrera. La clase obrera exige el derecho a cometer sus errores y aprender la dialéctica de la historia. Hablemos claro. Históricamente, los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del comité central más inteligente».

O, de manera similar, el argumento de Trotsky en su obra de 1904 *Nuestras tareas políticas*, de que las cuestiones organizativas son secundarias: lo fundamental es poner en movimiento a las masas. De ahí, por ejemplo: «Al despertar a amplios sectores del proletariado, los «economistas» lo convirtieron en la principal reserva de energía revolucionaria».

O: «Sea cual sea la etapa de nuestra campaña en la que nos sorprenda la revolución, el proletariado, unido en torno a consignas precisas, tendrá la última palabra. Y en tales condiciones, la propia revolución dará un impulso colosal a su futura unificación política. Por lo tanto, ¡movilicemos al proletariado en torno a las consignas básicas de la revolución! Este es el contenido de nuestra preparación inmediata para los acontecimientos decisivos que se están preparando... *En la actualidad no conozco otra preparación que esa*».

O Luxemburg en *La huelga de masas* (1906):

«La sobreestimación y la falsa estimación del papel de las organizaciones en la lucha de clases del proletariado se ve generalmente reforzada por la subestimación de las masas proletarias no organizadas y de su madurez política. En un período revolucionario, en la tormenta de grandes y

perturbadoras luchas de clases, todo el efecto educativo del rápido desarrollo capitalista y de las influencias socialdemócratas se manifiesta primero en los sectores más amplios del pueblo, de los que, en tiempos de paz, las tablas de los organizados, e incluso las estadísticas electorales, solo dan una vaga idea».

Para completar el panorama de esta línea argumental general, podemos añadir la advertencia de Bakunin en *La fundación de la Internacional Obrera* (c. 1870):

«Solo los individuos, y además un pequeño número de ellos, pueden dejarse llevar por una idea abstracta y «pura». Los millones, las masas, no solo del proletariado, sino también de las clases ilustradas y privilegiadas, solo se dejan llevar por el poder y la lógica de los «hechos», aprehendiendo y previniendo la mayor parte del tiempo solo sus intereses inmediatos o movidos únicamente por sus pasiones momentáneas, más o menos ciegas. Por lo tanto, para interesar y atraer a todo el proletariado al trabajo de la Internacional, es necesario abordarlo no con ideas generales y abstractas, sino con una comprensión viva y tangible de sus propios problemas acuciantes, de cuyos males los trabajadores son conscientes de manera concreta».

O, por último, el comentario de Bakunin en la década de 1840 de que Marx estaba «arruinando a los trabajadores al convertirlos en teóricos».

El sentido de todas estas citas es muy sencillo. La cita de Trotsky de Lassalle nos invita a interpretar la «revolución permanente» como una afirmación sobre la creatividad de las masas, en contraposición al atraso de los líderes. Según esta interpretación, está claro que el debate forma parte del mismo debate que ya había comenzado en las respuestas de Trotsky y Luxemburg a *Un paso adelante, dos pasos atrás* y *¿Qué hacer?* Y, además, esto a su vez forma parte del mismo debate que el que mantuvieron los «marxistas» y los «bakuninistas» en la Primera Internacional y después. Luxemburg, al menos, era consciente de esta conexión: La huelga de masas comienza con la afirmación de que los argumentos de Engels sobre la huelga general en Los bakuninistas en acción (1873) han quedado desfasados por los acontecimientos de 1905.

No cito a Lassalle para difamar a Trotsky por asociación: simplemente repito el uso que Trotsky hace de Lassalle. Tampoco cito a Bakunin para difamar a Trotsky y Luxemburg por asociación. La cuestión es que Bakunin formuló acusaciones contra la política de Marx en la Primera Internacional muy similares a las que Luxemburg y Trotsky formularon contra la política de Lenin en *¿Qué hacer?* y *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Lo que esto nos dice es que la cuestión que nos ocupa —la relación entre el partido obrero y

la acción «espontánea» de masas— es un problema estratégico sin resolver del movimiento obrero.

Por lo tanto, debemos dejar de lado, por un lado, las circunstancias negativas de que Lassalle fuera un nacionalista alemán que coqueteó políticamente con Bismarck y dirigió la Asociación General de Trabajadores Alemanes que él mismo fundó como una dictadura personal, y que Bakunin fuera un paneslavista que también operaba a través de conspiraciones secretas y jerárquicas y que intentó coquetear políticamente con el zar.

Del mismo modo, debemos dejar de lado, por otro lado, la circunstancia positiva de que Luxemburg y Trotsky fueran famosos líderes revolucionarios e importantes teóricos marxistas. No podemos ignorar por completo el lado negativo, que ni Trotsky ni Luxemburg lograron organizar un partido o facción con raíces reales a nivel de masas en la clase obrera.

La pregunta subyacente es sencilla. ¿Cuáles son los papeles relativos de la espontaneidad de las masas *no organizadas* y de la acción de los partidos y sindicatos *organizados* en el derrocamiento revolucionario del orden capitalista?

Organización y espontaneidad

El mensaje de Marx y Engels era, fundamentalmente, que la clase obrera debía organizarse de forma independiente como clase para luchar por sus propios intereses. Este mensaje ya estaba presente en el *discurso de 1850*, que contenía la famosa expresión «revolución permanente»:

«... los trabajadores, y sobre todo la Liga, deben trabajar por la creación de una organización independiente del partido obrero, tanto secreta como abierta, y junto a los demócratas oficiales, y la Liga debe aspirar a que cada una de sus comunas sea un centro y núcleo de asociaciones obreras, en las que se pueda discutir la posición y los intereses del proletariado libremente, sin la influencia burguesa».

Y que:

«Incluso cuando no haya perspectivas de lograr su elección, los trabajadores deben presentar sus propios candidatos para preservar su independencia, evaluar su propia fuerza y llamar la atención del público sobre su posición revolucionaria y el punto de vista del partido. No deben dejarse engañar por las frases vacías de los demócratas, que sostendrán que los candidatos obreros dividirán al partido democrático y ofrecerán a las fuerzas de la reacción la oportunidad de ganar»

Esto sigue presente, fuera del contexto inmediato de la crisis revolucionaria, en el *Discurso inaugural* de la Primera Internacional: «... en Inglaterra,

Alemania, Italia y Francia se han producido renacimientos simultáneos y se están realizando esfuerzos simultáneos para la organización política del partido obrero. Poseen un elemento de éxito: el número; pero el número solo tiene peso en la balanza si se une mediante la combinación y se dirige mediante el conocimiento». Lo mismo ocurre en el *Programa del Parti Ouvrier*: «esta apropiación colectiva solo puede surgir de la acción revolucionaria de la clase productiva —o proletariado— organizada en un partido político diferenciado».

Sin embargo, esto no implicaba contraponer el «partidismo» a los movimientos de clase reales, en particular a las huelgas. Así, por ejemplo, Engels a Bebel en 1891: «La huelga del carbón en el Ruhr es sin duda incómoda para vosotros, pero ¿qué importa? La huelga imprudente de la pasión airada es, tal y como están las cosas, la forma habitual de atraer hacia nosotros a nuevos estratos importantes de trabajadores».

El ejemplo extremo de esta actitud es la Comuna de París. De su correspondencia se desprende que Marx y Engels pensaban que el intento de los comuneros era, en cierto sentido, prematuro. Pero en 1871 Marx escribió a Kügelmann: «La historia mundial sería muy fácil de hacer si la lucha se emprendiera solo con condiciones infaliblemente favorables. Por otra parte, sería de naturaleza muy mística si los «accidentes» no tuvieran ningún papel». Y, en el caso concreto, Marx sacrificó efectivamente la existencia de la Primera Internacional a la solidaridad pública con la Comuna, ya que la solidaridad con la Comuna expresada en *La guerra civil en Francia* rompió el bloque con los líderes sindicales británicos que había sido el núcleo de la Internacional, y se convirtió en un arma de los intentos generales en toda Europa de reprimir el movimiento obrero tras la Comuna.

Organización conservadora

Marx y Engels no contraponen la necesidad de los trabajadores de crear un partido organizado a la acción espontánea del movimiento de masas no organizado. Por el contrario, Lassalle en 1859, Bakunin en varios momentos, Luxemburg en 1904 y 1906, y Trotsky en 1904 y 1909 *sí* contraponen la acción espontánea del movimiento de masas no organizado a la necesidad de la clase obrera de crear un partido de masas organizado.

Lo hacen por dos razones. Una es el simple hecho de que *existen* movimientos de clase espontáneos no organizados, y el punto de partida subyacente del movimiento organizado es la existencia previa de movimientos no organizados.

La segunda —bastante clara— es el temor a que el movimiento organizado se convierta en una fuerza conservadora. Esta idea es explícita en Lassalle y Luxemburg, y en Trotsky toma la forma del temor al «sustitucionismo»; en Bakunin, se afirma que el movimiento organizado es, como en su crítica al programa de Eisenach, una forma *burguesa*.

Esta segunda línea de argumentación tiene un peso real porque el movimiento organizado, bajo el control de la burocracia, *ha* demostrado ser una fuerza conservadora. Además, lo ha hecho tres veces. La primera vez fue la traición de la socialdemocracia y las diversas burocracias sindicales durante y después de la Primera Guerra Mundial. La segunda fue la degeneración burocrática del PCUS y las traiciones de los partidos «comunistas oficiales». La tercera —esta vez la tragedia se repite como farsa— está en curso: la absoluta incapacidad política de la mayor parte de la extrema izquierda organizada en la mayoría de los países del mundo para ofrecer una alternativa real a la política coalicionista-reformista que domina el movimiento obrero.

La pregunta es: ¿qué podemos hacer para superar este papel conservador? Un enfoque consiste en luchar contra la burocracia dentro del movimiento obrero organizado existente, luchando por la independencia de clase y el internacionalismo contra la colaboración de clase nacionalista; y por los principios organizativos democráticos-republicanos contra los burocráticos-legalistas. Otro —el enfoque de los argumentos de Bakunin, y también los de Luxemburg y Trotsky— consiste en intentar *eludir* la burocracia contraponiendo el movimiento espontáneo y desorganizado al movimiento organizado.

¿Puede vencer la espontaneidad?

Estas dos líneas de argumentación plantean dos preguntas a los bakunistas, y también a los luxemburguistas y trotskistas. La primera pregunta es si el movimiento espontáneo y no organizado es capaz de derrocar el orden capitalista. La segunda es si el movimiento espontáneo y no organizado es capaz de derrocar a las burocracias obreras.

Las dos preguntas se resuelven en la práctica en una sola, porque, allí donde el proletariado se ha convertido en la clase productiva preponderante, el capital gobierna en la práctica gracias al apoyo de la burocracia sindical. Esto es cierto incluso cuando no existe un partido obrero de masas, como en Estados Unidos, y los líderes sindicales y coalicionistas instan a sus seguidores a votar a los demócratas. Esto es cierto tanto en Gran Bretaña bajo los gobiernos conservadores como bajo los laboristas: basta con ver la

activa oposición de los dirigentes laboristas y del TUC a una solidaridad seria con la huelga de mineros de 1984-85.

Pero es más evidente cuando el Estado entra en crisis: las crisis *provocan* episodios de gobiernos coalicionistas-reformistas (a menudo de discurso muy izquierdista) basados en la burocracia sindical. Estos gobiernos intentan entonces restablecer el estado capitalista legal-constitucional sacudido. Al hacerlo, preparan o bien una transición de vuelta a un gobierno ordinario abierto y controlado por el capitalismo, o bien su propia sustitución por una dictadura militar que completará esta transición. Véase Alemania y Austria en 1918-19; véase España en la década de 1930; véanse los gobiernos de la posguerra en la mayor parte de Europa occidental; etc.

Por lo tanto, es irrelevante que sea hipotéticamente posible que el movimiento espontáneo y desorganizado pueda, al margen de la existencia de la burocracia sindical, derrocar al capitalismo. Cualquier derrocamiento del capitalismo requerirá derrocar a la burocracia sindical.

En relación con esta cuestión, la evidencia empírica es brutalmente clara. Véanse los fracasos de los movimientos espontáneos en Alemania en 1919 y en Italia en 1920; véase el papel de la CNT, liderada por los anarquistas, en España en la década de 1930; véase la capacidad del Parti Communiste Français para recuperar el liderazgo en Francia en 1968; véase el agotamiento de la «mayo rampante» italiana en 1969-70; veamos la capacidad del Partido Laborista para frenar la ola de huelgas masivas en Gran Bretaña a principios de la década de 1970; desde la caída de los regímenes estalinistas, veamos los límites del movimiento zapatista en la década de 1990 en México y de los *piqueteros* en 2000-01 en Argentina.

Hay muchos otros casos. En varios de ellos no solo hubo un movimiento espontáneo y desorganizado, sino también tendencias *locales* hacia la formación de órganos de delegados de tipo soviético. Lo que faltaba era una alternativa *nacional*, y mucho menos internacional, a los liderazgos políticos existentes.

WW #688 Jueves, 13 de septiembre de 2007 – Llevando a los trabajadores por donde quieren

En el último artículo critiqué los argumentos de Trotsky sobre la relación entre el partido y el movimiento de masas espontáneo y no organizado en relación con la «revolución permanente».

Por sí sola, esta crítica podría parecer que valida los argumentos de los internacionalistas mencheviques a favor de «frenar» el movimiento de clase

hasta límites «alcanzables», o los argumentos muy similares presentados por Otto Bauer, Karl Kautsky y otros, los «centristas». O tal vez podría considerarse que valida la *reinterpretación* del concepto de Lenin de la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» por parte de la mayoría de la Comintern en la década de 1920 y los posteriores «comunistas oficiales», que produjeron resultados muy similares (desastrosos) a la política de los «centristas» de 1914-23.

Desde luego, esa no es mi intención. Esos enfoques eran erróneos, pero lo eran por razones distintas a las que alegan Trotsky y los trotskistas.

La revolución en la agenda

La primera pregunta es si el derrocamiento revolucionario del orden estatal capitalista internacional estaba en la agenda a principios del siglo XX. Es la primera porque al menos algunos de los «centristas» justificaron su conducta argumentando que no lo estaba; y también porque István Mészáros, en *Beyond capital* (1995), y Moshé Machover en 1999, también han argumentado por diferentes razones que no lo estaba (Mészáros sostiene que ahora *sí* lo está).

Tres aclaraciones. La primera es que digo «derrocamiento del orden estatal capitalista internacional» en lugar de «derrocamiento del capitalismo». La razón por la que lo hago se expone en el tercer artículo de esta serie. La colectivización forzosa de los pequeños propietarios debe rechazarse. Esto implica un período de transición sustancial entre el capitalismo y el socialismo que *comienza* con el derrocamiento del sistema estatal capitalista internacional.

La segunda es que digo «sistema estatal capitalista internacional», porque la clase capitalista es una clase internacional y los Estados-nación capitalistas no son entidades autónomas a nivel nacional. Forman parte de un sistema jerárquico internacional de Estados, vinculados formalmente por sistemas de tratados y, en la práctica, por los mercados internacionales de deuda pública y armamento. Este sistema estatal está encabezado por un Estado hegemónico mundial (Gran Bretaña hasta 1914; Estados Unidos desde 1945) cuyas fuerzas armadas son las garantes últimas de los derechos de propiedad a nivel mundial y cuya moneda es, en consecuencia, la moneda de reserva internacional.

La tercera es que decir que la revolución está en la agenda puede tener más de un significado. Podría significar *históricamente* en la agenda, en la agenda *a medio plazo* —es decir, en unas décadas— o *coyunturalmente* en la agenda —es decir, en un plazo muy breve—.

He argumentado anteriormente que hay dos razones en el marxismo para incluir la revolución proletaria en la agenda. La primera es que el capitalismo produce su propio sepulturero, el proletariado. Sobre esta base, el grado de madurez de las condiciones para la revolución proletaria debe evaluarse en función del tamaño del proletariado en relación con las demás clases y del crecimiento del movimiento obrero organizado como indicador de la conciencia de clase.

El segundo es que las fuerzas productivas crecen más allá de la capacidad del modo de producción (el capitalismo) para gestionarlas, con el resultado de que se convierten en fuerzas destructivas. Sobre esta base, el grado de madurez de las condiciones para la revolución proletaria debe evaluarse en función del grado de irracionalidad y regresión económica del orden capitalista, es decir, de la *reducción* de la capacidad del capitalismo para proporcionar bienestar material básico a la población mundial.

Además, el declive de los órdenes de clase tiende a producir un aumento del papel relativo del Estado para gestionar tanto la capacidad reducida del antiguo orden de clase para cumplir sus funciones como el auge de una nueva clase. Así, se podría decir que el feudalismo entró en *declive* en Europa a partir de finales del siglo XII y principios del XIII, cuando comenzó a enfrentarse a los desafíos al poder de la burguesía en forma de versiones a mayor escala del movimiento comunal urbano, aunque siguió expandiéndose *geográficamente* hasta el siglo XVI. El resultado fue una tendencia a largo plazo hacia el aumento del papel del Estado, que culminó en los regímenes absolutistas de los siglos XVI al XIX.

La otra cara de la moneda es que, durante el período de declive del feudalismo, la burguesía realizó, en una serie de luchas de clases, varios intentos por encontrar una forma de Estado que respondiera a sus intereses. Primero surgió el republicanismo urbano, luego el protestantismo, antes de que, finalmente, en el transcurso de las revoluciones holandesa e inglesa del siglo XVII, la burguesía diera con la forma de Estado que funcionaba para el capital: el Estado de derecho constitucional (ya fuera superficialmente liberal o autoritario) y financiado/respaldado por los mercados de capitales.

Sobre esta base, el capitalismo ha estado efectivamente *en declive* (en su núcleo geográfico) desde finales del siglo XIX, ya que se ha estatizado cada vez más en respuesta al auge del proletariado; y la toma del poder por parte del proletariado estaba, por tanto, en la agenda *histórica* desde finales del siglo XIX —como lo indican el papel de los movimientos proletarios en 1848 y la Comuna de París—, del mismo modo que la toma del poder por parte de la burguesía estaba en la agenda *histórica* en algunas partes de Europa desde

alrededor del año 1200. Dado que la toma del poder por parte del proletariado está en la agenda histórica, también lo están los intentos de crear un régimen de estado obrero. Es probable que al principio fracasen, como lo hicieron los primeros experimentos de la burguesía, pero esperamos aprender de ellos lecciones que nos permitan hacerlo mejor la próxima vez.

Dado que la dictadura de la burguesía es un sistema estatal internacional, y no una serie de Estados-nación totalmente independientes, el proletariado solo puede esperar tomar el poder político —y mantenerlo durante más de un período muy breve— como mínimo a escala continental, por lo que la toma del poder por parte del proletariado solo figura en la agenda *coyuntural* cuando existe una crisis aguda del *sistema estatal internacional como tal*.

Siglo XX

En la primera mitad del siglo XX, diría yo, la cuestión de la toma del poder por parte del proletariado se planteó *a medio plazo* por el grado de irracionalidad y regresión económica del orden capitalista, y *no* por el tamaño absoluto del proletariado y del movimiento obrero en relación con las demás clases a escala mundial. Pero estos efectos de irracionalidad y regresión no eran «absolutos», ni expresaban la decadencia terminal del capitalismo como orden mundial.

En este sentido, el *Imperialismo* de Lenin y las inferencias extraídas del imperialismo por Bujarin y otros en 1916-21 y más tarde por Trotsky en 1938 eran erróneas. Más bien, la irracionalidad y la regresión se derivaban del declive específico del orden capitalista mundial *liderado por Gran Bretaña*. Una vez que el poder del imperio británico se rompió en 1940-41 y Estados Unidos emergió como nueva potencia hegemónica mundial en 1941-46, la economía capitalista mundial pudo revivir y la hegemonía estadounidense se convirtió en un vehículo para lograr el progreso material durante un período considerable, dejando fuera de la agenda a medio plazo la cuestión del poder de los trabajadores.

En este marco, la toma del poder por parte del proletariado se planteó *conjunturalmente* cuando el orden estatal capitalista internacional entró en una crisis aguda, es decir, en 1914-20 y en 1939-48.

También se planteó, por así decirlo, «a medias» en otros tres períodos: (a) por el auge generalizado del movimiento obrero y las luchas huelguísticas en la década de 1900 (con el punto álgido en la crisis revolucionaria rusa de 1905); (b) en la fase posterior del auge de las luchas obreras de los años sesenta y setenta (con puntos álgidos en la Francia de 1968, la revolución

portuguesa de 1974-76 y las crisis revolucionarias en varios países latinoamericanos); y (c) por la depresión mundial resultante del crack de 1929 (con punto álgido en la revolución y la guerra civil españolas).

Digo «planteada a medias» porque, en los dos primeros casos, la aguda crisis política y las luchas de clases masivas no supusieron una amenaza real para la cohesión de las fuerzas armadas de los Estados capitalistas en general. En el tercer caso, el de la década de 1930, el contexto claro era una ofensiva del capital contra el movimiento obrero (auge del fascismo). Solo en el caso de que la resistencia militar del movimiento obrero hubiera infligido una derrota militar a los fascistas y sus aliados dentro del Estado, esta dinámica habría planteado la cuestión del poder obrero.

Mészáros defiende de forma convincente que el poder obrero no figuraba en la agenda histórica de la primera mitad del siglo XX. Esto se debe a que Europa es solo un pequeño rincón del mundo y, fuera de Europa, el capitalismo seguía *creciendo*, no decayendo: el capitalismo no había alcanzado sus límites. Argumenta que *ahora* ha alcanzado sus límites, ya que el capital es ahora verdaderamente global y se ve afectado por una crisis *estructural* que se refleja en adaptaciones estructurales a la *persistente* infrautilización de la capacidad productiva, la penetración de toda la economía y la sociedad por la acción del Estado, la crisis ecológica, etc. De ello se deduce que los intentos del proletariado por tomar el poder político en la primera mitad del siglo XX fueron prematuros (o, más exactamente, según el argumento de Mészáros, aún dentro del marco del capital).

La respuesta a este argumento es la idea propuesta en la década de 1880 por Marx y, de forma más cautelosa, por Engels, sobre las posibilidades de una revolución en Rusia. Esta idea consistía en que, si la clase obrera tomaba el poder en los centros europeos de la industria capitalista, el colectivismo de la clase obrera podría converger con los elementos colectivistas de la agricultura campesina precapitalista en Rusia, lo que permitiría al «este» evitar la necesidad del desarrollo capitalista. La posterior tergiversación de este argumento para apoyar el «socialismo en un solo país» y el tercermundismo moderno es errónea; y el desarrollo posterior del capitalismo global lo ha convertido en prácticamente irrelevante.

Pero si la crisis revolucionaria internacional al final de la Primera Guerra Mundial hubiera dado lugar a la conquista del poder por parte de la clase obrera *en toda Europa y Asia central*, tal desarrollo habría sido una posibilidad histórica real. Esta opinión está respaldada por los éxitos (limitados) de las cooperativas agrícolas voluntarias y proyectos similares en varios países en diferentes momentos.

«Centristas»

Los «centristas» argumentaban que la toma del poder por parte del proletariado no estaba en la agenda coyuntural en 1914-1920, a pesar de la grave crisis del sistema estatal internacional, por dos razones. La primera es que, a partir de Las revoluciones sociales (1901) y El camino al poder (1907) de Kautsky, plantearon la cuestión de la revolución *únicamente* en términos del crecimiento del proletariado y del movimiento obrero, y no en términos de la decadencia del orden capitalista. La segunda es que planteaban esta cuestión exclusivamente dentro de marcos nacionales, asumiendo que, aunque el proletariado pudiera tomar el poder en su propio Estado-nación, el derrocamiento de otros Estados capitalistas o (por lo tanto) del sistema estatal internacional en su conjunto era imposible.

Este enfoque era erróneo. Por ejemplo, los socialistas austriacos persuadieron a las masas proletarias de que no tomaran el poder en 1918-19, por temor (según nos cuenta Bauer) a la intervención militar italiana. Pero Italia experimentó su propia crisis revolucionaria en 1920. Del mismo modo, la Entente fue incapaz de llevar a cabo operaciones militares a gran escala contra los rojos rusos por temor a las consecuencias que ello tendría para los ejércitos de la Entente y los frentes internos; y así sucesivamente. El intento italiano de utilizar la fuerza directamente para reimponer el dominio capitalista en Austria en 1919 simplemente habría acelerado y agravado la crisis italiana. El mismo resultado, provocar una crisis en el ejército y en el frente interno, habría sido aún más cierto en el caso de un intento de la Entente de someter a la clase obrera alemana ocupando toda Alemania, en lugar de ocupar solo Renania, como hicieron.

En resumen, el derrocamiento revolucionario del orden estatal capitalista internacional era *posible* en 1914-20. Esto no quiere decir, por supuesto, que hubiera tenido éxito inevitablemente de no ser por la conducta de los «centristas». Tampoco es, por sí solo, un argumento contra la conducta de los «centristas». Podría ser que los riesgos superaran a las posibilidades. Esto era, en esencia, lo que afirmaban los «centristas»; y cuando veamos por qué es erróneo, también veremos por qué los «centristas» estaban equivocados.

Contrafactual

Imaginemos que, aunque era *posible* derrocar el sistema estatal internacional, *también* era posible crear Estados capitalistas liberales y

constitucionales estables (es decir, durante 30-40 años) a partir del colapso de los imperios ruso, alemán, austriaco y turco, y que en el proceso la clase obrera obtuviera concesiones sustanciales.

La plausibilidad de este escenario viene dada por dos hechos. El primero es que las revoluciones del siglo XIX produjeron una serie de regímenes constitucionales (bastante) estables (Francia, Países Bajos, Bélgica, Italia e incluso, en cierto sentido, Alemania). El segundo es que esto también fue el resultado de la restabilización del capitalismo tras el inicio de la guerra fría, al menos en los principales países imperialistas, las potencias capitalistas menores (Escandinavia, etc.) y algunos de los países *coloniales* (Canadá, Australia, Nueva Zelanda).

Si este fuera el caso, sería necesario que un partido obrero o una internacional sopesara la posibilidad de ganar el gran premio (derrocar el orden estatal capitalista internacional) frente a los costes y riesgos muy reales que ello conlleva: los costes humanos de la guerra civil y la guerra internacional; los riesgos de hambruna masiva y de una derrota salvaje del movimiento obrero, como ocurrió en Hungría (el argumento de los austro-marxistas), y el riesgo de crear un régimen «socialista» bonapartista que tendría el efecto de desacreditar el socialismo (el argumento de Kautsky). En esta elección, bien podría ser que conformarse con conseguir reformas parciales en Estados capitalistas liberales estables fuera la mejor opción para la clase obrera internacional.

Sin embargo, la realidad era que esto *no* era posible. La grave decadencia del orden mundial liderado por Gran Bretaña era un «asunto pendiente» que se cernía sobre la economía capitalista mundial hasta que las derrotas británicas en la Segunda Guerra Mundial y la incapacidad de pagar o ganar la guerra sin la ayuda de Estados Unidos permitieron a este país alcanzar la hegemonía mundial. Por lo tanto, la grave inestabilidad económica (1929, etc.) y una nueva guerra mundial eran inevitables.

En estas condiciones económicas, los Estados capitalistas liberales *estables* eran muy problemáticos, y la mayoría de ellos se derrumbaron. El golpe de Horthy en Hungría (1920) y la toma del poder por los fascistas en Italia (1922) fueron respuestas inmediatas a las revoluciones fallidas. Pero, en términos más generales, los regímenes constitucionales fueron derrocados en Bulgaria en 1923 (y de nuevo, tras un resurgimiento, en 1934), Polonia, Portugal y Lituania en 1926, Yugoslavia en 1929, Alemania en 1933, Austria, Letonia y Estonia en 1934, Grecia en 1936, España en la guerra civil de 1936-39 y Rumanía en 1938. Las operaciones militares alemanas en 1939-40, junto con el derrotismo capitalista local, se cobraron Checoslovaquia, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca y Noruega, dejando a Suecia, Finlandia

y Suiza como los únicos países de Europa continental con regímenes constitucionales que sobrevivieron a ese periodo.

Por lo tanto, los «centristas» italianos no evitaron la guerra civil, sino que solo la pospusieron un año o dos hasta que la clase obrera se encontraba en una posición más débil; de manera similar, los alemanes y los austriacos pospusieron una guerra civil que el movimiento obrero *podría haber ganado* en 1919-20 a una que estaban casi destinados a perder en 1933-34 (y en el caso de los alemanes, ni siquiera tuvieron el honor de luchar, sino que se rindieron para ser masacrados).

En 1914, la decadencia de la hegemonía mundial británica entró en una crisis abierta. Esta situación exigía al movimiento obrero una acción *coordinada internacional contra el sistema estatal internacional en su conjunto*. Las opciones limitadas a nivel nacional, como las que tomaron los «centristas» en 1918-21, solo podían posponer el inicio de la guerra civil, pero no evitarla.

Este carácter *internacional* de la crisis revolucionaria que se desarrolló a partir de la guerra mundial es también la clave para comprender el papel político que desempeñó en la crisis la formación de los consejos obreros/soviets y la idea de «Todo el poder a los soviets».

El eslabón más débil

Se dice que Lenin afirmó que Rusia fue la primera en el proceso revolucionario internacional porque «la cadena imperialista se rompió por su eslabón más débil». Desde entonces, esta idea ha sido muy malinterpretada; probablemente, en un principio no significaba más que eso, ya que, al ser la más débil de las potencias *imperialistas*, la Rusia zarista fue la primera en caer derrotada en la guerra. Técnicamente, en términos de la economía política del imperialismo, la Rusia zarista debería caracterizarse como *subimperialista*, ya que su economía era tanto colonizada como colonizadora. Pero en geopolítica, Rusia era una «gran potencia» al mismo nivel que los centros imperialistas propiamente dichos, y el impacto político internacional de la Revolución Rusa reflejó este hecho: las revoluciones en las colonias y semicolonias no han tenido un impacto global similar ni antes ni después.

Hay dos cosas que están perfectamente claras y que se reflejan en la idea de que en Rusia la cadena se rompió por su eslabón más débil. La primera es que la revolución de febrero de 1917 fue causada por los fracasos del régimen zarista en la guerra, tanto directamente en las operaciones militares como en la gestión del suministro de alimentos, etc. La segunda es que la revolución de febrero no fue una iniciativa de la burguesía apoyada por el

proletariado. Fue, como argumentó Trotsky en la primera parte de *La historia de la Revolución Rusa*, una iniciativa *del proletariado*. La huelga-manifestación por la paz y el pan del Día Internacional de la Mujer, que desencadenó la revolución, fue precisamente una iniciativa *proletaria e internacionalista, política*. Los trabajadores rusos ya estaban intentando en febrero iniciar la revolución obrera europea.

Como resultado de la prioridad rusa, la pregunta «¿Debería la clase obrera tomar el poder político en Europa?» se *planteó como*: «¿Deberíamos imitar a los rusos?». Y en 1918-21, esto a su vez se planteó *por la forma de la Revolución Rusa y por el papel de los dirigentes socialdemócratas y sindicales en 1914-18*, como «¿A favor o en contra de «Todo el poder a los soviets»?».

Revolución

La palabra «revolución», en su uso moderno, tiene tres significados interrelacionados. El primero y más general es un período breve de cambios rápidos y extensos, en contraposición a un desarrollo gradual más largo: ejemplos de este sentido son la «revolución industrial» y la «revolución científica». El segundo es el derrocamiento de una constitución o un orden estatal y la creación de uno nuevo. Los marxistas añaden un sentido particular a este segundo significado: la revolución *social* significa la sustitución del poder político y el papel dirigente en la sociedad de una clase social por otra.

El tercer sentido es el más relevante para el tema que nos ocupa: la revolución es la entrada de las masas en la escena política. Trotsky lo expresó con toda claridad en el prefacio de su obra *La historia de la Revolución Rusa*:

«La característica más indudable de una revolución es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, ya sea monárquico o democrático, se eleva por encima de la nación, y la historia la hacen los especialistas en ese ámbito: reyes, ministros, burócratas, parlamentarios, periodistas. Pero en esos momentos cruciales en los que el antiguo orden se vuelve insoportable para las masas, estas rompen las barreras que las excluyen de la arena política, apartan a sus representantes tradicionales y crean, con su propia intervención, las bases iniciales para un nuevo régimen».

Es en este sentido de «revolución», más que en los demás, que Marx y Engels, en el *Discurso de 1850*, instaron a la Liga Comunista a que el «grito de guerra» de los trabajadores alemanes fuera: «*La revolución permanente*». Es decir, la presencia permanente de las masas en la escena política.

El concepto de revolución como la entrada de las masas en la escena política es una verdad sorprendente, pero que puede ser engañosa. La razón es que las masas no están *totalmente* excluidas de la escena política en tiempos no revolucionarios. En los regímenes constitucionales con sufragio universal, de hecho, tienen un papel autorizado en la política en época de elecciones; y en los regímenes constitucionales en general, las campañas de presión masivas son más o menos aceptables para el Estado. Estas concesiones de participación limitada de las masas en la política proporcionan un espacio para el desarrollo de organizaciones de masas permanentes: sindicatos, partidos obreros, etc. Esto puede ser cierto incluso en regímenes semiconstitucionales (absolutismos semirreformados) como la Alemania y la Austria anteriores a 1914.

Esto tiene varias consecuencias. La primera es que, dado que la clase obrera está separada como clase de los medios de producción, para defender sus intereses necesita actuar colectivamente. Para actuar colectivamente, necesita organizarse. Y para actuar a nivel nacional o internacional, necesita organizaciones *permanentes* y una estructura de toma de decisiones a nivel nacional (o internacional). Ciertas habilidades técnicas de organización están monopolizadas colectivamente por la clase media gerencial y burocrática estatal, y los capitalistas solo conceden a los trabajadores tiempo libre en forma de desempleo, lo que resulta desmoralizador. Por lo tanto, la organización de los trabajadores a escala nacional o internacional requiere un aparato de líderes y trabajadores a tiempo completo.

Pero los miembros de este aparato son o se convierten en pequeños propietarios de propiedad intelectual, en una posición social idéntica a la de la clase media gerencial y burocrática estatal. Sus intereses de clase comunes con los demás miembros de esta clase se oponen a los intereses del proletariado como clase. Como resultado, el estado capitalista en declive es capaz de gobernar gracias al apoyo de la burocracia laboral, al igual que el estado absolutista feudal tardío gobernaba gracias al apoyo de los grupos monopolistas capitalistas patrocinados por el estado y las autoridades municipales.

En segundo lugar, dado que el constitucionalismo permite la entrada *parcial* de las masas en la escena política, es menos probable que su entrada plena en una crisis revolucionaria se produzca de forma repentina y inesperada, como en 1848. Si dejamos de lado por el momento la guerra de 1914-18, la ola revolucionaria de 1918-20 había sido preparada por un prolongado período de crecimiento en toda Europa de las organizaciones obreras de masas, de las luchas huelguísticas y del apoyo electoral a los partidos obreros. En 1917-19, las crisis revolucionarias *fueron provocadas* por la guerra y la derrota; en otras ocasiones, han sido provocadas por las victorias electorales

de coaliciones de izquierda (España y Francia en la década de 1930; varios ejemplos en América Latina).

En tercer lugar, lo que acompaña a esto es que, cuando las masas *entran* plenamente en la escena política, *traen consigo sus organizaciones existentes* (los partidos políticos a los que se han afiliado o por los que han votado, los sindicatos) y refuerzan masivamente estas organizaciones. Sin comprender este hecho, es imposible entender la *capacidad* de los socialdemócratas y «centristas» de derecha para frenar la acción de las masas, como hicieron en 1918-1920 y como han hecho repetidamente tendencias similares en crisis revolucionarias desde entonces.

El camino ruso

Rusia era diferente. La diferencia fundamental para nuestros propósitos es que, a diferencia de los Estados de Europa occidental y central, el régimen zarista intentó mantener un control represivo sobre la participación de las masas en la política. Como resultado, las organizaciones obreras —y con ellas la burocracia sindical— eran excepcionalmente débiles, incluso en relación con el pequeño tamaño del proletariado.

El resultado fue que, cuando se levantó el control, en 1905 y de nuevo en 1917, las masas tuvieron que improvisar. Sus organizaciones improvisadas fueron los soviets. En esto no hay nada muy inusual: los movimientos de huelga, por ejemplo, suelen dar lugar a organizaciones improvisadas con el fin de llevar a cabo la lucha inmediata. Lo inusual fueron dos características. La primera fue que en 1905, debido a la grave decadencia del régimen zarista y a la impotencia de la burguesía rusa, el soviet de Petrogrado asumió parcialmente el papel de contraautoridad dentro de la capital. La segunda fue que, cuando el régimen finalmente se derrumbó en 1917, los mencheviques y los socialrevolucionarios partidarios de la guerra y de la colaboración de clases promovieron los soviets en toda Rusia y, en junio, un Congreso Panruso de Soviets. Lo hicieron porque sus propias organizaciones partidarias y los sindicatos eran muy débiles y necesitaban urgentemente *alguna* forma de organización nacional.

El resultado fue que en Rusia la idea de un gobierno y un régimen estatal controlados por la clase obrera pudo presentarse como «Todo el poder a los soviets». Si los mencheviques y los socialrevolucionarios colaboracionistas no hubieran promovido ya los soviets como forma de autoridad política nacional, esta consigna habría parecido tan poco realista como lo ha demostrado ser en las crisis revolucionarias desde las derrotas de 1920-21.

Además, para los trabajadores de Europa occidental y central que leían relatos de la Revolución Rusa, los soviets o consejos obreros también podían parecer una forma alternativa de autoridad política que representaba a los trabajadores.

Eludir a los burócratas

Esta apariencia era fundamental debido al papel que desempeñaba la burocracia sindical en Europa occidental y central en el apoyo a los esfuerzos bélicos de los Estados capitalistas. En 1914, la guerra gozaba de popularidad; a mediados del conflicto, la integración de los burócratas sindicales fue acompañada de concesiones, al menos para los trabajadores de las industrias bélicas. Pero en 1916-17, el apoyo popular a la guerra comenzó a agotarse y sus costes recayeron cada vez más sobre las masas, mientras que el lucro de la guerra socavaba la legitimidad capitalista.

En esta situación, los trabajadores comenzaron a emprender acciones que no contaban con el apoyo de los burócratas sindicales ni, por lo tanto, de las organizaciones oficiales. De ahí la creación de formas no oficiales de organización ad hoc, como el movimiento británico de delegados sindicales, que *eludió* el control de la burocracia sobre las organizaciones oficiales. Solo la izquierda radical de los socialistas y los sindicalistas apoyaron estas acciones. La noticia de la revolución de 1917 en Rusia significó, por tanto, que en toda Europa se identificaron los soviets/consejos obreros como una alternativa a la dictadura de los burócratas colaboracionistas de clase y socialpatriotas.

En estas condiciones concretas, la cuestión de que los trabajadores tomaran el poder político en toda Europa se planteó como seguir el camino ruso, y seguir el camino ruso se planteó como «Todo el poder para los soviets» (o para los consejos obreros). Pero Europa occidental y central no era *como* Rusia: los burócratas sindicales colaboracionistas de clase entraron en las crisis revolucionarias y la agitación política de la posguerra en una posición mucho más fuerte que sus homólogos rusos.

En particular, el sindicalismo de base y los consejos obreros intentaron *eludir* a los burócratas sindicales colaboracionistas de clase. Lo que se necesitaba era, más bien, *echar a los colaboracionistas* y crear formas institucionales que pudieran, en el futuro, *subordinar* a los burócratas a las bases. El sentimiento de unidad general de los trabajadores sin condiciones previas, que persistía incluso en la izquierda y dominaba las ideas de los «centristas», permitió a los colaboracionistas de clase recuperar el liderazgo del movimiento, *incluidos* los consejos obreros.

Lo que los colaboracionistas de clase hicieron con este liderazgo fue crear o reforzar la dictadura de la burguesía. Lo hicieron promoviendo el constitucionalismo del Estado de derecho, en oposición a las instituciones democráticas políticas, y la unidad nacional en oposición a la acción a escala europea, y mediante gobiernos de coalición con partidos burgueses o pequeñoburgueses. No ocultaron lo que estaban haciendo: al contrario, argumentaron abiertamente que era la mejor línea de actuación para la clase obrera.

Ni los consejos obreros *en sí mismos* ni las minorías pequeñas y desorganizadas que había en ellos, directamente hostiles a los «centristas» y a los colaboracionistas de clase, proporcionaron un medio para *superar* el dominio de los colaboracionistas de clase. Para ello habría sido necesario crear, *antes de* que estallara la revolución, partidos importantes que propusieran alternativas políticas proletarias internacionalistas a las vías nacionales y al colaboracionismo de clases, y alternativas democráticas al constitucionalismo liberal y a la dictadura de la burocracia en las organizaciones obreras.

Elecciones políticas conscientes

Esta historia es la de las elecciones políticas conscientes que tomaron los activistas antes del estallido de las revoluciones, *y las propias masas* durante las revoluciones. Las masas alemanas y austriacas no se inspiraron en «reivindicaciones transitorias» para crear consejos obreros, ni las masas italianas para ocupar las fábricas. Las masas intervinieron de esta manera porque estaban hartas de los viejos regímenes; porque, gracias a años de crecimiento del movimiento obrero, veían el poder obrero y el socialismo como una alternativa posible; y porque, en la Revolución Rusa y los soviets, creían ver esta alternativa a punto de hacerse realidad. Pero entonces fueron *persuadidos* por los líderes tradicionales del movimiento obrero, incluidos los líderes tradicionales de «izquierda», de que eso no era factible y que lo mejor que se podía obtener era la «democracia» capitalista (el constitucionalismo liberal).

La política de la revolución proletaria no consiste en llevar a las masas por el camino de las «reivindicaciones transitorias», ya sea para provocar una crisis revolucionaria mediante la «huelga general» o para crear soviets y luchar por que estos obtengan todo el poder. Las masas no necesitan organizaciones políticas «revolucionarias» permanentes que les digan cuándo sienten que el régimen existente es tan intolerable que debe desaparecer.

La política de la revolución proletaria consiste en facilitar la entrada *parcial* de las masas en la escena política *antes de* que estalle la crisis

revolucionaria, mediante la construcción de organizaciones obreras de masas. Y también consiste en tratar de *plantear una alternativa política* al régimen existente. Esta segunda tarea debe comenzar *ahora* si queremos superar la capacidad de la burocracia sindical colaboracionista de clases para utilizar el movimiento obrero en apoyo del Estado capitalista. No puede posponerse para satisfacer las necesidades del «método de transición».

Un debate sobre el método del programa marxista. Matías Maiello y Rolando Astarita (2021)

Sobre el Programa de Transición y el olvido de la estrategia

Matías Maiello

Con el *Programa de Transición*, escrito en 1938 y adoptado por la IV Internacional, Trotsky sistematiza un método para formulación del programa que tiene amplios antecedentes en el movimiento revolucionario y que comenzó a esbozar la III Internacional en sus primeros congresos. El propio Trotsky ya había escrito otro programa de estas características en 1934 para Francia, conocido como “Un programa de acción”. El método transicional apunta a terminar con la vieja división en compartimentos estancos entre aquello que en la jerga de la Segunda Internacional se denominaba “programa mínimo” (las consignas que por sí mismas no cuestionan la propiedad capitalista, como ser el aumento de salarios, derechos laborales, demandas democráticas que hacen a los derechos políticos o civiles, etc.) y “programa máximo” referido a la revolución socialista. Aquella división es indisociable del propio derrotero de la Segunda Internacional que terminaría relegado el “programa máximo” a un futuro indeterminado, a los actos del 1º de Mayo y a la propaganda, mientras que la práctica y la agitación cotidiana se circunscribiría al “programa mínimo” limitado a una serie de reformas en los marcos establecidos por el régimen capitalista [2].

El método utilizado por Trotsky, que podríamos llamar “transicional”, busca establecer un puente entre la lucha inmediata por las demandas mínimas y democráticas y la lucha por el poder de la clase trabajadora. En esto las llamadas consignas “transitorias” cumplen un papel fundamental. Son aquellas que plantean una respuesta estructural y de fondo para terminar con los padecimientos que impone el capitalismo, consignas como la de escala móvil de salarios y de horas de trabajo, control obrero de la producción, administración obrera directa de toda empresa que cierre, expropiación de grupos determinados de capitalistas, nacionalización de la banca y del comercio exterior, etc. El objetivo es vincular en la lucha política, en la agitación y, si la situación es lo permite, en la propia acción, las luchas

inmediatas con la perspectiva de un gobierno del pueblo trabajador y el socialismo. En palabras de Trotsky, este programa “partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera debe llevar a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado”.

Astarita sostiene que esto es un error. Que agitar consignas transitorias y pretender que estas consignas motoricen la movilización sería como poner el carro delante del caballo porque solo se podrían utilizar para la agitación cuando las condiciones para tomar el poder estén dadas, de lo contrario se le estarían exigiendo al Estado capitalista medidas socialistas y se pasaría como dice el título de su nota de la “política revolucionaria” al “reformismo burgués”. Dicho esto, es necesario mantenerse firme en la división entre el programa “mínimo”, para impulsar la movilización, y “máximo” para la propaganda hasta que llegue la revolución. Para fundamentarlo, Astarita busca apoyarse en los fundadores del marxismo. Señala que:

el programa de transición fue presentado por primera vez por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*. Se trata de medidas para impulsar a la clase obrera hacia la abolición de la propiedad privada, hacia el socialismo. [...] Lo fundamental es que este programa fue concebido *para ser aplicado por la clase obrera desde el poder*: “la primera etapa de la revolución obrera es la constitución de la clase obrera en clase directora, la conquista del poder público por la democracia”. Si en cambio son propuestas al margen de la clase social que las puede efectivizar de manera revolucionaria, se convierten en parches del sistema, confunden a las masas trabajadoras e inducen a la conciliación de clases.

Ahora bien, ¿es cierto que el método transicional pone el carro delante del caballo? ¿Se trata en Trotsky de “propuestas al margen de la clase social que las puede efectivizar de manera revolucionaria”? ¿Está el *Manifiesto Comunista* contrapuesto al *Programa de Transición*? Gran parte de las dificultades para comprender el método transicional planteado por Trotsky, no solo entre sus críticos como Astarita sino también entre quienes lo reivindican, parte de separar el programa (los objetivos a conquistar) y la estrategia (el cómo hacerlo). Sin embargo, esta conexión es mucho más fuerte de lo que Astarita supone, no solo en Trotsky, sino desde los propios orígenes del marxismo. Veamos.

Según Astarita, Engels discutió el carácter y las condiciones de posibilidad de las consignas transicionales en su polémica con Karl Heinzen en 1847, un antiguo liberal alemán que luego de fracasar en su proyecto de construir una oposición legal en Alemania pasó a proclamar la necesidad de una revolución inmediata. Su crítica sería aplicable al *Programa de Transición*. Dice Astarita tomando extractos de Engels:

si esas medidas transicionales se relacionan “con una situación pacífica, burguesa... están destinadas a sucumbir”. [...] hay que explicar que las medidas transicionales “*solo son posibles porque detrás de ellas está todo el proletariado puesto de pie, apoyándolas con las armas en la mano*” (“Los comunistas y Karl Heinzen”). *De faltar esas condiciones son quimeras de reformadores sociales, posiblemente bienintencionados, pero impotentes.*

Más allá de que en aquel mismo texto Engels señala en términos similares a Trotsky que la posibilidad de estas medidas depende de la relación de fuerzas y que las dificultades que se presentan para llevarlas adelante se pueden traducir en un avance en la comprensión de su necesidad por parte de los trabajadores [3], hay que resaltar que es muy diferente afirmar que esas medidas no pueden conquistarse en una situación pacífica, que es el planteo de Engels, que lo que está defendiendo Astarita que es la inviabilidad de hacer “agitación” de esas mismas consignas más allá de los momentos de crisis revolucionaria.

Aquel argumento de Astarita, supuestamente estaría demostrado por el hecho de que Marx y Engels no utilizaron consignas incompatibles con la sociedad capitalista (“máximas” según la terminología de nuestro autor) para la agitación en momentos no revolucionarios, y que las reservaban solo para “manifiestos estratégicos”. Sin embargo, contrariamente a esta afirmación, Marx en 1880 las incluye, por ejemplo, nada más ni nada menos que en un “programa electoral”. Nos referimos al “Programa electoral de los trabajadores socialistas” redactado por él y Jules Guesde, con la colaboración de Engels y Paul Lafargue para Francia. Lo que parecería hacerlos destinatarios de las mismas críticas dirigidas a Trotsky.

En aquel programa electoral, junto con muchas consignas del programa mínimo, incluyen consignas transicionales como: “Anulación de todos los contratos que han enajenado la propiedad pública (bancos, ferrocarriles, minas, etc.), y que la explotación de todos los talleres estatales se confíen a

los trabajadores que trabajan allí” (algo así como una estatización bajo control obrero); “supresión de toda herencia en una línea colateral y de toda herencia directa de más de 20.000 francos”; “supresión de la deuda pública”; “abolición del ejército permanente y armamento general del pueblo”; que “la Comuna pase a ser el amo de su administración y su policía” (algo así como “gobierno obrero”). ¿Pero había situación revolucionaria pre-insurreccional en 1880 en Francia? No. ¿Era posible o no este programa? Evidentemente ni Marx ni Engels se postulaban como “reformadores sociales” del estilo de Heinzen, y este hecho nos introduce en una discusión fundamental.

Estado y revolución

Astarita nos dice que para evitar que las consignas transicionales aparezcan como “quimeras de reformadores sociales”, “absurdos lógicos, insostenibles”, “Marx y Engels presentaron las medidas transicionales – en *El Manifiesto Comunista*– subordinadas a la ‘elevación del proletariado a clase dominante’”. Pero si es así, ¿cómo justificar, por ejemplo, la inclusión de esas medidas en un programa electoral para Francia en 1880? Nos aventuramos a afirmar que aquello que para Astarita es un “principio” (no agitarás consignas transicionales por fuera de una situación revolucionaria pre-insurreccional), para Marx y Engels no lo era. Pero lo más interesante no es esto, sino el hecho de que en aquel programa electoral incluyeran la referencia a los decretos de la Comuna de París que había sido derrotada 9 años antes. Lo cual nos sugiere otra pregunta: ¿qué había pasado entre febrero de 1848 cuando fue publicado por primera vez el *Manifiesto Comunista* y 1880, tanto históricamente como en la evolución de la teoría política de Marx y Engels?

Históricamente nada más ni nada menos que los dos principales hechos de la lucha de clases del siglo XIX, la llamada “primavera de los pueblos” de 1848 y la propia Comuna de París de 1871. Así el *Manifiesto Comunista*, planteaba la fórmula general que cita Astarita en relación al poder de los trabajadores, a saber: “la constitución de la clase obrera en clase directora, la conquista del poder público por la democracia” (entendida esta última como reabsorción del Estado por la sociedad; la “democracia” en tanto régimen político ellos la referían en términos de “república”), mientras que luego verán en la Comuna de París “un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo” [4]. Tanta importancia revestía la novedad de la Comuna que Marx y Engels, como sabemos, consideraron pertinente “corregir” el *Manifiesto*

Comunista. Decían en 1872 que: “este programa resulta, en algunos pasajes, anticuado. Ante todo, la comuna ha aportado una prueba de que ‘la clase trabajadora no puede simplemente tomar posesión de la maquinaria del Estado tal como está, y ponerla en movimiento para sus propios fines’” [5].

Estos cambios que desde el punto de vista de aproximaciones como la de Astarita parecerían secundarios para pensar el programa, son sin embargo fundamentales. Implican que como condición necesaria para triunfar la clase trabajadora debe articular un poder propio capaz de “reemplazar” al aparato estatal burgués. Es decir, no se trata simplemente de “tomar posesión” de este último para implementar un “programa de gobierno socialista” (“programa máximo”). Por eso todo programa que se limite a señalar las medidas de un futuro gobierno obrero “luego del triunfo de la revolución proletaria” mientras que para la lucha cotidiana (económica y política) solo recomienda consignas “mínimas” es un programa inútil en la práctica, por lo menos desde el punto de vista revolucionario. Tampoco sirve un programa dedicado meramente a “instruir” a la vanguardia en los objetivos de la revolución si este no está orientado al mismo tiempo a interpelar de algún modo al movimiento de masas, es decir a quienes deberían protagonizar la revolución y animar sus propios organismos de autoorganización.

La gran cuestión relegada por todas las visiones que dividen – implícitamente o explícitamente- entre programa mínimo y máximo es, nada más ni nada menos, que el hecho de que para tomar el poder es necesario superar los marcos del régimen burgués y desarrollar un poder alternativo que lo sustituya; un poder que no surge *ex nihilo*.

Esperando la llegada del doble poder

Astarita es enfático en señalar que todo se reduce:

a *quién tiene el poder para aplicar las medidas transicionales*. Cuestión que podemos ver en la consigna de “control obrero”, que se agita con frecuencia. La pregunta es: ¿desde qué poder se aplicará ese control? [...] Dicho por la positiva: el control obrero real (no como apariencia, no como engaño) solo podrá aplicarse por algún lapso corto de tiempo, en situaciones de doble poder –consejos, obreros en armas, enfrentamiento con el aparato represivo– o una vez tomado el poder.

Y agrega más adelante que “en tanto la clase obrera no se emancipe del control burocrático-burgués (de los sindicatos, de las organizaciones sociales, de las representaciones políticas) el control obrero no puede no ser una forma de colaboración de clases”.

En todo esto, la pregunta central es justamente la que Astarita omite. A saber: ¿cómo surgen aquellas premisas para la agitación de un programa transicional (las “situaciones de doble poder”, la “emancipación del control burocrático-burgués”, etc.) que nuestro autor da por hechas para un futuro indeterminado?

Frente a quienes sostenían planteos similares y se oponían a la consigna de control obrero de la producción en Alemania a principios de los años '30 por considerar que en aquel entonces no estaban dadas las “premisas”, Trotsky planteaba lo siguiente: “A partir de un momento determinado, los trabajadores ‘dislocan’ el marco de la ley o lo echan abajo, o simplemente lo desprecian en su totalidad. Precisamente en eso consiste la transición a una situación puramente revolucionaria. Por ahora, esta transición está todavía por delante de nosotros, no detrás. Debe ser preparada”. Así, ante el argumento de que había que esperar a que surgieran los soviets para difundir la consigna de “control obrero”, les recordaba: “No solamente no tienen ustedes soviets, ni siquiera tienen un puente hacia ellos, ni siquiera una carretera hasta el puente, ni tan siquiera un camino a la carretera”. Y agregaba irónicamente: “Como somos impotentes frente a la muerte, como no podemos hacer nada en las fábricas, entonces... entonces, como recompensa por ello, nos elevamos a una altura tal que los soviets caen del cielo para ayudarnos”.

Sin ir más lejos, Astarita escribía en 1999, que “En estas condiciones -que son las existentes en la mayoría de los países capitalistas, por lo menos desde comienzos de los ochenta- es ‘palpable’ el abismo que existe, por caso, entre la lucha por la defensa del salario y la pelea por el ‘control obrero de la producción’” [6]. Dos años después, frente a la enorme crisis que estalló en Argentina, surgiría uno de los movimientos de ocupación y puesta a producir de fábricas más importantes de las últimas décadas donde miles de obreros tomaban cientos de empresas. Según Astarita, este fenómeno no dijo nada sobre la pertinencia del *Programa de Transición*, ya que: “En términos generales, los obreros no quitaron las empresas a las patronales, sino que éstas fueron abandonadas por sus dueños. Esencialmente se trató de un movimiento que tenía como fin preservar los puestos de trabajo, esto es, sobrevivir”. Este tipo de concepción normativista que separa lo que sería un programa puramente ideológico y las necesidades que motorizan la acción de la clase trabajadora, sin dudas está en las antípodas del método

transicional que justamente lo que intenta es establecer puentes entre ambas.

En uno de los ejemplos, de enorme trascendencia no solo nacional sino internacional como la fábrica Zanón, actual FaSinPat [7], la lucha contra los despidos que llevó a la ocupación se desarrolló en paralelo al proceso de recuperación del sindicato ceramista, que a su vez fue impulsor, por ejemplo, de la “Coordinadora del Alto Valle” junto con organizaciones de desocupados, comisiones internas, agrupaciones antiburocráticas docentes, estatales, de salud y de la construcción, a las que se sumaron organizaciones estudiantiles y de la izquierda. Luego impulsará nacionalmente los “Encuentros de Fábricas Ocupadas” junto con la textil Brukman y otras fábricas. Son ejemplos de cómo en determinadas situaciones aquellos “puentes” de los que habla el *Programa de Transición* se ponen en marcha. En 2003 finalmente sobrevendrá el repunte económico en Argentina, motorizado por el *boom* de las materias primas, que cambiará el signo de la situación. Pero todo aquel proceso ha sentado una tradición que sigue presente en la Argentina y que se reactualiza frente a la profunda crisis en curso en la actualidad.

Al contrario de lo que sostiene Astarita, que ve en las consignas transicionales como el “control obrero”, “propuestas al margen de la clase social que las puede efectivizar de manera revolucionaria”, el *Programa de Transición* tiene como preocupación clave la emergencia de la clase trabajadora como sujeto hegemónico. Tanto es así que Trotsky señala que “todo el programa de transición debe *llenar los espacios entre las condiciones actuales y los soviets del futuro*” [8]. Cuando en el *Programa de Transición* habla de un puente que “partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera debe llevar a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado”, Trotsky no está diciendo que de repente la clase obrera llega a la conclusión de la toma del poder y lo conquista, sino que todo el programa está pensando para, a través de la experiencia, colaborar en generar las condiciones –“llenar los espacios”– para que eso sea posible.

En este sentido, la emancipación “del control burocrático-burgués (de los sindicatos, de las organizaciones sociales, de las representaciones políticas)” que Astarita pone como “condición” para la agitación de un programa transicional es justamente uno de sus objetivos. De allí la importancia que tienen en *Programa de Transición* las consignas que apuntan a la organización independiente de la clase obrera, comenzando por la pelea contra la burocracia al interior de los sindicatos, y el impulso, según las

variadas circunstancias, de comités de fábrica, soviets, piquetes de huelga, milicias obreras.

En contraste con esto, la separación axiomática que propone Astarita entre el programa mínimo y las consignas transicionales, es la vía más corta para la adaptación a las burocracias sindicales o direcciones reformistas. Más aún, en un escenario como el actual marcado por la fragmentación del movimiento obrero y de masas, donde las burocracias sindicales ofician de garantes de la fractura de la clase trabajadora (formales, precarios, desocupados, etc.) y se han desarrollado ampliamente burocracias de los “movimientos sociales”. De la suma de programas mínimos no surge la hegemonía de la clase trabajadora.

Tampoco se trata de una agitación del programa “en el vacío” sino al interior de un entramado de fuerzas en pugna. De aquí que la articulación de consignas en la agitación está estrechamente ligada a la articulación de fuerzas materiales. Podemos ver estos diferentes niveles, por ejemplo, en la consigna transicional de “escala móvil de salarios y horas de trabajo” (es decir, que las horas de trabajo se distribuyan entre todos los trabajadores contra el desempleo de un lado y para reducir la jornada laboral del otro). Por un lado, en cuanto a la “conciencia”, el planteo parte de las luchas cotidianas por aumentos de salario o contra los despidos en cada lugar y busca mostrar que la clase trabajadora no está condenada a la tarea de Sísifo de conquistar aumentos salariales que constantemente son liquidados por la inflación o enfrentar los despidos puntuales sin dar cuenta del desempleo estructural. Aquella consigna permite explicar la irracionalidad de un capitalismo que combina extensas jornadas de trabajo con amplia desocupación, cuando podrían ser jornadas más cortas con todos trabajando, al tiempo que redirige el problema contra las ganancias capitalistas que deberían ser afectadas para lograr este reparto sin disminución salarial.

Por otro lado, entra la segunda dimensión fundamental (“material”) del problema: la necesidad de unir ocupados y desocupados. La competencia entre ambos sectores es utilizada por los capitalistas. La necesidad de trabajo de estos últimos, es utilizada por los capitalistas para bajar los salarios de los ocupados, y fomentar la idea de que los desocupados (identificados muchas veces en forma racista) son “vagos”. Complementariamente los sindicatos son presentados como la representación de los “privilegiados”. Así, opera la desmoralización y el reformismo en general. La unidad entre ocupados y desocupados es clave para cualquier lucha seria. De allí que limitarse al “programa mínimo” significa taparse los ojos frente a este tipo problemas estratégicos [9].

Alrededor de estas peleas es que una organización revolucionaria puede avanzar en “educar”, organizar y agrupar a la vanguardia, sembrar ideas en sectores de masas, en forma más o menos “propagandística” o “para la acción” según la situación. A la inversa de lo que sostiene Astarita para quién “la metodología política [del *Programa de Transición*] se conforma según la idea de un ascenso progresivo”, la misma buscar contribuir a articular “fuerza material” para el combate, para quebrar la resistencia de las burocracias sindicales, sociales y políticas, y apuntalar la emergencia de la clases trabajadora como sujeto hegemónico.

Superar el “grado cero” de la estrategia

Algo que caracterizó los debates del marxismo en la primera mitad del siglo XX fue la profundidad en el abordaje de los problemas estratégicos, para la cual se valieron de la apropiación crítica de los clásicos de la estrategia militar. Sin embargo, en las discusiones posteriores fue –y es– común que conceptos estratégicos fundamentales sean tomados a la ligera como autoevidentes para la reflexión y el debate político. Astarita no es la excepción, cuando sostiene como uno de los cuestionamientos centrales al *Programa de Transición*, el ser supuestamente un programa para la ofensiva propuesto para situaciones donde solo cabe la posición defensiva. Pero la defensa sin ningún principio positivo es una autocontradicción, tanto en la estrategia como en la táctica [10]. Sin esta definición básica difícilmente pueda entenderse una palabra del *Programa de Transición* y de la obra de Trotsky en general.

El programa transicional trata, justamente, de responder a los problemas del pasaje de la defensiva a la ofensiva en situaciones políticas ambiguas, híbridas, que ya no son situaciones “normales” pero aún no son “la” revolución, o que combinan elementos de ambas en forma desigual, que evolucionan con tiempos discordantes entre sí. De aquí que, aunque cobre especial vigencia en situaciones pre-revolucionarias, contenga planteos transicionales de gran utilidad para la “agitación propagandística” (es decir, propaganda no solo para la vanguardia sino para sectores de masas) incluso en situaciones defensivas, en tanto entendamos a la defensa no como “defensa pasiva”. A su vez, si bien hay una preparación inmediata del pasaje de la defensiva a la ofensiva también hay una preparación más amplia que surge de “sembrar” determinadas ideas, instituir determinadas “tradiciones” de lucha y organización que pueden –y deberían– desarrollarse con antelación para la educación de la vanguardia y a través de ella a sectores de masas. En síntesis, el *Programa de Transición* está hecho para la preparación

de las condiciones (en cuanto a los niveles de conciencia y articulación material de fuerzas) para poder pasar a la ofensiva.

Esta es la actualidad del debate. En los últimos años diversos países de varios continentes fueron y son atravesados por amplios procesos de movilización. La pregunta sobre las vías a través de las cuales todas aquellas fuerzas desplegadas por el movimiento de masas pueden evitar ser disipadas o canalizadas en los marcos de los Estados capitalistas y dar lugar a nuevas revoluciones es más que actual. Es la misma pregunta de la que parte el *Programa de Transición*. Muchas décadas han pasado desde su elaboración, por eso no se trata meramente de indagar sobre la letra sino sobre el *método* que lo orienta y dilucidar qué es lo que puede decirnos para pensar las luchas actuales. Pero un requisito para ello es volver a soldar la relación entre programa y estrategia, sin esto no hay programa ni mínimo, ni máximo, ni transicional que nos pueda ayudar.

Notas:

[1] Astarita, Rolando, *Crítica al Programa de Transición*.

[2] Para un análisis sobre la deriva de la Segunda Internacional y en particular, de su principal partido, la socialdemócrata alemana, y los debates que la atravesaron, ver: Albamonte, Emilio y Maiello, Matías, *Estrategia socialista y arte militar*, capítulo 1.

[3] En el artículo extractado por Astarita, “Los comunistas y Karl Heinzen”, dice Engels respecto a aquellas medidas transicionales: “Son posibles, a pesar de todas las dificultades e inconvenientes que alegan los economistas, porque *todas estas dificultades e inconvenientes impelerán al proletariado a dar un paso tras otro hasta que la propiedad privada haya sido completamente abolida*, para no perder de nuevo lo ya conquistado. Son posibles como pasos preparatorios, fases temporales y de transición hacia la abolición de la propiedad privada”.

[4] Marx, Karl (2018), “La guerra civil en Francia”, en Marx, Karl y Friedrich, Engels, *Revolución*, Bs. As., Ediciones IPS.

[5] Marx, Karl y Engels, Friedrich, “Prólogo [a la edición alemana de 1872]”, en *Manifiesto del Partido Comunista*.

[6] Astarita, Rolando, *Crítica al Programa de Transición*.

[7] Ver: Godoy, Raúl, López Eguía, Grace y Chialvo, Alejo, *Zanón. Fábrica sin patrones. El rol de los trotskistas*.

[8] Trotsky, León, “Un resumen de reivindicaciones transitorias”, en *Programa de Transición*, p. 218.

[9] Desde luego, la “fórmula” general solo es el punto de partida. Trotsky constantemente está pensando cómo darle valores concretos, que yendo en

el mismo sentido que la consigna transicional, permitan adaptarla a la intervención en el escenario político particular. En el caso de EE. UU., por ejemplo, plantea: “El señor Roosevelt habla de las obras públicas sin más, pero nosotros insistiremos en que éstas junto con las minas, ferrocarriles, etc., absorban a todos los parados. Que toda persona tenga la posibilidad de vivir decorosamente, sin que ello suponga una merma del nivel actual, y exigiremos que el señor Roosevelt y su ‘trust’ de cerebros proponga un programa de obras públicas capaz de hacer que todo aquel que pueda trabajar tenga trabajo con un salario decoroso. Esto es posible con una escala móvil de horas y salarios. Debemos discutir la forma de presentar este concepto en todas las localidades, en todo lugar”. De este modo, Trotsky busca poner la consigna de “escala móvil de horas y salarios” en debate con los amplios sectores del movimiento obrero norteamericano que tenían expectativas en el discurso “bienestarista” del presidente Roosevelt.

[10] Cfr. Clausewitz, Carl von, *De la Guerra*, Ed. Solar, p. 561.

<https://www.izquierdadiario.es/Sobre-el-Programa-de-Transicion-y-el-olvi...>

Programa de transición, respuesta a crítica del PTS

Orlando Astarita

En una nota anterior (aquí) critiqué la política del FIT-U, basada en el Programa de Transición, que fue redactado por Trotsky y constituyó el programa fundacional de la Cuarta Internacional. Mi crítica a la política trotskista fue respondida por Matías Maiello en “Sobre el Programa de Transición y el olvido de la estrategia”, publicada por el PTS en “Ideas de izquierda”. En esta nota respondo a su crítica. Esta respuesta asume que se conoce la nota que dispara este debate.

Los antecedentes del PT, según Maiello

Maiello comienza diciendo que con el PT, escrito en 1938, Trotsky “sistematiza un método para formulación del programa que tiene amplios antecedentes en el movimiento revolucionario y que comenzó a esbozar la III Internacional en sus primeros congresos. El propio Trotsky ya había escrito otro programa de estas características en 1934 para Francia...”. En seguida nos explica que “el método transicional apunta a terminar con la vieja división en compartimentos estancos entre aquello que en la jerga de la Segunda Internacional se denominaba “programa mínimo” (las consignas

que por sí mismas no cuestionan la propiedad capitalista, como ser el aumento de salarios, derechos laborales, demandas democráticas que hacen a los derechos políticos o civiles, etc.) y “programa máximo” referido a la revolución socialista”.

Efectivamente, en la tradición socialista, en el siglo XIX, se establecía la división entre las consignas llamadas “inmediatas”, o del programa mínimo, que en principio no cuestionan la propiedad capitalista, y el programa máximo, de abolición de la propiedad privada capitalista. Agrega Maiello: “Aquella división es indisociable del propio derrotero de la Segunda Internacional que terminaría relegado el “programa máximo” a un futuro indeterminado, a los actos del 1º de Mayo y a la propaganda, mientras que la práctica y la agitación cotidiana se circunscribiría al “programa mínimo” limitado a una serie de reformas en los marcos establecidos por el régimen capitalista”.

Es decir, según Maiello, la división entre programa máximo y mínimo implicaría, necesariamente, relegar el programa máximo “a los actos del 1º de mayo y a la propaganda”. Pero esto no es cierto. La división entre programa máximo y mínimo fue aceptada por Marx y Engels, y no por eso relegaron la crítica del capitalismo y la propaganda por el socialismo a los 1º de mayo. Ni hay nada que objetiva o subjetivamente indujera a ello. Por ejemplo, el programa del Partido Obrero Francés, al que me referiré con cierta amplitud más abajo, está estructurado en base a la división entre programa máximo y mínimo. Marx participó en su redacción. ¿Cómo se le ocurre a Maiello que por ese hecho Marx relegaba, o inducía a relegar, la defensa de las ideas socialistas, y la estrategia socialista, a los discursos del 1º de mayo? ¿En qué se basa para hacer semejante afirmación? De la misma manera, el programa de Erfurt, de la socialdemocracia alemana, fue aprobado por Engels, y también distinguía el programa máximo y mínimo. ¿Por eso acaso Engels relegaba, o inducía a relegar, la defensa de las ideas socialistas a los discursos del 1º de mayo?

Algo similar se aplica a Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana. Todos ellos defendían la división entre programa máximo y mínimo, y no por ello relegaron, ni sugirieron relegar, la crítica al capitalismo a los “días de fiesta”. Y algo similar se aplica a los bolcheviques rusos. Más todavía, en vísperas de la toma del poder, y ante la propuesta de Bujarin de suplantarlo el programa máximo y mínimo por un programa de transición (que aplicaría el poder de los soviets), Lenin defendió la continuidad de la división entre programa máximo y mínimo. Su argumento fue que en tanto los bolcheviques no estuvieran asentados en el poder, estaba la posibilidad de que tuvieran que retroceder, y en ese caso el

programa mínimo seguiría vigente (véase Lenin, “Revisión del programa del partido”, t.26, Obras Completas, Cartago).

Por supuesto, con esto no estoy diciendo que necesariamente Lenin, Rosa Luxemburgo, Engels, Marx y tantos miles de socialistas tuvieran razón en plantear los dos programas. Lo que estoy afirmando es que esa división no impidió la actividad revolucionaria; incluyendo la toma del poder en el caso ruso. Es una imprudencia –para decirlo con palabras suaves- echar al tacho de basura del reformismo pequeñoburgués toda la tradición socialista revolucionaria por el simple hecho de que en esa tradición se distinguía entre programa máximo y mínimo (y esto dicho, paradójicamente, por un partido que solo presenta, y con suerte, las ideas de El capital los días de fiesta; volveré sobre esto).

Maiello también dice que la división entre programa máximo y mínimo relegaba al programa máximo a “propaganda”, como si esta fuera una actividad descartable. Pero... ¿qué debe hacer un socialista en tanto no esté planteada la toma del poder por la clase obrera que no sea, en relación al socialismo, “propaganda” y “crítica”? ¿Conoce Maiello eso de que “el arma de la crítica debe preceder a la crítica de las armas”? Más en concreto, ¿qué hacía Marx cuando escribía El capital, Engels cuando escribía el Anti-Dühring, Rosa Luxemburgo cuando La acumulación del capital, Lenin El desarrollo del capitalismo en Rusia, Trotsky la Historia de la revolución Rusa, que no fuera crítica y propaganda? Si las condiciones no están dadas para la toma del poder, los marxistas lucharán por las reivindicaciones elementales junto al resto de las fuerzas obreras (o junto a fuerzas progresistas, si se trata de derechos democráticos); procurarán avanzar en organización de las masas, o de la vanguardia; y harán propaganda, además de investigación teórica.

A la barrabasada sobre los “efectos oportunistas” de la división entre programa máximo y mínimo, Maiello suma la afirmación de que en sus primeros cuatro congresos la Tercera Internacional “comenzó a esbozar” el Programa de Transición que desarrollaría Trotsky en los treinta. De nuevo pregunto, ¿en qué se apoya para decir semejante cosa? Ni siquiera en el Cuarto Congreso de la IC, en el que más se discutió de táctica, asomó siquiera la política basada en la agitación transicional que defendería luego Trotsky. El eje de la táctica en ese Congreso fue el frente único con la socialdemocracia y otras fuerzas obreras, para enfrentar la ofensiva del capital. Un frente único en torno a demandas de transición al socialismo, cuando la Segunda Internacional se había inclinado por la defensa del orden burgués, sería un sinsentido. Más en particular, tampoco hay noticias de que Trotsky haya propuesto, en alguno de esos cuatro primeros congresos de la IC algo

siquiera parecido al PT de 1938 Tampoco hay noticias de la política tipo PT trotskista en los tres primeros congresos de la IC.

¿Por qué desde 1914?

Trotsky explicó el abandono de la división entre programa máximo y mínimo porque, en su opinión, a partir de 1914, y a nivel mundial, la economía capitalista ya no crecía. El PT se abre con esa idea: “la premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo a su punto más alto... las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer”. Por lo tanto, ya no había posibilidad de reformas más o menos serias en beneficio de las masas. En consecuencia, seguía el razonamiento, las reivindicaciones mínimas debían combinarse con las transicionales; ya no tenía sentido diferenciar programa máximo y mínimo; esta diferencia podía ser correcta al período anterior a 1914, pero no a partir de esta fecha. Sin embargo, desde 1914 a 2021 las fuerzas productivas, a nivel mundial, han crecido. Y las masas han obtenido mejoras reformistas. ¿Con qué argumento entonces se dice que ya no tiene sentido la división entre programa máximo y mínimo?

La crítica de Engels a Heinzen, Maiello mira para otro lado

Vamos ahora a la diferencia entre Engels-Marx, por un lado, y Trotsky, por el otro, con respecto a la agitación de demandas transicionales. En su crítica a Heinzen, Engels decía:

“... si esas medidas transicionales se relacionan “con una situación pacífica, burguesa... están destinadas a sucumbir”. [...] hay que explicar que las medidas transicionales “solo son posibles porque detrás de ellas está todo el proletariado puesto de pie, apoyándolas con las armas en la mano”. De faltar esas condiciones son quimeras de reformadores sociales, posiblemente bienintencionados, pero impotentes”.

Maiello cita el pasaje y explica que en este texto Engels: “señala en términos similares a Trotsky que la posibilidad de estas medidas depende de la relación de fuerzas”.

No Maiello, no es así, no se trata de cualquier relación de fuerzas, sino de una relación de fuerzas precisa: la clase obrera de pie y con las armas en la mano (más abajo amplió sobre relación de fuerzas). A ver si queda claro,

Maiello: no estamos hablando de relación de fuerzas plasmada en alguna manifestación obrera más o menos masiva, en algunos o muchos movimientos huelguísticos, sino de clase obrera de pie, con armas y en el poder. Por eso Engels dice que de faltar esas condiciones esas medidas son “quimeras de reformadores”.

Sigue Maiello describiendo la posición de Engels: “y que las dificultades que se presentan para llevarlas adelante se pueden traducir en un avance en la comprensión de su necesidad por parte de los trabajadores”.

De nuevo, Maiello está equivocado. Las dificultades surgen no porque las demandas transicionales se planteen sin las condiciones para aplicarlas (en ese caso, las medidas son quimeras, dice Engels), sino porque con las condiciones apropiadas (proletariado de pie y armado) la dificultad para aplicar una medida llevará al proletariado a encarar o profundizar otras medidas, que a su vez impulsarán al resto, etcétera. Esto es, para que se dé ese proceso de superación, una medida debe enlazarse necesariamente con la otra, y toda la aplicación del programa debe ser respaldada con una “correlación de fuerzas” precisa, armas en la mano.

A lo anterior mi crítico agrega: “hay que resaltar que es muy diferente afirmar que esas medidas no pueden conquistarse en una situación pacífica, que es el planteo de Engels, que lo que está defendiendo Astarita que es la inviabilidad de hacer “agitación” de esas mismas consignas más allá de los momentos de crisis revolucionaria”.

Aquí Maiello se hace el distraído en relación a lo principal: que, según Engels, hay que decir que las medidas transicionales solo se pueden aplicar de conjunto, y a condición de que la clase obrera esté de pie. Y esto es lo que no dicen los trotskistas. Para que se entienda: según Engels, los revolucionarios que proponen medidas transicionales deben aclarar que solo son posibles si la clase obrera se ha levantado en armas. Repito, eso hay que DECIRLO. Maiello lee esto y mira para otro lado. ¿Por qué? Pues porque sabe que eso es lo que no dicen los candidatos de su partido cuando van a los medios.

Más aún, en otro pasaje de su crítica a Heinzen Engels insiste en que es necesario explicar que “la conquista del poder político por los proletarios, pequeños campesinos y pequeños burgueses es la primera condición para poner en práctica estos medios [las medidas transicionales]”. De nuevo, no se trata de una indefinida “relación de fuerzas”, sino de “toma del poder político” y del “armamento del proletariado”. Esto, repito, hay que decirlo, y es vital decirlo. Es que al no precisar las condiciones de posibilidad (de Engels) de las medidas transicionales, los socialistas desembocan inevitablemente en un planteo reformista burgués. Curioso resultado para

quienes acusan a toda la tradición socialista anterior al método transicional trotskista de los 1930, de haber relegado la estrategia revolucionaria a “los 1º de mayo”.

Trotsky, escalera transicional y el poder

A fin de que se entienda la raíz de la negativa de los trotskistas a hacer explícitas las condiciones de posibilidad de las medidas transicionales, es necesario volver un momento a las explicaciones de Trotsky sobre el PT. Las mismas se encuentran en las discusiones con sus partidarios, recogidas en sus Escritos de 1938-39. En esos encuentros Trotsky realiza una doble operación con respecto a las recomendaciones de Engels.

En primer lugar, dice que para movilizar a las masas los revolucionarios deben concentrarse en una o dos consignas transicionales: “... si repetimos las mismas consignas adaptándolas a la situación, entonces la repetición, que es la madre de la enseñanza, actuará de la misma forma en política.... Es necesario repetir con insistencia, repetir todos los días y en todo lugar. Este es el objetivo del borrador del programa, dar una impresión homogénea”. Es una forma de diluir, de hecho, las condiciones de posibilidad discutidas más arriba (toma del poder, armamento de los obreros).

Pero en segundo término, la desaparición de las condiciones propuestas por Engels se hace explícita en la recomendación de Trotsky sobre la manera de agitar, en EEUU, la consigna de reparto de las horas de trabajo y escala móvil de salarios. Sostiene que ante las objeciones que se pueden presentar sobre la imposibilidad de lograr esa demanda, los militantes deberían responder que todo depende de la “relación de fuerzas” (la misma idea de Maiello; todo se remite a una indefinida “relación de fuerzas”, argumento muy común en el oportunismo posibilista). La toma del poder entonces sería la conclusión de una movilización que arrancaría por demandas que parecen fáciles, pero que de hecho son imposibles de lograr en el capitalismo (esto lo saben los enterados, los militantes) por lo que llevan a la insurrección.

En mi crítica al PT, escribí: “... al concentrarse en una o dos consignas sin especificar qué relación guardan con el poder, la metodología política se conforma según la idea de un ascenso progresivo. Se trata de una táctica escalera que alienta la perspectiva de un avance por escalones”. Trotsky es muy claro en esto. En otro pasaje afirma que se puede comenzar concentrando la atención en un punto (reparto de las horas de trabajo y escala móvil de salarios) y “las otras consignas se pueden agregar en la medida en que se desarrolle la situación”. Sostiene que la consigna del reparto de horas y escala móvil “es el sistema de trabajo en una sociedad

socialista. La presentamos como una solución a esta crisis” [la Gran Depresión en EEUU]. “Es el programa del socialismo, pero presentado de una manera muy simple y popular”. En otra parte precisa que “no hablamos [en el PT] sobre la revolución social, sobre la toma del poder por la insurrección, la transformación de la sociedad capitalista en la dictadura, de la dictadura en la sociedad socialista”.

Es lo que hacen los militantes trotskistas. Es lo opuesto de lo que recomendaba Engels. Maiello hace piruetas con los textos, pero no hay manera de tapar el asunto. Por supuesto, en esto no hago valer argumento alguno de autoridad. Simplemente señalo que Trotsky y Engels dijeron cosas muy distintas sobre las medidas transicionales. Maiello intenta disimular esta diferencia, pero en esto no hay pirueta retórica que valga.

Consignismo vacío, minusvaloración de la propaganda y la crítica teórica

La idea de que los socialistas ganarán a las masas trabajadoras para su programa repitiendo machaconamente una o dos consignas es una ingenuidad. En primer lugar, porque la clase dominante tiene capacidad de maniobrar y llevar a vía muerta ese tipo de demandas, antes de que se desplieguen mecánicamente en escalera; en segundo lugar, porque las movilizaciones no ocurren en el vacío teórico, en ellas inciden las direcciones políticas y sindicales de las masas, y las ideologías dominantes.

Pero además de no dar resultado, la propuesta de concentrarse en repetir una o dos consignas lleva a la minusvaloración de la propaganda y de la agitación, entendida esta no como vociferar de consignas, sino como “explicar una o dos ideas sencillas a las masas” (Lenin). A lo que se agrega el hecho de que con ese consignismo transicional la teoría y la crítica pasan a un segundo plano. Después de todo, para elaborar recetas como “eliminemos el desempleo bajando las horas de trabajo”, y semejantes, ¿quién necesita El capital o el Anti-Dühring? ¿Para qué el bisturí de la crítica?

Todo esto, por otro lado, tiene poco y nada que ver con las tradiciones del marxismo. Por ejemplo, con esa idea de Engels (que repite Lenin) de que la lucha debe desarrollarse en los tres planos, el económico, el político y el teórico.

El control obrero y la táctica de Trotsky para Alemania

En su crítica Maiello apela a la idea de Trotsky de que los revolucionarios pueden y deben agitar consignas transicionales aunque no estén dadas las condiciones sugeridas por Engels (aunque en sus discusiones sobre la táctica

transicional Trotsky nunca menciona la crítica de Engels a Heinzen ¿Maiello tendrá alguna idea de por qué?).

He tratado este argumento de Trotsky en mi Crítica al PT, y aquí reproduzco los principales pasajes. Escribí:

“En Trotsky hay un permanente sesgo hacia la abstracción idealista, a desconocer las raíces materiales que pueden limitar la fuerza de una consigna. Tomemos como ejemplo... su explicación sobre la necesidad de agitar en favor del control obrero en Alemania, en 1932, en el artículo “¿Y ahora?”. Allí Trotsky parte del reconocimiento de que la agitación de esta consigna en épocas no revolucionarias le confiere “un carácter puramente reformista”, ya que el control se remite “en bruto, al mismo período que la creación de los soviets”. Pero enseguida explica que puede ser agitado aunque no exista una ofensiva de las masas. Dice Trotsky: “En la actualidad sería incorrecto rechazar esta consigna, en una situación de crisis política creciente, únicamente porque todavía no hay una ofensiva de las masas. Para la ofensiva misma se necesitan consignas que precisen las perspectivas del momento. La penetración de las consignas en las masas debe ser precedida invariablemente por un período de propaganda”.

“Aquí Trotsky invierte los supuestos tradicionales del control obrero. Este deja de demandar premisas específicas – una situación revolucionaria pre-insurreccional- porque ahora esas premisas pasan a ser resultados. Por cierto, la relación entre presupuestos y efectos no debe entenderse de manera mecánica. Dadas las premisas ‘clásicas’ –armamento y poder obrero- la agitación por la implementación del control obrero de la producción agudizará seguramente la tensión revolucionaria. Pero el orden de los factores no se puede invertir a voluntad porque se trata de una asimetría dialéctica entre las condiciones sociales y la actividad subjetiva, que remite en última instancia, al reconocimiento de las limitaciones objetivas de la agitación y propaganda de los grupos para generar situaciones propicias para el control obrero”.

A este texto, escrito hace más de 20 años, le agrego la observación de que nunca la agitación por el control obrero, en situaciones de control más o menos normal de la burguesía (como puede ocurrir hoy en Argentina) ha llevado ni siquiera a un atisbo de doble poder. Por lo cual, e irónicamente, cobra importancia la observación del mismo Trotsky: la agitación de esta consigna en épocas no revolucionarias le confiere “un carácter puramente reformista”, ya que el control se remite “en bruto, al mismo período que la creación de los soviets”.

Es que esta demanda, en las condiciones actuales, solo se puede aplicar en sentido burocrático – burgués, y esto hay que decirlo a las masas

trabajadoras. Y agrego: es ingenuo pensar que la agitación de consignas, realizadas por pequeños grupos revolucionarios, cambia las relaciones de fuerzas entre las clases, o determina ofensivas generales del trabajo. Pero por eso mismo estas medidas, aparentemente tan revolucionarias, adquieren un contenido puramente reformista si se proponen al margen de las condiciones específicas de su aplicabilidad.

El Manifiesto Comunista y el programa de transición

En mi nota que critica Maiello dije que el programa de transición fue presentado por primera vez por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*. Expliqué que son medidas para impulsar a la clase obrera hacia la abolición de la propiedad privada y que ese programa fue concebido para ser aplicado por la clase obrera desde el poder. Amplió: *El Manifiesto Comunista* es un texto para intervenir en una revolución. En ningún lado se hace mención a alguna forma de escalera transicional para desatar una insurrección. ¿Cómo puede afirmar Maiello que ese texto de 1848 es un antecedente directo de la política trotskista con las consignas transicionales?

Programas socialistas aprobados por Marx y Engels

Maiello sostiene que el programa del Partido Obrero Francés, de 1882, redactado en parte por Marx, es un antecedente del PT de Trotsky. Una vez más, es incomprensible de dónde saca semejante cosa. En la introducción al programa de 1882, escrita por Marx, se declara que el objetivo del partido es la propiedad en común de los medios de producción. Y que esa propiedad en común solo puede ser el resultado de la acción revolucionaria de la clase obrera. A continuación, se presentan las “reivindicaciones inmediatas”, con las cuales el Partido Obrero iría a elecciones. Este programa está conformado por las reivindicaciones mínimas. En ninguna parte se presenta un programa de transición; ni se hace mención a alguna forma de escalera transicional. La demanda de “la explotación de todos los talleres del Estado confiada a los obreros que trabajan en ellos”, que entusiasma a Maiello, está presentada en el marco del programa mínimo, esto es, como una medida compatible con el sistema capitalista (véase más abajo). Además, sería absurdo, contrario a toda lógica, que Marx propusiera un programa de transición al socialismo para ir a elecciones, sin aclarar a los obreros franceses que se trataba de iniciar, por la vía electoral, una transición al socialismo.

Otro ejemplo es el programa de Erfurt, corregido por Engels. De nuevo, se presenta la división entre programa máximo y mínimo, sin menciones a medidas de transición al socialismo.

En qué consiste el programa mínimo

En ninguna parte entonces Marx o Engels plantean que los partidos socialistas, francés o alemán, agiten demandas de transición al socialismo en su trabajo diario. Sin embargo, esos programas contienen puntos como milicia, abolición de la propiedad de la tierra o guerra revolucionaria. Maiello lee esto y apresuradamente cree encontrar los antecedentes de un PT “a lo Trotsky”.

Lamentablemente, mi crítico no conoce de qué trata el programa mínimo. Es que este no solo contiene reivindicaciones tradicionales como aumento del salario, ampliación de derechos o mejoras de las condiciones laborales, que son las únicas demandas mínimas que menciona Maiello, sino también incorpora las demandas históricas más radicales de la democracia burguesa revolucionaria. Consignas avanzadas, pero que, en principio, no cuestionan la propiedad privada del capital.

Un caso ilustrativo es la abolición de la propiedad privada de la tierra, que figuraba en el programa mínimo de los bolcheviques. Otros ejemplos son los impuestos progresivos; el repudio de la deuda pública; la elección de los funcionarios, con derecho a su revocación; la milicia; la guerra revolucionaria. Maiello considera que estas medidas son de transición. Pero si fuera así, todos los programas que Trotsky caracterizaba como pertenecientes a la era “reformista” habrían sido transicionales. Con lo cual se vendría abajo la división entre programa máximo y mínimo que, según Trotsky, recién se había superado a partir de 1914 (o, más precisamente, con la elaboración de los programas de transición en 1934, para Francia, y 1938 para todos los países).

Sin embargo, la realidad es que los socialistas distinguían entre programa máximo y mínimo, y Marx o Engels no confundían el programa mínimo con un programa transicional. Demandas como la milicia, elegibilidad y revocabilidad de funcionarios, o reparto de la tierra estaban incorporadas a las tradiciones revolucionarias del jacobinismo burgués más radical, y como tales se incorporaron al programa mínimo de los partidos obreros socialistas. El argumento de Maiello es insostenible.

Lo anterior conecta con la idea, de Marx y Engels (también de Lenin) de que el contenido de las consignas está determinado por su relación con el resto del programa, y con la clase social que lo aplica. En términos dialécticos, su contenido no es un “en sí” (esto es, no subsiste por sí mismo), sino se determina por su relación con un programa y con una actividad política o social. Por ejemplo, la demanda de estatización de algunas grandes empresas es una medida burguesa o de transición al socialismo según su relación con el programa que la contextualiza y la clase social que la impulsa. Por eso, las estatizaciones de Bismark no fueron medidas transicionales, sino burguesas (contra lo que pensaban los socialistas estatistas). Sin embargo, las estatizaciones decididas luego de la revolución rusa de octubre de 1917, fueron medidas transicionales por su conexión con el programa y la clase social y poder político que las instrumentaba.

De la misma manera, la nacionalización de la tierra, eventualmente dispuesta por un gobierno burgués o pequeñoburgués revolucionario, nunca fue considerada por los marxistas una medida socialista, sino burguesa (véase los escritos de Lenin sobre el programa de la socialdemocracia rusa). En cambio, esa misma medida, tomada por un gobierno revolucionario, y articulada con otras medidas profundas, se convierte en una medida transicional. Esto explica por qué Marx desestimó como medida transicional la demanda del reformismo de que el Estado centralizara la renta de la tierra, pero incluyó esa medida en el programa transicional de El Manifiesto Comunista.

Otros dos ejemplos: en 1917 los bolcheviques conquistaron el poder agitando tres demandas propias del programa mínimo –paz, pan y tierra–, pero vinculando su realización a la conquista del poder por los soviets. El segundo ejemplo es por la negativa: en 1920 el gobierno italiano desarmó la ofensiva de la clase obrera (ocupaciones de fábricas) en buena parte con la promesa de establecer el control obrero. Una vez más, el contenido de la consigna no existe al margen de la relación; no es un “en sí”. Por eso tenía razón Trotsky en que, agitada en determinadas situaciones, la demanda del control obrero solo puede tener un sentido reformista. Además, vuelve a comprobarse que es un sinsentido presentar las medidas transicionales como soluciones “en sí”. Cuando hacen esto, los socialistas se transforman en milagreritos “vende humo”. Lo más grave es que el ansia por ganar votos –“traigo la receta solución a tus males, votame”– lleva esas tonterías utópico-reformistas a extremos que rozan el ridículo.

A los fines de fundamentar su crítica, Maiello busca algo que le permita probar que Marx y Engels practicaban una política transicional semejante a la recomendada por Trotsky en 1934 o 1938; y a la aplicada por el PTS, faltaba más. Claro que como no encaja en su esquema, ni menciona el rechazo de Marx a la agitación de una demanda como la abolición de la propiedad privada de la tierra (lo he citado en la nota anterior). Tampoco explica por qué Marx y Engels no propusieron demandas transicionales frente a las grandes crisis de 1848, 1857, 1873 o 1882, entre otras. En esas crisis había enorme desocupación, fábricas cerradas, caída de salarios. ¿Qué tal algo así como “que la crisis la paguen los capitalistas”, sin hablar de la toma del poder y la abolición de la propiedad privada? Pero no, esos inventos de los modernos “tácticos revolucionarios” aficionados a los focus group no estaban en las agendas de los fundadores del socialismo científico. ¿Por qué será? ¿Por ignorancia de las virtudes de las escaleras transicionales?

En cualquier caso, y naturalmente, todas estas dificultades Maiello las pasa por alto, y se aferra a una verdadera perla que ha encontrado en sus cavilosas investigaciones: el punto 11 de la parte económica del programa inmediato, o mínimo, del Partido Obrero Francés. Allí se demanda que “la explotación de todos los talleres del Estado sea confiada a los obreros que trabajan en ellos”. Mi crítico ubica esta demanda entre las “consignas incompatibles con la sociedad capitalista”, o sea, una demanda que nos llevaría al socialismo. Pero si esto es así, ¿por qué será que Marx la incluyó en el programa mínimo? Si es incompatible con el capitalismo, ¿cómo es posible que sea parte de un programa electoral “inmediato”, cuando todos sabemos que las demandas de ese programa son compatibles, en principio, con el capitalismo? ¿No le suena raro a Maiello, no hay nada que lo mueva un minuto a la reflexión antes de escribir lo que escribe?

Para verlo de otra manera: Engels consideraba que esa redacción de Marx era un modelo a seguir en futuros programas de partidos socialistas. Por otra parte, y hasta donde alcanza mi conocimiento, nunca rectificó su crítica a Heinzen. ¿Cómo es posible entonces que el compañero de Marx no notara la contradicción entre una demanda supuestamente transicional – la explotación de los talleres del Estado confiada a los obreros que trabajan en ellos-; la naturaleza burguesa de la demanda mínimas; y las condiciones de posibilidad que el propio Engels había fijado para la aplicabilidad de las demandas transicionales? Estas preguntas no tienen respuesta en el enfoque de Maiello. Es el resultado de citar sin ton ni son pasajes que apenas comprende de qué van.

Para entender la citada demanda sobre los talleres estatales y los obreros, comencemos ubicando la situación de Francia al momento en que Marx, Guesde y Lafargue escribían ese programa. Lo más importante es que había una profunda depresión económica, que duraría hasta mediados de la década, y enlazaba con otra grave crisis ocurrida a finales de los 1870. A comienzos de la década de 1880 entonces miles de obreros y jornaleros estaban en el desempleo; había hambre y miseria generalizadas. La situación se agravó porque con la crisis se hundió el plan Freycinet de obras públicas (canales, tendido de líneas férreas). Estallaron protestas pidiendo bolsas de trabajo y planes de obras públicas. Estas demandas tenían como antecedentes los Talleres Nacionales, surgidos con la Revolución de 1848. Esos talleres fueron creados para conformar y calmar a los obreros, y fueron eliminados por la burguesía apenas controló la situación. Años más tarde, cuando la remodelación de París, después de la Comuna, Engels observó que la contratación para la obra pública era un mecanismo de control del Estado sobre los trabajadores. Por la misma época Marx caracterizaba las cooperativas obreras promovidas por Bismarck como factores de control del Estado sobre los obreros.

De ahí que ante el pedido de obra pública en 1882, el programa del Partido Obrero planteara que los talleres fueran conducidos por los mismos obreros. Una forma de contrarrestar el control estatal de los trabajadores. Por este motivo la reivindicación se limitó a la obra pública, y fue concebida como una medida compatible con el sistema capitalista. Por lo cual formó parte del programa mínimo. Esto explica asimismo por qué el programa del Partido Obrero francés tampoco demandó la estatización de grandes empresas (minería, siderurgia y ferrocarriles en primer lugar) y bancos, a pesar de los negociados que muchos de estos tenían con el Gobierno (incluido Freycinet). Tampoco propuso alguna forma de control obrero en esos centros del capitalismo. No hay forma de presentar esa política como antecedente de la política trotskista frente a las crisis (no hace falta que repitamos las demandas usuales del FIT-U y similares ante la actual depresión económica y la desocupación).

La teoría de Marx y la política trotskista frente al desempleo

Lo he planteado repetidas veces en el blog: el afán de hacer popular las recetas-soluciones para los males que ocasionan las crisis capitalistas, induce a los trotskistas a ocultar la verdad. Por ejemplo, cuando agitan la consigna-solución del desempleo (disminución de las horas de trabajo) jamás aclaran, en los grandes medios, que, en tanto no se elimine al sistema

capitalista seguirá habiendo crisis periódicas, y estas generarán masas de desocupados. En otros términos, estamos ante El capital para los días de fiesta. Con el agregado de que muchas veces, ni en los días de fiesta.

La Comuna, la destrucción del Estado y el gobierno obrero

En crítica a mis posiciones, Maiello explica cómo Marx y Engels corrigieron, a partir de la experiencia de la Comuna, el programa de El Manifiesto Comunista en lo que atañe al poder. Como bien dice Maiello, Marx y Engels llegaron a la conclusión de que no basta con tomar posesión de la maquinaria del Estado, ya que hay que destruir el Estado burgués. Con lo cual podemos completar las condiciones planteadas por Engels para las medidas de transición: para aplicarlas la clase obrera debe tomar el poder, con armas en la mano, y destruir el Estado burgués. Esto es precisamente lo que no dicen los trotskistas cuando presentan sus recetas-todo-soluciones. Peor todavía, dejan el asunto del poder –y la destrucción del Estado burgués– en la cómoda nebulosa del “gobierno obrero” (¿laborismo? ¿PT? Hace años ¿“gobierno PC – PS”?)

Control obrero y cooperativas obreras

De la misma manera que con el resto de las demandas transicionales, los trotskistas no explicitan en qué condiciones se puede aplicar el control obrero real, no burocrático. Es que el control obrero implica establecer un poder al interior de las empresas, en el corazón de la explotación capitalista. Lo cual vuelve a mostrar la vigencia de la condición “la clase obrera de pie y armada”. ¿O de qué manera, si no, los trabajadores podrán contrarrestar a las bandas armadas promovidas por los capitalistas, y la represión del Estado en defensa del sacrosanto derecho de la propiedad privada? Pero los trotskistas, una vez más, evitan cuidadosamente referirse al asunto.

Sin embargo, el enfoque reformista burgués del control obrero no se manifiesta solo en lo que se calla y oculta. También emerge y brilla en la crítica que me hace Maiello. Es que presenta como ejemplo del control obrero las cooperativas formadas, en Argentina, en fábricas abandonadas por patrones (particularmente durante la crisis de 2001-02).

Pero contra lo que dice Maiello, esas cooperativas tuvieron poco y nada que ver con el control obrero. De hecho, ya las encontramos en el siglo XIX, y a ningún socialista se le ocurría por entonces que fueran casos de “control obrero”, y menos bastiones obreros que apuntaran a la transición al socialismo. Recordemos que en El capital (tomo 3) Marx señala que luego de

las crisis quedaban fábricas abandonadas por los patrones, algunas eran ocupadas por los obreros y se formaban cooperativas. Algo absolutamente compatible con el sistema capitalista. Marx valoró esas experiencias como una muestra de que se puede prescindir de los patrones, pero jamás se le ocurrió que eso pudiera iniciar algún proceso de subversión de las relaciones de propiedad burguesa. En Argentina, incluso, muchas de esas cooperativas estuvieron avaladas por instituciones del Estado y partidos políticos burgueses. Más aún, hubo casos en que los obreros despidieron a sus asesores socialistas para aceptar las formas de organización sugeridas y promovidas por abogados burgueses. En cambio, el control obrero, entendido como doble poder, apunta al corazón del dominio del capital. Por eso mismo es inestable, y no puede durar. El conflicto se debe resolver para un lado o para el otro, o triunfa el poder burgués, o el obrero. ¿Qué tiene que ver esto con cooperativas en algunas fábricas abandonadas por las patronales, en una situación de dominio burgués controlado?

Disparates tácticos, estrategia reformista

Contra lo que dice Maiello, el método transicional recomendado por Trotsky afecta profundamente la estrategia de los partidos trotskistas. Es que al proponer medidas transicionales como apropiadas a situaciones de dominio burgués estable, esos partidos se deslizan hacia un oportunismo reformista que termina impregnando el conjunto de su política (y si agregamos el estatismo y el nacionalismo, tenemos el peor de los refritos oportunistas). Es que si la clase obrera no está levantada y en armas, las medidas transicionales solo pueden ser aplicadas “desde arriba”. Con lo cual se llega al resultado de partidos que se dicen marxistas exigiendo al Estado burgués que aplique medidas de transición al socialismo. A esto Maiello lo llama estrategia revolucionaria.

Para terminar, repito la pregunta

Muchas veces hice la siguiente pregunta: ¿puede explicar algún trotskista dónde y cuándo la táctica recomendada por Trotsky –la agitación transicional en escalera- tuvo éxito? Maiello dice que agitar, por caso, la consigna de control obrero, en una situación como la de hoy en Argentina, puede llevar al doble poder (real). Pues bien, pregunto, ¿puede Maiello mencionar algún caso en que haya ocurrido eso? Respondo: no puede porque no lo hubo. A pesar de los cientos de grupos trotskistas agitando la receta del control obrero en todo tiempo y lugar, es imposible encontrar un solo ejemplo exitoso de la táctica recomendada. ¿Es posible que sigan repitiendo la fórmula como si fuera una cuestión de fe?

Agrego que mi crítica no surge solo de lecturas sobre la historia del socialismo, y el movimiento obrero, sino también de mi historia personal. Milité en el trotskismo durante dos décadas. Viví y trabajé cantidad de campañas de agitación estructuradas en torno a esas “una o dos consignas”, repetidas insistentemente. Hubo casos en que el partido se fortaleció incorporando algunos militantes, o acercando simpatizantes. Pero nunca vi que se desatara la esperada movilización en cadena ascendente, como la preveía Trotsky. Tuve también relación, y milité, con trotskistas de otros países distintos de Argentina. Nunca supe de alguna campaña de agitación transicional que hubiera dado los resultados esperados. Peor todavía, el elevado tacticismo centrado en consignas fomentó la despolitización, el vaciamiento teórico, e incluso el fraccionalismo. Es que si se considera que la clave de la revolución pasa por una consigna precisa, cualquier rasguño en materia de táctica se transforma en gangrena. No hay manera de evitar las infinitas divisiones, aunque se proclame a cada rato el deseo de unidad.

En cualquier caso, repito la pregunta. ¿Dónde y cuándo la táctica recomendada por Trotsky dio resultado?

Sobre consignas en los primeros congresos de la Internacional Comunista

Orlando Astarita

En mi respuesta a la crítica del PTS sobre el programa de transición (aquí) sostuve que la Internacional Comunista, orientada por Lenin, no adoptó la política de la agitación transicional que luego recomendaría Trotsky. Recordemos que en 1938 Trotsky recomendó a sus partidarios agitar una o dos demandas transicionales (presentadas como recetas-solución a los males de los trabajadores), en situación de dominio más o menos normal de la burguesía, y sin explicitar sus condiciones de aplicabilidad. Mis críticos dicen que esta táctica ya estaba sugerida en los debates y resoluciones de los primeros cuatro congresos de la IC. En esta entrada demuestro que esta afirmación es insostenible.

Primer Congreso de la IC

El Congreso fundacional de la IC se realizó en 1919 y estuvo atravesado por un marcado optimismo revolucionario. En noviembre de 1918 había triunfado la revolución democrática en Alemania, hecho que Lenin asimiló al “febrero ruso” de 1917, esto es, el prólogo inmediato de la revolución

socialista. En otros países europeos había crisis, inestabilidad política e intensa agitación revolucionaria. Los bolcheviques estaban convencidos de que para el triunfo de la revolución obrera eran necesarios fuertes partidos comunistas, pero pensaban que bajo la influencia de la IC, y dada la intensificación de la lucha de clases, esa condición sería satisfecha. En el cierre del Primer Congreso de la IC Lenin decía: “La victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero; la constitución de la república soviética internacional está en marcha”. En consonancia con este diagnóstico, las resoluciones del Congreso trataron de la conquista del poder por la clase obrera; la dictadura proletaria basada en los consejos (soviets); la expropiación de la burguesía; y la socialización de los medios de producción. O sea, giraron en torno al “programa máximo”.

Segundo Congreso

Un año y medio más tarde se realizó el Segundo Congreso. La ofensiva revolucionaria había sido detenida en Alemania—asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht— y la república húngara de los soviets había sido aplastada. En otros países la burguesía demostraba mayor capacidad de resistencia que la prevista por Lenin. Sin embargo, la situación todavía era muy inestable. Además, el Ejército Rojo estaba a las puertas de Varsovia, y Lenin y la mayoría de la dirección de la IC (pero no Trotsky) abrigaban la esperanza de que la intervención soviética desatara la revolución en Polonia.

En consecuencia, la IC caracterizó que se mantenía la ofensiva revolucionaria. Desde el punto de vista de la táctica, la resolución más importante posiblemente fue la referida a los sindicatos y comités de fábrica. En ella el Segundo Congreso planteó que las masas aflúan a los sindicatos; que el movimiento huelguístico “adquiere cada vez más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado”, y que la burocracia sindical “procura imponer a los obreros la política de las Comunas obreras, de los Consejos unidos de la Industria y trabar la expansión del movimiento huelguístico”. Dada la crisis, todo movimiento huelguístico “puede poner la cuestión de la revolución delante de los obreros”. El ascenso de las masas desarrollaba “la creación de organizaciones capaces de entablar la lucha por el renacimiento económico mediante el control obrero sobre la industria ejercido por medio de Consejos de Producción”. “La tendencia a crear consejos industriales obreros está ganando a los obreros de todos los países”. Los Comités de fábrica apuntan a ser “la verdadera organización de masas del proletariado”; y muy pronto se

verían en la necesidad de establecer el control obrero “sobre las grandes ramas de la industria y aun sobre su totalidad”.

Se trataba entonces de profundizar, mediante los comités de fábrica, la ofensiva revolucionaria. En ella los comunistas tenían el deber de “hacer resaltar ante los obreros, en todas las fases de la lucha económica, que esa lucha no será coronada por la victoria sino en la medida en que la clase obrera haya vencido a la burguesía... y que establecida su dictadura, se encargue de la organización socialista de su país”. O sea, la IC lanza la consigna del control obrero, explicando la condición de la victoria de esa demanda, la toma del poder por la clase obrera. El antecedente más inmediato era la experiencia rusa posterior a febrero de 1917, cuando en muchas fábricas los obreros establecieron el control sobre la producción.

Tercer Congreso

El Tercer Congreso, realizado en 1921, se desarrolla en un marco distinto a los precedentes. El Ejército Rojo había sido derrotado en Polonia. En Alemania el PC —con apoyo de la dirección de la IC, pero la oposición de Trotsky— había intentado un golpe revolucionario, que terminó en un desastre; decepcionados, miles de obreros dieron su espalda a los comunistas, y el Partido sufrió una fuerte represión. Además, en Rusia la crisis era tan grande, especialmente en el campo, que se impuso la necesidad de retroceder del comunismo de guerra (viraje a la Nueva Política Económica).

La IC reorienta su táctica para adecuarla a las nuevas condiciones. El Segundo Congreso por lo tanto determina que la tarea es “ganar la influencia en la mayoría de la clase obrera e involucrar a los obreros más activos en la lucha” (resolución “Las tareas más importantes del día”). Admite que la mayoría de la clase obrera estaba fuera de la influencia de los comunistas, de manera que la tarea revolucionaria pasaba por participar en las luchas cotidianas de las masas, además de realizar propaganda y agitación. Si bien en los dos años anteriores se había logrado separar sectores de los obreros de la influencia reformista y burguesa, la ofensiva revolucionaria había sido frenada por la burguesía.

A pesar de la importancia que había tenido en el Segundo Congreso la consigna de los comités de fábrica, en las resoluciones del Tercero no aparece un balance de cuánto habían avanzado, ni en qué medida habían establecido el control sobre la producción. De todas formas, el Tercer Congreso sostuvo que los comités de fábrica debían surgir como resultado de luchas arrancadas en torno a las necesidades elementales. Más precisamente, “los

comités de fábrica podrán cumplir sus tareas solo si se establecen en el curso de la lucha por la defensa de los intereses económicos de las amplias masas trabajadoras y si tienen éxito en unir todas las secciones revolucionarias del proletariado...”. En consecuencia, la IC vuelve a poner énfasis en el programa mínimo. “Los comunistas pueden mostrar a las masas atrasadas y vacilantes el camino a la revolución, y mostrar cómo los otros partidos están contra la clase obrera, avanzando un programa militante que urja al proletariado a luchar por sus necesidades básicas”. La agitación, propaganda y trabajo político de los PC “deben empezar por entender que no es posible la mejora a largo plazo de la clase obrera bajo el capitalismo y que solo el derribo de la burguesía y la destrucción de los Estados capitalistas harán posible la transformación de las condiciones de vida de la clase obrera y la reconstrucción de la economía arruinada por el capitalismo” (énfasis agregado).

Se explicitan, por lo tanto, las condiciones sociales y políticas para el triunfo de esas demandas. Por eso también el Congreso afirma que la consigna, avanzada por los partidos centristas, de la socialización o nacionalización de las ramas más importantes de la industria “es un engaño, ya que no está vinculada a una demanda de victoria sobre la burguesía”. Señala que “algunos centristas piensan que su programa de nacionalizaciones... está en línea con la idea de Lassalle de concentrar todas las energías del proletariado en una única demanda, usándola como palanca de la acción revolucionaria que entonces se desarrolla en lucha por el poder”. En oposición a ese tipo de agitación, la IC afirmaba que “la acción revolucionaria debe organizarse en torno a todas las demandas levantadas por las masas, y estas acciones separadas gradualmente se fundirán en un movimiento poderoso por la revolución social”. Se llama a los partidos Comunistas a ponerse al frente de la lucha de los desempleados. Además, debían crear organizaciones militares proletarias y grupos obreros de autodefensa para oponerse a los fascistas o bandas de rompehuelgas.

Señalo que Trotsky no presentó nada alternativo a estas decisiones de táctica política; en particular, no cuestionó la crítica de la IC a la táctica lassalleana de concentrar las energías en una única demanda (en 1938 recomendará esa política).

Cuarto Congreso

El Cuarto Congreso, en 1922, profundiza la orientación del Tercero. La consigna de este último, “hacia las masas”, se concreta ahora en el llamado al frente único.

Se caracteriza (“Tesis del Frente Único”) que la crisis económica del capitalismo sigue profundizándose, y que existe una fuerte ofensiva contra la clase obrera. Frente a esto, los obreros –incluidos los obreros socialdemócratas– empujan a la unidad. De manera que los partidos Comunistas debían luchar por la unidad de las masas en “la actividad práctica”. La condición para esa unidad era la libertad de crítica a la socialdemocracia y el reformismo. Luego la Resolución pasa revista a la situación en los diferentes países –Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Checoslovaquia, EEUU– y para todos enfatiza en la unidad obrera para luchar por reivindicaciones elementales. La táctica del frente único pone en discusión si es correcto plantear que el frente único obrero se transforme en gobierno obrero; una discusión que no examinamos aquí.

A su vez, en las “Tesis sobre la actividad comunista en los sindicatos”, el Cuarto Congreso reconoce que, producto de la ofensiva capitalista y de la política de los socialdemócratas, el movimiento sindical ha perdido considerable fuerza en todos los países. La tarea es luchar por mantener la unidad sindical; y oponerse a los intentos de la burocracia de expulsar de los sindicatos a los comunistas. En las “Tesis sobre táctica del Comintern”, se sostiene que “la táctica del frente unido permite a la vanguardia comunista liderar las luchas inmediatas de las masas obreras por sus intereses más vitales”. También: “Toda lucha por lo demanda inmediata más limitada es una Fuente de educación revolucionaria, ya que es la experiencia de la lucha la que convencerá a la clase obrera de la inevitabilidad de la revolución y el significado del comunismo” (énfasis agregados).

El frente unido debe servir también para avanzar en la organización de las masas obreras: consejos de fábrica, comisiones de control de los obreros, comités de acción. El movimiento de los consejos de fábrica ocupa un lugar mucho más secundario en comparación con las resoluciones del Segundo Congreso. Se afirma que los consejos de fábrica son el pilar del movimiento de masas proletario y que “la lucha contra la ofensiva capitalista y por el control de la producción no tiene perspectiva a menos que los comunistas tengan una firme implantación en todas las fábricas y la clase obrera haya creado sus propias organizaciones de lucha en todas en ellas (consejos de fábrica, consejos obreros)”.

Radek, las consignas transicionales y la postura de Trotsky

En ese Cuarto Congreso Radek –representante del ala de izquierda– planteó que en la era de la revolución social a escala mundial era necesario lanzar las reivindicaciones de transición, “que deben conducir a la clase

obrero a la lucha, la cual solo tendrá por objetivo la dictadura cuando se haya profundizado y generalizado”. Precisaba: “Nos distinguimos de todos los demás partidos obreros no solo por la consigna de la dictadura y el régimen de los soviets, sino también por las reivindicaciones de transición. Mientras que las de todos los partidos socialdemócratas no solo deben ser realizadas en el terreno del capitalismo, sino también para reformarlo, las nuestras sirven para luchar por la conquista del poder para la clase obrera, por la destrucción del capitalismo” (citado por Pierre Broué en *La Révolution en Allemagne*). O sea, Radek incorpora la agitación por el programa de transición, vinculándolo a la dictadura del proletariado y el régimen de los soviets. Se trataba del programa que aplicaría un gobierno revolucionario. Por eso, su planteo poco tenía que ver con la táctica de agitación transicional que Trotsky habría de proponer en 1938.

El Congreso aceptó la propuesta de Radek, aunque ello no se reflejó en las resoluciones. En estas se hace mención a la posibilidad de que consejos de fábrica pudieran establecer formas de control sobre la producción y las condiciones laborales. Pero esto no se articula con un programa de transición. Tal vez eso explique por qué, en la literatura trotskista posterior, casi no se hizo mención de esta propuesta de Radek.

Por otra parte, en los escritos de 1922 referidos al frente único, Trotsky puso el acento en la necesidad de movilizar por demandas mínimas (véase, entre otros, “La cuestión del frente unido”, febrero de 1922; sus informes sobre la cuestión francesa; su informe sobre el Cuarto Congreso de la IC de diciembre de ese año). No hay mención a programa de transición alguno. En su texto de febrero: “La lucha por los intereses inmediatos de las masas trabajadoras es siempre, en nuestra época de la gran crisis imperialista, el comienzo de una lucha revolucionaria”. También: “... los trabajadores que no están en nuestro partido y que no lo entienden, quieren tener la posibilidad de luchar por el pan diario, por el pedazo de carne diario”. “Nosotros, comunistas, proponemos una acción inmediata por el pan y la carne, te lo proponemos a ti y a tus dirigentes, a toda organización que representa una parte del proletariado”.

En “Un programa de trabajo militante del Partido Comunista de Francia” (diciembre de 1922), sostiene que para organizar la resistencia del proletariado es necesario centrarse en la lucha por las ocho horas de trabajo; por mantener y aumentar la escala salarial existente; y por todas las demandas económicas. En el mismo sentido que las resoluciones de la IC, en el punto 4 sostiene que el partido “debe llevar a cabo una campaña de agitación activa entre los trabajadores por la creación de comités de fábrica, abarcando a todos los obreros, sin importar que estén organizados

políticamente, o en sindicatos. El objetivo de esos comités de fábrica es introducir el control obrero sobre las condiciones de trabajo y producción”. De nuevo, estamos lejos de un programa transicional. Es que el control obrero como medida de transición, supone la apertura de la contabilidad de las empresas, el control de ganancias y precios, la intervención obrera en el crédito bancario, la posibilidad de estatizar empresas (es el encadenamiento de medidas que solo se sostienen en relación unas con otras, y con poder social y político para aplicarlas). Con el agregado que a comienzos de los 1920 la consigna del control obrero de las condiciones laborales y de la producción había sido asumida por fuerzas reformistas para desviar los impulsos revolucionarios (en Italia en primer lugar).

En otro Informe, del 28 diciembre 1922, Trotsky insiste en que las consignas centrales en los países europeos son la lucha por las ocho horas y la escala de salarios. En ninguna parte recomienda ese tipo de “consignas solución” (del tipo “acabar la desocupación repartiendo las horas de trabajo”) que luego serían tan comunes en los partidos trotskistas.

Para concluir, destaco que en la tradición socialista jugaron un rol de primer orden la propaganda y la agitación —entendida esta como el arte de explicar a las masas dos o tres ideas. Y por lo tanto, la lucha en el plano teórico. Los primeros cuatro congresos de la IC evidencian ese criterio. En aquellos años a nadie se le ocurría que la militancia socialista pudiera reducirse a una monótona repetición de una o dos consignas-soluciones “transicionales”. Menos todavía abstraídas de las condiciones políticas y sociales que hicieran posible su aplicación exitosa. Esta forma de presentar las cosas es reformismo pequeñoburgués, y del peor tipo. Una política que, además, promueve partidos carentes de base doctrinaria. De ahí que la obsesión natural en esas organizaciones sea la pesca de votos y el crecimiento cuantitativo. Lo que a su vez profundiza el menosprecio de la teoría, la despolitización y la incapacidad de responder con ciencia a los argumentos de los economistas y demás defensores del capitalismo (¿o creen que basta con repetir la receta de ocasión?). En este marco, tampoco es casual que en defensa de esas prácticas procuren desechar las tradiciones más genuinas del socialismo revolucionario.

El programa mínimo-máximo revolucionario (2021)

Donald Parkinson

En este ensayo, voy a hablar de una parte importante de Marx que a menudo se ignora: su contribución al arte del programa político. No falta literatura que explore las teorías e ideas filosóficas de Marx. Sin embargo, a menudo olvidamos que Marx no solo fue un estratega político, sino alguien que contribuyó a los movimientos políticos existentes en su tiempo. *El Manifiesto Comunista* es probablemente la más famosa de sus contribuciones de este tipo, escrita en medio de las luchas de 1848. No obstante, esto fue al principio de la carrera política de Marx. Si queremos conocer sus aportaciones políticas más “maduras”, un documento clave es el *Programa del Parti Ouvrier*, coescrito con Jules Guesde. Este documento se presenta no solo como una expresión de las visiones políticas del Marx maduro, sino como un modelo para fundamentar la construcción de un programa mínimo-máximo, que en mi opinión es el modelo en torno al cual debe orientarse el movimiento socialista de hoy.

La razón por la que me centro en esta cuestión no es para realizar un ejercicio de arqueología histórica, sino para arrojar luz sobre cuestiones modernas relacionadas con el tema del programa político para el movimiento socialista actual. En mi opinión, el *Programa del Parti Ouvrier* se mantiene hasta el día de hoy como modelo para los programas políticos, no solo porque fue una auténtica contribución del Marx «maduro» después de sus experiencias con la Primera Internacional y la Comuna, sino también porque su estructura de mínimo-máximo es superior a otros métodos programáticos utilizados comúnmente por la izquierda socialista hoy. Uno de esos métodos, que examinaré más adelante, es el programa de transición favorecido por los trotskistas de la publicación *LeftVoice*, que recientemente apuntó al programa mínimo-máximo en una crítica reciente.

Un Programa Político para los Trabajadores Franceses

Para empezar, me enfocaré en el *Programa del Parti Ouvrier*. Los orígenes del programa se encuentran en un congreso obrero ocho años después de la caída de la Comuna de París, el Congreso Obrero Francés de 1879, que declaró la formación de un partido obrero independiente y la necesidad de colectivizar los medios de producción... Esto fue un duro golpe para las tendencias proudhonianas que anteriormente habían dominado el socialismo en Francia y representaban el surgimiento de la política marxista como fuerza organizada en ese país. Las dos principales figuras de las ideas

marxistas (o lo que llegaría a conocerse como marxistas) en Francia en ese momento eran Paul Lafargue y Jules Guesde. Lafargue era yerno de Karl Marx, mientras que Guesde se convirtió en el líder del recién formado Partido Socialista Obrero Federado. Ambos buscaron la colaboración del propio Marx en la redacción del programa del partido en preparación para las elecciones legislativas nacionales de 1881 [1].

El proceso de redacción del programa comenzó cuando Marx redactó un cuestionario de 101 puntos para los lectores de clase obrera del periódico *La Revue socialiste*. El objetivo del cuestionario era encontrar información sobre las condiciones de vida y de trabajo del proletariado francés que pudiera ayudar a informar la redacción de demandas. Guesde recorrió el país para organizar grupos locales y regionales, y descubrió que la mayoría de los grupos obreros estaban interesados principalmente en las demandas reformistas de mayores derechos sociales y civiles. Después de la gira, Guesde viajó a Londres para reunirse con Marx y Engels y redactar el programa mismo en mayo de 1880 [2].

El preámbulo del partido fue escrito por Marx y es uno de los sumarios más efectivos y precisos de la política comunista que jamás se haya escrito. El propio Engels lo llamó «una obra maestra de argumentación contundente que rara vez se encuentra, escrita clara y concisamente para las masas: yo mismo quedé asombrado por esta formulación tan precisa»[3]. Marx comienza el preámbulo con un resumen simple de la tesis comunista: «que la emancipación de la clase productiva es de todos los seres humanos sin distinción de sexo o raza». Aquí mismo hay una clara refutación de todas las afirmaciones de que el comunismo de Marx sólo preocupaba a los trabajadores industriales, al sentenciar en una simple frase que el marxismo es sencillamente «obrero». La lucha del proletariado, la clase productiva bajo el capitalismo moderno, no se ve como un fin en sí mismo o relacionada con intereses particulares de la sociedad de clases, sino como un medio hacia la emancipación universal de la humanidad. Y para que quede claro, Marx enfatiza la naturaleza verdaderamente universal de esta humanidad al afirmar con claridad que se refiere a ella sin distinción de sexo o raza. El carácter internacionalista y antipatriarcal de la política marxista queda explícito desde el principio.

La siguiente sección establece la condición bajo la cual la clase productiva puede emanciparse: que «estén en posesión de los medios de producción». Esto puede sonar sencillo desde nuestro punto de vista, pero en la época de Marx era necesario aclararlo. Es por esto que la siguiente línea del preámbulo diferencia entre dos formas a través de las cuales los medios de producción pueden estar en manos de los productores: la individual y la

colectiva. La forma individual es una referencia al campesino y artesano, que posee sus propios medios de producción como individuos. Esta forma de propiedad fue vista como un ideal por el que luchar para los seguidores de Proudhon, que eran el grupo dominante en el socialismo francés hasta ese momento. El argumento de Marx es que esta forma de propiedad es cada vez más anticuada e irrelevante con el desarrollo del capitalismo, que de por sí socializa los medios de producción dentro del marco de la propiedad privada y la competencia del mercado. Como resultado, los medios de producción solo pueden apropiarse colectivamente, al ir más allá del contexto de la propiedad privada en favor de la propiedad social. El desarrollo capitalista ha proletariado a la población trabajadora al separarla de los medios de producción, ha desarrollado las propias formas de trabajo para que sean mucho más cooperativas y ha cerrado la posibilidad de restaurar la pequeña propiedad si su intención es mantener y mejorar las formas actuales de producción... El retorno a la propiedad individual es imposible, por lo que la única posibilidad de que se lleve a cabo la emancipación de los productores es a través de la apropiación colectiva.

De ahí se desprende la siguiente sección del preámbulo, que establece la necesidad de la independencia de clase del proletariado y su necesidad de organizarse como partido político: “la apropiación colectiva sólo puede surgir de la acción revolucionaria de la clase productiva – o proletariado – organizados en un partido político definido”. En otras palabras, sólo el proletariado como clase se verá obligado a apoderarse de los medios de producción a través de una lucha, ya que no tienen títulos de propiedad que les den un interés en el mantenimiento del sistema de apropiación privada. Por lo tanto, el proletariado debe organizar su propio partido político con políticas que expresen sus necesidades como clase y no las necesidades de la clase propietaria. Esto no implica que sólo los proletarios puedan ser miembros del partido o que sólo los proletarios puedan beneficiarse de la política planteada. Campesinos, intelectuales, profesionales, incluso traidores de clase de la burguesía pueden ser miembros del partido. Sin embargo, cuando entran en el partido deben dejar de lado sus intereses de clase particulares y luchar por las necesidades del proletariado, incluso cuando entran en contradicción con su propia clase.

El preámbulo luego establece que este partido independiente de clase del proletariado perseguirá sus objetivos por todos los medios necesarios. Aunque el ejemplo que se da de tales medios no es la lucha armada o la huelga general, sino el sufragio universal, “transformado del instrumento de engaño que ha sido hasta ahora en un instrumento de emancipación”. Es a través de la política de masas, no de la acción de las minorías militantes, que

el proletariado debe luchar como clase, y esto implica disputar elecciones con los partidos de la burguesía. Marx era consciente de las limitaciones del proceso electoral y sabía que se utilizaba como aparato de legitimación de la burguesía, pero también se dio cuenta de que el voto tenía un enorme potencial como una herramienta que podría subvertirse en beneficio del proletariado. La arena electoral no debe dejarse en manos exclusivas de la burguesía, sino que debe ser utilizada por el partido de los trabajadores para llevar su política a la arena nacional.

El preámbulo termina con la proclama de que el *Parti Ouvrier* debe ingresar a las elecciones con una lista de demandas a seguir. Antes de explorar estas demandas, hay un punto en el que se debe insistir: El preámbulo del programa puede entenderse como un programa máximo. Representa el objetivo final del partido que se alcanzará después de un período de reconstrucción económica y transformación social. Describe el objetivo general de la emancipación humana y que debe lograrse mediante la llegada al poder del proletariado y su partido y la colectivización de los medios de producción. En otras palabras, proclama el objetivo a largo plazo de ir más allá del capitalismo hacia una sociedad comunista.

Las demandas que siguen son de carácter tanto político como económico y representan un programa mínimo. Estos representan cambios inmediatos por los que el partido luchará y que constituirá colectivamente antes de tomar el poder. Al observar más de cerca estas demandas, veremos dos cosas importantes: 1) que estas demandas tomadas individualmente no implican una ruptura con el sistema económico capitalista y 2) si se instituyen en su totalidad, implicaría una ruptura con el dominio capitalista sobre el estado. y el establecimiento del gobierno político del proletariado. En resumen, el objetivo de un programa mínimo no es simplemente crear una lista de reformas por las que un partido luchará para ganar apoyo y popularidad, sino proporcionar una hoja de ruta para que el proletariado tome el poder del estado por completo en una ruptura revolucionaria.

Este formato mínimo-máximo no es exclusivo del Programa del Parti Ouvrier. Como ha señalado Jack Conrad [4], se puede encontrar en el Manifiesto Comunista, El Programa de Erfurt y el Programa de 1902 del Partido Laborista Socialdemócrata Ruso. El motivo de mi particular atención a este documento histórico es que se trata de una expresión muy simple y clara de este formato que aclara muchas confusiones sobre su naturaleza si se le da una lectura atenta y detenida, particularmente de sus demandas políticas.

La primera demanda en la sección política es instructiva porque se centra en los derechos democráticos de la clase trabajadora:

Abolición de todas las leyes sobre prensa, reuniones y asociaciones y, sobre todo, la ley contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Eliminación del livret, ese control administrativo sobre la clase obrera, y de todos los artículos del Código que establecen la inferioridad del trabajador frente al patrón y de la mujer frente al hombre.

Aquí, Marx y Guesde se preocupan principalmente por la libertad política —la luz y el aire del proletariado, sin los cuales no puede respirar. Teniendo en cuenta la historia del «socialismo realmente existente», esto puede resultar sorprendente para algunos. Después de todo, ¿no debería centrarse esta demanda en la represión de la prensa burguesa? Ciertamente, no debemos permitir que los monopolios capitalistas controlen los medios de comunicación como lo hacen ahora. También está claro que aquí Marx está más preocupado por la libertad de prensa de la clase obrera, ya que dice que el enfoque debería estar en las leyes contra la Asociación Internacional de Trabajadores. El enfoque aquí está en asegurar que la clase trabajadora tenga la capacidad de gobernar, y en la mente de Marx esto debe significar el establecimiento de una prensa libre donde la clase obrera pueda asociarse libremente. Las cuestiones relativas al cierre de la prensa capitalista eran secundarias y dependientes de las circunstancias de la revolución.

A continuación se menciona el livret, que era esencialmente una forma de trabajo forzoso que existió en Francia hasta 1890. El livret era esencialmente un pasaporte que se necesitaba para cambiar de empleador. Adoptó la forma de una tarjeta que enumeraba las deudas pendientes y las obligaciones con los antiguos empleadores, lo que significa que para cambiar de empleador estas deudas y obligaciones deben ser liquidadas por el anterior empleador. Un sistema así muestra el atraso del capitalismo francés, que aún no es capaz de utilizar la «zanahoria» del desempleo para controlar la fuerza laboral y, en cambio, se apoya en el «palo» de los pasaportes internos. La abolición del livret en el programa es seguida por la destrucción de todas las leyes del Código Napoleónico que aseguran no solo la «inferioridad del trabajador en relación con el patrón» sino también las que refuerzan la inferioridad de la mujer en relación con el hombre. Si bien estas demandas pueden no requerir

una ruptura con el gobierno burgués, son necesarias pero no suficientes para tal tarea.

Después de hablar sobre la libertad de prensa y el livret, Marx y Guesde pasan a lo que es esencialmente una demanda anticlerical, que pide la «eliminación del presupuesto de las órdenes religiosas» y el «retorno a la nación de los ‘bienes que se consideraban no enajenables, muebles e inmuebles’», citando el ejemplo de la Comuna de París, así como la “supresión de la deuda pública”. Estas demandas están inspiradas en el ejemplo de la Comuna y son esencialmente compatibles con una revolución democrático-burguesa profunda y no necesariamente demandas que requieran una dictadura del proletariado. Son las dos demandas siguientes las que mejor nos ayudan a entender la naturaleza del programa mínimo como no simplemente demandas reformistas para movilizar a los trabajadores, sino más bien con un contenido revolucionario. Primero está la clásica reivindicación socialista de la milicia popular: «abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo». A continuación, se pide que “la comuna sea la dueña de su administración y su policía”.

Lo importante de estas demandas es que requerirían una ruptura con el estado existente en Francia, la Tercera República que era denunciada por los radicales franceses como «la monarquía sin monarca» [5]. La demanda de derribar el ejército permanente y el armamento general del pueblo, unidos a la transferencia de la administración y el control de la fuerza armada a la comuna habrían significado una transferencia de soberanía y una ruptura en la forma general del Estado. La referencia a la Comuna deja esto claro, ya que Marx explica que la principal lección de la Comuna fue que «la clase trabajadora no puede simplemente apoderarse de una maquinaria estatal prefabricada y manejarla para sus propios fines» [6]. Estas demandas mínimas, tomadas como un paquete completo, no son, por lo tanto, meras reformas: son un llamado a una ruptura radical con el estado existente y una transferencia del poder a la clase trabajadora en una nueva república democrática.

Guesde pasó por alto la naturaleza radical de estas demandas políticas, quien vio los ejes del programa como simples lemas para animar a los trabajadores con la esperanza de que emprenderían una lucha verdaderamente revolucionaria. El propio Marx no tuvo tiempo para tal «fraseología revolucionaria» y enfatizó la naturaleza práctica pero también transitoria de estas demandas. Su objetivo era proporcionar una hoja de ruta práctica para que el movimiento obrero tomara el poder político, no meros eslóganes para gritar a fin de inspirar huelgas masivas que producirían los consejos de trabajadores. Fue este desacuerdo con las consignas vacías de

Guesde lo que inspiró la declaración crónicamente mal utilizada de Marx de que si esto era marxismo, «lo que es seguro es que yo no soy marxista»[7].

Una posible fuente de confusión sobre la naturaleza revolucionaria de este programa es el contenido de las demandas económicas. Incluyen cosas como la reducción de la jornada laboral a 8 horas y la semana laboral a no más de 6 días de la semana, la responsabilidad de la sociedad para con los sordos y discapacitados, la supervisión de los aprendices por parte de las asociaciones de trabajadores, la abolición de la herencia por encima de una cierta cantidad, prohibición de contratar mano de obra inmigrante con salarios inferiores a los franceses y otras demandas que eran esencialmente reformas. Estas demandas no necesitan una ruptura con el capitalismo como sistema económico, mientras que las demandas políticas tomadas en su conjunto sí necesitan una ruptura con el estado capitalista.

La Revolución en Dos Etapas de Marx

El razonamiento detrás de esto es simple. Marx esencialmente veía la revolución como un proceso de dos etapas: primero, el proletariado debe tomar el poder político y establecer la república democrática, y luego, dentro de este marco recién establecido, ahora puede asumir las tareas de reconstruir la sociedad sobre una base comunista. La toma del poder político por parte del proletariado no conduce inevitablemente a la victoria del socialismo. Lo que se logra con la toma del poder es la inauguración de una nueva fase de la lucha de clases, donde el proletariado controla los medios generales de coerción. Las clases todavía existen, el modo de producción capitalista sigue intacto. La dictadura del proletariado como frase implica la existencia del proletariado, por ende la existencia de clases. Se entra en una situación contradictoria donde la clase explotada ahora tiene poder sobre los explotadores. Sólo mediante la victoria del comunismo se podrá resolver esta contradicción.

Al escribir sobre la Comuna de París, Marx argumentaba que el movimiento de la historia había descubierto una forma general del proletariado en el poder político. La Comuna apenas puso sus manos sobre la institución de la propiedad privada. Lo que lo hizo revolucionario fue que transformó radicalmente la forma del estado, al establecer una democracia radical que permitió a la clase asalariada ascender a una posición de supremacía política. Medidas como la revocación de los delegados, la nivelación de los salarios y la milicia popular estaban destinadas a expropiar políticamente a la clase capitalista. Al colocar a la clase obrera en el poder, Marx escribió que la Comuna «... proporciona el medio racional a través del

cual la lucha de clases puede atravesar sus diversas fases de la manera más racional y humana» [8]. Esto, combinado con los comentarios de Engels de que el La Comuna de París fue un ejemplo de la dictadura del proletariado, marca los primeros pasos de una teoría de la transición como lucha de clases en sí. Un estado en el que gobierna el proletariado sigue siendo una situación en la que el proletariado existe como clase y, por tanto, no nos encontramos en una sociedad sin clases. Es simplemente el primer paso hacia una sociedad así y esto la convierte en una ruptura considerable con el orden social existente.

El Programa de Transición como Alternativa

El programa mínimo-máximo ejemplificado por el Programa del *Parti Ouvrier* a menudo se compara negativamente con El Programa de Transición de Trotsky, originalmente titulado *La agonía mortal del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional* y luego reimpresso bajo el título *El programa de transición y la lucha por el socialismo*. El reciente artículo de Nathaniel Flakin en la publicación trotskyista *Left Voice* es un ejemplo de una comparación negativa que apunta al enfoque de mis compañeros y yo en *Cosmonaut Magazine* y el *Marxist Unity Slate* de DSA. Flakin sostiene que la bifurcación mínimo-máximo fue aceptada debido a la inmadurez del capitalismo en esta época, al aceptar el sentido común de que las demandas del Programa del *Parti Ouvrier* estaban destinadas a ser meras reformas del día a día, lo cual espero haber demostrado como una falsedad. Flakin también afirma que el programa mínimo-máximo fue una de las fuentes de la propia degeneración del SPD para apoyar la Primera Guerra Mundial como una causa de pasividad y reformismo, una narrativa histórica simplista por decir lo menos.

El argumento de Flakin es que el programa mínimo-máximo no contiene un puente entre las demandas mínimas y las demandas máximas y, por lo tanto, no es adecuado para una era en la que las contradicciones del capitalismo se han desarrollado en un grado intensificado. La crisis del capitalismo se ha intensificado tanto que ya no hay tiempo para “varias décadas en las que el movimiento socialista pueda ganar concesiones políticas y económicas de la burguesía y dejar la cuestión del socialismo para un futuro lejano”. Por lo tanto, es necesario plantear demandas que de alguna manera conducirán a una situación revolucionaria si son asumidas y perseguidas por la clase trabajadora. Esta idea tiene sus raíces en el propio Programa de Transición de Trotsky, que inicia con la afirmación de que se ha cumplido con los criterios objetivos de la revolución y deja sólo el factor subjetivo de liderazgo por poner en marcha [9]. Esto conduce a un enfoque

donde lo que los trabajadores necesitan es esencialmente mejores líderes que proporcionen mejores consignas y demandas que los reformistas y estalinistas que frenan a las masas obreras que de otra manera estarían en una situación revolucionaria si no fuera por su mal liderazgo.

Flakin usa el ejemplo de la vivienda: en lugar de exigir viviendas públicas al estado burgués, un verdadero partido revolucionario llamaría a los trabajadores a participar en la «ocupación de condominios de lujo y edificios de oficinas para albergar a todas las familias pobres y de clase trabajadora» para que “dichas ocupaciones pueden integrarse en un plan para hacer pública toda la vivienda, administrada por inquilinos y sus representantes a través de la democracia directa”. Se deja a la imaginación qué organización conducirá a tal ocupación; es casi como si estas demandas fueran sencillamente una forma de impulsar a los trabajadores a la acción con la esperanza de que esa lucha se convierta orgánicamente en una lucha por el socialismo mismo cuando se den cuenta de que las ocupaciones de condominios de lujo no serán toleradas por la policía burguesa.

Lo que tenemos aquí es esencialmente una estrategia de impaciencia: en lugar de usar el programa como un medio para unir a la clase trabajadora en torno a una visión de cambio político, la intención es proporcionar solo consignas y tácticas que pongan a las masas en acción, con la esperanza de conducir de alguna manera a una “transición” hacia una auténtica lucha por el socialismo. No está claro cómo se supone que sucederá esta transición: Flakin menciona los consejos de trabajadores y los comités de fábrica, lo que sugiere que quizás las demandas planteadas por un partido trotskista ayudarán a conducir a su formación. Incluso si esto es cierto, y los trabajadores se ponen en acción y forman consejos de trabajadores a través de su lucha, la mera existencia de consejos no es un sustituto real de una mayoría de la clase obrera que desea un cambio de régimen mientras tiene una hoja de ruta real sobre cómo lograrlo. Las acciones masivas de la clase no son un sustituto de esto y, al final, al programa de transición como se imagina aquí solo le queda recurrir a la espontaneidad cuando se le presiona sobre cómo sus demandas son de transición hacia el socialismo.

Flakin admite que la versión del programa mínimo-máximo impulsada por la Unidad Marxista de la DSA está destinada a conducir a una ruptura en el dominio de clase de la burguesía. ¿Entonces, cuál es el problema? Que no hay una explicación de cómo sería esta transición y que es una división arbitraria entre el mínimo y el máximo. En cuanto a la primera objeción, es ilusoria la transición que esta visión del programa de Trotsky propugna entre sus exigencias y la lucha directa por el socialismo. Presiona a los trabajadores a tomar una acción militante con la esperanza de que esa acción derive en

una situación revolucionaria, o al menos inspire una acción de masas que motive a los trabajadores a producir una en una fecha futura. La esperanza parece ser que las exigencias de transición movilizarán a los trabajadores a la acción, creando una necesidad de consejos obreros o *soviets* que luego le den a la vanguardia revolucionaria una oportunidad para guiar estos consejos en la dirección adecuada. Tales escenarios son un sueño imposible en el mejor de los casos; en el peor son intentos de engañar a la clase trabajadora para que haga la revolución.

La segunda objeción, que si nuestro programa propuesto es realmente revolucionario entonces una división mínimo-máximo no tiene sentido, pasa por alto el hecho de que una revolución socialista siempre es un proceso de dos etapas [10]. Las demandas mínimas tomadas en su conjunto están destinadas a establecer el poder de la clase obrera. Sin embargo, como aclaré anteriormente, esto no es lo mismo que el establecimiento de una economía socialista. Es simplemente la creación de un marco político que establece el dominio de la clase trabajadora y abre la posibilidad de una transformación económica. La lucha de clases no termina, sino que simplemente entra en una nueva etapa, donde la lucha de clases adquiere el carácter de la abolición de las clases a través de la transformación de las relaciones de producción. El programa mínimo corresponde a la primera fase de este proceso, el máximo a la segunda. A menos que creamos que la revolución misma será la creación de relaciones comunistas de producción, propuesta de varios ultraizquierdistas como el poco conocido panfletista francés Gilles Dauve [11], entonces la separación de mínimo y máximo no es arbitraria sino más bien una aclaración del proceso de la revolución misma.

Al final, el enfoque de Flakin equivale a una mera fraseología revolucionaria, sólo que con eslóganes más radicales que los que Guesde tenía en el Programa del Parti Ouvrier. La clase trabajadora no necesita que los radicales les digan que ocupen condominios de lujo con la esperanza de que vean la necesidad del socialismo. Lo que necesitan es una visión de qué tipo de cambios son necesarios para romper con el dominio político de la burguesía y un partido que pueda luchar por estos cambios en el terreno de la política de masas y proporcionar la base organizativa para una nueva soberanía proletaria. No hay sustituto para la construcción de un partido así impulsando a los trabajadores a acciones de masas. Los trotskistas modernos de LeftVoice ciertamente no se oponen a la construcción de un partido obrero, pero su falacia de «varias décadas en las que el movimiento socialista puede ganar concesiones políticas y económicas de la burguesía» aparece como una desestimación de los años de lucha paciente y educación

que se necesitarán para formar a ese partido que tenga la legitimidad para gobernar.

Un Programa Mínimo-Máximo para hoy

El formato mínimo-máximo del Programa del Parti Ouvrier de Marx y Guesde es adecuado exactamente para tal tarea. Pone los cambios políticos necesarios para que la clase trabajadora mantenga el poder, lo que nos permite construir una mayoría consciente de lo que está luchando. No promete atajos hacia el poder, ni falsas esperanzas de que si las masas se ponen en acción con eslóganes radicales, crearán una posible situación revolucionaria. Aclara que la revolución es el establecimiento de la república democrática obrera, que abre el camino para la reconstrucción económica de la sociedad en líneas socialistas, y que la toma del poder por parte del proletariado es sólo el comienzo de una nueva etapa en la lucha de clases y no un salto inmediato a la sociedad comunista. Saca a la superficie la aún relevante batalla por la democracia y excluye la fraseología revolucionaria y los llamados a la acción vacíos. La claridad y la apertura deben ser el sello distintivo de todos nuestros movimientos de agitación y educación, y el formato mínimo-máximo es el que mejor sustenta estos ideales.

Sin embargo, el formato mínimo-máximo es simplemente eso: un formato. No podemos copiar programas fosilizados en el tiempo y pegarlos en nuestra propia situación política. Los programas políticos deben basarse tanto en la experiencia acumulada y la teoría de nuestro movimiento histórico como en una comprensión profunda de la situación política en el presente. Al desarrollar un programa de este tipo hoy en día, un movimiento socialista en ciernes tendría que desarrollar demandas que respondan a las necesidades actuales de los trabajadores y sus luchas existentes. Pero también tendría que incluir demandas que pueden no ser inmediatamente populares pero que son “correctas” en el sentido de que son medidas necesarias para que la clase obrera tome el poder. El objetivo de un programa no debería ser simplemente dar expresión a las exigencias populares, sino también inyectar demandas revolucionarias en la política de masas. A menudo, las demandas entrarán en contradicción con la conciencia popular imperante, y es de esperarse, por lo que el programa debe ser una herramienta educativa que explique los pasos necesarios para lograr una auténtica transformación socialista.

Tomemos como ejemplo la cuestión de la policía. La conciencia popular en los Estados Unidos hoy en día está muy dividida sobre la cuestión de la policía; algunas encuestas afirman que el 67% de los estadounidenses se

opone a abolir o eliminar la policía, mientras que el 43% de los estadounidenses apoyan la transferencia de fondos de los presupuestos de la policía a otros servicios sociales. Para abordar esta cuestión de manera programática, no podemos caer en la trampa de perseguir encuestas de opinión, ni simplemente extraer consignas del movimiento popular sin mayor consideración. Un programa marxista adecuado aclararía las tareas de la revolución proletaria en lo que respecta a la cuestión de la aplicación de la ley, que clásicamente ha significado la abolición de las actuales fuerzas armadas en favor del armamento de la clase obrera mediante la organización de una milicia popular. Los marxistas hemos asumido esta demanda porque reconocemos que si la clase trabajadora ha de controlar genuinamente el poder estatal a través de sus propias instituciones, debe aplastar el aparato estatal burgués represivo en lugar de esperar hacer uso de él como un instrumento. Simplemente plantear el lema de la abolición de la policía como una demanda de transición, con la esperanza de que movilizará a las masas hacia un choque con el capitalismo cuando se den cuenta de la necesidad de su abolición para lograr este objetivo no proporciona la claridad que un programa debe brindar. Tampoco basta con pedir el desfinanciamiento de la policía en favor de los servicios sociales; si bien esto puede ser más aceptable para la opinión popular existente, no explica las tareas necesarias que la clase trabajadora debe realizar al momento de llegar al poder.

Esto sí cuenta para cuestiones relacionadas con la democratización del estado y la constitución. La lealtad a la Constitución de los Estados Unidos es un elemento fijo en la política estadounidense, aunque un programa político adecuado en este país exigiría su abolición y la redacción de una constitución explícitamente socialista como la base de una nueva república democrática. Abordaría la necesidad de indemnizaciones para el desarrollo y la autodeterminación de las neocolonias internas. Su sección económica establecería la socialización básica de las cotas predominantes de la economía, así como la necesidad de reformas radicales en la infraestructura y la planificación urbana. Aboliría el actual régimen de legislación laboral e instituiría uno nuevo, basado en las iniciativas de los obreros en la zona de producción. Al negarse a aceptar sólo demandas que ya son populares (un ejemplo sería la milicia popular) y, por lo tanto, que se pueden ganar en el plazo inmediato, el partido se ve obligado a luchar por sus creencias entre las masas y explicar la necesidad de la revolución en lugar de una mera reforma.

Al hacer de la parte mínima del programa una descripción de las tareas básicas que debe realizar la clase trabajadora para tomar el poder, nuestro

movimiento puede insertar estas cuestiones básicas del cambio institucional en nuestra agitación básica. Esto siempre será preferible a un enfoque que simplemente hace eco de las demandas reformistas o hace llamados a la acción militante que caen en oídos sordos. Nuestro movimiento puede decirle al público con una cara honesta y directa las transformaciones políticas y económicas que esperamos promulgar al llegar al poder y articular el objetivo a largo plazo de la emancipación humana hacia el que se supone que nos deben llevar. El programa mínimo-máximo inspirado en el Programa del Parti Ouvrier de Marx y Guesde no es una lista de deseos para el estado capitalista, sino una hoja de ruta para construir un movimiento obrero revolucionario que sea consciente de lo que se está luchando y confíe en sus objetivos políticos. Y para hacer de ese programa más que una fantasía, debemos luchar por la unidad de la izquierda marxista y llevar la buena noticia del socialismo a las masas de trabajadores que aún no se han activado políticamente.

1. Derfler, Leslie, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism, 1842-1882* (Massachusetts, Harvard University Press, 1991), pg 184-185.

2. Ibid., 185-186.

3. Letter from Engels to Eduard Bernstein, October 25th, 1881 https://wikirouge.net/texts/en/Letter_to_Eduard_Bernstein,_October_25,_1881

4. Jack Conrad, *Our Republic*: <https://weeklyworker.co.uk/worker/650/our-republic/>

5. Bernstein, Samuel. "Jules Guesde, Pioneer of Marxism in France." *Science & Society* 4, no. 1 (1940): 29.

6. Karl Marx, *La Guerra Civil en Francia* (1871)

7. Quoted by Engels in a Letter Bernstein in Zurich, 1882. Available here.

8. Quoted in Johnstone, Monty. "The Paris Commune and Marx's Conception of the Dictatorship of the Proletariat." *The Massachusetts Review*, vol. 12, no. 3, 1971, pp. 447-462.

9. Trotsky, *El Programa de Transición* (1940): "Las charlatanerías de toda especie según las cuales las condiciones históricas no estarían todavía "maduras" para el socialismo no son sino el producto de la ignorancia o de un engaño consciente. Las condiciones objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras sino que han empezado a descomponerse. Sin revolución social en un próximo período histórico, la civilización humana está bajo amenaza de ser arrasada por una catástrofe. Todo depende del

proletariado, es decir, de su vanguardia revolucionaria La crisis histórica de la humanidad se reduce a la dirección revolucionaria.”

10. Esto está explicado de manera magistral en *La Revolución Social* (1902) de Kautsky.

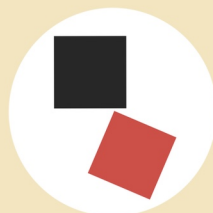
11. Ver *Eclipse and Re-emergance of the communist movement* (1974) para un ejemplo de esta perspectiva.

En 1899, Lenin escribiría: «Es indudable que, como ha dicho Marx, "cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas", pero ni Marx ni ningún otro dirigente teórico o práctico de la socialdemocracia han negado la enorme importancia que tiene un programa para la actividad cohesionada y consecuente de un partido político».

El programa es uno de pilares de cualquier partido: recoge su análisis de coyuntura, sus objetivos finales y sus demandas inmediatas, conformando una hoja de ruta desde la situación actual y un horizonte alternativo.

Este libro reúne algunos de los principales documentos programáticos de la tradición marxista, desde sus primeras formulaciones hasta debates contemporáneos. Desde el *Manifiesto del Partido Comunista*, los programas de Eisenach, Gotha, Erfurt, pasando por la formación del POSDR y la Revolución de Octubre, la extensión mundial de la revolución gracias a la Comintern y el programa de transición.

Aquellos textos originales, que no vienen precedidos por artículos explicativos, han sido prologados con una breve contextualización histórica. El resto se presentan en bruto.



EDICIONES
DOS CUADRADOS